TYLER COLINS

La Trampa del Cadáver de Connecticut

Los Misterios de Triple Amenaza Libro 1

TYLER COLINS

La Trampa del Cadáver de Connecticut

Los Misterios de Triple Amenaza Libro 1

LA TRAMPA DEL CADÁVER DE CONNECTICUT

LOS MISTERIOS DE TRIPLE AMENAZA

LIBRO UNO

TYLER COLINS

Traducido por

ENRIQUE LAURENTIN

ÍNDICE

1. La Llegada

2. Camina por esta Senda

3. ¿En qué estaban pensando?

4. La campana para la cena de los Tolleth

5. Hecho… Como la cena

6. Postres Mortíferos

7. El Desayuno se Hace Presente

8. Sorpresa, Sorpresa

9. Una Visita a la Mansión

10. La Mansión de nunca acabar

11. Salga, Salga, Dondequiera que Esté

12. Esconde-y-Busca

13. Salga, Salga, Dondequiera que Esté

14. 1-2-3, Ya lo Tienes

15. Qué atasco

16. La Caída de los Hongos

17. Corre, Corre, Eres Libre

18. Qué sorpresa

19. Un Cuento con Dos Colas

20. Grande pero [no tan] malo

21. Un Golpe en la Cabeza Vale más que Dos…

22. Pequeñas jarras marrones

23. Anillo alrededor del Rosal

24. Así es Como se Desmorona la Galleta

25. Asesinato Escribieron

26. ¿Quién lo ha hecho realmente?

27. Tres en un Desafío

28. Si la Agenda se Ajusta …

29. Siempre Funciona Diferente en las Películas

30. Casi Siempre

31. A por ello

32. Lo Mejor está por Llegar

33. Bien está lo que Bien Acaba… más o menos

Acerca de la Autora

Derechos de Autor (C) 2014 Tyler Colins

Maquetación y Derechos de autor (C) 2020 por Next Chapter

Publicado en 2020 por Next Chapter

Arte de portada por CoverMint

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor.

Esta novela está dedicada a los que disfrutan de las novelas policíacas de la vieja escuela.

1

LA LLEGADA

"Infierno" era la mejor palabra descriptiva de la finca de Moone Connecticut. La mansión parecía la guarida de un demonio y podría ser el escenario soñado por un director de cine de terror. Oscura e indómita, promovía una cualidad de inframundo. Sin embargo, todo en sus extensos terrenos también transmitía una sensación de armonía, como si el descuido, casi perfecto en su precisión, hubiera sido cuidadosamente ejecutado.

Un grueso arco de rosales muertos que rodeaba una fuente desequilibrada de querubines saltarines ostentaba una simetría descarnada y desconcertante, mientras que un gran jardín invadido, un parche de hierbas sin vida y una mata circular de cornejos poseían un orden extrañamente inquietante. En el extremo oriental de la finca había un elaborado cenador de piedra rodeado de hiedra exánime retorcida como brazos nervudos y artríticos. Más allá se encontraba un bosquecillo de cedros perfectamente alineado. Con su singular calidad estética, el terreno recordaba a las remanentes obras figurativas del artista futurista Giacomo Balla.

La velocidad del viento y las precipitaciones eran nulas, y había un sutil pero agradable aroma a heno en el aire. Hacía bastante calor para ser mediados de noviembre en el Estado de la Nuez Moscada, pero, no obstante, un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Me reí. Dejad que Mathilda Reine Moone (nacida Fonne), mi siempre encantadora y puntillosa tía, viva en un lugar tan agradablemente horripilante como éste. Y a ella le correspondió idear esta locura de una semana, en la que varias personas debían permanecer en la finca de la gran dama fallecida durante siete días para cada una heredar doscientos mil dólares. El truco: la casa de ciento cincuenta años estaba encantada. Un fantasma llamado Fred vagaba por los pasillos superiores. Aparentemente, no balanceaba cadenas, ni gemía, ni golpeaba las paredes, pero era conocido por

cantar una ronda de "Little Brown Jug".

Thomas Saturne, el abogado de Manhattan que había supervisado la lectura del testamento, tenía diferentes teorías sobre quién era el espectro de dos metros de altura: a) un forajido del siglo XIX con pistola y látigo que había huido hacia el norte en un intento de escapar a las represalias legales; b) un sirviente lascivo que había cabreado al mozo de cuadra jugando a las casitas con la esposa de éste; c) un vagabundo que se había colado en la casa y se había quedado atrapado en un pasadizo o hueco, o; d) una combinación de todo ello.

La travesía desde Wilmington (Carolina del Norte) había sido agotadora, y sólo había dormido unas seis horas en los últimos tres días gracias a Tom y Ger, que se habían visto repentinamente afectados por la gripe (sí, y había vientos Chinook en Cuba). Tom y Ger eran compañeros de la emisora local de televisión de Wilmington, donde yo trabajaba como meteorólogo. Los locutores de deportes, jóvenes, ruidosos y ensimismados, se salían con la suya porque eran jóvenes, ruidosos y guapos de GQ.

Sí, podría y debería haber tomado un vuelo, pero un viaje en coche prometía más aventura. Y la verdad es que no me gusta volar, no después de haber estado en un avión con destino a Miami que fue alcanzado por un rayo. Decir que fue uno de los momentos más aterradores de mi vida habría sido quedarse corto.

Para mantener la energía en el viaje hasta aquí, había devorado una docena de trufas de chocolate belga y cuatro cocas. Cuando me detuve a estirar las piernas en Greenwich, dos bebidas cremosas con cafeína de tamaño industrial me animaron el paso y me llenaron de energía. Cuatro caminantes, un bulldog francés y dos beagles en el parque Greenwich Point probablemente todavía estaban determinando si la entidad que habían visto pasar era un ave, un avión o una persona que se había bebido un paquete de cuatro de Red Bull.

¿Había mencionado que si los siete invitados lograban permanecer en el curso, cada uno recibiría la misma cantidad? Si uno se marchara antes, su parte se dividiría entre el resto. Si seis personas se iban, la última persona en pie recibiría todo el tinglado. ¿Y si se

van todos? Algunas organizaciones benéficas se lo repartirían todo. ¿Qué tan cinematográficamente fabuloso era eso?

Hablando de cine, en los extremos opuestos de un largo balcón enmohecido había dos gárgolas regordetas. Incluso a cincuenta metros de distancia de la fachada, que parecía un decorado, se podía ver una grieta irregular a lo largo del rostro lascivo de la de la derecha. La de la izquierda parecía aburrida, como si estuviera cansada de estar sentada allí durante demasiadas décadas y, sin embargo, en sus ojos felinos se vislumbraba una pizca de diablura, como si estuviera esperando el momento adecuado para emprender una travesura.

"Oye Floyd", dijo Ojos de Gato con una sonrisa pícara, ”después de todos estos años, mi comentario finalmente te ha hecho reír".

"No fue tu comentario, Marv, es tu cara fea y pétrea". Y se carcajeó estridentemente.

¿Primer acto Dos en una Guillotina debuta en Comedy Central o qué? ”¿Qué os parece, chicos? ¿Jill Fonne anunciadora del tiempo y escritora de comedia?"

Los gemelos respondieron con miradas torvas.

Vale, no hay que dejar el trabajo diurno.

Faltaba una hora para el atardecer civil y el brillante sol que se ponía estaba de un extraño color amarillo ciruela. Tuve que entrecerrar los ojos mientras el Chrysler Sebring se deslizaba a través del resto de un ancho y sinuoso camino de entrada bordeado de arbustos disecados, sauces llorones y crujientes hojas otoñales. Al final se encontraba la enorme casa en todo su asombroso esplendor: un número neogótico de múltiples alas que provocaría escalofríos de alegre expectación a los cazadores de lo paranormal. Sólo faltaba la niebla tan espesa como sopa de guisantes.

Una canción de Bruno Mars anunciaba una llamada en mi móvil mientras me acercaba a un Bentley SI bicolor de 1958. Sin dudas, perteneciente a Thomas Saturne. ¿Quién más conduciría un coche así? No Mathilda Reine, la difunta propietaria de la magnífica

mansión. Siempre le habían gustado los coches deportivos y había tenido unos cuantos en su época, incluyendo un Ferrari 308 GTsi y un Jaguar XKR. Decía que le gustaban los coches como sus hombres: largos y rápidos. Mathilda Reine nunca había sido una persona que tuviera pelos en la lengua.

"Llegas tarde, como siempre. Ya hace un rato hemos almorzado -al que se te esperaba- y también hemos terminado el té. ¿Dónde estás?"

"Es genial ser amado y extrañado. Estaré allí en dos minutos mi pequeño pastel Bundt. Beso, beso".

Mi novio Adwin parecía enfadado. Tenía la costumbre de vigilar siempre su lenguaje porque trabajaba con personas que decían palabrotas y maldecían demasiado; decía que eso hacía que su cabello naturalmente liso se rizara como el de un Bichon Frise. El tipo era todo lo que se puede suponer que es un pastelero (introspectivo, creativo y comprometido) y lo que se puede esperar de un peluquero (que se inclina hacia lo feo). Pero el hecho de haber sido criado por cuatro hermanas mayores y dos tías podía fomentar lo "femenino" en cualquiera.

No era demasiado alto, pero sí delgado como Ichabod-Crane, por lo que resultaba difícil creer que el tipo pudiera inhalar un trozo de tarta de queso y arándanos del tamaño de un bloque de hormigón y tres brownies de caramelo y castañas en una sola sentada. Adwin no era mi tipo, pero llevábamos dos años juntos. Todo el mundo había asegurado que no duraría más de tres semanas, lo que demostraba que la gente a menudo no sabía de lo que hablaba.

Introduje el móvil forrado en piel de cachorro en una guantera atestada de envoltorios arrugados de M&M, paquetes de pañuelos de papel y una gran lata de energía líquida carbonatada. El artilugio inalámbrico había pasado suficiente tiempo pegado a mis oídos y pulgares durante los últimos días y estaba cansada de hablar y enviar mensajes de texto incesantemente, de atender a los egos de los productores y patrocinadores, y de trabajar lo que parecían 24 horas diarias. Y tal vez también estaba un poco cansada de ser meteoróloga, o chica del tiempo, como se expresaban los chicos acerca del programa. No me malinterpreten. A pesar de la apatía

que me había invadido últimamente, me seguía gustando mucho el trabajo, aunque el horario podía resultar pesado en ocasiones. Aunque fuera una persona matutina, las tres de la mañana eran a veces demasiado temprano. Y tipos como Tom y Ger me habían quitado el aliento más de una vez. Sin embargo, ahora que había llegado a Connecticut, me sentía rejuvenecida y extrañamente tentada a comprobar la historia de la casa y sus antiguos habitantes.

Además de informar a los telespectadores sobre las condiciones meteorológicas, también cubría eventos interesantes y divertidos, como ferias, exposiciones de mascotas, inauguraciones de tiendas y centros comerciales, y todo lo que cayera bajo los ámbitos del interés local. Ser meteorólogo tenía sus ventajas, como estar al tanto de las últimas noticias (algunas de las cuales el público nunca llegaba a enterarse), recibir regalos y que la gente te saludara en el mercado como si fueras su prima favorita. En ocasiones, eso sí, podían ponerse nerviosos porque les decían que llevaran un jersey de lana pero no les aconsejaban que llevaran botas impermeables.

Tomé la bebida energética y tragué burbujas calientes con sabor a falsas bayas, haciendo una mueca. Sabor: 0. Vigor: 1. Querida tía Mathilda. La mayoría de la familia Fonne la consideraba una chiflada. Yo siempre la encontré agradablemente excéntrica. Matty, o tía Mat como yo la llamaba, era la hermana de mi madre, una de seis. De mayor a menor teníamos a Mathilda Reine, Rowena Jaye, Ruth June, Jane Sue, Sue Lou y Janis Joy. ¿Crees que los nombres son divertidos? Deberías haber conocido al dúo que los eligió: Jocasta Genvieve y Elmer Finkston Fonne. Mi abuela (la abuela JoGen para la familia) había trabajado los fines de semana en la fuente de soda de su padre, y una pegajosa y dulce tarde de julio las miradas de los perpetuos bromistas se cruzaron en torno a un bidón de cerveza de raíz y el resto, como dice el refrán, fue historia. Mi abuelo pasó los siguientes treinta años como gerente, director general y luego vicepresidente de una empresa especializada en juegos de trucos y artilugios divertidos, muchos de los cuales habían adornado las mantas de la Fonne durante décadas.

A los dieciocho años, la tía Mat había conocido a un extravagante caballero del viejo mundo que se llamaba Reginald Charles Moone IV. A ninguno de los Fonnes les agradó demasiado la relación, sobre

todo porque Reginald Moone era veinte años mayor que ella, pero se casó con él a pesar de todo. Viajaron a Francia por unos meses. Se mantuvo en contacto con un par de hermanas, como mi madre Janis Joy y su hermana Rowena Jaye, y les sacó la lengua (y el dedo) al resto. Tal vez la familia estaba celosa de que ella hubiera encontrado el amor verdadero y/o se hubiera casado con alguien rico; a mí me pareció que se trataba de uvas amargas.

Mamá sólo había visitado a Matty una vez, después de que se rompiera una pierna y un brazo en un accidente de esquí acuático hace veintisiete años, cuando yo tenía cinco. Por aquel entonces vivíamos en Dallas, pero acabamos volviendo a Wilmington, la sede original de los Fonnes, donde mamá abrió un hostal de Cama y desayuno, de "bienestar" con bastante éxito. Cuando terminó la visita de dos semanas y media a Connecticut, volvió con cinco kilos menos y tres tonos más pálidos, y nunca habló del viaje. Incluso se habló poco de "Kooky Matty" y la familia pensó que las dos hermanas se habían peleado, pero los que estaban al tanto (la tía Rowena Jaye y yo) sabíamos que se mantenían en contacto regularmente.

La tía Mat me había escrito a menudo, primero por correo postal y luego por correo electrónico, y me había llamado cada pocos meses a lo largo de los años. Afirmaba que yo era su favorita, aunque nunca explicaba si se trataba de su sobrina favorita, de una persona, de una amiga por correspondencia o para hacer galletas.

¿Los demás que pasaban los siete días en la mansión de Moone -de jueves a jueves para ser exactos- eran también "favoritos"? Tenían que serlo o sino ¿por qué habrían sido invitados? Estaba la prima Reynalda, la única hija de la tía Rowena Jaye que, como había mencionado, también había mantenido contacto con la tía Mat, pero en menor medida. Rey era una mocosa temperamental y una aspirante a actriz, radicada en California en esos días, por supuesto. Empezó como bailarina de drupa en un anuncio de zumo de frutas y le siguieron actuaciones como jamona, tomate y viuda. Pasó a hacer pequeños papeles en películas de serie B y actualmente interpreta a una zorra intrigante en una serie dramática de segunda categoría sobre una rica ciudad del norte de California invadida por hombres lobo y zombis. En nuestros años de juventud, cuando nos

llevábamos bien, lo hacíamos de maravilla; cuando no, las garras se alargaban y el cabello volaba. En la última década nos habíamos llevado bastante bien, probablemente porque habíamos madurado lo suficiente como para hacernos de oídos sordos a los irritantes comentarios del otro. El hecho de que sólo nos viéramos unos pocos días al año probablemente tampoco nos perjudicaba.

El testamento de la tía Mat había estipulado que Reynalda hiciera asistir a Linda Royale, su mejor (e inseparable) amiga desde hacía seis años. También había especificado que llevara a mi novio, Adwin Byron Timmins. La noche anterior había tomado un vuelo de ida y vuelta, ya que yo había tenido que entregar los resúmenes deportivos de las seis y las siete de la mañana para Tom, que probablemente estaba en alguna playa con su morena del mes. La tía Mat había hablado con Adwin en algunas ocasiones y siempre habían parecido llevarse bien, quizá demasiado bien; más de dos veces había tenido que arrancar el teléfono de los huesudos dedos de Adwin. ¿Y por qué nunca se había reído tanto de mis chistes?

Otros miembros de la tripulación de la Extravagancia de Siete Días eran el cuñado de la tía Mat, el abogado londinense Jensen Q. Moone, vecinos y amigos de toda la vida, los hermanos Prunella y Percival Sayers, y Thomas Saturne, el probable propietario del Bentley. También se sumó al viaje, y posiblemente para garantizar que todo funcionara sin problemas gracias a su sólido y sensato sentido de los negocios, la amiga de muchos años de la tía Mat, May-Lee Sonit. Analista de negocios de éxito convertida en propietaria de una tienda de antigüedades, una mujer atractiva con una piel suave del color de un Frappucino de Starbucks. El Flautista de Hamelín había florecido desde el día en que abrió las brillantes puertas de la tienda, de color rojo arándano, en 1999. Su clásico conjunto azul marino y dorado susurraba, no, gritaba, "lo estoy haciendo muy bien".

Había una criada y un mayordomo que llevaban con mi tía prácticamente desde que llegó a Connecticut, lo que los hacía bastante viejos en mi opinión, y una cocinera que llevaba más de diez años a su servicio.

¿Se habría asegurado la tía Mat de que los esqueletos, los de verdad, estuvieran metidos en los armarios? ¿Habría colocado

manos y cabezas de goma cortadas en cajones y armarios? ¿Habría necrófagos y fantasmas luminiscentes mirando a través de los espejos y las ventanas? ¿O sería Fred el único espíritu? A la dulce anciana siempre le habían gustado los fines de semana de misterio y asesinatos y los grandes finales, hasta el punto de que se había asegurado de morir con una explosión. La sexagenaria murió con un espléndido desvanecimiento en una ópera: La Mascarada de Carl Nielson. Podría haber pensado en una Scarlet O'Hara desmayada mientras caía con gran delicadeza por un balcón y aterrizaba con tanta gracia en el regazo de un neurocirujano atónito. Se había asegurado de que su funeral -extravagantes arreglos florales, admiradores y curiosos bien considerados, y música interpretada por una orquesta de veinte músicos - fuese igual que un servicio conmemorativo de los Kennedy o los Rockefeller. Un notable actor shakespeariano, uno que había preferido mantener su nombre fuera de los titulares (por el episodio de los estiletes y el champán, quizá), pronunció los detalles de su testamento con el corazón y el alma del Rey Lear mientras Thomas Saturne se había fundido en una pared lejana con un gemido y una mueca. Sin embargo, esta semana que viene tenía que ejecutar la obra maestra.

Empezaba a sospechar que este mini viaje no iba a ser tan malo después de todo. De hecho, podría acabar siendo muy divertido. Por lo menos, el tiempo de inactividad –que últimamente era muy escaso- estaría más que bienvenido.

Observé la estructura de piedra gris que no parecía pertenecer a este lado del Atlántico y respiré profundamente dos veces, apagué OneRepublic y el coche, e introduje los guantes y la bufanda en un bolso. Agarrando un ordenador portátil y dos bolsos Burberry, subí los estrechos escalones que conducían a las puertas de color negro ébano. Una aldaba con forma de cabeza de dragón descansaba a la altura de la barbilla. ¿Qué? ¿Nigún ojo inyectado en sangre mirando por la mirilla? ¿Ningún sirviente repugnantemente repulsivo que se cerniera más allá de las cortinas de encaje que cubrían la ventana ovalada a la izquierda de las puertas? Qué decepción. Si conocieras a la tía Mat como yo la conozco, habrías esperado algo dramático y exagerado.

2

CAMINA POR ESTA SENDA

La pesada aldaba de latón sonó como un tom tom y el "thump-thump-thump" resonó por toda la enorme vivienda como si los sonidos hubieran sido amplificados por un altavoz.

Un sirviente trajeado de mayordomo eduardiano abrió la puerta. Su rostro estaba tan curtido como los arbustos y los árboles, y sus manos, aunque cubiertas por guantes de algodón blanco, parecían delgadas y de la mitad del tamaño que deberían tener. Quizá se habían encogido con el lavado (las manos, no los guantes).

Comenzó a inclinarse. Si el anciano se inclinaba demasiado, se derrumbaría como un árbol joven arrastrado por el viento. "Señora".

¿Era esto parte del acto? Vale, picaré. "Señor, soy Jill Jocasta Fonne, la sobrina de Mathilda Reine Moone."

"Llega tarde". Los ojos, planos y oscuros como los de un buitre, miraban largo y tendido, pero su rostro, al igual que su tono, no revelaba ninguna expresión. Bien podría haber dicho: "Vaya, pero el tiempo es terriblemente agradable para esta época del año".

Sonreí y me encogí de hombros. ”Tomé hacia la izquierda en lugar de a la derecha en…"

"Pase". Señaló el vestíbulo, que era grandioso, lleno de mármol negro y dorado, y con una estatua de un dios griego anodino situada entre dos grandes espejos rectangulares, adornados con rosas aureadas. O tal vez era romano. En cualquier caso, era feo. Ni siquiera tenía un bonito…

"Deje sus maletas junto a los espejos y sus llaves en la balaustrada. Me encargaré de que su coche sea atendido. Pase por aquí”.

Tuve la tentación de recrear una escena de comedia clásica y caminar como él: con los hombros encorvados y una pronunciada cojera.

Ingresamos a un gran salón o sala que podría haber albergado a los personajes de Sir Arthur Conan Doyle. Con el carmesí, el castaño y el oro viejo como colores predominantes, y pesadas telas de terciopelo y damasco. Los muebles de influencia victoriana y eduardiana estaban situados sobre y alrededor de una inmensa alfombra persa que cubría tres cuartas partes de un suelo de madera oscura. Olía ligeramente a sándalo, fresco y cálido, no tan fuerte como el incienso, sino sutil como una colonia masculina de buena calidad. Sobre una chimenea exquisitamente tallada, de proporciones de Ciudadano Kane, colgaba el retrato más grande que jamás había visto: los retratos de Mathilda y Reginald Moone, pintados décadas atrás, eran impecables.

Ella lucía feliz. Extasiada, en realidad. Y joven. No más de treinta años. Una gargantilla compuesta por grandes diamantes y zafiros decoraba un largo y delicado cuello. Trajeada con un vestido de crepé de seda azul celeste sin hombros y largos guantes blancos, tenía el rostro y los rasgos de una bailarina del Bolshoi: delgados y exagerados, y exóticos. Su cabello era muy parecido al que había visto en una foto que publicó en Facebook hacía ya tres años -rubio como el trigo y espeso-, pero en lugar de enroscarse alrededor de los hombros como en los últimos años, lo llevaba a la manera de Jane Mansfield en Too Hot to Handle.

Reginald parecía tenso. O bien no le gustaba posar o no se sentía cómodo con el elegante esmoquin y el sombrero de copa. Posiblemente ambas cosas. El hombre era guapo, como Clark Gable (tenía las mismas orejas), pero tenía unos ojos inusualmente oscuros. Los míos habían sido descritos como de color negro, pero los suyos eran tan oscuros y cavernosos como abismos. Parecía como si uno pudiera ser absorbido por ellos hasta el punto de no poder escapar. En la base de una nariz griega había un bigote de Dick Dastardly (largo y delgado como un lápiz), negro como la cabeza llena de cabello ondulado que coronaba una cara esférica. La única palabra que me vino a la mente: espeluznante. Nunca había conocido ni hablado con el hombre que había muerto cuando yo

tenía veintitrés años. Mamá y sus hermanas rara vez lo mencionaban y mamá nunca había tenido fotos de él, de lo contrario habría recordado esa cara. Lo único que sabía de él era que había comerciado con antigüedades.

"Por deseo de tu tía, siéntete como en casa. Beatrice, nuestra doncella, vendrá enseguida".

Me di la vuelta para encontrar al mayordomo cojeando apresuradamente hasta perderse de vista.

Adwin se levantó de un largo sofá que parecía recién tapizado en terciopelo color castaño. Había sido arreglado para la ocasión, lo que en este caso significaba unos pantalones negros de algodón en lugar de unos vaqueros y un jersey marrón nuez de punto de cable en lugar de una sudadera con capucha. Se quitó las gafas Nike de forma cuadrada, se adelantó, me agarró por la cintura y me rozó la frente con sus finos labios. No era el tipo más romántico -excepto el día de San Valentín, cuando hacía los más increibles regalos -, pero era mío. "¿Cómo está mi pequeña tarta de mantequilla?"

"Es Jilly. Siempre ha sido una chica muy buena, siempre sabe lo que pasa. Siempre fue una chica más sana". La prima Reynalda cantó la introducción o el saludo, o lo que sea, de "Cornflake Girl" de Tori Amos. Estaba segura de que nunca volvería a escuchar esa canción de la misma manera.

Con una sonrisa y una copa en la mano, la larguirucha mujer estaba de pie junto a un aparador de caoba de principios del siglo XIX que también servía de barra. Con su metro setenta de estatura, ya era alta, pero con aquellos tacones de diez centímetros tan finos sobresalía por encima de todos los presentes. El vaso con hielo contenía centeno y jengibre, sin duda; le gustaba esa combinación desde el día en que descubrió los clubes nocturnos y los salones. En la última media década, Rey había perdido seis kilos y una nariz aguileña, y en lugar de llevar el cabello lacio de color arena en la espalda, lucía una corta melena platino en punta. Las gruesas gafas que llevaba desde los ocho años habían desaparecido y los ojos verde hierba brillaban en lugar de los gris ceniza. Es curioso, nunca me había fijado en lo redondos que eran. La mujer tenía un aspecto estupendo, un ejemplo de que la gente podía cambiar, al menos

físicamente. No estaba tan segura de si la espinosa personalidad hubiera mejorado.

Su mejor amiga, Linda Royale, llevaba unos vaqueros de diseño idénticos a los de Rey y un ajustado jersey de lana de color grosella que dejaba ver unos brazos bien tonificados, pero que no hacía mucho por la piel de tono crema ni por los intrigantes ojos almendrados de color latte. De pie junto a una lámpara alta y antigua, su cabello ondulado y largo hasta la barbilla estaba parcialmente cubierto por una pantalla de cuentas de pana dorada. No parecía lo suficientemente ebria como para querer hacer un baile con la pantalla, así que tal vez intentaba pasar a un segundo plano. Parecía un poco incómoda, como si no estuviera segura de estar aquí. O tal vez no tenía ganas de enfrentarse a fantasmas cantantes y sirvientes hoscos durante los próximos días. O tal vez no le gustaba la bebida que había estado bebiendo. Parecía una sustancia espesa y roja, el placer líquido de Nosferatu. Nada como para crear ambiente. La cena probablemente consistiría en pasta con forma de fantasma y pralinés de ojos.

"¿Qué puedo ofrecerte?" preguntó Adwin, acercándose al aparador.

Señalé el oporto de Linda. "¿Es O-positivo o AB-negativo?"

"B+." Los labios abotonados de Linda formaron una sonrisa divertida. "Más o menos como el propio oporto. Un pequeño y agradable número, no del todo perfecto A+, pero aún así demasiado dulce para este amante de la cerveza rubia".

Me reí, contenta de ver que Linda había desarrollado el sentido del humor; había que tener uno sirviendo de compañera a Reynalda Fonne-Werde.

Un gato negro de pelo corto me sorprendió cuando frotó su largo y corpulento cuerpo a lo largo de mi pierna y luego se dejó caer sobre mi pie. Vaya, vaya. Este peludo no era un peso pluma. ”¿Quién eres tú?"

"Fred", respondió mi primo en nombre del felino. "Ahora es el dueño oficial de la casa".

"¿No es Fred como en 'Fred el Fantasma'?"

"Fred como en Fred Frou-Frou Fat Cat". Arqueó un par de veces las cejas fuertemente delineadas.

"Como la tía Mat". Miré del gato a ella y viceversa. "Oye, Gato Gordo, me estás aplastando los dedos de los pies".

Adwin, caballero blanco y amante de todas las cosas peludas y no humanas, acudió al rescate; Fred encontró un nuevo lugar de descanso en una otomana de terciopelo negro y dorado.

Percival y Prunella Sayers se pusieron de pie y todos empezaron a hablar animadamente. Intercambié una mirada divertida con Adwin mientras aceptaba una copa de Shiraz, mi bebida preferida, y me sentaba en el borde de una chaise longue victoriana con marco de caoba que podría haber adornado un vestíbulo del castillo de Windsor en aquella época.

Mi novio se acomodó a mi lado y me pasó un delgado brazo por los hombros. Me acomodé, contenta de observar la extraña colección que teníamos ante nosotros. Observar a la gente e imaginar lo que pasaba por sus mentes era algo que me gustaba hacer, y este grupo ciertamente estaba estimulando mi imaginación. Sin duda, este iba a ser un evento interesante, si no instructivo.

3

¿EN QUÉ ESTABAN PENSANDO?

A pesar de que nunca había escrito guiones de cine o televisión, sí había redactado algunos especiales de cinco y diez minutos, principalmente sobre viajes nacionales y consejos de salud y belleza. Pero la idea de ser guionista de cine siempre ha estado presente en mi mente, como la cicatriz producto de una caída del manzano familiar durante la infancia. La creación de un guión "mental" ocurría en los momentos más extraños… como ahora.

REY

(mirando a su primo por encima de su bebida, pasando un largo dedo por el borde)

¿Por qué las bolsas bajo los ojos de Jilly? ¿No ha escuchado hablar del corrector?

No ha perdido ese aspecto artístico que ha tenido durante demasiados años. Mira todo ese negro: pantalones, cuello de tortuga y esas extrañas botas-zapatos. ¿Cree que está en el Outback? Al menos se ha librado de la "chica gótica". Hace veinte años ya era demasiado equilibrada para cumplir ese rol, y ahora no parece muy diferente.

Fue una inteligente decisión dejarse crecer el cabello hasta los hombros y ponerle reflejos burdeos a ese cabello negro como el cuervo. Ahora bien, si sólo añadiera color a esos pómulos altos y a los labios de Angelina Jolie.

(sorbos pensativos)

¿Qué pasa con ese Adwin? Ella obviamente volteó la cabeza. Es un poco lindo: Justin Bieber conoce a Criss Angel. Así que no es una pareja perfecta, pero al menos están juntos. Aparte de un puñado de aventuras de dos semanas, no he tenido una relación en tres años. Linda dice que soy muy exigente, muy nervioso y de alto mantenimiento. Al diablo con eso. ¡Soy una actriz, por el amor de Dios! Mis tres ex - picaportes - no aprendieron eso lo suficientemente rápido.

LINDA

(mirando hacia el puerto)

Debería haber optado por el centeno y el jengibre como Rey. ¿Quién necesita una sobrecarga de azúcar líquido fortificado? Maldita sea. Cuando Rey había dicho ”diversión en el pintoresco Connecticut", esperaba galerías y tiendas y restaurantes, no un campo adormecido y una mansión estirada. Cielos, el lugar huele como si alguien hubiera muerto aquí. Oye, espera un segundo. ¡Lo hicieron!

MAY-LEE

(mirando con cautela de Percival a Prunella)

Esto promete ser un asunto intrigante, especialmente con los Sayers: Miss Nutbar y Mister Weird.

ADWIN

(colocándose nuevamente las gafas)

Preferiría estar perfeccionando mi último pastel de mousse: sorpresa de bayas de acai-goji.

Tal vez debería llevar menos coñac la próxima vez.

(mira a Jill)

Parece estár falta sueño, lo que significa que dará otro nuevo significado a la palabra "perra".

PANORAMA. BEATRICE LA CRIADA atraviesa la habitación como si pesara trescientos kilos en lugar de cien y empieza a sustituir una botella vacía de Shiraz australiano por otra nueva. THOMAS SATURNE la toma antes de que toque el aparador.

Thomas, cuyos ojos son tan oscuros y brillantes como la capa de Bela Lugosi, rellena su vaso mientras PERCIVAL SAYERS intercambia una mirada con su hermana, PRUNELLA SAYERS, y luego la observa pasearse hasta el aparador para reponer whiskies y gaseosas.

THOMAS

(mira con circunspección a su alrededor)

Qué larga y lúgubre va a ser esta estancia. Maldita sea, ¿por qué Matty me hace participar en estas travesuras? Soy demasiado viejo para esto, y demasiado profesional.

La mujer siempre había sido un ala-ding y eso me gustaba bastante de ella. Era el cereal de la cosecha de frutas a las gachas insípidas cuando se trataba de los clientes perpetuamente aburridos con los que he tenido que tratar.

Thomas se afloja la corbata, se rasca el cuello enrojecido y se sienta en una de las dos sillas con brazos de tela. Mira a un hombre que entra en la habitación.

THOMAS

Al menos hay una persona con la que puedo relacionarme: Jensen Moone. Me recuerda al Dr. Abraham Van Helsing. Tal vez sea esa mirada melancólica o atormentada que tiene, como un hombre de gran conocimiento y experiencia que ha sufrido más de lo debido durante el último medio siglo o algo así. O tal vez sea ese enorme crucifijo dorado que sobresale de esa camisa rígida. Es extraño. ¿Qué tiene esa cara? Eso es. Parece que se pasa todo el día chupando ciruelas -sin duda, resultado de la estirada esfera jurídica londinense-, pero al menos podemos hablar de derecho.

JENSEN

(asiente a Thomas y reclama su bebida de una larga repisa de mármol)

Ese hombre es demasiado malhumorado, como un viejo tío soltero

melancólico atrapado en un sombrío hogar de posguerra, y come demasiadas Bubble'n'Squeak por el aspecto de esos tubos alrededor de su vientre. ¿Y por qué no se ha aplicado ungüento en esas extrañas manchas del cuello y la cara? Está sentado ahí rascándose como un mestizo infestado de pulgas. No, mejor dicho, como una morsa.

Si el tipo no va a llevar trajes hechos a medida, podría hacer un esfuerzo por planchar y coordinar su atuendo listo para usar. ¿En qué estaba pensando el hombre cuando metió esa camisa azul cielo demasiado pequeña en esos pantalones marrones? ¿Y dónde compró esa horrible corbata marrón y crema? En Marks & Spencer… ¿en 1974?

(asiente a Prunella, que pasa con una sonrisa recatada)

Ahora hay una mujer llamativa. Bien formada. Enérgica. Más bien Laura Ashley, sin embargo, para alguien de sus años. La larga trenza y los Birkenstocks deben desaparecer. Pero llamativa, sin duda.

PERCIVAL

(notándo la mirada apreciativa de Jensen)

Tendré que vigilarlo. Prunella es demasiado bonita y demasiado ingenua para su propio bien. Es mejor que mantenga la vista en sus amigos emplumados y se quede con sus socios del Gremio Plume & Bill. El cuñado de Matty es demasiado rico y sofisticado, y demasiado serio para su propio bien. El Sr. Abogado de Londres parece chupar limones - no, mejor dicho, ciruelas- todo el día y sufrir las repercusiones de ello. Mierda. No puedo esperar a que estos siete días acaben.

PRUNELLA

(le entrega a su hermano un vaso con una enorme sonrisa)

Esto va a ser muy divertido, lo sé. ¡Matty siempre organizaba fiestas para morirse!

PERCIVAL

(sonríe alegremente y se toma la bebida)

---

mierda.

4

LA CAMPANA PARA LA CENA DE LOS TOLLETH

Aunque la excéntrica anfitriona estaba ausente, la cena abarcaba lo estrafalario. Alrededor de una larga mesa de comedor rectangular de caoba se habían colocado tarjetas con los nombres en negro hematita con impresiones plateadas en forma de pergamino, pero todo el mundo se simulaba ser analfabeto y se sentaba junto a aquellos con los que se sentía más a gusto.

La difusa iluminación estaba a cargo de dos candelabros plateados adornados que yacían sobre la mesa, dos candelabros victorianos de pie en la esquina más occidental, una lámpara de araña de hierro forjado de cuatro brazos suspendida en el centro de una sala inusualmente estrecha y cuatro apliques de latón en dos tonos sobre la pared. Salvo los apliques, las velas de color rojo plasma ardían con fuerza en todos ellos.

La cubertería era de estilo americano y la vajilla debía estar hecha especialmente para la ocasión. O para Halloween. La combinación de colores volvía a ser negro hematita y plata y el motivo era el ectoplasma. ¿Qué otra cosa podría ser el diseño de la sustancia protoplásmica en el centro de los platos? Bueno, tal vez un banco de niebla de San Francisco. Pero si consideras que las servilletas de lino negro estaban aseguradas por pequeños lazos en lugar de servilleteros, bueno, ectoplasma debía ser.

Si no lo supiera, habría apostado unos cuantos dólares a que la tía Mat estaba al acecho detrás de uno de los paneles de grano oscuro que cubrían tres paredes. Habría apostado también a que, si desviaba la mirada, en uno de los seis cuadros de paisajes aparecerían unos brillantes ojos marrones pelirrojos que se lanzaban a una velocidad ciclónica; o que los ojos de una de las varias cabezas de animales de la pared del fondo centellearían alegremente. En realidad, olvídate de eso. Si estuviera por aquí,

probablemente se ocultaría detrás de uno de los grandes y coloridos platos cuadrados y rectangulares que cubren el bonito aparador de estilo italiano (posiblemente de aliso, pero qué sabrá la reina de los muebles suecos de bricolaje). La enjuta Beatrice levantaba uno y justo allí estaba ella, sonriendo y gritando: "¡Sorpresa! La yema la tienes tú".

Salvo por las fuentes retro, los muebles y los colores eran del viejo mundo, bonitos en su día, pero cansados y recargados ahora. A la tía Mat nunca le había agradado lo moderno, pero tenía gustos eclécticos y a veces subidos de tono. Faltaban capas de burdeles decimonónicos de rojos, negros y morados, y terciopelos y satenes.

Beatrice hacía su trabajo pesado y sus pesados zapatos ortopédicos marrones resonaban "clop-clop-clop" sobre el reluciente suelo de madera. La palabra "elegante" no estaba en el vocabulario de esta mujer. Sirvió más Chardonnay en pesadas copas multicolores que recordaban a un cuadro abstracto de Kandinsky… que había salido mal.

Todo el mundo estaba vestido con trajes de noche, del tipo más apropiado para un club de baile que para una buena cena familiar en un castillo local. Parecía que las mujeres nos habíamos enviado mensajes telepáticos por el largo pasillo del segundo piso: hazlo con estilo y/o con brillo y de color rosa. ¿Qué aterrador fue eso?

Habíamos terminado los platos de sopa y ensalada, de setas y champiñones respectivamente. Debía haber una rebaja en los botones del supermercado. O tal vez habían sido recolectados en una granja local. No era difícil imaginar a Porter, el cocinero de la casa, dando vueltas con una gran cesta de mimbre, echando un ojo crítico a los hongos comestibles. El hombre, que era tan redondo como un tipi y casi tan alto, amaba su comida tanto como ella lo amaba a él. Porter, por cierto, no era su verdadero nombre; la tía Mat decidió que era mejor como nombre de cocinero que Ralph.

"Entonces, May-Lee, ¿qué opinas? ¿Nos encuentras un grupo educado y civilizado en esta hermosa tarde de noviembre?" Prunella se rió, tocando un largo colgante de oro con forma de garra de ave que había llevado antes. Las garras estaban decoradas con pequeños diamantes y el colgante, al igual que la gruesa cadena de cuerda,

parecía antiguo y costoso. A la tía Jane Sue, una entusiasta de las aves como Prunella, le habría encantado la costosa pieza antigua. Ella introdujo en el mundo de las aves cuando tenía diez años, y aunque había aprendido algunas cosas sobre las criaturas emplumadas, nunca había desarrollado la misma pasión.

La dueña de la tienda de antigüedades sonrió con una bonita sonrisa, mostrando unos pequeños dientes nacarados. "Por el momento, Prunella querida. Por el momento".

"¿Por qué no habríamos de comportarnos o ser civilizados?" preguntó Linda con curiosidad por encima de su copa de vino.

La sonrisa de May-Lee se convirtió en una sonrisa de diva. "El querido Matty es conocido por entretener a invitados de… curiosos ámbitos de la vida".

Me sentí tan confundida sobre como lucía Linda, pero decidí mantenerme al margen de cualquier extraño cara a cara que las dos damas estuvieran protagonizando.

Adwin me miró y me encogí de hombros. Se acercó y susurró: "¿Soy yo o hay tensión?".

"Hay tensión", susurré a su vez. "Pero, ¿se debe a los celos, a la rivalidad o a la simple aversión mutua?

Cruzó los ojos como respuesta y tomó su vino.

"¿Qué va a hacer cada uno con su parte?" Preguntó Rey, jugueteando con un fino tirante fucsia que insistía en caerse de un hombro delgado, con los ojos vidriosos por dos tragos de tres onzas tirados durante los últimos veinte minutos. ¿Pero quién llevaba la cuenta?

Esa pregunta iba a surgir en cualquier momento. Agité la mano como un estudiante demasiado entusiasta. "Yo montaría mi propio negocio…"

"Te refieres a tu propia estación meteorológica", dijo Adwin agitando una barra de pan con semillas de sésamo incrustadas. (¿Fue mi imaginación o asemejaba a un miembro cortado?)

"No, en absoluto. Produciría uno de los guiones que siempre he considerado escribir. Hay cuatro flotando en mi cabeza. Uno de ciencia ficción, una comedia y dos dramas. El dinero ayudaría a hacer realidad un futuro creativo".

Predecir el clima no había sido mi elección profesional inicial. Había estudiado cine durante dos años, de ahí el interés por la escritura de guiones, sin embargo, decidí que los egos que suelen congregarse en esa industria serían demasiado para soportarlos durante mucho tiempo. Pensando que sería mejor salvar el mundo, proteger las especies en peligro de extinción y contribuir a acabar con el calentamiento global, dedicándome a los estudios medioambientales. Era un pensamiento noble que nunca se materializó. En su lugar, conseguí un trabajo de administración en una emisora de cable local para poder pagar los préstamos estudiantiles. Dos años más tarde dejé de estar detrás de un escritorio para ponerme frente a una cámara.

Vi cómo Beatrice calocaba una cesta de bollos crujientes con forma de seta delante de Adwin. La expresión perpetuamente agria (que no hacía nada para realzar un rostro incapaz de botar mil barcos pero que bien podría hundirlos), transmitía que tenía mucho que decir si alguien la escuchaba. ”También viajaría a las Islas Galápagos por un par de meses".

"¿Con doscientos mil?", farfulló mi primo. Evidentemente, Beatrice no era la única presnte sin gracia.

Adwin sonrió y tomó un bollo. "A Jill le encantan esas tortugas -"

"Tortugas".

"Lo que sea. Le encantan esos seres verdes con caparazón que se mueven como si estuvieran bajo los efectos del Diasepam".

"Eso es genial". Linda.

"En realidad, eso es muy caliente - como en caliente tropical y no Miley Cyrus caliente". Emuló una pose seductora más femenina y creíble que cualquier pose de modelo que hubiera visto.

Era tentador agarrar las perillas de mantequilla con forma de puercoespín dormido o erizo de mar -redondas y con púas – y arrojárselas a mi consorte, pero probablemente las atraparía entre esos labios finos pero sensuales y emitiría un grito de victoria. Tal vez la mantequera de plata con forma de mortero de boticario antiguo tendría un mejor efecto. La tomé e imité un lanzamiento.

Adwin fingió agacharse.

"¿Y tú, novio de Jilly?" preguntó Rey, con los ojos brillantes y no necesariamente de alegría. Sirvió dos pequeñas esferas de hielo de un diminuto cubo de plata en su vaso.

"Me iría solo y montaría mi propio restaurante, y le pediría a Jill que se mudara conmigo", declaró.

"¿Con doscientos mil?", farfulló mi primo, sonando como un quemador de propano encendido en un globo aerostático.

Me vi introduciéndome una de esas esferas de hielo a través de un delgado orificio nasal en cualquier momento. ¿Mudarme contigo? Seis manzanas separaban nuestras casas, y con nuestros locos horarios y peculiares inclinaciones, vivir juntos simplemente nunca había sido un tema de conversación. Por supuesto, era muy probable también que ambos tuviéramos aversión a los compromisos y las concesiones.

”Compraría una casa de campo para mí, mi hermano y mi hermana para que pudiéramos pasar tiempo juntos durante el verano y el otoño, y las vacaciones", comentó Linda. "Y volvería a estudiar".

"¿Con que fin?", resopló mi primo.

Adwin me tomó la mano cuando alcanzaba la cubitera y me lanzó una mirada adusta.

Suspiré y bebí un trago de Chardonnay como si fuera Gatorade y yo un boxeador que acababa de culminar diez asaltos. Esa Beatrice te tiene que encantar. Hizo que me rellenaran el vaso en el último trago.

"Periodismo. Y quizá algún tipo de curso forense". Ni se inmutó lo

más mínimo por las burlas de su mejor amiga. La pobre estaba probablemente acostumbrada a ello.

Mi primo puso cara de ”sí, claro, lo que sea". "Me haría un cambio de imagen total y me pondría un entrenador. Y también compraría un extenso nuevo vestuario".

Farfullé. ”Qué…"

Ejerciéndo cómo guardián de la paz, Adwin apretó mi muslo y me lanzó una fugaz mirada de "juguemos". ¿Qué hay de malo en una pequeña e inofensiva pelea entre primos?

”Podría ser divertido", dijo Prunella, con aire pensativo. "Pero ya hago suficiente ejercicio haciendo senderismo y esgrima. No, no podría malgastar el dinero en tales extravagancias. Tendría que mantener mis santuarios de aves y asuntos así".

"Qué caritativo", arrulló Rey, cruzando los ojos cuando Prunella se dio la vuelta.

"Y tú, muchacho, apuesto a que finalmente te mudarías a Irlanda y comprarías un pequeño terreno para criar ovejas y cultivar Campanula rotundifolia y Globeflower", dijo Prunella con un mal acento irlandés-inglés, dándole a su hermano un juguetón empujón en el hombro.

”Sí, y tú vendrías conmigo", sonrió él, agarrando su mano delgada y quemada por el sol y apretándola. Él también tenía acento, pero lo tenía desde mi llegada. A diferencia del acento que acababa de usar su hermano, el de Percival era consistente -y falso-, pero encajaba perfectamente con su aire afectado.

May-Lee soltó una especie de gruñido, o tal vez el vino había viajado por el pasillo equivocado. Ofreció una rápida sonrisa y apretó con una servilleta los labios de Joan Crawford: llenos, bien definidos y de color rojo prímula.

A la tía Mat le gustaban las personas extrañas, como había señalado May-Lee, y estos hermanos no podían ser más extraños. El vello de la nuca se me erizó como si hubiera sido velado por un rocío

marino ártico.

Thomas casi esbozó una sonrisa. Eso debió doler.

”Qué hay de ti, May-Lee querida-querida?" preguntó Prunella con una sonrisa azucarada. "Has estado inusualmente callada toda la noche".

May-Lee imitó la sonrisa. "Creo que me gustaría participar en una expedición de caza de urogallo y/o perdiz. Siempre he querido experimentar la emoción de una cacería bajo varios tipos de cobertura, con un flusher o un pointer a mi lado. Qué divertido".

La hermana de los Sayers palideció y dio sorbos apresurados de agua.

"¿Y tú, Jensen?" preguntó Rey, inclinándose hacia adelante para mirar al abogado sentado al final de la mesa, cortando un enorme trozo de mantequilla helada. Le daba puntos por intentar involucrar a todos los miembros del grupo.

Dejó el cuchillo de la mantequilla a un lado y sonrió con fuerza. "Le compraría a la compañera una pulsera de diamantes y un viaje de tres meses a Brasil, un país que siempre ha querido visitar".

Para quitármela de encima, le imaginé añadiendo si estaba sentado en una mesa con amigos íntimos. Algo en la forma en que sus ojos verde alga, con forma de gominola, se oscurecieron, sólo por un parpadeo, sugería que no era amor lo que sentía por la mujer. Su acento inglés de la reina era impecable, pero más de tres décadas en Inglaterra se prestarían a ello; también lo harían las lecciones de elocución y un sincero deseo de presentar una imagen perfecta.

Thomas, sentado en el lado opuesto al de Jensen, saludó con la cabeza a Beatrice y Hubert, que habían entrado con bandejas de plata. Salvados por la cena. Casi se podía escuchar el "uf" del carnoso hombre mientras masticaba metódicamente un considerable trozo de bollo untado con mantequilla y se dedicaba a tocar un grupo de pequeñas manchas rojas en la base de una de sus orejas. Había adquirido más marcas desde el final de la tarde y era el anuncio perfecto para la "Muerte Roja" de Poe. Al mirarlo me

dieron ganas de rascarme y le pregunté a Hubert si había loción de calamina. No la había.

El filete de falda, las patatas festoneadas y las setas salteadas mantuvieron el tema de las setas constante. El postre era una mousse con forma de seta que sabía vagamente a, bueno, sí, más setas. "Curioso" fue lo que sugirió el fruncido ceño de Adwin mientras el espeso postre frío se deslizaba por su exigente lengua.

Con suerte, Porter tenía otros motivos e ideas en mente para la semana. ¿O era esto parte de la prueba: cuánto tiempo podía alguien comer hongos preparados de cinco docenas de formas antes de gritar "¡basta!" y correr hacia una noche negra como un cuervo?

5

HECHO… COMO LA CENA

"El hombre no se ha movido desde que nos sentamos aquí". Prunella frunció los labios de color rosa salmón y miró por encima de su jerez a Thomas Saturne. ”Pensé que estaba distante o meditabundo. ¿Seguro que está muerto? ¿Cómo puede saberlo?"

El abogado estaba tumbado sobre un reposabrazos del sofá del salón, con los labios distendidos y ligeramente separados y los ojos sin ver muy abiertos. Las babas resbalaban por una barbilla puntiaguda.

Una vez más, Poe acudió a su mente y las estruendosas palabras "salpicado del horror escarlata" se abrieron paso a través de un dolor de cabeza en desarrollo. Las marcas rojas se habían oscurecido, intensas y definidas desde la cena. Parecía que una mano inexperta o ebria, había utilizado un rotulador rojo permanente para convertirlo en un dibujo de conectar los puntos. O tal vez era que se había vuelto más pálido y las marcas simplemente parecían más pronunciadas. En cualquier caso, lucía dolorido, y más hinchado que nunca con esa grasa alrededor de susección media. Se parecía a Tinky Winky, el Teletubby favorito de Adwin (había algo en los juguetones "tubbies" que nunca había dejado de entretener a mi pequeño bollito de vainilla).

"Muy muerto, opinaría yo", murmuró Percival, presionando cautelosamente la muñeca y el cuello del hombre.

"Maldita sea". Sentada ante una enorme hoguera que siseaba y escupía, Linda siguió chupando una botella de Harpoon Belgian Pale Ale.

"Dang", coincidió la prima Reynalda, sirviendo un whisky de centeno y jengibre y acercándose a una mesa auxiliar sobre la que

había dos grandes jarrones de cerámica de color blanco huevo con dos docenas de dalias cada uno, negras. (La tía Mat tenía que estar más allá de las paredes.) Bebida en mano, se quedó observando con los ojos entrecerrados; una forense en ciernes preparada y dispuesta a asumir las responsabilidades requeridas del trabajo, o una actriz lista para lanzarse al papel de su vida.

La lluvia hacía retumbar el techo como si fuera un instrumento de cuerda. Monótona e interminable, la representación era tan plana como una hoja de nopal recién limpiada. Llevábamos una hora en la habitación, escuchando truenos lejanos, embriagándonosmás de lo que habíamos estado al final de la cena, mordisqueando pralinés caseros con forma de nalgas o pechos zafios, según la perspectiva. Hechos de chocolate agridulce y con un centro crujiente de turrón y nueces, era difícil no desear devorarlos a puñados. Incluso Thomas había chupado un caramelo cuando nos sentamos por primera vez, emitiendo un extraño sonido mmm-yumm-numm tan poco habitual. Luego se había retirado y se había quedado callado y solemne.

Rey, Percival y yo habíamos charlado amistosamente sobre nada en particular mientras Adwin escuchaba con una sonrisa alegre y una copa de Pinot Noir siempre llena. May-Lee había tomado notas en un diario encuadernado en cuero y el resto se había refugiado en libros electrónicos y revistas. Lo siguiente fue un grito ahogado, como el de alguien que sabe que está a punto de chocar con una locomotora y que no va a ser él el que se adentre en el vibrante horizonte. Entonces… se acabó como la cena.

”Será mejor que llamemos a un médico ". Los labios de Prunella desaparecieron por completo mientras seguía mirando al abogado muerto.

"Es un poco tarde para eso", declaró Adwin, apoyándose en la chaise longue mientras se sentaba en el suelo. Parecía más pálido que de costumbre, y eso ya era bastante pálido.

Fred el Gato, a diferencia de Fred el Fantasma, entró deambulando. Miró a su alrededor, se centró en Thomas y evidentemente decidió que el abogado fallecido sería el mejor lugar para descansar. Saltó sobre él cuerpo, se enroscó y ronroneó.

”Llamaré a la policía", se ofreció Jensen, mirando alrededor de la habitación y frunciendo el ceño. "Por Dios, ¿dónde está el maldito teléfono?".

Me tragué una risa. Al parecer, el primo Rey no era el único al que le gustaba el melodrama y la actuación mediocre.

"Vi uno en la maldita cocina".

"¡Yo iré!" Percival desapareció de la vista como un demonio de polvo que se arremolina en la tierra del arado.

"Hombre, ¿puedes creer esto?" Rey se rió, derramando su bebida sobre su vestido sin importarle.

Adwin miró por encima de sus gafas y arqueó una ceja imposiblemente alta.

"¿No es genial? Quiero decir, ¡esto es como la tía Matty!"

Linda miró a su amiga como si no estuviera segura de si estaba gritando borracha o teniendo un ataque de nervios. ”Quizá deberíamos tomar un café ".

Mi prima la miró con una preocupación similar. ”¿Está demente?", le preguntó su voz interior.

”¿Qué crees que lo mató?" Prunella cogió un pañuelo de encaje rosa que había metido en la manga de un jersey de cachemira que llevaba consigo como Linus de Charlie Brown hacía con su manta de seguridad.

Adwin sugirió un ataque al corazón; Jensen un aneurisma. Linda dijo que podría haber sido una reacción alérgica a algo, lo que Rey rechazó con un bufido.

”¿Qué crees que fue?" le preguntó Linda a su mejor amiga con rotundidad.

Posando como César a punto de lanzar un largo discurso, anunció dramáticamente: "Creo que el hombre fue envenenado. Probablemente con una sustancia deacción lenta e indetectable".

Lo que provocó otro resoplido… por mi parte. Adwin se mordió el labio y Linda vomitó la cerveza que estaba a punto de tragar.

Los ojos marrones de Prunella se abrieron de par en par y miró de Rey al difunto abogado con asombro.

"Esperemos a que las autoridades determinen la causa", sugirió May-Lee con naturalidad, con su hermosa pluma Montblanc en ristre. Una mujer calmada y previsora, su antigua personalidad de analista de negocios brillaba.

"La policía vendrá tan pronto como pueda", anunció Percival mientras volvía a entrar, con el aspecto de un sargento a punto de descender sobre un pelotón. "Hay un feo accidente de varios vehículos a tres kilómetros de aquí, gracias a la lluvia, y todos y sus madres han sido llamados al lugar. Porter está preparando una enorme urna de café. Hubert se ha desmayado. Beatrice le está ayudando a reanimarse. Creo que estamos solos por el momento".

¿No lo estábamos antes? Respiré profundo y tomé un praliné, estaba a punto de morderlo cuando recordé la sugerencia de mi primo sobre el veneno. Miré el dulce durante varios segundos antes de colocarlo sobre una servilleta en la repisa de la chimenea. ¿Y si tenía razón sobre la sustancia tóxica? El dolor de cabeza, ahora en toda regla, dio paso a las náuseas y le pedí a Adwin un vaso de agua. Que acabó trayendo para todos los presentes, excepto para el pobre y muy muerto Thomas Saturne.

Entonces ocurrió otra cosa telepática: todos brindamos por él al mismo tiempo. Se diría que estábamos viendo un retrato de una reunión familiar, con el tío Thomas presentando una sonrisa de hombre-que-puede-perder-un-trago.

6

POSTRES MORTÍFEROS

Era la una de la madrugada cuando el cuerpo fue finalmente retirado y el sheriff Lewis y el ayudante Gwynne tomaron las declaraciones de todos. Porter había terminado preparando dos urnas de café tostado francés fuerte. Ni que decir tiene que, con toda la cafeína y la conmoción, era poco probable que nadie bajo el techo de la tía Mat durmiera pronto. Hubert había vuelto a ser el mismo de siempre, mientras Beatrice se dedicaba a servir café y strudel de cereza que los chicos de la bolsa de cadáveres cogían para llevar y la policía comía con gran fruición, y nata montada.

Un par de reporteros locales, ávidos de información, habían llegado y se quedaron junto a la alta puerta de hierro forjado en la cálida y brumosa mañana, esperando obtener detalles. Ninguno de nosotros tenía ganas de facilitarles la vida, aunque Rey se ofreció a informarles personalmente de nuestra postura de no comentar. El firme agarre de Linda a la delgada muñeca de mi primo y mi mirada amenazante cortaron rápidamente de raíz esa intención tan descabellada.

"Menuda noche", murmuró Adwin, dejando caer sus gafas sobre una mesilla de noche y dejándose caer de panza en una cama de medio cuerpo con paneles de roble.

”¡Qué día!", exclamé mientras empezaba a ponerme un pijama de franela azul bebé con estampado de gatitos, un regalo de cumpleaños del pastelero cuya cara estaba ahora enterrada en una colcha de algodón con motivos de alces y ciervos; el sueño de un cazador. "Sabes, escuché al forense decir al sheriff que nunca había visto algo así -con el feo sarpullido y todo eso- y que en esta coyuntura cualquier cosa podría haber contribuido a la muerte de Thomas".

"¿Cualquier cosa como un asesinato, tal vez?" Unos ojos marrones como hongos criminales me miraron de reojo. "Me preguntaba qué habías oído colgado de los faldones de la camisa del viejo. Me sorprende que no le hayas aplastado los pies. Prácticamente los estabas pisando".

"No se puede trabajar en una emisora de noticias y no querer recopilar datos", resoplé, sentada ante un espejo intrincadamente tallado que adornaba un precioso arcón de mármol de estilo imperio.

En realidad, nunca había querido seguir los pasos de Diane Sawyer, Gigi Stone o Soledad O'Brien. Las noticias y la actualidad, las luchas de poder y la política eran demasiado deprimentes o demasiado abrumadoras. Sin embargo, me apasionaba investigar las modas, la comida y la moda, cualquier cosa divertida. Cosas bonitas, sosas e interesantes que no querían hacerte cuestionar la egolatría o la estupidez de los líderes y el destino de la humanidad. Sin embargo, la muerte de Thomas Saturne despertó mi curiosidad, quizá porque murió aquí, delante de nosotros, un misterio de la vieja escuela de "Murder She Wrote" que pedía a gritos ser resuelto.

Adwin se levantó con dificultad. "Le cuentas a la gente el tiempo, y a veces hablas de la comunidad o de los acontecimientos locales, pero nunca vas más allá de las cosas alegres, aunque te haya dicho que creo que tienes madera para ser una brillante reportera de investigación".

Alguien estaba leyendo mi mente. Me da miedo.

Cogió un pijama verde bosque doblado de la esquina superior de la cama. ”Amplía tus horizontes, Jill. Ve más allá de demostrar las virtudes de la fabricación de caramelos y de modelar chubasqueros".

Cogí un cepillo que parecía una tortuga deforme, tentada de usarlo con él en lugar de con mi cabello. El modo de perra sin sueño se estaba imponiendo, algo de lo que él debía estar consciente y que, por alguna extraña razón, no estaba evitando. ”Jódete", dije, mirando un reflejo cansado en el espejo, sintiéndome como Alicia debe haber estado en compañía del Sombrerero Loco, la Liebre de

Marzo y el Lirón Lirón.

"Ahora que lo mencionas…"

”Olvídalo”.

Empecé a dar cincuenta pinceladas a las ondas cargadas de spray y gel necesarias para obtener un aspecto "natural", y me dirigí a la ventana.

Se encogió de hombros y se puso la ropa de dormir. "Si era veneno, ¿Quién crees que lo administró? ¿Y por qué?"

"Buenas preguntas y a las que vamos a encontrar respuesta, mi pequeña crostata". Me asomé a la oscuridad. La lluvia había pasado y la luna intentaba abrirse paso entre las nubes de tono. De la cabaña o cobertizo o lo que fuera que estaba situado a cuatrocientos pies al oeste de la mansión, emanaban retazos de luz, y luego desaparecían. Probablemente era la luz de la luna rebotando en una ventana o en un charco. Me giré y me apoyé en una pared.

La expresión de cansancio de Adwin sugería que sólo estaba entablando una conversación; le importaba menos.

Me encogí de hombros. "Puede haber sido algo tan simple como una picadura de insecto lo que lo mató".

"¿Eh?"

Volví a encogerme de hombros. ”Noté una picadura debajo de su oreja izquierda. ¿Quizás la viste? Estaba al lado de una mancha en forma de pájaro muy notable. Podría ser que tuviera una reacción a la picadura de una araña o de alguna criatura alada que le diera sed".

Mi galán sonrió. "¿Has vuelto a leer esos viejos libros de Agatha Christie de tu madre?"

Eso no era ni aquí ni allá. "Escucha, chico de la mantequilla, estamos atrapados aquí hasta el próximo jueves. Podemos divertirnos".

"¿Desde cuándo la detección y el asesinato -o el posible asesinato- se han convertido en algo divertido?"

Miré fijamente al otro lado de la habitación de invitados poco iluminada y me tragué mi irritabilidad. "Te gustan los retos. Aquí hay una madre de uno".

Estaba a punto de hablar cuando "¡Ja, ja, ja, tú y yo, pequeña jarra marrón, no te quiero!" resonó fuera de la gruesa puerta de roble. La voz tenía la calidad de Earl Jones: profunda, rica y sensual.

"Por Dios, ese debe ser el fantasma anfitrión de la querida tía Mat, Fred". Puse mi mejor acento inglés (una mezcla de Liverpudlian, Manchesterian y Yorkshirish) y me puse de pie con la columna recta, tan despierto como si hubiera ingerido una bolsa de media libra de granos de café expreso cubiertos de chocolate. "Vamos a saludar al viejo". Corrí por la habitación.

"Supongo que estábamos destinados a conocerlo tarde o temprano". Adwin no parecía muy satisfecho cuando cogí el pomo de la puerta con un rosetón de latón. ”¿Cuál es la diferencia entre un fantasma y un espíritu; lo sabes?"

"He oído explicar que uno pasa al Más Allá y puede ir y venir a voluntad, mientras que el otro está atrapado aquí por una u otra razón ". Respiré profundamente y abrí la puerta. "Pero en ambos casos, están bastante muertos".

El largo pasillo estaba iluminado suavemente por cuatro apliques de cerámica incandescente. No se veía nada más que un corredor desgastado, dos mesas de pasillo con acabado de cerezo, media docena de paisajes campestres y una gran armadura en el extremo más alejado, junto a una alta ventana abovedada. (El revestimiento defensivo podría haber pertenecido a un caballero medieval con la misma facilidad que al anfitrión de una fiesta de disfraces, por lo que todos los miembros del grupo podían decir esa misma noche, pero había dado lugar a unas cuantas bromas y risas).

"Fred, ¿estás ahí?" pregunté.

Adwin posó su barbilla sobre mi cabeza. ”¿Estás loco?"

"No tienes miedo de un fantasma que canta, ¿verdad?"

"No seas tonto. Quería decir: ¿estás loco por despertar a todo el mundo?"

"¿Crees que somos los únicos que pueden oírlo?"

"Yo… dispara. ¿Has visto eso?" Sonó como si Adwin hubiera dejado caer su mandíbula - hasta el sótano de la raíz.

"Si lo hiciste, lo hice."

"Oye, ¿qué está pasando?" Linda entró en el pasillo desde la habitación de enfrente. Y yo que creía que mis gatitos eran bonitos. Junto con unas zapatillas peludas de color amarillo neón del tamaño de un payaso, los mapaches de orejas alegres que bailaban en su camisón hasta la rodilla superaban a mis gatitos con creces. Sostenía una pequeña linterna.

"¿Es una luz para Minnie Mouse o un arma para Mickey?" Sonreí.

"Prunella dice que la electricidad de este lugar puede apagarse así". Ella se puso nerviosa.

"Por supuesto que puede. ¿Por qué no iba a hacerlo? Apuesto a que los relámpagos y los truenos atraviesan la noche en el momento justo". Adwin miró por el pasillo con el ceño fruncido. "¿Has visto algo?"

"¿Como un fantasma?", sonrió ella.

"Como Fred".

"Me pareció escuchar a alguien cantando".

"¿Y Rey?" Pregunté. "¿Ella también escuchó a alguien?"

"Ella está fuera. No se despertará antes de las diez mañana. El último centeno y el jengibre la han dejado inconsciente".

"Me sorprende que no se haya desmayado antes".

Las expresiones de Linda y Adwin estaban entre la diversión y el asombro.

"Sabes lo que quiero decir - ¿quién es ese?"

Entornamos los ojos hacia una sombra cerca del caballero dormido y Linda gritó: "¿Eres tú Percival?"

"Ssh, vas a despertar a los muertos", advertí.

De nuevo las expresiones.

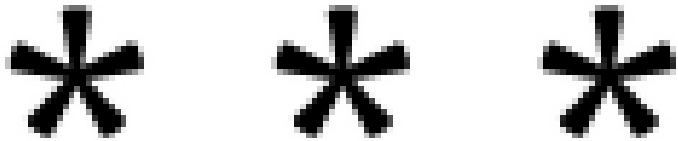
Con una bata de cachemira de color marrón canela sobre un pijama de franela crema, Percival se acercó a nosotros como si estuviera haciendo un ejercicio dominical. "Parece que sólo un puñado de nosotros tiene la suerte de dormir esta noche".

”¿Oíste algo?" preguntó Linda.

Él negó con la cabeza. "Nada, excepto un perro y un búho, y un tren. Tengo un poco de frío y voy a prepararme un cacao caliente. ¿Alguien está interesado en acompañarme?".

Adwin negó con la cabeza mientras Linda y yo asentíamos.

Hablar en torno a una olla de cacao caliente tenía que sacar a la luz algunas cosas… ¿no es así?



Cansados y saturados de cacao, los tres regresamos a nuestras habitaciones. No había nigún Fred el Fantasma en las escaleras o pasillos sombríos a las 2:30 a.m. Sin embargo, estaba Fred el Felino. Incluso en la penumbra, pude ver su gran cabeza peluda asomando por debajo de las mantas mientras descansaba junto al pecho de mi novio. Qué linda pareja. Encendí una lámpara de hierro fundido que podría haber adornado la sala de trabajo de un inventor del siglo XIX y tomé una cámara Nikon que había guardado en un cajón. Clic, clic. Clic, clic.

Adwin se movió y abrió un ojo, gimió y abrió el otro. Fred parecía molesto y se metió profundamente bajo las mantas, provocando una risita de su compañero de cama. Adwin se encogió de hombros. "¿Puedo evitar tener cosquillas?". Se frotó el cabello revuelto, pareciendo el niño afortunado del centro de ciencias al que le tocó frotar un globo en busca de conocimientos espeluznantes. "¿Cómo estubo la fiesta del chocolate caliente? ¿Aprendiste algo interesante?"

Me dejé caer junto al bulto a los pies de la cama. Se movió, pero no se movió. Podría amar a los gatos, realmente podría, si no fuera por la alergia. En su presencia demasiado tiempo y parecía que había estado de juerga durante tres días. Los ojos enrojecidos y la piel manchada no hacían mucho en la escala de belleza. Tampoco los estornudos estridentes y el goteo nasal.

"Me enteré de que a Linda le gusta el chocolate blanco y la nata montada, las fresas y las cerezas, leer y escribir, todo lo que sea Bollywood y el teatro marginal. La cerveza es su bebida preferida y se inclina por el jazz. A Percival le gusta la poesía oscura y el paisajismo, escribe artículos de jardinería además de dicha poesía oscura, y tiene cincuenta y un años pero no se siente ni un día mayor de cuarenta. Le gustan las delicias turcas, las galletas y los bollos salados". Acaricié el bulto. ”Según la radio que estaba encendida de fondo, la temperatura está bajando rápidamente y podríamos ver alguna nevada importante a principios de la tarde".

Adwin se puso en posición sentada y estiró los brazos en forma de sauce. "Me refería a Thomas Saturne".

"Linda y yo nos inclinamos a creer que fue asesinado. Percival

prefiere creer que murió por una causa natural o accidental".

"Todo el mundo parece muy tranquilo con esta muerte". Sonrió irónicamente. "Lo enfocan como si estuvieran sentados para ver y charlar sobre los sabrosos chismes que ofrece Entertainment Tonight".

Sonreí irónicamente en respuesta. "Percival pensaba que Thomas era raro. También Linda".

"Ser raro no significa que seas material de asesinato".

Me froté la nariz que me picaba. Oh-oh. "Ambos notaron la marca".

"¿La picadura del bicho?" Frunció el ceño. ”Cómo podría alguien notarla entre ese lío de rojo?"

"Las manchas eran de color escarlata y esta pequeñísima marca era de un color rubí intenso. Además, había un minúsculo rastro de sangre. Linda se fijó en éste cuando Gwynne se acercó a reprender a ese joven policía tan guapo que se había zampado el último trozo de strudel".

Una ceja se arqueó.

"Linda es una asistente de guionista y aspirante a escritora de misterio. Nunca ha visto de cerca un cuerpo asesinado de verdad. Quería detalles".

Adwin negó con la cabeza. "Genial, estoy atascado con un montón de Nancy Drews para la semana".

"Percival podría sentirse molesto con eso."

"De acuerdo, Nancy Drews y un Hardy Boy". Vio a Fred saltar de la cama y cruzar la habitación. "¿Alguno de ellos mencinó haber visto… ya sabes?"

Me puse de pie y me desvestí. El sueño estaba a segundos de distancia. "Las historias no cambiaron durante la subida del azúcar líquido. Linda no había visto lo que nosotros vimos y Percival no había oído ni visto nada fuera de lo normal". Me metí bajo las

sábanas.

"Tal vez imaginamos ver… ya sabes".

"Vimos un fantasma, pan de miel. Un hombre alto y translúcido con un toque de niebla plateada girando alrededor de su, eh, espíritu. Iba vestido con ropas de antaño y se paseaba alegremente por el pasillo". Mi pesada cabeza se hundió en una almohada maravillosamente suave.

”Podría haber sido un truco. Ya sabes, un holograma o algo así".

”Podría haber sido, pero no lo era". Como la vieja canción de la Guerra, comencé a "deslizarme en la oscuridad".

7

EL DESAYUNO SE HACE PRESENTE

Unos minutos antes de las 8 de la mañana, ingresé en un minigimnasio de color kumquat con la intención de pasar una hora quemando calorías y ganando energía. La sala de ejercicios estaba en el segundo piso, en el lado oeste, lejos de las habitaciones de los huéspedes y del tráfico peatonal principal. Una alta y estrecha puerta sin adornos que conducía a ella podría haber servido fácilmente como entrada a un almacén para cualquiera que lo supiera.

"Oh." No había esperado compañía.

"Señorita Fonne", me me saludó Jensen Q. Moone con una inclinación de cabeza. Vestido con unos pantalones de nailon Nike azul marino y una sudadera gris ceniza bien planchada que promocionaba las islas hawaianas, estaba sentado en una elegante bicicleta estática g-Force RT Lemond, pedaleando a un ritmo lento pero constante. Una fina capa de sudor recubría una frente alta y lisa. Forbes estaba en su regazo.

Me subí a una bicicleta elíptica Smooth. "¿Llevas mucho tiempo aquí?"

Miró un reloj Swiss Army. "Unos cuarenta minutos. Hice ejercicios de pesas", señaló la máquina de gimnasio doméstica Boflex, "y ahora estoy haciendo cardio. Otros quince minutos y me tomaré una taza de Earl Gray. Y antes de la comida, me meteré en el jacuzzi y la sauna".

"¿La tía Mat tiene un jacuzzi y una sauna?"

Señaló hacia abajo, hacia el norte. ”Están fuera de la cubierta, accesibles a través de esa enorme puerta de roble a la izquierda del

estudio".

"¿Tiene una cubierta?" ¿Por qué era eso tan sorprendente?

Se rió. "No en el sentido tradicional. Es más bien un patio elaborado, con una barbacoa incorporada y una zona de "picnic" que, en verano, está adornada con clemitis, hiedra inglesa y buganvilla. La bañera de hidromasaje subterránea está dispuesta como una pérgola: la luz del sol puede entrar por la parte superior cuando hace buen tiempo, pero cuando hace un tiempo terrible, el "techo" puede cerrarse también. Es una estructura bastante elaborada".

Y muy costosa, por lo que parece. Pero sonaba acogedor. "Tal vez yo también participe en el jacuzzi".

Ofreció una rápida sonrisa, pasó una página de la revista y levantó la vista. "Siento lo de tu tía".

Sentí que lo decía de verdad y la gratitud se reflejó en mi expresión. ”Había vivido una vida muy buena".

”Sí que la tuvo". Pareció sopesar la conveniencia de ofrecer el siguiente comentario. "He oído que la gente cree de verdad que Thomas Saturne puede haber sido asesinado".

Sonríe con ironía y subí el nivel de resistencia en la elíptica. El actual no habría sido un reto para un septuagenario con bursitis. "Creo que la prima Reynalda puso en marcha ese rumor anoche, pero pensé que la gente había optado por olvidarlo".

Él también sonrió. "Nos lo recordó cuando anduvo tocando a la gente para preguntar por los analgésicos contra la migraña. Ahora es más que un 'rumor'".

”¿Qué te parece?"

"Eres muy curioso, ¿verdad?" Me miró con curiosidad. "¿Esperas ayudar a tu primo a demostrar que el 'rumor' es realmente un hecho?"

Me reí. "Digamos que es el reportero de investigación que hay en

mí".

Sonrió. ”Creía que eras meteorólogo".

”Meteoróloga", corregí automáticamente, y luego sonreí. "Con una reportera de investigación enterrada en lo más profundo".

"Debo confesar que siento curiosidad por el inusual paso del hombre". Sus carnosos labios se adelgazaron. "El hombre no era excesivamente simpático, y sí que erizaba las plumas".

"¿Las de Prunella?" Sonreí. "¿O las de sus amigos voladores?"

Se rió con ganas. "No podría hablar por nuestro entusiasta de Audubon, pero tengo entendido que había enfadado e irritado a varios clientes y asociados. Sin embargo, no me imagino que uno de ellos se colara en la finca de Mathilda y acabara con el hombre".

"Nunca digas nunca", murmuré.

”¿Perdón?”

Me encontré con su mirada desconcertada. "Es poco probable, pero no imposible".

Su expresión se ensombreció. "Dejaremos que la policía lo determine".

”¿Cuándo fue la última vez que vio a la tía Mat?"

Dudó, luego sonrió. ”Habría sido hace unos cuatro meses, justo tres días antes de que falleciera, en un evento posterior al teatro. Ambos habíamos asistido al estreno de una producción local: Arsénico y Encaje Antiguo".

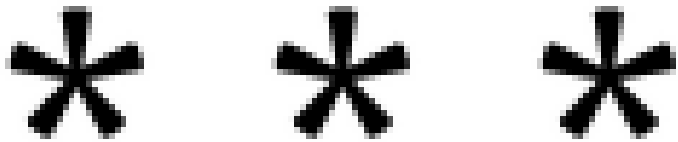
"¿Viste a la tía Mat a menudo?"

”Sí, con bastante regularidad. Vuelo aquí cuatro o cinco veces al año por negocios y por placer".

"Me gustaría escuchar sobre algunas de sus visitas".

"Me gustaría contar algunas", respondió amablemente.

Le ecuché con gran interés mientras me detallaba entretenidos relatos de tontos y divertidos asuntos de Mathilda Moone.



Reconocí la entrada de Percival Sayers en la sala de ejercicios con una inclinación de cabeza. ”¿Quién habría imaginado que este lugar sería tan popular?"

Jensen había terminado su régimen de ejercicios hacía cinco minutos. Prunella había entrado, con la intención de utilizar la cinta de correr Bodyguard T200, pero dijo que volvería. "No tengo nada en contra de ti, Jill", había declarado con una sonrisa fugaz, "pero me gusta hacer ejercicio en completa soledad. Volveré más tarde por la noche".

"Parece que todos somos fanático del fitness". Se quitó de los hombros una gruesa toalla de baño blanca con brocado dorado y la depositó sobre un banco Bowflex.

¿Por qué no me sorprendió verle con una camiseta blanca planchada y cegadora metida dentro de unos pantalones cortos de algodón largos y holgados y unos calcetines altos y gruesos hasta la rodilla? No era un aspecto favorecedor en ningún hombre de cualquier edad, pero cuando las rodillas nudosas y llenas de cicatrices entraban en la ecuación… yow.

"Pero tu hermana prefiere hacer ejercicio en 'completa soledad'".

"Ella es divertida en ese sentido". Sonrió. "Creo que tiene fobia a que la gente la vea sudar". Se subió a la bicicleta que Jensen había ocupado recientemente y tecleó un programa. "¿No estarás holgazaneando abajo, discutiendo teorías sobre homicidios con tu primo y tu amigo?"

"Hemos agotado todas las posibilidades. Por ahora".

Se rió. "A Prunella le gusta la teoría del asesinato por pistola de aire".

"¿Pistola?"

"¿No sugirió anoche -al menos un par de veces- que fue envenenado? ¿Y que había algo en su cuello, un pequeño agujero o algo así?"

"Linda hizo la sugerencia, basada en la especulación creativa de mi primo. Pero sí, había un punto extraño, una marca de pinchazo. Podría haber sido hecha por un dardo o una flecha diminuta, o algo similar… como una cerbatana".

"Que es un arma que se prestaría para el veneno - una sustancia como el curare. Es como algo del argumento de una vieja película en blanco y negro: muy clásico y muy de los años 40. Me encanta. A Prunella le parece divertidísimo. Nos vendría bien el entretenimiento". Se rió enérgicamente. "Vosotras, señoras, hacéis grandes discusiones y el dramatismo".

Me bajé de la elíptica y me dirigí a la Bowflex, donde empecé a hacer elevaciones laterales de hombros. "¿Y si no es un entretenimiento? ¿Y si realmente fue asesinado?"

"Como discutimos anoche", respondió con indiferencia, "no creo que fuera un asesinato. No he cambiado de opinión. Esa marca, si fue un pinchazo, pudo ser el resultado de algo completamente inocuo".

"Pero ¿y si es cierto", insistí, "que lo mataron?".

Percival frunció el ceño y se quedó mirando el monitor de la moto. "Entonces tenemos un asesino entre nosotros, y será mejor que recemos para que no vuelva a matar". Se enderezó y sonrió.

”Retirémonos de tan prohibidas fantasías, ¿de acuerdo?"

Asentí e hice varias flexiones de bíceps antes de volver a hablar. ”Qué sabías del hombre, además de su inclinación hacia lo desapasionado?"

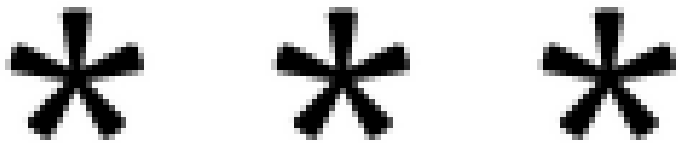
”Solo me encontré con él quizas cuatro veces durante la última década en un asunto de Matty Moone u otro, y sólo brevemente en eso. Intercambiamos algunas palabras sobre el trabajo, el tiempo, ese tipo de cosas inofensivas y suaves. No era muy simpático ni cálido. No te inspiraba a profundizar en largas discusiones".

Me pregunté qué era lo que hacía funcionar al abogado de Manhattan. ¿De dónde procedía su sombría actitud, su mal humor? ¿Había odiado la vida, a la gente, a sí mismo? "¿Su hermana era de la misma opinión?"

"Posiblemente. No recuerdo que Thomas Saturne haya sido nunca un tema de conversación entre nosotros, pero tendemos a ver a la gente bajo la misma luz". Un hombro magro presentó un encogimiento de hombros. "Ella le conocía mejor que yo. Formaron parte del mismo consejo durante varios años. No tengo ni idea de cuánta interacción real tenían".

”Debía de ser un encuentro fascinante".

Percival se rió y modificó su programa de ciclismo.



La telepatía que había comenzado en la cena de la noche anterior continuó por la mañana y los rostros cansados se presentaron para un desayuno tardío a las 9:55 horas en otro comedor utilizado para comidas informales. La acogedora sala era más pequeña, más lisa y sencilla, que la de la noche anterior. Las paredes de color amarillo mantequilla se veían acentuadas por las molduras de corona de color blanco huevo a lo largo del techo, y las cenefas de encaje y los listones con un diseño de rosas adornaban tres ventanas cuadradas. No había adornos, salvo un reloj de cuco de la casa en la pared sur que parecía muy de la Selva Negra, con su camarera y su cochero en movimiento y su Biergarten bávaro. Observé que eran las 10:00, pero ningún cuco nos informó de ello.

Nos sentaron en una larga mesa rectangular con un mantel de lino blanco y servilletas amarillo mantequilla. La vajilla era blanca: Wedgwood (tuve que mirar). ¿Adivinas qué sirvió Porter? Sí, tortillas de champiñones. Eso sí, había una opción alternativa: frittatas de setas. Pedí té de jazmín y tostadas de centeno con miel de alforfón y me dieron pekoe de naranja y tostadas de trigo con mermelada de fresa -del tipo con pectina, esa sustancia que a veces se describe como cualquier grupo de carbohidratos coloidales solubles en agua (lo aprendí durante un rodaje en una planta de fabricación de mermelada). ¿Cómo de sabroso sonaba eso? Tan sabroso como una mermelada con demasiado sabor y colores brillantes.

Hablando de información sabrosa, diez minutos de búsqueda en Internet después de la sesión de ejercicios me permitieron conocer la historia de la familia Moone. Habían residido en Connecticut durante varias generaciones después de haber emigrado desde Brighton, Inglaterra. El dinero nunca había sido un problema. Al parecer, Travers "Oreja de Simio" Moone había tenido mucho éxito como célebre corsario o temible pirata, según la historia que se creyera. (No, no se refería a él como "Orejas de Simio" en nada de lo que había leído y visto, pero con esas orejas el apodo me vino rápidamente a la mente).

Por capricho, le envié un mensaje a Ger, que me respondió rápidamente con una llamada telefónica. Tal vez había estado realmente enfermo. O tal vez quería asegurarse de que yo no

pensara que estaba haciendo novillos. En cualquier caso, sospechaba que iba a deber mucho.

"Quieres que averigüe sobre tu fantasma residente Fred, ¿eh?"

"¿Crees que puedes hacerlo, Gerben?" Le habían puesto el nombre de un tío holandés muerto hace mucho tiempo. "Kher-bunn" era la pronunciación real que me había dicho después de tres margaritas en una fiesta de despedida permanente para la última GM de la estación, que pensaba que simplemente se dirigía a dos semanas de juego y placer en Antigua, y que no era agradable para todos despedirla.

"Claro que puedo, pero te costará".

Pude ver al tipo mostrando una deslumbrante y blanca sonrisa de bufón a todos los presentes antes de balancear sus pies sobre un escritorio y sorber una lata de refresco. Tres de los famosos cotillas de la emisora afirmaron que le habían dado una patada en la cabeza con tacos de la talla doce. Otros dos cotillas afirmaron que le habían golpeado con una cuña Titleist. ¿Mi opinión? El chico Margarita había bebido demasiados cócteles de tequila agrio y había chupado demasiados puros baratos.

"¿No es siempre así?"

"Oye, nena, eso duele".

Me mordí la lengua, ofrecí una risa que probablemente sonó tan falsa como se sentía, y corrí hacia lo que estaba buscando. Probablemente no era lo más sensato -pedirle a Ger que realizara una investigación real-, pero tal vez no hiciera daño. Tendría la oportunidad de utilizar algunas neuronas (si es que le quedaba alguna).

"Pareces muy despierto y preparado para afrontar el día", comentó Percival al otro lado de la mesa antes de meterse unos huevos esponjosos entre los labios.

"El entrenamiento equivale a cinco espressos", dije alegremente, revolviendo la leche en una taza con un personaje que se asemeja al

Conde Chocula y echando una mirada subrepticia a mi alrededor para ver si algún ojo se asomaba alegremente por una esquina o por una ventana.

"Caramba, sí que estás comiendo", refunfuñó Rey, entrando en la habitación medio tambaleándose. Iba vestida con unos vaqueros negros, unas UGG negras de Roslynn (iguales a las mías) y un jersey de cuello alto de cachemira verde helecho que habría compensado muy bien sus ojos si no estuvieran inyectados en sangre.

"Las frittatas están deliciosas". Prunella le hizo una seña a mi prima para que se sentara a su lado.

"Ugh. Voy a tomar un poco de java". Se sentó y miró de una cara a otra, como si intentara recordar a quién pertenecía cada una y por qué estaban aquí en la mesa. Se tragó el café de Linda, suspiró profundamente y casi sonrió. "¿Alguna otra noticia sobre nuestro extraño abogado?"

"Nuestro extraño abogado muerto", dijo Linda, mirando su taza vacía con el ceño fruncido.

"No ha habido ninguna noticia", respondió Jensen, extendiendo algo parecido a un paté de setas sobre una gruesa rebanada de pan blanco. Casi esperaba que pidiera Marmite.

Rey frunció el ceño y observó cómo Beatrice traía una cafetera de porcelana. ”¿Todavía se espera que nos quedemos, teniendo en cuenta?"

”Sí, señorita Fonne-Werde. "Independientemente de lo que pueda ocurrir", así lo estipuló nuestra señora". La doncella ofreció una casi sonrisa. Qué voz tan interesante, si no desconcertante, tenía: una pizca de acento de Ingrid Bergman junto con una madera de Humphrey Bogart. La sirvienta rellenó más tazas y cruzó la habitación con paso pesado, dejando un susurro de agua de rosas.

"Esperemos que nadie más sufra un accidente mortal", dijo Jensen con una sonrisa seca.

”¿Qué 'accidente'? El hombre fue asesinado". Rey estaba siendo

melodramático de nuevo.

"Vamos, jovencita -"

"¡Fue asesinado!"

La mirada atormentada de Jensen fue reemplazada por una de diversión.

”¿Alguien escuchó algún canto anoche?" Preguntó Adwin, tratando de derivar la conversación hacia aguas menos agitadas.

"Yo sí, creo". Rey frunció el ceño y miró su taza como si su contenido humeante confirmara su incertidumbre. "Un tipo de canción alegre. ¿Recuerdas, Linda? Salías del lavabo cuando lo mencioné".

¿No había dicho Linda que Rey se había desmayado? "¿Fue antes o después de que te quejaras de los giros y colgaras la cabeza por la ventana?", sonrió.

"Divertida chica".

"Ahora que lo mencionas, recuerdo que pensé que alguien tenía la radio demasiado alta, pero no estuvo mucho tiempo encendida, así que dirigí mi atención a otra parte". Prunella miró a su hermano. "Perc, ¿recuerdas? Estabas mirando por la ventana y hablabas de cacao caliente".

¿Hermano y hermana compartían dormitorio? Qué espantoso.

"No he oído nada", respondió el hermano, con una mínima arruga en la frente que sugería que estaba perturbado.

¿Qué estaba mirando por la ventana? ¿Importaba?

”¿Qué hay en la agenda de hoy?" preguntó Prunella, empujando su plato vacío hacia delante y empezando a tocar el colgante del ave. "Seguramente no se espera que nos sentemos a comer todo el día ".

"No se nos permite salir de la finca, pero eso no significa que no podamos pasear por ella. No estaría mal tomar aire fresco mientras

el tiempo esté decente". Respondí con desparpajo. Señalé el collar. "Es muy interesante. ¿Es… un buitre?"

"Pues sí. Qué perspicaz", dijo ella.

"Parece antiguo".

"Es del siglo XVIII y perteneció a Detlef Huhnfuss, un barón muy rico y bastante loco que era conocido por sus elaboradas veladas de una semana", explicó Percival. "Tuvimos la suerte de encontrarla -a un precio decente- en Baviera hace veinte años. A Prunella le gusta tanto que rara vez está sin él".

"Es mi amuleto de la suerte", sonrió ella, dándole una suave palmada en la mano. "Igual que tú".

"¿No tenía el barón al menos seis enormes fincas con grandes e intrincados laberintos?" preguntó Linda.

"Tenía ocho y, en efecto, tenían grandes laberintos: al aire libre y dentro", asintió Prunella. "Le encantaban los rompecabezas y las adivinanzas, y las fiestas y galas en las que el escondite era uno de los principales "eventos"".

"¿No saltó de un campanario?"

"Creo que voló ". Volvió a twittear. "Creía que podía volar como un águila".

"O como un buitre", dijo Linda con rotundidad. "Loopy tenía razón".

Rey estuvo de acuerdo. "Ahora, ¿qué tal si revisamos la propiedad? Me apunto".

"Eso matará tres horas si tenemos suerte", murmuró Linda. "Vale, también me apunto".

"Genial. Podemos buscar pistas mientras estamos en ello".

"¿Pistas?" Percival.

"Sobre quién y qué mató a Thomas Saturne".

"Volvemos a eso, ¿no?" Jensen.

Rey olfateó. "Alguien se lo cargó. ¿Quién está de acuerdo? Manos arriba".

Linda y yo intercambiamos miradas y levantamos las nuestras. La de Jensen permaneció sobre su taza, la de Percival sobre su tenedor, la de May-Lee sobre la mesa y la de Adwin bajo su barbilla. La mano flácida de Prunella, parcialmente levantada, parecía un tulipán gastado cayendo en una tarde árida y sin brisa.

"Querida, te das cuenta de que al sugerir un asesinato también estás sugiriendo que uno de nosotros es el asesino". La sonrisa de Jensen era una mezcla de acidez y suficiencia.

La mano de Prunella se cayó. "Creo que eso no me gusta".

”Podría ser uno de los criados", señaló Rey, "o alguien escondido en la casa. Nunca quise insinuar que fuera uno de nosotros".

La prima Reynalda nunca había sido una persona que pensara bien las cosas.

"Creo que eso me gusta aún menos". Prunella miró preocupada a su hermano y tomó nerviosamente el colgante. "Dios mío, ¿y si tiene razón? ¿Y si es uno de los sirvientes? ¿Quién puede decir que no seremos los siguientes en ser envenenados? O peor aún, ¿qué pasa si hay un lunático acechando en el sótano o mirando a través de una pared?"

"Escucha, si Thomas Saturne fue asesinado, y eso es un gran "si", fue asesinado por alguien que lo tenía como objetivo específico ". La voz de Adwin era tan sedosa como uno de sus budines de crema doble y tomó su mano con tanta delicadeza como si fuera un soufflé de Grand Marnier. "Si su asesino está sentado aquí, él o ella tenía motivos personales para acabar con el hombre. Si el asesino es alguien ajeno a este pequeño grupo, tiene que estar muy lejos. Mira, nadie más ha sido asesinado. Nadie ha sido amenazado, ¿verdad?"

Todos negamos con la cabeza.

"Entonces no entremos en pánico. Ni siquiera sabemos con

seguridad que fue un asesinato, ¿verdad?

Nos estamos poniendo demasiado teatrales -miró severamente a Rey- y asumiendo el escenario más sensacionalista posible. El hombre tenía un sarpullido. Es más que probable que tuviera una reacción alérgica a algo que comió o a algo con lo que entró en contacto. Tal vez tardó en entrar en su organismo antes de matarlo. O tuvo un simple ataque al corazón. A menos que la policía nos diga lo contrario, no asumamos cosas. Ahora, tenemos algunos días más aquí. Simplemente sigamos la corriente". La sonrisa de mi novio era tan serena como su tono. La aprensión que había empezado a cubrir la fiesta del desayuno como un pesado cerco empezó a disiparse.

"Confirmemos que tienes razón ", desafió Rey, de repente con los ojos brillantes y despiertos. "Revisemos su habitación y sus pertenencias…"

"La policía ya hizo eso", señaló Prunella.

"Comprobaron lo que creían que pertenecía a un hombre que había muerto por causas naturales, no a alguien que creían que había encontrado juego sucio". El viejo Rey melodramático.

Pero tenía razón. Tal vez no habían sido tan minuciosos como podrían haber sido si Thomas Saturne hubiera recibido una bala o una daga entre aquellos ojos inquietantemente oscuros.

"¿Qué daño puede hacer?" pregunté, escurriendo mi té y poniéndome de pie. ”Podría ser divertido, como uno de esos fines de semana de cena-misterio de la tía Mat de los que tanto he oído hablar".

"Ella tenía unos espectaculares", asintió Percival, sonriendo al recordarlo. "El del capitán y la sirena… ah, bueno, sí ". Se aclaró la garganta y se puso de pie. "¡Me apunto!"

Y uno a uno fuimos subiendo las escaleras.

8

SORPRESA, SORPRESA

Rey tomó la iniciativa y asignó a cada uno algo específico para buscar. A mí me tocó el armario de arce tallado del rincón más alejado, a Adwin el mueble alto de arce de la reina Ana, a Prunella el pequeño cuarto de baño contiguo, a Linda el armario, a Percival las mesillas de noche de tres cajones y la cama con dosel, a Jensen el arcón y el pequeño escritorio con forma de riñon. May-Lee se quedó con los recovecos y, para ella, Rey eligió el equipaje de cuero desgastado y el maletín. A juzgar por las animadas expresiones de los rostros de todos, el pequeño juego iba a resultar una agradable pérdida de tiempo.

Las puertas del armario eran pesadas y estaban atascadas, y cuando por fin conseguí forzarlas para abrirlas, salté al ver un reflejo distorsionado en un espejo largo y estrecho detrás de la puerta izquierda. Dentro colgaban tres trajes feos, tres camisas beige, un polo color topo, un jersey de lana azul marino y un jersey de cuello alto de punto de cable moka. En los bolsillos de las distintas prendas, que olían ligeramente a menta y a sudor, no había nada más que un pañuelo limpio, algunas monedas y varias tarjetas de visita dobladas.

”Además de los artículos de aseo habituales, hay grandes frascos de Tylenol, Pepto e Immodium, y un frasco de medicamento recetado", anunció Prunella cuando asomó la cabeza en la habitación. "Quinapril". Volvió a entrar en el baño.

"Hay un hombre al que le gusta estar preparado para cualquier contingencia", le dije a Adwin, cuya cabeza estaba enterrada en un cajón del fondo. "¿Has encontrado algo de interés, pan de azúcar?"

"Pastel de crema, ”habrías esperado que fuera el tipo de hombre que", y sacó un par de calzoncillos de lunares amarillos y verdes,

"lleva estos?".

"Todos tenemos nuestros lados secretos", rió Linda, asomándose desde el armario. Levantó los formularios de las carreras y dos libros de Kinky Friedman.

”Más de lo mismo", murmuró Jensen, con cara de perplejidad mientras sostenía un ejemplar de Horse Illustrated. ”También encontré: numerosos bolígrafos baratos y varios cuadernos pequeños. Ninguno usado". Volvió al cofre.

"Este tipo era más que un hombre de muchos estados de ánimo", dije.

"Muchos humores", dijo Linda, volviendo a entrar en el armario.

Adwin la miró, luego a mí, y cruzó los ojos.

”Aquí no hay nada", suspiró Percival, con cara de decepción. Se dejó caer sobre una cama desordenada y palmeó y pinchó despreocupadamente unas mantas de lana dobladas.

"¿Has mirado debajo de la cama? Se sabe que los bichos se esconden ahí", dije con una sonrisa y mevolví hacia una pila de calcetines en un cajón inferior. El hombre de los "humores" tenía una sobreabundancia de argollas. La palabra raro no le hacía justicia.

El grito de Percival me sobresaltó y me golpeé la cabeza contra la puerta de un armario.

Prunella entró corriendo en el centro de la habitación, con la cara tan pálida como un lirio de Pascua, chocando con Linda y Rey, que habían hecho lo mismo, es decir, corriendo y chocando.

"Keee-rist", exhaló Percival, poniéndose de pie temblorosamente y señalando la cama.

Todos miramos, pero no estábamos demasiado ansiosos por conseguir un primer plano extremo de lo que había descubierto. Desde dondeestábamos, estaba bastante claro lo que se había enroscado entre las sábanas: una cascabel. Una Sidewinder para ser

precisos.

”Qué hacemos?" Percival preguntó en voz baja.

"Matarla", siseó Prunella, "antes de que nos mate".

"¿Y quién de nosotros va a hacer eso?" exigió Rey.

"Pues a mí no me mires", resopló Prunella.

Al notar que no se había movido ni había emitido ningún sonido extraño, me deslicé hacia adelante lentamente.

Los ojos de Adwin se abrieron de par en par, al igual que los de Rey, pero nadie habló.

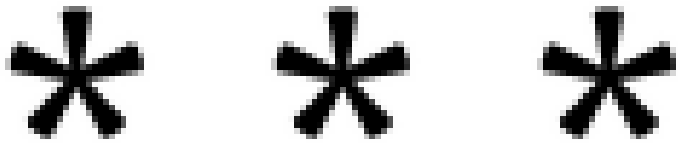
Pasé junto a Percival. Los ojos del color de la arena de la playa de Wildwood tenían una mirada vidriosa y una mueca dibujaba unos labios con la forma de esos antiguos trabajos de cera roja brillante que hoy se encuentran en las tiendas de caramelos especiales.

Miré de cerca a nuestro amigo comatoso sin piernas. "¡Está rellena!" Al parecer, había encontrado al mismo taxidermista de talento que las criaturas del gran comedor formal. El Sidewinder tenía un aspecto muy real y aterrador, suficiente para provocar un ataque al corazón en las circunstancias adecuadas. ¿Por qué estaba aquí? ¿Para asegurarse de que si el veneno no funcionaba, lo hiciera su escamosa presencia?

"Me vendría bien un poco de aire fresco". Prunella parecía angustiada.

"A todos nos vendría bien", coincidió su hermano. "Propongo que demos un largo paseo para despejar nuestras cabezas y ordenar nuestros pensamientos". Su sonrisa casi parecía alegre. "Poneos todos los zapatos de montaña, bufandas y guantes. La última persona en el vestíbulo tiene que instruir a Porter para que rellene las setas, ¡y no con cangrejo!"

Miré a Adwin, que miró a Linda, que se encogió de hombros. Salimos corriendo de la habitación.



Adwin me tomó de la mano mientras rodeábamos una fuente derribada. "Es una propiedad de tamaño bastante decente".

"Cuatro acres, más o menos", dijo Percival. ”Solía ser mucho más grande, pero se vendieron parcelas a lo largo de las décadas".

Él y su hermana estaban junto a nosotros, Rey y Linda delante, Jensen y May-Lee detrás. Nos habíamos vestido adecuadamente para el día: vaqueros, jerséis gruesos bajo chaquetas pesadas, zapatos o botas decentes para caminar y sombreros, guantes y/o bufandas. Había hecho mucho más frío desde ayer y aún más desde las primeras horas de la mañana. La niebla que había cubierto la zona la noche anterior había desaparecido antes del amanecer. Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, todos parecían estar relativamente de buen humor, pero un sol de limón, los olores crujientes del otoño y la tranquilidad de una tarde de campo pueden hacer bien al alma. Un tren lejano retumbó y sonó, un par de bocinas tocaron el claxon como gansos canadienses cruzados, y un trío de perros juguetones corrió a lo largo de la línea de propiedad de un vecino.

”Lástima que se haya echado a perder", dijo Rey por encima del hombro.

"¿Se ha echado a perder?" Percival se rió. "Mi querida niña, siempre tiene este maldito aspecto". Con cada hora que pasaba, el hombre sonaba más y más artificialmente británico.

Mi prima se paró en seco y se giró. ”¿Está bromeando?"

"En absoluto. Los Moones siempre han tenido gustos eclécticos ". Volvió a reírse y le indicó que siguiera adelante, por un sinuoso sendero de guijarros finos que conducía a la parte trasera de la propiedad. Arbustos marchitos y maleza -o tal vez las cosas disecadas habían sido flores en algún momento- se alineaban a lo largo.

Con el ceño fruncido, miró de él a Prunella, que tenía unos prismáticos Swarovski Pocket Tyrol enfocados a unos árboles, a la fuente y de vuelta. ”Sí, lo que sea. Bien, digo que caminemos hasta el estanque de peces en la parte trasera. ¿O es un pantano?"

"Un estanque de peces", confirmó May-Lee, ajustando un pañuelo de sarga de seda con un motivo inuit sobre ondas castañas.

Sonrió. "Con pirañas, sin duda".

"Bueno, ahí…"

Su mano se levantó. "Hombre, no quiero saberlo, gracias".

"¡Oh, Dios!" Prunella agarró el brazo de su hermano y señaló. "¡Mira, Perc, un martín pescador!" Casi le clavó el instrumento óptico en los ojos.

"¿Un Tyrannus verticalis? ¿Estás seguro?" Él no parecía ni la mitad de emocionado, pero dirigió los prismáticos hacia donde ella había señalado.

”¿Qué?" preguntó Adwin en voz baja. "¿No hay ningún Sapsucker de vientre amarillo?"

Lo empujé suavemente.

"Ya se ha ido". Percival le devolvió los prismáticos.

"¡Pero si lo he visto!", chilló.

Él se rió y le pasó un brazo por los hombros. "No lo dudo. Qué emocionante. Casi tan emocionante como la vez que avistaste el

Sphyrapicus varius".

Linda preguntó qué era eso.

"Un Sapsucker de vientre amarillo".

Adwin hizo una cosa de Rey y resopló, y envió un codo no muy ligero a mis costillas. Yo le correspondí. Linda soltó una carcajada (yo creía que sólo los personajes de dibujos animados y los chicos borrachos de las fraternidades se reían así) mientras Prunella volvía a sus prismáticos.

”¿Sabías que las palomas revientan?" preguntó Linda, con una expresión de inocencia de la joven Lindsay Lohan.

Vale, picaré. ¿"Revientan"?

”Sí”, dijo con un parpadeo. "Una vez, justo a mi lado, un taxi atropelló a una. La paloma hizo "pop"… ¡pop! Ya sabes, como ese divertido envoltorio de burbujas que aprietas para divertirte". Hizo una demostración con los dedos. "¡Pop, pop!"

Rey se rió como un niño que se embarca en su primera montaña rusa. Yo sonreí como si hubiera recibido el cumplido de mi vida mientras May-Lee se volvía hacia el horizonte, mordiéndose el labio. Prunella bajó los prismáticos y pareció horrorizada, con la cara tan pálida como el plumón de un avestruz.

Linda le guiñó un ojo y Jensen le dirigió una mirada de "tú-pequeño-violador".

"¡Bien, avancemos compañeros detectives! Daremos la vuelta desde el estanque del pantano". Rey indicó un camino y avanzó como un Scouter entusiasmado, con Linda a remolque.

Los demás estábamos a punto de seguirlo cuando ocurrió algo extraordinario. Un pájaro se acercó en círculos.

"¡Mira Perc, mira! Un gorrión Harris". gritó Prunella, señalando con entusiasmo.

”¿Estás seguro? Son muy raros por aquí".

Ella le dirigió una mirada fulminante y él levantó las manos en un gesto que sugería: tienes razón, me equivoco, era un gorrión de Harris. Tal vez su boina de color frambuesa (una que habría inspirado a Prince a cantar sobre una trilogía en su lugar) molestó al pinzón alado, o tal vez sus miradas embobadas lo hicieron. Maldita sea, si no se acercó volando a una velocidad asombrosa… antes de aterrizar en su cabeza. Dejó escapar un fuerte chirrido, picoteó dos veces y se fue volando de nuevo.

May-Lee se cubrió la boca con una mano enguantada para contener la risa mientras Adwin y yo, manteniendo nuestras expresiones lo más neutrales posible, corríamos tras las dos jóvenes.

"Eso no tiene precio", dije en voz baja.

Adwin miró hacia atrás y se rió. "El hermano y la hermana aún parecen sorprendidos. May-Lee está casi rodando por el suelo".

"Esas dos señoras parecen estar en constante desacuerdo".

"Parece que hay un grado de tensión perpetuo". Asintió. "Hablando de 'ellas', ¿qué hay de tu prima y su amiga? ¿Crees que se traen algo entre manos?"

Caminaban del brazo.

"¿Importa, mi pequeña Linzer Torte?"

"No, mi querido bollo de azafrán ". Ofreció una fina sonrisa. "Es que no puedo imaginarme tener una relación seria con esa prima tuya y no querer, en algún momento, hundirle la cabeza en una tarta de nueces… con muchas nueces".

"Ella y Linda se llevan muy bien - como una pareja casada demasiado tiempo". Miré hacia arriba y me di cuenta de que el cielo estaba evolucionando hacia una capa informe de color gris carbón. Las nubes Nimbostratus pronto ocultarían la luz del sol. "Parece que la lluvia está en camino".

"Acompañada de truenos y relámpagos, sin duda". Se rió. ”¿Que tan perfecto sería eso?"

"Cuando la tía Mat va a por todas, va a por todas".

"Tiene a la Madre Naturaleza en su bolsillo, ¿eh?"

"La tía Mat podría encantar a Cráneo Rojo".

"¿Otro villano?" Él sonrió. "Tienes que dejar de robar los cómics de tu sobrino".

La afición de mi sobrino Quincy por los cómics y los libros gráficos se me había contagiado poco después de que se mudara con mi madre hacía cinco años. Mi hermana, Reena Jean, había sido una buscadora de emociones, o una loca de las alas, como la llamaba su inconformista ex (él, que practicaba el parasailing y la caída libre con regularidad). Durante su última aventura, había sido arrastrada al mar cuando se encontraba en un muelle durante un huracán de categoría cuatro. No se atreve a probar las cosas por lo menos una vez, que ha sido su lema desde la juventud.

Nos detuvimos junto a Rey y Linda, y esperamos a los demás.

Linda se dirigió a Prunella y señaló un tejado en forma de cruz que se veía más allá de una línea de altos y enjutos pinos. "¿Es ésa su casa?"

"Esa sería", respondió ella con una sonrisa orgullosa.

"¿Hace mucho que son vecinos?"

"Veinte años", dijo Percival con una sonrisa triste. "Veinte maravillosos años llenos de diversión".

Todos se dirigieron al estanque en silencio. El lado opuesto de la propiedad de los Moone era bastante árido, mientras que este tramo era mucho más concurrido, con el estanque y un cenador, un jardín de rosas y bancos de hierro forjado colocados esporádicamente. A medio camino entre un garaje para seis coches y el cenador se encontraba la pequeña dependencia que había visto la noche anterior. Podría haber servido de estudio o casa de campo, o incluso de elegante cobertizo de almacenamiento. Fuera lo que fuera, la estructura parecía fuera de lugar; no coincidía con la gran casa en ningún aspecto, excepto en el techo de pizarra verde-gris. Una

atracción de feria de pueblo atrapada en Disneylandia.

Mientras los demás seguían avanzando, Adwin y yo nos acercamos a la vivienda y limpiamos una ventana lateral con hojas secas para asomarnos al interior.

"¿Qué crees que guardaba aquí?"

"Lástima que el sol haya desaparecido. No puedo ver mucho a través de esta pequeña abertura entre las persianas, excepto algunos muebles cubiertos con sábanas… Tal vez los visitantes se quedaban aquí, los que preferían la privacidad a una casa llena de gente. O tal vez los sirvientes usan este lugar".

"¿Con qué propósito? ¿Para desplumar pollos y limpiar pirañas de estanque?"

"¿Las pirañas tienen escamas?"

"Todavía tendrías que desollarlas".

Nos reímos débilmente -para corresponder al humor- y avanzamos por un estrecho sendero semidesgastado hasta la entrada.

"Quizá Fred resida ahí dentro".

"¿Fred el Fantasma o Fred el Felino?" pregunté, escudriñando dos altas ventanas con persianas especialmente diseñadas que se alineaban a ambos lados de la puerta. Una tercera ventana pequeña en forma de arco con un motivo de hoja de cristal de colores estaba colocada encima.

"¿Por qué no ambos?" Adwin me pisó los talones. "Los fantasmas necesitan mascotas como cualquier otra persona, sobre todo si están atrapados en la tierra a perpetuidad".

Un tirador forjado a mano estaba suelto. Lástima que la puerta a la que estaba unida no lo estuviera. "Pooh".

"Estás tan obsesionado con encontrar pistas y cuerpos como Rey".

"Difícilmente. Sólo tengo curiosidad".

Adwin chasqueó la lengua, me agarró del codo y nos condujo hacia el resto del grupo reunido en el último escalón de la glorieta de mármol blanco, que era más o menos del tamaño de mi estudio en Wilmington.

"¿Encontró algo importante, detective Reynalda?" pregunté, acercándome a ella.

"Todavía no", olfateó, "pero lo haré". Estaba a un metro y medio de un gran estanque al que cuatro docenas de koi habrían estado encantados de llamar su hogar si el agua estuviera más limpia. Al notar mi mirada, asintió. "Parece un poco turbia".

"Desde luego que sí", coincidió Prunella en voz baja, pareciendo insegura de acercarse más que Linda, como si el estanque de agua pudiera absorberla en sus desconocidas profundidades.

"¿Esperas encontrar un cuerpo ahí dentro?" bromeó Adwin, girando alrededor de un pilar y casi chocando con Jensen, que parecía seguirnos la corriente al parecer muy interesado en todo lo que tenía delante.

"Yo no", respondió Linda con una sonrisa divertida, "pero Rey sí".

"Divertida chica". Mi prima pasó junto a las dos mujeres y se detuvo a centímetros del borde, ignorando la advertencia de Prunella de no acercarse demasiado. Se agachó. "Tío, a este bebé le vendría bien una buena limpieza. Si alguna vez hubo peces aquí, tendrían que estar muertos".

"O chupadores de baba", ofreció Adwin.

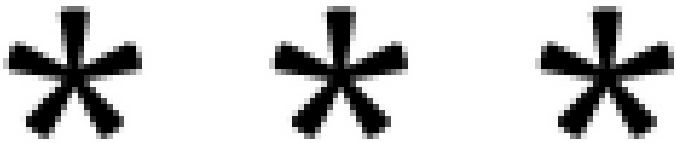
"Bueno, gran detective, ¿vas a acuclillarte ahí? ¿O detectar?" preguntó Percival, aparentando de nuevo mantener la alegría a raya.

"Paciencia, mi lacayo no tan favorito", respondió mi prima, quitándose un guante de punto, remangando una manga de lana y metiendo la mano bajo la superficie.

"Oh, por el amor de…"

"Espera. Puedo sentir… sí, hay algo aquí. ¡Cielos!"

¿Quién habría imaginado que la desgarbada Prunella podría emitir un grito tan espeluznante?



Percival soltó un silbido bajo y prolongado, dando un bandazo hacia atrás y agarrando el muslo zafio de una diosa pilar con la que había tropezado. "Keeee-rist, ¿no quiere eso hacer que se te derramen las frituras?"

Adwin y yo nos dimos la mano y nos quedamos boquiabiertos, mientras que la respuesta de May-Lee fue mirar a Percival y arquear la ceja derecha.

"Maldita sea". Jensen parecía repentinamente muy serio mientras miraba el objeto que mi primo sujetaba.

Rey, con aspecto de conmoción, sostenía una cabeza con rizos gruesos como el barro. La piel gomosa y teñida de algas estaba embadurnada de baba y los ojos saltones miraban desafiantes mientras los labios regordetes y deformes se echaban hacia atrás en un gruñido de tejón. Era un momento de primera clase de CSI/ Bones.

"¿Quién es ese?" preguntó Adwin, soltándome y poniéndose en cuclillas junto a Rey, que no se había movido ni había hablado desde que sacó el horrible hallazgo de la húmeda mojadura. Parecía tambaleante, incapaz de moverse o hablar. Esta era una ocasión

verdaderamente rara. Mamá querría oírlo.

"¿El Increíble Hulk?" Sugerí.

"Un superhéroe o campeón de cómics que este tipo - eh, cabeza - no es", dijo Linda. "¿Alguna idea Rey?"

"¿Prima?" Le insistí cuando se quedó quieta.

Rey levantó la vista, se concentró y frunció el ceño. "¿Qué soy yo - psíquico? No sé quién es este tipo". Escudriñó la cabeza, maldijo suavemente y la dejó caer, luego estudió su mano como para asegurarse de que no estaba contaminada con un virus carnívoro o con piojos.

"¿Ha desaparecido alguien en la zona últimamente?" pregunté mientras me agachaba junto a Adwin.

"Inevitablemente siempre desaparece alguien". La voz de Percival era tan oscura como su expresión.

Jensen suspiró. "Será mejor que llamemos a la policía".

"Espera". Me asomé más cerca y luego asomé la cabeza.

"¿Estás loco?" preguntó Linda, poniéndose a mi lado.

"No. Curioso", respondió Adwin por mí con una sonrisa de satisfacción.

"Muy gracioso, pastelero sin gracia", dije, sonriendo a su vez. Volví a pinchar. "Esto es una cabeza falsa".

"¿Qué?" Prunella se puso al lado de Rey. "¿Falsa? ¿Como una broma?"

"Es un lugar extraño para poner una broma", respondí, "pero eso es lo que parece ser. ¿Ves?" Tiré de una oreja de goma deforme, y luego froté el lodo aceitoso de mis dedos en un parche de hierba puntiaguda. Es extraño. Parecía grasa o vaselina.

"No lo entiendo", murmuró Linda.

Rey se rió y todos nos quedamos mirando. "¡Vamos! Es la idea de diversión de la tía Matty. Apuesto a que ha escondido una docena de estos por toda la casa, ¡y también algunas piernas y brazos!"

Me encontré riendo también, recordando lo que había estado pensando ayer. "Probablemente pensó que iríamos a explorar en algún momento, así que se aseguró de tener todas las bases cubiertas". Levanté los dedos brillantes. "Incluso la escoria del estanque es para mostrar".

"No encuentro esto gracioso", dijo Prunella, molesta.

"Oh vamos, tú eras una de sus mejores amigas. Debes estar acostumbrada a estas cosas".

La benefactora de los pájaros inclinó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, y el mohín se convirtió en una sonrisa.

"¿Crees que ella también colocó la serpiente en la cama?" preguntó Percival.

Miré a Rey y ella a Percival. "No", respondimos simultáneamente mi primo y yo.

"¿Por qué no?" Pateó la cabeza como si fuera un balón de fútbol. Volvió a caer en el estanque.

"Está muerta", respondimos al mismo tiempo.

Su ceño se arrugó como un kiwi pasado de rosca (la fruta, no el pájaro).

"Nuestra tía falleció hace tiempo", le expliqué. "Esa serpiente la pusieron allí hace poco: para asustar a Thomas, o para advertirnos, o quizá para ambas cosas. Es poco probable que Snakey haya estado allí desde su funeral".

"¿Por qué no?" Percival desafió.

"Me tienes ahí". Fue el momento en que mi ceño se arrugó. "Tal vez cuando ella había planeado este asunto de la herencia, una de las bromas era para asustar a Thomas. Probablemente había pedido a

uno de los sirvientes que pusiera el reptil en su cama cuando se presentara la oportunidad".

"¿Crees que todo el personal puede estar en esto?"

"Todo es posible", dije encogiéndome de hombros.

"Keeee-rist, necesito un té. Con un trago de brandy". Percival se quitó la gorra Ascot y se pasó una mano por el cabello color marga tan denso como la lana.

"¿Necesitar? Quiero uno. Uno doble". Jensen giró sobre los tacones de sus mocasines Bally y se dirigió hacia la casa.

"¡Oye! Tenemos que explorar más", dijo Rey.

"Ya he soportado suficientes bromas tontas por hoy, gracias". Agitó una mano larga y delgada detrás de él.

"Aguafiestas". Sacó el labio inferior, pareciendo un niño mocoso de cumpleaños que no ha recibido suficiente helado con la tarta.

"Déjalo ir. De todos modos, se cree demasiado grande para gente como nosotros", dijo Percival en voz baja, observando cómo el abogado londinense tomaba un atajo más allá del bungalow-casa de campo.

Había un toque de hostilidad en el tono y en la mirada, y me dio la impresión de que el abogado londinense afrentaba de algún modo al amante de la poesía y la jardinería. De hecho, parecía haber mucho malestar entre el grupo.

Compartimos otro momento telepático y nos dirigimos simultáneamente a un estrecho sendero que llevaba al otro lado de la finca de Moone.

El cielo oscuro se cernía ominosamente sobre nosotros, pero la lluvia que prometía no llegó, al menos no durante los siguientes noventa minutos. Disfrutamos de la soledad de la finca, de las locas nociones de paisajismo de Mathilda Reine Moone y de las dos cabezas, tres manos y una pierna colocadas en lugares más estratégicos que el estanque.

Querida tía Mat. Había que querer a la vieja con agallas.

9

UNA VISITA A LA MANSIÓN

A la hora del té se sirvió una mezcla de especias con tartaletas de setas y galletas de mantequilla con forma de criaturas de varias patas, tal vez pulpos o arañas. Fue un asunto silencioso. Estábamos hambrientos -o famélicos, como podría haber dicho Jensen- y parecía que nos apetecía volver a entrar en zonas zen. Cuarenta minutos más tarde, nuestro saciado y reenergizado grupo, salvo Jensen, marchaba por un pasillo del ala oeste repleto de adornos y armamento. Las espadas largas, las hachas de batalla y las picas, y las inusuales piezas de cota de malla añadían una dimensión interesante, si no inquietante, a la decoración interior. El rey Arturo y sus caballeros se habrían sentido perfectamente en casa.

El plan consistía en recorrer el primer piso, de atrás hacia delante, empezando por la despensa y la cocina. Al menos, era algo que hacer para matar el tiempo. Oops, tal vez "matar" no era la mejor palabra dadas las circunstancias.

"¿Dónde está ese abogado londinense?" Rey se asomó con circunspección a una de las dos largas y altas estanterías metálicas de la gran y oscura despensa, como si esperara encontrar un cuerpo metido entre cajas de granola y barriles de encurtido. "¿Se ha vuelto demasiado bueno para nosotros?"

Linda dejó caer la tapa de un congelador gigantesco. Parecía decepcionada, como si esperara encontrar un cadáver metido entre cuarenta recipientes de sopa y guiso y veinte tarrinas de helado, pero no encontrara más que quemaduras de congelador. "¿Convertirse? El hombre nació demasiado bueno para nosotros".

Percival se rió como un hermano que ve cómo se desprecia al hijo favorito de sus padres y se zampa una galleta de chocolate. Al ver las miradas, pasó su dulce hallazgo.

Adwin miró la bolsa, frunció el ceño y se la entregó a Rey. Los postres prefabricados no formaban parte de la vida de mi pequeño chico de la pasta.

Galletas en mano, pasamos por una cocina anticuada pero inmaculada a una gran sala sombría que era una mezcla de biblioteca, estudio y museo. Olía a "viejo". Un tabique alto sostenía estanterías y libros manchados de color rojizo. Otra pared estaba revestida de óleos con paisajes del viejo mundo y escenas de caza; otra pared sostenía dos enormes retratos.

Al igual que el pasillo del Rey Arturo, la habitación poseía un efecto inusual, aunque no perturbador. O tal vez sólo parecía inquietante porque había algo perturbador en el hombre del primer retrato, que se asemejaba a una fotografía de principios del siglo XX en la que predominaban los tonos marrones y cremas. Un hombre solemne de unos cuarenta años, vestía un frac y unos pantalones oscuros. ¿Qué era lo que le molestaba? ¿La mirada fija? ¿La gravedad? ¿Las grandes orejas de Dumbo? ¿La enorme y solitaria ceja posada sobre unos ojos oscuros y brillantes? ¿El bigote de manubrio que parecía haber sido pegado en medio de una cabeza con forma de cubo para algún efecto no identificado? ¿Y qué hay de esos labios? Eran tan gordos y flácidos que se podría haber pensado que el tipo se había topado con un cirujano cosmético feliz con el colágeno. Este tenía que ser Reginald Charles Moone II.

Prunella estaba tan cerca detrás, que mis ojos comenzaron a llorar. La obsesión era un aroma intenso y embriagador cuando se aplicaba con delicadeza detrás de las orejas o en las muñecas, pero no era tan agradable cuando el cuerpo estaba completamente empapado de él. "No puedo decir por qué, pero ese hombre siempre me pareció espeluznante".

Me alegraba saber que no estaba sola en mis sentimientos. "¿Alguna vez lo conociste?"

Se rió. "Fue mucho antes de mi tiempo. El Moone número dos murió a principios de los años 30".

"¿Y el otro?" Señalé el segundo retrato. Al igual que el Moone Número Dos, este tipo tenía una enorme ceja; posada sobre unos

ojos negros como el ónix, tan brillantes como los del padre. Tenía las mismas orejas y el mismo aire sobrio, casi sombrío. Ahí terminaban las similitudes. A diferencia de su padre, Moone Número Tres estaba bien afeitado, con la piel ligeramente cicatrizada, posiblemente por una dolencia de la infancia. Sus labios estaban bien definidos, casi sensuales, como si pertenecieran a una estrella del cine mudo. Su rostro era notablemente delgado, un contraste dramático con el del padre. Su traje, elegante y a la moda aunque no caro, consistía en un chaleco de doble botonadura que llevaba con una chaqueta de un solo pecho y pantalones a juego.

"Yo tampoco lo conocí". Se inclinó hacia ella. "Matty me dijo una vez que Reginald rara vez hablaba de su familia. Había habido un desencuentro entre hermanos y tíos. De ahí el escaso número de retratos. Tengo entendido que muchos fueron eliminados, si no destruidos, a lo largo de los años".

No era difícil de dudar. Los hombres de la familia Moone eran demasiado serios para el bien de cualquiera. "¿Qué hay del marido de la tía Matty, el Moone número cuatro? Aunque era mi tío, nunca lo conocí. ¿Cómo era?"

Buscando las palabras adecuadas, estudió un armario lleno de curiosidades, desde teteras hasta jarrones y estatuas. "Distante. Frío. Raro… no, tal vez debería decir diferente. Él también tuvo algunas peleas, incluida una con Jensen, su hermano menor, pero se reconciliaron cuando Reginald cumplió sesenta años. Era un gran conocedor de las antigüedades y la historia". Ofreció una magra sonrisa. "Reginald no hablaba mucho, excepto después de un par de vasos de Madeira. Por Dios, entonces se metía en el Renacimiento y la Reforma, o en las Guerras Napoleónicas, y esa boca rara vez se cerraba". Ella sonrió con poco entusiasmo.

Había olvidado que Reginald y Jensen eran hermanos. Aparte de compartir un comportamiento sombrío, se parecían poco. Quizá Jensen se parecía a la madre. Señalé el armario. "¿Es su única colección de curiosidades?"

"Oh, no. Las rarezas y las piezas de exposición llenan una gran sala en el tercer piso, así como toda la torre". Su voz se convirtió en un susurro conspirador. "Yo no iría allí sola, cariño. Podría hacer que

ese precioso cabello oscuro tuyo se volviera de un tono muy blanco". Se volvió hacia su hermano, que se había acercado a nosotros.

"¡Mira aquí!"

Nos giramos y encontramos a Linda sosteniendo un libro de tapa dura de 10 ½" X 13" de tela negra, con letras doradas y bordes de página dorados. Era muy antiguo y estaba en perfectas condiciones.

"Es un libro", anunció.

Le lanzamos miradas de asombro.

"¡Se trata de tratamientos y remedios del viejo mundo!" Agitó un brazo como si un trompetista anunciara un estandarte majestuoso. "De hecho, la mitad de esta estantería es sobre medicinas y hierbas, venenos y toxinas. Hay algunas primeras ediciones impresionantes".

Rey recorrió la habitación con la velocidad de una tempestad. "¿Qué tan perfecto es eso?"

"¿Perfecto para qué?" preguntó Percival con rotundidad.

"Para el asesino de Thomas Saturne. Todo lo que él o ella necesitaba saber para cometer el asesinato perfecto estaba -está- aquí mismo, en esta habitación".

"Claro. Su 'asesino' vino aquí el día de su muerte e investigó todos estos libros para encontrar la sustancia venenosa perfecta".

"Es una mera coincidencia, querida", añadió May-Lee en voz baja. "Si Thomas fue asesinado, y debemos asumir que es un "si", entonces es poco probable que su asesino haya tenido tiempo para investigar sobre venenos, y mucho menos para encontrar uno que satisfaga sus necesidades, y mucho menos para adquirirlo".

"A menos que fuera la ayuda. Habrían tenido acceso a esta información en cualquier momento y podrían haber investigado venenos con días, semanas, quizá meses de antelación." La barbilla de mi primo se levantó con desafío. "Eso podría ser cierto para mucha gente".

Adwin ofreció una sonrisa apaciguadora. "Si yo fuese a matar a alguien -como en el caso de un asesinato predeterminado- me habría asegurado de que mi investigación, el método de asesinato y el momento de llevarlo a cabo se hubieran ideado metódicamente. No dejaría las cosas al azar ni examinaría los detalles de última hora. Habría tenido todos mis patos en fila".

Mi primo hizo un mohín. "Yo digo que nos movamos hacia adelante y hacia arriba, y golpeemos el segundo piso".

"Yo digo que lo golpeemos", dijo Percival en voz baja.

La respuesta de su hermana sonó como la risa inquietante de una hiena.

Pero hacia arriba y hacia adelante nos dirigimos: a lo largo de una estrecha escalera trasera hacia un ala desconocida de la casa.

Rey estornudó, Linda tosió y yo aguanté la respiración todo lo que pude, y cuando no tuve más remedio que aspirar aire, mi estornudo y mi tos tuvieron propiedades de Jolly Green Giant. Estábamos en la primera habitación al final de la escalera, una gran habitación en forma de L que no había sido ventilada desde hacía tiempo y en la que Swiffer aún no había dado un nuevo significado a la limpieza. Las sábanas de color blanco huevo, con una fina capa de polvo, cubrían la mayoría de los muebles.

"¿Otra habitación de invitados?" preguntó Linda, lanzando un caramelo de manzana caramelizada de Werther's entre esos inusuales labios en forma de botón.

"Creo que ésta puede haber sido la habitación de los padres de Reginald".

Nos volvimos hacia Percival, que miraba por debajo de una cubierta que cubría lo que parecía ser una enorme cómoda. Sacó una pequeña fotografía ovalada con marco dorado de una joven pareja y la sostuvo para que todos la vieran.

"Ésos serían Moone Tercero y Theadora", convino Prunella, tomando la fotografía.

"¿Teadora?" Rey sonrió.

"No recuerdo a ninguna Theadora", busqué en mis archivos familiares mentales.

"Era de padres bohemios".

"Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los bohemios, sus padres tenían mucho dinero", explicó Percival con una mirada cómplice.

"Lo que la convertía en un material de esposa muy adecuado", respondí.

Se golpeó la punta de la nariz con un dedo índice y señaló.

Rey arrancó una sábana de un armario de cerezo tallado y estornudó. Sonaba como un camión Mack en retroceso. Delicado no parecía ser el segundo nombre de estos dos primos.

"¿Deberías hacer eso?" preguntó Prunella, con la frente alta arrugada como un traje de pantalón de lino que se hubiera puesto en un vuelo transatlántico.

"¿Por qué no? Estamos explorando".

"No tenemos que explorar cada pequeña cosa".

"Vamos, Rey", le dijo Linda, "si miramos detrás y debajo de cada mueble, estaremos aquí a finales del mes que viene".

"Limitémonos a una exploración superficial, ¿de acuerdo?" Percival sugirió. "Lo que significa paseos rápidos por las habitaciones, miradas bajo las camas y en los cubículos".

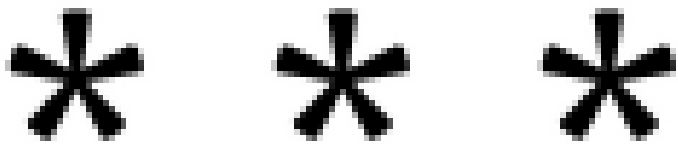
"Y armarios", añadió Rey, abriendo una amplia y pesada puerta más allá del armario.

"Y armarios", suspiró, poniendo los ojos en blanco y casi haciéndolos saltar de sus órbitas cuando ella lanzó un grito estridente o una maldición, o una combinación de ambos.

Nos apresuramos a avanzar.

… Y encontramos a Jensen encaramado a una estantería, con una sonrisa inverosímil y de lo más traviesa, con el aspecto de un cartero de oficina que ha tomado el pelo al siempre crítico jefe. En su mano, llena de venas, había un papel de carta beige con grabados florales, y en él estaba escrito, en letra grande y ornamentada, lo siguiente: ¿ya te estás divirtiendo?

"Ya habéis tardado bastante los malditos exploradores. Por Dios, pensé que estaría aquí hasta bien entrada la medianoche".



Jensen Q. Moone, vestido con unos vaqueros de diseño y un jersey de cuello alto de alpaca, saltó a sus mocasines de la talla catorce. ¿Cómo es que nunca nos habíamos fijado en esos mocasines? Destacaban como los boniatos en medio de las patatas de dedo. Y ese crucifijo: podría anclar un pequeño barco. Sin embargo, ya no parecía tan rígido. De hecho, teniendo en cuenta la flexibilidad que había mostrado, era todo lo contrario. Incluso su acento parecía menos severo o forzado.

"¿Qué está pasando?" Preguntó Percival, poniéndose delante de él. "Esto no tiene ninguna gracia".

"¿No?", sonrió. "Deberías haber visto tu cara desde donde estaba".

Prunella tiró de su hermano hacia atrás con suavidad. "Tenías una expresión bastante interesante". Sonrió, y luego soltó una risita.

Rey se rió. "No tiene precio. Creí que ibas a hacer pis…"

"No vayamos por ahí", sugirió Adwin apresuradamente. "¿Cuál es tu historia, Jensen?"

"Mathilda había solicitado mis servicios hace tiempo y yo accedí".

"¿Servicios?" preguntó Rey con curiosidad.

Volvió el porte serio. "Me pidieron que cuando llegara esta semana de cobro de la herencia, ayudara en los asuntos". Sonrió sombríamente y luego se rió. "Debo decir que fue bastante divertido".

"¿Y Thomas?" preguntó Adwin acerbamente. "¿Fue parte de la asistencia a lo largo de los asuntos?"

Jensen negó con la cabeza. "Su muerte fue un evento desafortunado e inesperado".

"Tengo que decir, teniendo en cuenta el sentido del humor de la tía Mat, que el hecho de que juegues al escondite no está a la altura de su ingenio habitual", dije.

"¿Quién puede decir que soy todo lo que hay?" Su expresión oscilaba entre la alegría y la ligereza, sugiriendo que había más bromas y trucos en marcha.

Sonreí con desgana. "Eso es más propio de la tía Mat".

"¿Podemos seguir adelante ya?" preguntó Rey con impaciencia. "¿Algún lugar al que debamos mirar o ir y en el que no hayas estado?"

El abogado negó con la cabeza. "No he visto mucho de la casa".

"Pero usted vivió aquí hace tiempo", afirmé.

"Me corrijo". Inclinó la cabeza. "No he visto mucho de la casa desde que me fui a la universidad".

"Bien". Inclinando la cabeza, Rey le abrió el camino.

10

LA MANSIÓN DE NUNCA ACABAR

Doce habitaciones más tarde, estábamos polvorientos, cansados e inclinados hacia el mal humor. La iluminación, en su mayor parte, era tenue en el mejor de los casos y en algunas habitaciones habíamos tenido que utilizar linternas cuando no había lámparas ni bombillas. Habíamos encontrado una enorme araña peluda del tamaño de un coche Smart colgando de unos cables invisibles en una sala de costura y un esqueleto chillón en un baúl de latón antiguo en una habitación que servía de zona de pasatiempos y/o arte, un trabajo de plástico con rosas negras falsas en una mano y otra nota de la tía chiflada Mat en la otra. ¿Me echas de menos? (Eso es todo lo que escribió).

Percival giró en torno a un antiguo separador de habitaciones de madera y gimió, limpiándose una gruesa y pegajosa telaraña de la cara y los labios. "Voto por que paremos. Estoy listo para sentarme y disfrutar de un buen martini frío". Miró su Rolex, un Yacht-Master del que estaba bastante seguro, después de haber hecho un reportaje las Navidades anteriores sobre regalos escandalosos para los más ricos. "La cena está a dos horas de distancia".

"Ooh, un martini clásico sería encantador. Con tres aceitunas Hondroelia", ronroneó Prunella, agarrando el antebrazo de su hermano como si fuera un salvavidas.

"Diablos, me conformaría con unas manzanillas".

"Eso sí que suena terriblemente bien, con un toque de limón y lima", dijo el señor Jensen Peek-a-Boo Moone, saliendo de un pequeño almacén que había estado investigando. Nos arrojó un gran lagarto de goma a nuestros pies.

No era una chica de martini, pero sonaba tentador. "Cuenta

conmigo. Adwin, haces un buen Cosmo. Estás a cargo".

"De acuerdo, pero seguimos revisando el lugar después de la cena", insistió Rey, con aspecto petulante.

Percival la miró. Se podía ver un comentario despectivo preparado en sus tensos labios. Atrapó la mirada de su hermana y leyó algo en ella, sonrió irónicamente y le dio una palmada en la espalda a mi galán, casi enviando al delgado pastelero de dulces al baúl de latón. "Prepara dos jarras para cada uno: clásico y cozz-moh".

"Maldita sea, prepara varias", ordenó Jensen con brusquedad, pasando por encima del señor Lizard. "Nos vemos en el salón en media hora".

Le vimos salir al pasillo.

"Vaya, pero alguien está irritado", dijo Rey, poniéndose de pie.

"Ha sido un largo día", le recordó May-Lee, limpiando su nariz esculpida por Hollywood con un pañuelo de papel.

"Un día mugriento", coincidió Prunella, limpiando el polvo de los brazos que recordaban a las patas de las garzas. "Me vendría bien una ducha rápida".

"No es mala idea", coincidió Linda, frotándose la cara. "Hasta mis ojos parecen estar cubiertos de polvo".

Clunk, thump. Gemido. Clunk, thump. Clunk, thump. Unas inquietantes carcajadas de película antigua resonaron en el pasillo.

Todos se miraron y sonrieron débilmente.

"Tu tía ha pasado de los juguetes de plástico y goma", dijo Linda con una risa cansada. "Ahora se está asegurando de que los sonidos espeluznantes nos entretengan. Probablemente estaremos escuchando fantasmas y demonios toda la noche".

"Me pregunto qué más habrá conseguido que haga Jensen", dijo Rey, asomándose detrás de un cuadro de una mujer con cara de piedra sentada en una mecedora en una veranda. No era Norman

Rockwell. Pero Marcel Duchamp podría haber sentido afinidad por la pieza poco convencional. "¿Quién habría pensado que Jensen podría ser del tipo bromista?"

"Probablemente le pagó bastante bien", dijo Percival, enganchando el brazo de su hermana. "Yo digo que nos vengamos de él".

Mi primo escaneó su rostro. Sus labios se curvaron hacia arriba lentamente, recordándome a El Grinch antes de que su corazón se expandiera. "Me gusta cómo funciona tu mente. Sí, vamos".

Pasamos tres minutos rápidos planeando la venganza antes de correr a nuestras habitaciones para lavarnos la cara y/o tomar duchas apresuradas, lavarnos los dientes y coger jerséis o chaquetas. Al cabo de treinta minutos nos habíamos reagrupado abajo, ansiosos por probar los frutos de la habilidad de Adwin como camarero.

De vuelta a la habitación donde Thomas Saturne había pasado sus últimos momentos, nadie se sentó en el sofá ni habló de él. Los observadores podrían haber pensado que estábamos siendo respetuosos con el muerto. En realidad, teníamos otras cosas en las que centrarnos, como los martinis helados con los dedos de los pies.

"Delicioso". Percival brindó por Adwin.

"Incluso con las aceitunas comunes del supermercado", coincidió Prunella, sentada en un reposabrazos al lado de su hermano.

Él le dio una palmada juguetona en el muslo. "¿No somos nosotros los snobs?"

Ella soltó una risita.

"Para una mujer que debe tener cincuenta años, seguro que actúa con la mitad de su edad", me susurró Adwin al oído mientras nos sentábamos en un largo y duro diván cerca de la entrada de doble puerta.

"¿Qué hay de malo en eso?" pregunté.

"Nada, supongo. Sólo que me molesta un poco". Se encogió de

hombros, dio un sorbo pensativo y volvió a encogerse de hombros, con aspecto de alguien que se debate entre pensamientos contrarios. "O tal vez es ella… Es asquerosa".

"¿Asquerosa?" Me reí.

"Asquerosa", repitió con una sonrisa, y luego señaló. "Al menos no lleva ese espeluznante collar de pájaros de Morticia Adamms".

"Oh, vamos. ¿Qué tiene de malo tener un escote decorado con un buitre?" bromeé.

"¿Y dónde está la música ambiental?" Preguntó Linda mientras colocaba troncos en un fuego que había conseguido encender con gran esfuerzo. Obviamente nunca había aspirado a ser una Girl Scout durante sus primeros años.

"Sí, sólo tenemos dos minutos que valen la pena". Rey.

"Si conozco a Matty", dijo Percival con una sonrisa irónica, "estaremos escuchando dos horas alrededor de la una de la mañana".

"¿Dónde está Jensen? Su martini se está calentando". Linda se frotó las manos llenas de hollín en los vaqueros y buscó su vaso. "¿Crees que se está preparando para otro "susto"?"

"Esperemos que éste sea más terrorífico que el anterior". Rey extendió su copa de martini para que Adwin la rellenara. "Fue un poco flojo".

"Funcionó", comentó Prunella, asintiendo a su hermano.

"Hasta cierto punto", dijo con una sonrisa salada. "Uno muy pequeño".

May-Lee sonrió y bebió un sorbo. La atractiva mujer de mediana edad no parecía ser del tipo tímido; era exigente y cautelosa, obviamente seleccionando los comentarios con cuidado para no agravar o insultar a alguien. Eso era algo inteligente: menos posibilidades de hacer enemigos.

Los pasos familiares de Beatrice llamaron nuestra atención. Estaba de pie en la puerta, con el mismo aspecto agrio de siempre. Esta vez, en lugar de lucir un uniforme de sirvienta del viejo mundo en gris marengo, llevaba uno de color azul marino, y el delantal almidonado era más de encaje y formal, con un sutil ribete de acianos. Los labios arrugados de color hígado parecían haber besado un bote de brillo labial de color melocotón.

"La cena es exactamente dentro de una hora y cuarenta minutos". Con lo que era un intento de sonrisa o una expresión que sugería problemas de estómago, se fue.

"¿Hacemos apuestas sobre cómo se servirán las setas esta noche?" preguntó Prunella.

"Me apunto. Apuesto cinco dólares a que hay algún tipo de guiso de setas". Linda.

"Cinco a que hay sopa". Percival.

"Diez vemos una cazuela". May-Lee.

"Diez para quiche", intervino Adwin.

Prunella, May-Lee y yo intercambiamos sonrisas, y yo tomé la clásica jarra de martini del aparador y empecé a rellenar vasos. A continuación, se repitió la versión "cozz-moh".

Veinte minutos después, sintiéndonos galvanizados si no destrozados, nos dirigimos a las escaleras suavemente iluminadas para cambiarnos para la cena y ver quién ganaba la apuesta de las setas.

Prunella se detuvo a trompicones. "Creo que voy a ver dónde está nuestro abogado de Londres. No me gustaría que hubiera decidido quedarse en su habitación toda la noche y perderse nuestra broma".

Percival le agarró la muñeca. "Podemos gastar la broma en cualquier momento a ese viejo amargado engreído".

"No seas grosero, hermano querido. Al igual que nosotros, es un invitado", interrumpió ella, liberándose. "Todos deberíamos intentar

llevarnos bien".

"Ahora, ¿dónde he oído esa frase antes?" preguntó Rey, desconcertado.

"¿Por qué no pasamos todos por su habitación?" sugirió Linda.

Los ojos de Percival brillaron. "Buena idea. Vamos a visitar al 'viejo'".

Nos detuvimos frente a la puerta de Jensen y Rey dio un golpe urgente. Un poco más fuerte y lo habrían oído en la finca de al lado; un poco más fuerte y la puerta habría cedido.

"Debe de ser un ladrón de poder", dijo Rey, agarrando el pomo de la puerta cuando no hubo respuesta.

Prunella le apretó la mano. "Si lo está, no estaría bien despertarlo".

Rey la miró bruscamente, aturdida o sobresaltada, y le retiró la mano. "¿Por qué no? Él haría lo mismo". Entró como un director de banda que dirige a un conjunto de la escuela secundaria en un campo de fútbol durante el descanso.

Prunella suspiró con fuerza, pero siguió a Linda, que había seguido a Rey. Percival iba justo detrás de su hermana, por supuesto, y Adwin le seguía, después de poner los ojos en blanco y lanzar una mirada de "no puedes ganar". Yo me puse en la retaguardia con May-Lee.

"¡Ay!"

"No puedo ver nada -"

"Enciende la maldita luz -"

"No puedo encontrar el maldito interruptor de la luz."

"Deja de estar en el puto camino -"

"Oh, por el amor de…"

"¡Ou-ouch!"

Un brillo mandarín cubrió la habitación y mostró a un Adwin asombrado junto a una lámpara de mesa de noche art-deco, a Linda de pie sobre el pie de Percival, a Prunella de culo sobre el suelo de madera y a Rey llevándose una mano a su enrojecida frente. May-Lee y yo estábamos a escasos centímetros de la cama y del otro: una colisión casi total.

Rey resopló. "La broma es para nosotros… otra vez".

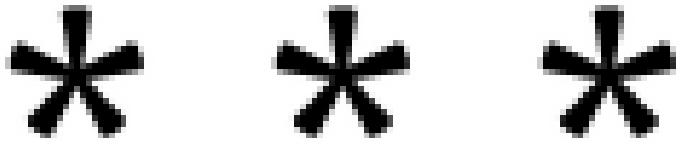
"No está aquí". Prunella sonó y pareció asombrada mientras se ponía en pie lentamente.

"Probablemente aparecerá en un armario o baúl o algo así", dijo Linda, apartándose de un salto del escritor de oscuras poesías y artículos de jardinería como si fuera un rosal infestado de pulgones con el que se hubiera estrellado.

Percival frunció el ceño y se miró el pie como si quisiera asegurarse de que seguía teniendo su forma y tamaño originales.

"Probablemente esté abajo, esperando con una de esas sonrisas sarcásticas y petulantes", sugirió Rey. "O se está engalanando con un traje de fantasma fluorescente o de monstruo acolchado, y nos va a sorprender durante la cena".

Sonreí ante la imagen de Jensen ataviado como el monstruo de Frankenstein. "Que conste, señoras, que no voy a ir de rosa esta noche".



Porter estaba junto a una cocina de cuatro hornos de color azul neón, removiendo el contenido de una gran olla Le Creuset. Otras dos cocinaban a fuego lento en los quemadores traseros. Iba vestido con ropa de cocinero: pantalones anchos a rayas y camisa blanca de manga corta, una banda de cocinero y zuecos negros de cocina. Tenía el cabello alborotado, denso como el algodón de azúcar, del color del caramelo. ¿Clairol? Debía tener cincuenta y cinco años si era un día, así que ese no era su color.

"¿Más setas para cenar?" pregunté alegremente mientras me paseaba por el suelo de corcho.

El corpulento cocinero se giró y escrutó mi cara con curiosidad. "Marcel McIntyre -un respetado vendedor de productos locales- tenía una oferta. Me gustan. ¿No es así, señorita?" Su acento de Nueva Inglaterra sonaba un poco rígido, ligeramente apagado. Artificial tal vez.

"Me gustan. Soy Jill Jocasta Fonne, por cierto".

"La sobrina de la señora". Su voz era algo aguda, casi femenina. No se ajustaba a su contextura ni a su rostro. También contenía poca emoción y era delgada, como un caldo de verduras sin sodio; una pizca de sabor, pero sin mucha profundidad.

Mi mirada se dirigió a un anillo plateado con dibujos geométricos grabados en su mano izquierda, que sostenía una larga cuchara de madera y removía una mezcla aromática. Tal vez sea de Tiffany.

Había visto un anillo similar hace unos meses, cuando una ayudante de producción y yo estábamos eligiendo un regalo para el cumpleaños de su novio.

Me acerqué y miré. Parecía un guiso. Con muchas setas, por supuesto. "Esto huele muy bien", dije alegremente.

"Es estofado de cordero. Lo voy a congelar". La sonrisa era tan sobria como sus labios y alcanzó una larga y delgada tabla de cortar de plástico sobre la que descansaban aproximadamente tres cucharadas de hierbas picadas. "¿Qué la trae a mis dominios, señorita Fonne?"

"Jill, por favor. He escuchado cosas maravillosas sobre su cocina a lo largo de los años por parte de mi tía. Me ha gustado lo que he probado hasta ahora y pensé que era hora de conocerla oficialmente". Me apoyé en un mostrador que soportaba dos juegos de botes de cerámica de color rojo rústico y un teléfono móvil. "Mi novio es pastelero. Dice que eres muy buena en lo que haces". Era un poco exagerado, pero no una mentira.

Otra sonrisa de repuesto. Se dirigió a una gran nevera de puerta francesa y sacó una gorda jarra de marfil. "Normalmente no paso tiempo con los invitados".

"Eso he oído, pero soy una sobrina, no una invitada".

Esta vez se rió y el rumor del oso de peluche sonó lindo. "Yo tampoco paso tiempo con ellos".

Me acerqué a un profundo fregadero de acero inoxidable, frente a una pequeña ventana con vapor, y cogí una crujiente manzana Granny Smith. Le arrojé el globo verde y lo atrapé. "Llevas bastante tiempo aquí".

Me miró como si eso fuera evidente, apagó la estufa y movió la olla con el guiso a otro quemador.

"¿Conocías a Tomás Saturne?"

"Sólo de nombre y de vista". Volvió a arrastrar los pies hasta la nevera y sacó la mantequilla y los huevos.

"¿Así que no sabrías si alguien lo odiaba lo suficiente como para matarlo?"

Las mejillas de ardilla rubicunda de Porter hicieron un movimiento de hámster (las nueces invisibles pasaron de una bolsa facial a la otra y viceversa). Una considerable cicatriz en forma de tridente adornaba la parte inferior de la mejilla izquierda. Aquella herida debió de doler mucho. "¿La policía dice que fue asesinado?"

"No". Sonreí con elegancia. "Todavía no".

Más movimientos de hámster. Unos ojos cerrados de color gris ceniza se clavaron en los míos. "¿Crees que fue asesinado?"

"Soy una reportera en ciernes", me encogí de hombros. "Es mi naturaleza ser entrometida y presumir o suponer lo peor… hasta que se demuestre lo contrario".

Marchó hacia la despensa como un soldado en una misión. "¿Algo más, señorita Fonne?", preguntó cuando regresó con una bolsa fresca de harina de sorgo y una botella de néctar de agave. Su rostro no transmitía nada: ni curiosidad, ni molestia, ni alegría. El hombre era difícil de leer.

Sacudí la cabeza.

"Los toques finales de la cena requieren toda la atención. ¿No te importa que continúe con mi trabajo, en soledad?"

Volví a negar con la cabeza.

"Señorita". Inclinó la cabeza en forma de melón y regresó a la encimera con la tabla de cortar mientras yo me dirigía a la biblioteca-estudio, con la esperanza de encontrar un libro entretenido para leer más tarde en la cama.

Estaba ojeando el interior de la cubierta de Matar a un ruiseñor, de Lee, un libro que no había leído desde el instituto, cuando entró May-Lee Sonit.

Saltó al verme. "¡Me has asustado!"

"Aparentemente", sonreí, metiendo el libro bajo el brazo.

Ella se rió con ansiedad y se dirigió a las estanterías que albergaban libros de ficción. "Parece que tengo ganas de leer y he pensado en tomar dos o tres novelas más".

"Los buenos libros ganan a la televisión cualquier día".

"Estoy de acuerdo. Ya hay demasiados reality shows y poca programación de calidad". Ojeó dos estantes y sacó Por quién doblan las campanas, de Hemingway, y La vida en el Mississippi, de Twain. "Nunca me canso de ninguno de los dos".

"¿Los libros? ¿O los autores?"

Me miró durante varios segundos. "Te pareces a Mathilda. Tienes sus mejillas y su boca".

Instintivamente me toqué la cara. "Nadie lo había mencionado antes".

"Probablemente nunca os han visto a las dos juntas".

"Tú tampoco".

"Pero yo sí. Aquí estás tú y ahí está ella". Señaló tres grandes fotos en marcos plateados adornados sobre una de las dos mesas de pedestal talladas en roble antiguo. Una era de la tía Mat y Reginald junto a un sauce en un vasto parque de colinas durante sus primeros años. A juzgar por los árboles florecidos y los coloridos tulipanes cercanos, era el comienzo de la primavera. Otra era de Reginald recibiendo un premio o certificado de manos de un hombre que se parecía mucho a Christopher Lloyd en Regreso al Futuro. La tercera era un plano medio de mi tía con un vestido de lentejuelas verde bosque en una gala de etiqueta, probablemente tomada hace cinco o seis años. "Definitivamente hay un parecido".

"Ustedes dos eran muy unidos".

"Mucho". Miró con nostalgia la tercera foto. "Compartimos muchos momentos agradables juntos".

"También compartíais muchos intereses".

"Sí, lo hacíamos: las antigüedades, el arte, el teatro, la ópera, la viticultura y los consiguientes buenos vinos". Otra mirada melancólica.

"¿Conociste a Thomas?"

Ella abrazó los libros contra su pecho. "Nos vimos algunas veces a lo largo de los años, principalmente aquí en la finca". Sonrió con tristeza. "Mat tenía un don para las fiestas y celebraciones".

"¿Qué pensabas del hombre?"

"Era estirado, ensimismado, ansioso, preocupado. No era demasiado simpático y no era de los que se abren a los demás y los hacen sentir bienvenidos o queridos". Se encogió de hombros. "Supongo que no debería ser tan crítica, teniendo en cuenta que el hombre ha fallecido".

"Pero esa es ciertamente la impresión que dio", estuve de acuerdo. "¿Crees que a alguien le pudo caer tan mal como para matarlo?".

Los ojos del color del té Red Rose se ensancharon. "La muerte del hombre fue un accidente, ¿no? Sé lo que ha afirmado tu primo, y lo que se ha dicho, pero no puedo creer que su muerte fuera otra cosa que un accidente".

Sonreí fugazmente y me dirigí a la puerta. "Por supuesto que fue un accidente. Es muy fácil dejarse llevar por la afición de Rey a lo melodramático".

Me miró a la cara, se rió ligeramente y salió al pasillo.

Olvida las tonterías de la prima Reynalda. Me había dejado absorber por el dramatismo. Por supuesto que la muerte de Thomas fue un accidente. Así que seguiría convenciéndome.

11

SALGA, SALGA, DONDEQUIERA QUE ESTÉ

Vestida con un pantalón de lino negro y una camisa de seda blanca con un pañuelo de lunares blancos y azules, regalo de la tía Mat hace varios meses, entré en el comedor principal, con Adwin no muy lejos. No me sorprendió que las demás llevaran también camisas y pantalones, en diferentes tonos de gris y marrón, pero sí que levanté una ceja curiosa ante la variedad de pañuelos de lunares. Ni siquiera me habría puesto el mío si no hubiera estado colgado en la misma percha que mi camisa, como una especie de aviso o nota adhesiva. Esto se estaba convirtiendo en algo demasiado casual.

"Bonita bufanda. ¿Un regalo de la tía Mat?" le pregunté a Rey con rotundidad.

"Sí. Había olvidado que la tenía. De hecho, estoy bastante segura de que olvidé traerla". Miró hacia abajo, desconcertada. "Porque olvidé que la tenía".

Los Sayers presentaron cejas fruncidas mientras Linda, May-Lee y yo nos mirábamos la ropa del cuello.

"La sopa está lista", anunció Adwin mientras Hubert entraba cojeando con una gran sopera de cerámica blanca y la colocaba en el centro de la mesa. Esta vez no había extraños motivos de vajilla. Un grueso mantel de lino beige y servilletas de color berenjena, y altas velas de color crema adornaban la mesa. Todo era bastante sobrio, lo que me hizo preguntarme qué tenía Mathilda Moone preparado para la noche (los demás podrían bajar la guardia, pero la mía estaba en alerta roja).

"¿Qué demonios es esto?" preguntó Rey, mirando dentro de la sopera.

"Creo que es un pimentero", respondió Percival alegremente.

Ella miró más de cerca. "¿Qué hay dentro? Veo setas y verduras, pero hay una cosa grumosa parecida a la carne".

"Eso serían callos, querida", dijo Prunella con una sonrisa tan irónica como la de su hermano. "Albóndigas y callos".

"Encantador", murmuró Rey, arrugando la nariz. Se inclinó hacia Linda y preguntó en voz baja: "¿Qué diablos son los callos?".

"El revestimiento del estómago de un bovino".

El rostro de mi prima adquirió un tono cadavérico.

Prunella inhaló profundamente y dijo: "Huele absolutamente divino".

Hubert asintió con la cabeza y, como si fuera una señal, empezó a servir.

La conversación se limitó mientras nos zambullíamos en el pimentero. De acuerdo, tal vez no nos sumergimos exactamente; olimos, probamos con cautela, volvimos a olfatear y luego nos zambullimos. Era sabroso… para el revestimiento del estómago bovino.

"Gané la apuesta", dijo Percival después de vaciar su tazón. "Dije sopa".

"Lo hiciste", asintió Prunella, "pero esto no era sopa de hongos per se. Simplemente tenía agárico comestible".

Nadie ganó la apuesta esa noche. A la olla de pimienta le siguieron los schnitzels de pollo, los spaetzle (fideos austriacos) y la crema de champiñones. El postre fue una tarta de calabaza densa y cargada de especias, y muy buena a juzgar por la forma en que los labios de Adwin se curvaban hacia arriba entre bocado y bocado.

Más tarde, tras la cena y unos cuantos paseos por el piso de arriba, nos dirigimos a la Sala de la Bebida y la Muerte, como Linda llamaba al salón. Estábamos bebiendo té a la menta y evitando el

contacto visual, instalados en esas pequeñas zonas zen con las que nos habíamos familiarizado en las últimas veinticuatro horas, cuando unos abucheos fantasmales empezaron a fluir suavemente a nuestro alrededor como filamentos de algodoncillo impulsados por un viento del oeste.

"Como Abbott y Costello", comentó Linda.

"Eso explica por qué Jensen no se presentó a cenar", dijo Percival poniendo los ojos en blanco y moviendo un pulgar hacia arriba. "Está rondando cerca de un respiradero, haciendo una imitación de Casper".

"Es un poco patético", resopló Rey, sirviendo más té en su taza.

"¿Por qué no nos acercamos sigilosamente a él y le damos un susto?" sugirió Linda, poniéndose de pie. "No quiero que piense que puede salirse con la suya toda la noche".

"Si todas nosotras 'nos acercamos sigilosamente a él', difícilmente le pillaríamos desprevenido", señaló Prunella con desazón.

Rey echó hacia atrás su té. "Vamos a intentarlo. Si no funciona, no funciona. Nos vengaremos de él con nuestro plan original".

"No importa el hecho de que tiene que haber habitaciones y pasillos ocultos en un lugar antiguo como éste", añadió Linda con un movimiento de cabeza.

"Vamos a dividirnos", propuse. "Rey y Linda pueden tomar el ala oeste. Adwin, tú y yo nos encargaremos del este. Prunella y Percival podrían..."

Unas risas agudas y entrecortadas resonaron por toda la vivienda.

Linda resopló. "Cielos, ahora tenemos al maldito tío Giggles de Pedro Picapiedra desbocado".

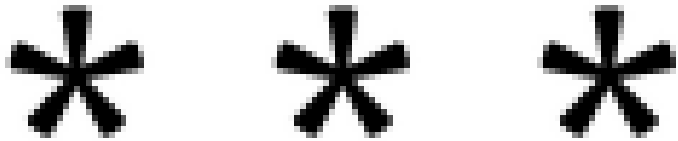
Percival tenía la mirada perdida, pero Adwin y yo nos reímos.

"Bien, chicos, hagamos lo que sugirió mi primo y tomemos diferentes partes de la casa", dijo Rey, pasando.

Le agarré el antebrazo. "No hagamos mucho ruido. Queremos sorprenderlo".

"¿Cómo vamos a ver algo? No podemos ir encendiendo luces exactamente si pretendemos el elemento sorpresa", señaló Adwin.

"Déjame coger esas linternas que pusimos antes en la despensa". Percival salió de la habitación; un hombre con un objetivo.



La iluminación de la sala de música rectangular era tan tenue como la de cualquier otra parte de esa ala de la casa. Una única bombilla en una lámpara sin pantalla era de 40 W en el mejor de los casos. Paños de diferentes tamaños en varios tonos de beige y topo, que iban de lo sedoso a lo áspero, habían cubierto dos pianos clásicos, un arpa Erard, un largo baúl de madera y un armario alto en el que descansaban los clarinetes. Ahora yacían sobre un suelo de madera lisa de arce que habría brillado si hubiera estado encerado. El papel pintado con textura, una combinación de rosa polvoriento y melocotón pálido, no contribuía a iluminar el lugar. El polvo parecía ser regular, pero no parecía que los amantes de la música no hubieran frecuentado la sala en años.

Adwin contemplaba un piano vertical John Brinsmead Art Case mientras pasaba los dedos con cariño por un piano vertical francés Pfeiffer Cottage de 1880, cuya cubierta arrugada yacía junto a los pedales como un sudario esquilado. Su expresión era similar a la que lucía cuando daba los últimos toques a una tarta de mantequilla

de avellana de cinco capas. La música había sido el primer amor del pastelero, pero un incidente con un maestro pianista escamoso, aunque no esquivo, y la tapa de un piano de cola pusieron fin a una exitosa carrera musical antes de empezarla. Afortunadamente, esos largos y gráciles dedos no se vieron demasiado dañados y siguieron creando otras obras magnas: deliciosas.

Me imagino a May-Lee observando los dos pianos con ojos de perito, calculando su valor en caso de que lleguen a su tienda. O tal vez simplemente admiraría el trabajo y se maravillaría con la historia.

Podía ver a los Moones yendo a por los pianos y el arpa, pero ¿los clarinetes? Para demostrar hasta dónde llegaban sus conocimientos, mi pretendiente y experto en música me indicó que uno de ellos era un clarinete en la bemol y el otro un clarinete bajo (su primo australiano Henry tocaba el primero en una banda militar). Dado el gusto de la tía Mat por lo extraño y diferente, podía imaginarla tocando el primero, pero no el segundo, una versión pesada con soporte de suelo.

"¿Qué pasa?"

Me quité el polvo de la chaqueta de punto que me había puesto antes de empezar la exploración. Cada vez hacía más frío y parecía que el aire frío del exterior se colaba por las ventanas y las grietas. Antes, el Canal del Tiempo había anunciado una alerta de tormenta invernal, que ya se había extendido a Georgia, donde las carreteras estaban sufriendo condiciones de hielo, niebla helada y múltiples accidentes. La tormenta afectaría al menos a seis estados en las próximas horas. Los aeropuertos ya habían empezado a retrasar y cancelar vuelos. Por lo que parecía, la tormenta de hielo se acercaba rápidamente. Cerrando una maleta, pregunté: "¿La gente pisa fuerte?".

Adwin se rió. "Sólo si son taxis".

"Ja, ja". Me acerqué para ver lo que había encontrado en una caja fuerte. "¿Algo de interés?"

Levantó una pequeña pila de canciones impresas. "Es difícil

esconder partes del cuerpo entre las composiciones".

"Qué gracioso eres… no".

"¿Estás listo para pasar a la siguiente habitación?"

"Estoy listo para dar por terminada la noche".

Me pasó un brazo por los hombros y nos dirigimos a la puerta. "¿Dónde está ese instinto de periodista de investigación?"

"Soy una chica del tiempo", respondí con una sonrisa divertida. "Sólo necesito mirar por una ventana para conseguir mi historia".

Adwin se rió cuando entramos en el sombrío pasillo, pero se quedó helado cuando un sonido entre un chillido y un chirrido penetró en el aire.

"Hay que preguntarse si hay amplificadores escondidos más allá de estas paredes". Miró hacia la oscuridad. "¿Qué crees? ¿Fue parte del espectáculo?"

Los vellos de la nuca se me pusieron de punta. "Lo dudo". Agarré la mano de Adwin y corrimos hacia delante, atravesando la casa en cuestión de segundos, sólo para detenernos en un tramo de escaleras sombrías, sin saber qué dirección tomar.

Adwin señaló hacia arriba. "Por ahí".

Señalé el pasillo. "Por ahí".

"¿Hay alguien ahí abajo?" La voz de Percival retumbó desde arriba.

Nos apresuramos a subir las escaleras y nos detuvimos ante el escritor, que se hallaba en la base de una estrecha escalera de caracol que conducía a la torre donde, según Prunella, Reginald guardaba otras "rarezas". Sostenía un candelabro de peltre en el que ardían cinco gruesas velas blancas. La luz dorada hacía que su rostro anguloso resplandeciera de forma inquietante, dándole la apariencia de un espectro que viniera de otro mundo.

Adwin miró a su alrededor. "¿Dónde están todos?"

"No tengo ni idea, pero he oído un grito. Me pareció que venía de arriba -señaló-, pero la puerta está cerrada y no parece haber nadie más allá. Me dirigía a buscar a alguien que me ayudara a abrirla. Ahora que estás aquí, los tres deberíamos ser capaces de derribarla fácilmente".

Adwin sonrió con cansancio. "Es otra broma… probablemente".

"El grito sonó como uno de Pruney", afirmó Percival, con una expresión que rozaba el dolor.

¿Pruney? Oh, vaya. Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más extraño se volvía el dúo de hermanos. "Tal vez ella y las chicas decidieron cambiar las tornas y asustar a Jensen, y/o a nosotros", dije con un guiño.

Percival miró de mí a Adwin y viceversa. Los nudos de su frente se suavizaron. "No me extrañaría que a tu primo se le ocurriera una tontería así".

Adwin tuvo que estar de acuerdo. "Deja que se diviertan…"

Se oyó otro chillido. Subimos corriendo los escalones, chocando contra las paredes y empujándonos unos a otros como los Cazafantasmas persiguiendo al Hombre de Malvavisco.

Percival golpeó el candelabro contra el pecho de Adwin, casi haciéndolo caer.

Se aferró a él, evitando a duras penas un cuello chamuscado, una maldición vista pero no oída.

El ansioso hermano de Prunella hizo sonar una pesada y tosca cerradura que habría adornado un castillo medieval. No cedía, así que golpeó la pesada puerta de madera y gritó el nombre de su hermana varias veces antes de que Adwin le diera un rodillazo en el trasero. La acción fue muy poco habitual en mi novio, pero también lo fue el "¿Quieres controlarte, tío? No responde a la maldita puerta".

La cerradura era robusta y segura. Estaba a punto de pedir sugerencias sobre cómo abrirla sin horquillas ni utensilios afilados

al alcance cuando se me ocurrió algo de película. Alcé la mano y palpé el umbral de la puerta. Nada. Demasiados destellos de ingenio. Sin desanimarme del todo, seguí adelante.

Percival hizo un gesto. "Ayúdame a derribarla".

Adwin escudriñó la puerta que debía ser tan sólida como el portón de una fortaleza. La mirada que dirigió al caballero de mediana edad sugería que pensaba que el hombre estaba a dos tornillos de la locura.

"¿Tiene una idea mejor?" Su pregunta era lo suficientemente fría como para formar cristales de hielo en el delgado labio superior de Adwin.

"La tengo". Levanté una llave de latón que había encontrado sujeta a la parte inferior de la barandilla de la escalera.

Ignorando la mano extendida de Percival, abrí la puerta. A pesar de su grosor y tamaño, la puerta giró hacia dentro con la misma facilidad y ligereza que si fuera un abanico de plumas.

Adwin se deslizó primero, iluminando el camino durante varios metros. "Vaya".

La sala redonda estaba llena de artefactos y curiosidades y de las "rarezas" de Prunella. "Guau" no empezaba a describirlo. Numerosas piezas de vitrina, hechas principalmente de hueso y cuerno, eran tan simples y toscas que sólo podían haber sido hechas en casa. ¿Pero hechas en casa de quién? ¿Del científico loco, del Dr. Moreau?

Un minúsculo control, hábilmente camuflado para confundirse con los ladrillos toscos junto a la puerta, resultó ser un interruptor de luz. Un suave resplandor, pálido como la luz de la luna, envolvió la habitación.

"Quizá deberíamos haber seguido con la luz de las velas", dijo Adwin con una sonrisa tensa, colocando el candelabro en el guante de un caballero del siglo XVI. "Agarra eso, ¿quieres Lancie?"

"Menudo batiburrillo", murmuró Percival.

"¿Nunca has estado aquí?" Pregunté. Había llegado a creer que hermano y hermana lo hacían todo juntos. Entonces, ¿cómo había sabido Prunella lo que estaba aquí? ¿Una suposición educada? ¿O una invitación personal?

"Nunca tuve el, mmm, privilegio".

"¿Qué tan feo es este tipo?" La cara de Adwin estaba a una pulgada de un grifo de hierro forjado. El monstruo alado era tan alto como él.

"Ni la mitad de horrible que éste", dijo Percival, mirando una ménsula de querubines de terracota cerca de una ventana arqueada alta y estrecha. "Keeee-rist. Esa cosa parece poseída".

Yo habría dicho que una fuente de bronce con la que estuve a punto de chocar superaba a la suya por un par de kilómetros; un águila de aspecto enloquecido con alas puntiagudas que casi tocaban el techo sujetaba un mundo deforme con garras afiladas y de gran tamaño.

Golpe. Golpe. Cheep-chirp-chitter. Extraños sonidos tenues emanaban de la zona de una gárgola gótica tallada que adornaba la pared frente a la ventana.

Intercambiamos miradas que oscilaban entre el desconcierto y el miedo.

"¿Es aquí donde le clavamos el ojo a nuestro guardián contra el mal y él nos conduce a una habitación secreta?". Adwin se adelantó y presionó un ojo y luego el otro. No ocurrió nada.

"Prueba con las orejas", sugirió Percival.

No ocurrió nada.

"Prueba con la cofia peinada hacia atrás de Donald Trump", le ofrecí.

Adwin me miró con el ceño fruncido y luego pasó los dedos por la cabeza de la gárgola. Algo captó su interés. Un movimiento por aquí, otro por allá, y ta-da, una porción de tres por cinco pies de la pared se deslizó hacia los lados, sonando como una pala sin filo

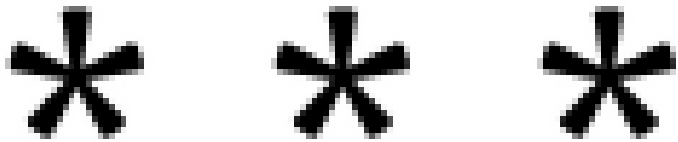
raspando la tierra con guijarros.

"Keee-rist".

"Genial". Adwin se asomó al interior. Un tramo de escaleras imposiblemente estrecho conducía hacia abajo en la oscuridad. "Agarra una vela, bola de ciruela, y colócala en esa cosa tipo soporte en el alféizar de la ventana".

"… Lo tengo, mi pequeño flan de plátano".

Percival gimió y esperó a que yo guiara el camino.



"¿Hay alguien aquí?" gritó Percival.

Chocando con Adwin, que se había detenido en medio del estrecho pasillo, me froté la oreja, esperando que el daño de la estridente pregunta fuera temporal, y le di un codazo no muy ligero a Percival en la caja torácica.

"¡Hola!"

"Oye tú", murmuré, volviéndome hacia el estrecho pasillo de color ceniza. A doce metros, se bifurcaba. "Podríamos separarnos", sugerí.

"Sería mejor permanecer juntos hasta que encontremos a los demás", aconsejó Percival. "Si todo esto es un juego estúpido, está bien; si no, ¿por qué hacerle el juego a algún chiflado?".

Adwin y yo nos miramos y asentimos, y los tres marchamos solemnemente hacia la izquierda.

Las paredes de ladrillo y el suelo rugoso no estaban sucios ni excesivamente polvorientos, lo que sugería que el pasadizo oculto había estado en uso a lo largo de los años. O tal vez el polvo y la suciedad no se acumulaban en los lugares amurallados. ¿Qué sabía yo? Sin embargo, olía a moho y luché contra el impulso de estornudar.

"¿Has oído eso?"

"¿Oír qué?" Pregunté.

La voz de Percival se volvió urgente. "He oído algo. Era suave, silencioso, y parecía venir de allí". Señaló a la izquierda.

Adwin y yo nos volvimos y nos encogimos de hombros simultáneamente. "Es a la izquierda". Agarró el portavelas y tomó la delantera. Para ser un tipo introspectivo y relajado, estaba siendo tan valiente como lo hubiera sido uno de los hombres que lucían la armadura de Reginald siglos atrás.

"¡Ach-choo!"

"Gesundheit", murmuró mi valiente galán mientras nos deteníamos. No había ningún lugar por el que avanzar; un sólido muro se encontraba inmediatamente delante.

Percival me puso en la mano un pañuelo de lino monogramado. Después de otro violento estornudo y de sonarme la nariz que me picaba, lo volví a meter en el bolsillo de su jersey.

"Gracias". Se oía la mueca de dolor más que se veía.

Señalé con un pulgar hacia atrás. "Como diría Rey: ¡a propósito!" Haciendo un giro brusco, empecé a dirigirme hacia atrás cuando Percival me agarró del antebrazo.

"Escucha".Liberation SerifLiberation SerifLiberation Serif

Nos pusimos de cara a la pared. Los sutiles sonidos sugerían que

había algo o alguien más allá de la barrera. Pasé los dedos por los ladrillos irregulares de la izquierda. Adwin, al ver lo que yo hacía, hizo lo mismo a la derecha. Percival inspeccionó el suelo estéril y el techo bajo e irregular.

Fue Adwin, con sus ágiles dedos, quien descubrió un ladrillo suelto que, con un empujón y un tirón, hizo que la pared se desplazara hacia dentro. "Como en las películas", dijo con una sonrisa triunfal.

"Demasiado", dijo Percival con un suspiro. "Si Mr. Hyde o el Hombre Lobo aparecen de la nada, no me haré responsable de lo que pueda hacer".

No pretendía ser gracioso, pero me reí.

Una luz de color albaricoque brilló en la distancia cercana y nos dirigimos hacia ella. La búsqueda de personas desaparecidas y de duendes se reanudó mientras bajábamos una corta pendiente.

Adwin se detuvo en seco, lo que me llevó a chocar con él y a Percival a tropezar conmigo. "Hablando de asquerosidades de películas de terror, ¿qué es esto? ¿Una guarida?"

"Alguien ha estado aquí", dijo Percival, señalando con la cabeza una de las dos lámparas de salón antiguas que proporcionaban la suave iluminación. "¡Oye!"

La apertura se había deslizado en su lugar con un whoosh-thunk. Estábamos en una habitación cuadrada de color verde pradera con un techo bajo de vigas y paredes acabadas en yeso. Parecía un cruce entre una biblioteca y un estudio del viejo mundo, y habría sido un gran escenario de la Inglaterra victoriana. ¿Había sido ésta la pequeña escapada de Reginald? Desde luego, recordaba a la biblioteca-estudio de la parte principal de la casa. ¿O podría ser el escondite de la tía Matty?

Adwin apagó la vela y pasamos un par de minutos intentando encontrar una palanca o un interruptor que volviera a abrir la pared, nos dimos por vencidos y decidimos investigar el intrigante entorno que sugería que habíamos entrado en otra época. Nos paseamos, fascinados por la calidad de los muebles y los detalles,

tentados de tocar las cosas, pero sabiendo que no debíamos hacerlo.

"Oh-oh".

Adwin y yo nos volvimos hacia Percival y luego hacia lo que estaba viendo. Oh-oh era un eufemismo.

Jensen Q. Moone estaba recostado en un recamier de caoba elaboradamente tallado en un nicho del rincón más alejado, con una delgada estaca de pino clavada en el corazón a través de una fina camisa de diseño y la cadena de oro y la cruz que llevaba desde su llegada colgada alrededor de la estaca. Si se miraba más allá del pecho cubierto de sangre, se podría haber dicho que el abogado estaba durmiendo, tan serena era su expresión. ¿No había protestado o luchado el hombre? ¿O había conocido a su asesino? Y si lo conocía, ¿por qué había permitido que esa persona le clavara una cuña de madera en el cuerpo? ¿Tal vez el asesino había sido rápido, sorprendente? ¿O es que Jensen Q. Moone había sido drogado, con los sentidos embotados para que no pudiera reaccionar?

"Hasta aquí llegó el crucifijo. No le sirvió de mucho", murmuró Percival, mirando por encima de mi hombro.

"Los vampiros son los que se clavan estacas en el corazón, y no llevan cruces, al menos no en las películas que he visto", dijo Adwin.

"Era un abogado chupasangre, chico Addy. Son una raza diferente, más dura".

Me tragué una risita e intenté parecer grave. Vale, quizá "grave" no era la palabra adecuada, teniendo en cuenta.

"Vaya, qué mala suerte", dijo Adwin con un dialecto inglés del oeste del país.

Rugí. Adwin se rió. Percival nos miró como si hubiéramos perdido la cabeza, pero segundos después se reía como alguien que hubiera aspirado demasiado óxido nitroso.

Varias lágrimas y jadeos más tarde, Adwin estaba revisando una

gran chimenea de roble hecha a mano que no había visto un fuego en años, si es que alguna vez lo vio. Percival estaba investigando una hermosa librería de caoba con un precioso cuello de cisne de latón que él juraba que era de la época de Chippendale, mientras que yo buscaba un hermoso armario de roble del siglo XIX hecho a mano con sátiros y otras criaturas mitológicas en las puertas de triple panel. Aparte de la pared que había vuelto a su sitio, tenía que haber una salida alternativa en alguna parte.

Estaba a punto de probar los paneles traseros del armario cuando un sonido de chirrido procedente de más allá del aparato llamó mi atención. Miré al otro lado de la habitación para ver si mis compañeros lo habían oído. Lo habían hecho y sus expresiones reflejaban las mías: desconfiadas.

Como un portaequipajes cargado, lenta y ruidosamente, el pesado armario se deslizó hacia un lado.

12

ESCONDE-Y-BUSCA

"¡Lo has encontrado!" Linda, sonriendo jubilosamente y agitando una linterna impermeable, se precipitó hacia delante. Su mejilla izquierda presentaba suciedad en forma de sombrero de copa, mientras que la punta de su nariz en forma de pendiente de esquí se salía de un par de capas de piel.

Rey se acercó corriendo por detrás, seguida de Prunella y luego de May-Lee.

"¿Qué? ¿La habitación?" Agarré la luz intensa y la apagué. Ya sufría una pérdida parcial de audición, no gracias al bueno de Perc, así que la ceguera parcial no estaba en el resto de la agenda.

"La entrada al pasillo oculto". Señaló el pasillo del que habían salido.

"Fuiste tú quien lo encontró". Mirando más allá de su hombro, sólo vi sombras exageradas y oscuridad. Señalé la pared opuesta. "Nos encontramos con la otra durante nuestros viajes".

"En realidad dan vueltas. Es un poco raro y estrafalario el modo en que se conectan las cosas, pero este lugar es realmente genial", exclamó Rey, sacando telarañas y bolas de polvo del tamaño de plantas de pantano del cabello revuelto.

"Tiene un cierto factor de diversión", coincidió Prunella, poniéndose al lado de su hermano. Su costoso jersey de cachemira estaba cubierto de suciedad y una rotura de cinco centímetros adornaba una manga. Un rasguño irregular ensangrentaba una mejilla y una abrasión dividía una ceja del tamaño de un Tootsie Roll.

"¿Se encontraron con un demonio loco en el camino?" bromeó

Adwin.

Se tocó la herida con el dedo y sonrió secamente. "Fueron más bien tuberías colocadas erráticamente y arañas locas por las telas de araña".

Percival la miró con preocupación.

Ella hizo a un lado su preocupación no expresada. "Un enorme y repugnante arácnido me pilló por sorpresa. Entré en pánico y golpeé el hierro… de cara". Sonrió. "Luego, sólo por efecto, lo hice de nuevo".

"Pruney, tienes un grito fabuloso", declaró Rey con una amplia sonrisa, metiendo un dedo índice en una oreja y moviéndolo de un lado a otro.

Pruney parecía ser el nombre elegido y entrañable esta noche. Bueno, había nombres peores a los que responder.

May-Lee se giró por detrás. Reprimió un estornudo. "Creo que he tenido más aventuras en las últimas horas que en los últimos cinco años". Al ver que algo se arrastraba por sus vaqueros de mezcla de lino elástico, que debían costar más que los seis pares de vaqueros que tenía, lo echó a un lado con un suave gemido.

Percival lo pisó cuando aterrizó junto a su pie. "¿Qué has encontrado, además de compañeros de múltiples patas?"

"Además de bichos -y pasillos en bucle-, descubrimos un par de alcobas y otra habitación secreta, una versión más pequeña de ésta, con un bar y una nevera ocultos, justo al lado de la torre", ofreció Linda. "Sin embargo, no encontramos a Jensen".

"Lo hicimos". Señalé el recamier.

Las mujeres corrieron por la habitación como corredoras en una prueba de atletismo.

Los diminutos labios de Prunella desaparecieron mientras Rey y Linda se asomaban tan de cerca que podrían haberle administrado el boca a boca. May-Lee simplemente parecía resignada, pero dio

una larga zancada hacia atrás.

"No nos dijiste que estaba muerto", dijo Rey con rotundidad.

"No preguntasteis".

"No estaba aquí cuando pasamos antes". Linda.

"¿Cuándo fue eso?" Pregunté.

Ella miró un reloj Swatch de color naranja calabaza y se encogió de hombros. "Hace veinte minutos, más o menos".

"Más bien quince". Rey.

"Más bien treinta". May-Lee.

"Treinta, por lo menos". Prunella.

"¿Estás segura de que no estaba aquí cuando -sea la hora que sea- pasaste por aquí?" preguntó Adwin, desconcertado.

Se miraron el uno al otro, luego a Jensen, y se encogieron de hombros simultáneamente.

La ceja de Percival se arqueó como un cuello de cisne. "Será mejor que llamemos a la policía".

"¿Qué hacemos con Jensen el Bromista?" preguntó Linda, sacudiendo un pulgar.

"No va a ir a ninguna parte", respondió él.

"Los cadáveres siempre desaparecen en las películas", dijo ella.

"Entonces, ¿por qué no te sientas al lado del desgraciado y te aseguras de que no...? ¿Alguien ha comprobado que está muerto? Ya ha gastado una broma".

Miramos a Percival como si hubiera ofrecido una revelación dramática y esclarecedora.

"¿Y bien?", preguntó.

Apreté la linterna de Linda en sus manos, avancé y exploré la expresión tranquila de Jensen, su torso, sus piernas y sus brazos. Los dedos de su mano derecha estaban cubiertos de sangre. ¿Era todo esto falso? ¿Era maquillaje teatral? No estaba inspirado para comprobarlo tan de cerca. Además, era imposible que alguien pudiera permanecer así de inactivo durante tanto tiempo y no estar muerto… Espera. La reanimación cardiopulmonar 101, cortesía de un segmento de diez minutos que había presentado sobre primeros auxilios, se puso en marcha. Apreté dos dedos junto al borde exterior de su tráquea para sentir el pulso de la arteria carótida común.

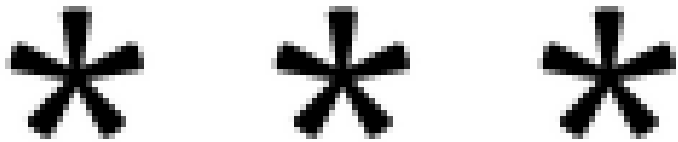
"¿Cuál es el veredicto, Dr. Fonne?" Preguntó Rey.

"Está tan muerto como Fred el Fantasma".

"Esperemos que no empiece a cantar pronto", dijo Adwin.

"No va a ir a ninguna parte", repitió Percival, entrando en la abertura de la que había salido el trío. "Pero todos sois bienvenidos a hacerle compañía".

Le pisamos los talones más rápido que los niños al algodón de azúcar en una feria estatal anual.



La hora bruja encontró una corriente constante de lluvia helada que saturó el estado y se extendió hacia Pensilvania, Nueva York y el este de Canadá. También encontró el regreso de nuestros dos

agentes de la ley favoritos.

Gracias a las temperamentales cerraduras y a esos pasillos "en bucle", tardamos un cuarto de hora, con la escéptica sheriff Lewis y el hosco detective Gwynne a cuestas, en encontrar el camino de vuelta a la habitación secreta. ¿Y no lo sabías? Tan seguro como que el sol salió por el este, Jensen Q. Moone no estaba donde lo habíamos dejado. No había sangre, ni arma… nada.

Volvimos al salón, donde nos esperaban el café, los dulces y un inmenso fuego. Lewis, de cincuenta años de edad, tenía un aire fácil de llevar. Cuando sonreía, sus ojos verde mar brillaban de sinceridad. Probablemente había visto muchas travesuras en su juventud. Gwynne, en cambio, se inclinaba hacia lo sombrío. No debía tener más de cuarenta años, pero parecía haberlo visto todo. O tal vez catorce años en el cuerpo de policía del Bronx le habían pasado factura; lo habían familiarizado con la violencia y, en consecuencia, lo habían hecho indiferente.

El sheriff tenía un suave acento de Massachusetts que le traía gratos recuerdos de almejas de cereza, cataratas de colores y casas de caja de sal. "No es que no le crea, pero no hay cuerpo ni sangre".

"Saca el Luminol. Encontrarías rastros de él", sugirió Linda con una pizca de suficiencia.

Lewis se rió y tomó una magdalena de chocolate y nueces de un gran plato ovalado. "Esto no es uno de esos programas de procedimientos policiales, señorita".

"¿Y el hecho de que Thomas Saturne haya muerto?"

Gwynne suspiró. "Fue una muerte accidental -"

"¿Seguro?" desafió Linda. La ayudante de guionista se estaba volviendo peleona.

"Por ahora". Lewis escurrió su café y se puso de pie. "Matty Moone era una buena señora y hacía un sabroso pastel de pera desmenuzada -"

"¿Pastel de crumble de pera?" preguntamos Rey y yo

simultáneamente. ¿Nuestra tía cocinaba?

"Tu ahnt disfrutaba horneando en otoño. No lo hacía en ninguna otra época del año, excepto en la semana de Navidad, por supuesto. Dejaba un par de tartas, como un reloj, cada dos viernes durante los meses de otoño". Sonrió con nostalgia y miró a lo lejos, como si un trozo estuviera al alcance de la mano.

"¿No deberías revisar toda la propiedad?" preguntó Linda.

"Iba a decir, antes de que me interrumpieran, que hacía sabrosas tartas de crumble de pera, pero que hacía bromas aún más sabrosas". Lewis me miró y luego a Rey. "Como sus sobrinas, lo sabéis mejor que nadie. Probablemente hizo que el tal Jensen Moone le gastara otra broma".

"Pero..."

La mirada concentrada de Gwynne silenció a Linda.

Ella frunció el ceño y se volvió hacia la gigantesca chimenea.

"Si tú no lo encuentras, lo haremos nosotros", afirmó Rey con altivez, poniéndose de pie.

"Cuando lo encontréis, estoy seguro de que rugirá de risa", dijo Lewis con una sonrisa, alisando su camisa sobre una barriga que había disfrutado de muchos pasteles de pera de Mathilda Moone y más. "Ya nos veremos. Por favor, agradece al equipo de la cocina la hospitalidad".

"¿Te lo puedes creer?" preguntó Linda con enfado, viendo a los dos hombres marcharse.

"No puedes culparles", dijo Percival, intentando reprimir un bostezo. "Yo no nos creería, dada la situación: no hay cadáver".

Adwin dio un sorbo de té verde. May-Lee mordisqueaba una tarta de nueces y miraba a lo lejos. Linda se frotaba la nariz en carne viva y Pruney seguía rascándose un gran vendaje en la mejilla. Estaba demasiado cansada para preocuparse. Si Jensen estaba realmente gastando una broma, lo recuperaríamos por partida triple. Si no era

así, la pregunta del millón era dónde estaba. Lo que provocó la pregunta de los dos millones: si estaba realmente muerto, ¿quién demonios había movido su cuerpo?

"Estoy molesta", anunció Linda, cruzando los brazos y adoptando uno de los estados de ánimo malhumorados de Rey.

"Tengo curiosidad", ofreció Rey.

"Me pica". Pruney tiró de la venda e hizo una mueca de dolor cuando se desprendió, con un par de capas de piel. Un pañuelo encontró rápidamente su camino a la carne sangrante.

"Estoy lista para la cama", anunció May-Lee, poniéndose de pie.

"Me voy". Percival salió de la habitación.

"Yo también". Adwin le siguió.

"Yo digo que vayamos a buscar". Rey.

"Digo que durmamos un poco y que empecemos nuestra búsqueda con los ojos frescos y un desayuno decente en el estómago". Manteniendo el pañuelo pegado a su herida, Prunella se levantó lentamente.

"Estoy de acuerdo. Necesitamos recargarnos", dije.

"Oído, oído". May-Lee entró en el pasillo.

Rey hizo su mohín y Linda suspiró, y subimos las escaleras.

13

SALGA, SALGA, DONDEQUIERA QUE ESTÉ

"¡Oh!" Con los pensamientos de vuelta en Carolina del Norte y los ojos en el suelo de corcho, no había divisado inmediatamente a Beatrice a tres metros por delante.

"Señora".

Sobre una pequeña bandeja de madera de acacia había una taza de flores humeante y una rebanada de strudel de semillas de amapola. Llevaba un camisón imperio debajo de una larga bata de algodón a juego, con el cinturón suelto, y un gorro acolchado, algo que yo creía que sólo podía encontrarse en las sagas y epopeyas del PBS. Una fina capa de aceite brillaba en su rostro arrugado. Parecía un poco tarde para hidratarse y/o intentar suavizar esas "finas líneas faciales", de las que tenía más que un melón amargo asiático.

"He oído unas cuantas pisadas recorriendo pasillos esta tarde", sonreí. "Supongo que estoy tan inquieta como tú y los demás. Quizá un cacao caliente me ayude a relajarme".

"La leche caliente con miel funciona tan bien como cualquier somnífero, y es mucho más saludable". Señaló con la cabeza la taza y sus labios se movieron. ¿Una sonrisa? "Señora". Con la bandeja sujeta firmemente con ambas manos, se alejó como una devota dama que sale de la iglesia con el Buen Libro.

La leche fue fácil de encontrar: había tres cartones grandes en la nevera. La miel tardó más en ser localizada, pero finalmente apareció en un armario, el sexto de catorce. También había una selección: arándano, trébol, flor de manzano y fireweed. La hierba de fuego me pareció novedosa.

Dos minutos más tarde, cuando estaba batiendo un "somnífero"

líquido, entró Percival Sayers, con el mismo atuendo de la noche anterior para dormir.

"¿Tampoco has podido dormir?"

Percival negó con la cabeza y se apoyó en el mostrador junto a mí. "Me gustan las zapatillas".

Se refería a un par de Pandas fabulosamente peludas que me calentaban los pies y los tobillos, un regalo de cumpleaños de mi sobrino. "Son perfectas para las noches frías".

"Tendré que buscarme un par", se rió, sonando como Papá Noel aprobando la lista de regalos de un niño. Ese sonido tan intenso era extrañamente reconfortante.

Señalé la nevera. "Toma el cartón de leche baja en grasa. Beatrice jura que esto funciona mejor que el cacao caliente".

Echó un vistazo a la olla, pareció dudar, y luego cruzó la cocina. "¿Quieres galletas? Podemos sentarnos aquí y charlar hasta que el cansancio haga mella".

"Hay un paquete de galletas de avena y pasas en el segundo armario a tu izquierda. Irían muy bien con leche caliente con miel".

"¿No harían mejor pareja las Oreos?"

"¿Oreos?" Dejé de batir. "No recuerdo haber visto ninguna".

Su sonrisa era socarrona. "Eso es porque sólo había un par de paquetes y los escondí detrás de las alubias en la despensa".

"Eres un demonio". Me giré y señalé. "¡Oreos, señor Sayers! Y rápido".

Cumplió y rápidamente añadí más miel para compensar el exceso de leche. Después de llenar dos tazas grandes y toscas hasta el borde, me dirigí al rincón del desayuno y me senté frente al escritor de mediana edad. Cogí varias Oreos de un plato de plástico que había en el centro de la mesa y las puse sobre una servilleta de papel con un dibujo de pasta.

"¿Crees que encontraremos a ese barrista de cara amarga?". Olió la mezcla de leche y miel y probó un poco. Su expresión sugería que no estaba seguro de si le gustaba, pero dio otro sorbo y mordió una galleta.

"Lo más probable es que nos encuentre… cuando esté preparado".

"¿Entonces no crees que esté muerto?"

"No sé qué pensar. Parecía bastante muerto y se sentía bastante muerto, pero todo es posible. Puede haber tomado algo para simular la muerte. Y el desorden en su pecho podría haber sido efectos especiales. No toqué la estaca. Hasta que no aparezca su cuerpo, voy a abstenerme de expresar pensamientos o suposiciones". Le examiné la cara y traté de no mirar la mandíbula izquierda, que lucía una cicatriz dentada en forma de Z.

"La adquirí durante un safari en Kenia".

"¿En serio?" Nunca hubiera esperado que fuera un hombre de aventuras.

Se rió. "No ocurrió nada emocionante ni peligroso. Me caí de un Jeep… en la entrada del hotel… después de un brandy de más".

Yo también me reí y mordisqueé alegremente un par de galletas.

Él bebió pensativo. "Tu novio parece un tipo interesante".

"¿Y yo no?"

"Ustedes dos son muy diferentes, pero se compenetran bien. Tengo entendido que es un célebre pastelero".

"Tiene seguidores", respondí con una sonrisa orgullosa. "La cadena Food Network emitirá el mes que viene un programa con chefs pasteleros de todo el país. Adwin está en los tres primeros episodios".

"Nunca lo ha mencionado".

"No, no lo hizo. Se inclina por lo privado y lo discreto. Me enteré

hace dos semanas cuando vi un tráiler del programa, y ahí estaba él".

Percival se rió. "No estoy seguro de que 'discreto' y Adwin sean sinónimos. Parece el líder de una banda ecléctica… poco convencional". Cogió otra galleta y esta vez desenroscó las ruedas de chocolate. "Adwin es un nombre inusual".

"Su primer nombre es en realidad Adwin-Byron".

"Supongo que tuvo unos padres imaginativos y creativos". Lamió la dulce crema blanca como un niño de cinco años hambriento de azúcar. No era propio de él -un caballero estirado y académico que canalizaba su niño interior- y la acción y la expresión me parecieron entrañables de una manera extraña.

"Su madre era ceramista y su padre arquitecto. Ambos fueron asesinados en uno de los callejones medievales de Almafa cuando él tenía tres años".

"El pobre hombre".

"El destino no siempre es amable", dije en voz baja.

"El destino sucede por una razón… si crees en el destino".

"¿Crees?"

Su sonrisa fue rápida. "¿Cómo os conocisteis?"

"Hace dos primaveras estaba presentando restaurantes populares de Wilmington y mientras mi camarógrafo seguía a Adwin por la cocina y se interponía en su camino, Adwin tropezó y cayó literalmente en mis brazos… con un pastel de chocolate y frambuesa sin hornear. Esa fue la primera y última vez que me puse un precioso traje de lino color caramelo".

Nos reímos y escurrimos nuestras tazas.

"¿Quieres otra ronda?"

"¿Por qué no?" Percival se limpió pequeñas motas marrones de la

barbilla. "Podría llegar a gustarme si la bebiera lo suficiente".

Estaba paseando por la cocina cuando entró May-Lee, vestida con lo que cabría esperar de una mujer de su calibre: una bata de flores de Coromandel y un pijama de encaje. Se estremeció al ver a Percival y una mirada fugaz pasó entre ellos. No era de amor ni de admiración, ni tampoco parecía de odio o de ira. ¿Qué era? ¿Molestia? ¿Evitación?

"Esta parece ser una noche para no dormir. Vamos a tomar leche caliente con miel".

"Y Oreos". Percival levantó una como si estuviera mostrando un medallón olímpico. "Siempre te han gustado".

"Las he superado", dijo ella con una pizca de sequedad. Igual que te he superado a ti, añadió su expresión. Se volvió hacia mí y sonrió. "Si no te importa prepararme uno -para llevar-, aceptaré tu oferta. Gracias".

Le ofrecí una regia reverencia. Y dije con indiferencia: "Me imagino que ustedes dos se conocen desde hace varios años, por cortesía de mi tía".

Percival partió una galleta por la mitad. "Volvemos".

Ella agitó la cabeza. "Hace mucho tiempo".

"Muy atrás". Ambas mitades se encontraron en su boca.

Pasó una corriente subterránea de enemistad. Miré de uno a otro mientras batía. ¿Qué había entre estos dos? ¿Disgusto mutuo? ¿Un incidente desagradable del pasado? ¿Un mal negocio? Decidí que lo mejor era dirigir la conversación -y el estado de ánimo- hacia otro lado y le pregunté a May-Lee si conocía bien a Jensen.

"Lo había visto a través de Matty unas cuantas veces a lo largo de los años aquí... y una vez en Londres, cuando los dos habíamos viajado allí para pasar una semana de teatro y compras. Nos llevó a cenar al restaurante Tamarind en Mayfair y luego a un crucero por el Támesis. También había llevado a su mujer. Parecían muy civilizados y muy orgullosos de mostrarnos la ciudad y los sitios".

"¿Salió algo fuera de lo normal?"

El dueño de la tienda de antigüedades me miró con curiosidad. "¿Cómo?"

Serví leche humeante en tazas. "No lo sé, para ser sincero. ¿Estaba ansioso? ¿Se llevaba bien con su mujer?"

Se acercó y cogió la taza que le tendí. "No hace ni dos años. No puedo imaginarme que haya sucedido algo entonces que tenga alguna importancia ahora". Apretó los labios y miró fijamente su taza. "Por si sirve de algo, recuerdo dos cosas. Primero: hizo varias llamadas telefónicas, lo cual supongo que no es tan inusual, dada su profesión. Pero durante un par de llamadas estaba visiblemente tenso, incluso estresado. Y durante uno de los momentos más "estresantes", se despidió en alemán". Se encogió de hombros y miró fijamente a Percival durante cinco segundos completos antes de volver a dirigirse a mí. "Segundo: él y su mujer se comportaban más bien como conocidos ocasionales. Era como si se toleraran, pero apenas".

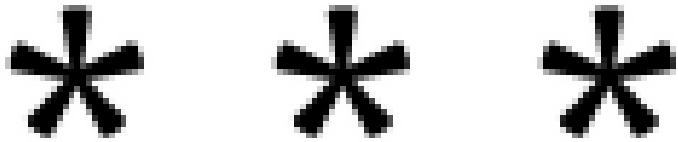
Algo así como tú y Percival, estuve tentada de decir.

"Que duermas bien, Jill". Ella sonrió y le ofreció a Percival la más mínima inclinación de cabeza.

Lo miré. Sonrió, tomó un puñado de Oreos y se acercó a buscar su taza.

"Otro de estos y dormiré como un bebé".

Esperaba que yo también lo hiciera, pero sospechaba que me quedaría tumbada, preguntándome qué había entre May-Lee Sonit y Percival Sayers… y llegado el caso, qué había entre May-Lee Sonit y Prunella Sayers.



Adwin estaba bajo la manta con el gato Fred. El felino roncaba como una tormenta mientras el amante de los felinos murmuraba en sueños. Eran casi las tres de la mañana y, sí, estaba cansado, pero también me interesaba ver si el maestro de ceremonias Ger tenía una respuesta sobre Fred el Fantasma. Tomé el portátil y me escabullí en el tenue vestíbulo. Prunella había hecho lo mismo.

"Creía que estabas durmiendo", fueron nuestros comentarios simultáneos, llenos de sospecha.

"Tengo mensajes que hay que revisar". Miré su sedosa bata carmesí con -¿qué más? - un motivo de pájaros que recorría el cuello y las mangas. Frailecillos. Unos frailecillos gordos y fantásticos. La bata colgaba sin apretar, llamando la atención sobre un pecho de 36C con ondulaciones de cicatrices parecidas a cordones que empezaban en el escote y se extendían hasta lugares que, afortunadamente, no se veían. Unas zapatillas de raso rojo de tacón alto con enormes pompones peludos hacían buen juego. Con su cabello inusualmente suelto y ondulado, la mejilla recién raspada y la ceja raspada, la mujer pájaro tenía un inesperado toque sexy, aunque no crudo.

"Necesito un té de menta", dijo con una sonrisa recortada. "Mi estómago está haciendo de las suyas".

"¿Demasiada excitación?"

"Demasiada comida rica. Porter es un buen cocinero, pero usa demasiada mantequilla".

La miré deslizarse por una alfombra Kashmar recién aspirada. No es que tenga la costumbre de observar los traseros de las mujeres, pero el suyo tenía un movimiento seductor. Interesante. Seguí adelante con la intención de encontrar una habitación de invitados vacía, pero acabé en el dormitorio de la tía Mat. Era un lugar que la pandilla había acordado que no invadiría (mostrando consideración por nuestra anfitriona y respetando a los muertos y todo eso).

Ajustando la iluminación, me senté frente a un tocador Reina Ana, un conjunto de cerezo muy parecido al de la tía Mat: bonito y femenino, delicado pero robusto. Al conectarme, encontré una larga respuesta por correo electrónico con dos documentos escaneados de Ger.

Fred Maxwell -nuestro espía residente- era pariente de Pete Maxwell, el tipo que avisó al sheriff Garrett sobre el paradero de Billy el Niño tras aquella espectacular fuga del juzgado de Lincoln en 1881. Ahí terminó la relación entre Fred y Kid, aunque el primero tampoco era considerado un ciudadano tan honrado, ya que se relacionaba con cuatreros, ladrones de bancos de poca monta y mujeres trabajadoras.

A Fred le gustaban las mujeres. Mucho. Disfrutaba gastando las ganancias en ellas. Mucho. Como no era tan cuidadoso a la hora de mantenerse en la sombra o de pasar desapercibido después de un episodio de robo o hurto, sus caprichos habían aparecido en los periódicos locales. ¿La culpa fue de las damas? ¿O la libido?

Una de esas damas, Mahogany Belle, no se tomaba a bien el afecto excesivamente entusiasta, si no controlador, de Fred, y Fred no se tomaba a bien que le desairaran su afecto excesivamente entusiasta, si no controlador. Mahogany Belle se escabulló hacia Big Chester, un comerciante local y limpiador del pueblo, que echó a Fred del pueblo con una bolsa de plumas en una mano y un cubo de alquitrán en la otra. El juego, las mujeres dudosas y un juicio discutible hicieron que Fred fuera encarcelado tres veces por delitos menores y casi fuera linchado una vez. Quizá el hombre encontró a Dios, o al menos la paz, porque acabó estableciéndose en Norfolk, Virginia, durante tres años.

Era más información de la que hubiera esperado, dada la limitación

de documentos y crónicas en la década de 1880, pero nuestro Fred aparecía en algunos registros y similares, incluido un diario de la joven Anna Mae Bellamy, que lo había conocido una tarde en la que había entregado el semental árabe recién herrado de su padre. Al parecer, las carabinas y las unidades parentales no eran tan abundantes como cabría pensar, dada la época. La joven de dieciocho años pasó un par de horas con Fred, charlando sobre la vida, sobre todo. Además de los sentimientos femeninos de la juventud, relató todo lo que había aprendido, como su caída en desgracia y su respeto por el "sexo débil", sus viajes de estado en estado hasta que cabalgó hasta Virginia, y su posterior descubrimiento del trabajo honrado: la herrería. Era un oficio que había aprendido de su padre, pero sólo había trabajado en él durante unos pocos años. Evidentemente, correr con los cuatreros había tenido más atractivo.

Por suerte para mí, el pequeño diario encuadernado en cuero de Anna Mae formaba parte de una colección de archivos en línea de la Universidad de Duke y ese Ger se había tomado la molestia de atender mi solicitud.

Fred había sido una clase de vaquero, al menos durante un tiempo, que había visto y hecho el mal, pero que había encontrado un propósito y tranquilidad en el camino. Aunque nadie sabía cómo había acabado en Connecticut y, más concretamente, en la casa de la tía Mat. Tal vez nunca lo supiéramos, a menos que hubiera dejado un diario en las paredes por las que paseaba subrepticiamente.

Pedí a Ger que descubriera lo que le ocurrió a Fred entre Virginia y Connecticut. El marco temporal habría sido entre 1885 y 1890.

¿Era importante descubrir más sobre Fred? No. Pero tenía curiosidad. Miré por la ventana y vi que la lluvia había cesado. Probablemente estaba cogiendo impulso. Ojeé un cielo añil lleno de brillantes motas de plata, escudriñé la constelación de Perseo, distinguí Algo, la segunda estrella más brillante de Perseo, y me di una palmadita mental por recordar partes de la magnífica esfera celeste, gracias a una breve incursión en la astronomía. Parecía que hacía un frío espantoso ahí fuera. Cuando la tormenta volviera con toda su furia preinvernal, y no dudaba de que lo haría, iba a ser una

pesadilla. Viajar sería un reto, si no una traición. Lo más sensato sería acurrucarse, preferiblemente junto a una hoguera con muchas mantas y una gran olla de cacao o leche y miel.

Mis pensamientos volvieron a los dos hombres que acababan de morir. ¿Por qué no pedirle a Ger que me ayude con eso también? "Necesito todos los datos que puedas encontrar sobre la mansión Moone. Si estás demasiado ocupado, por favor, pregunta a Angela. De hecho, haz que aprenda todo lo que pueda sobre Thomas Saturne y Jensen Moone. Por favor, haz que resuma los hechos importantes/interesantes en forma de puntos. Lo necesito cuanto antes. Te quiero". Como una endodoncia. Si alguien podía desenterrar datos inusuales o difíciles de encontrar, era Angela. La mujer era un genio en la búsqueda de datos remotos, pero ¿qué se podía esperar de una antigua analista de investigación corporativa?

¿Tenía ganas de dormir o de hacer de detective? El asesinato de Jensen, real o no, me hizo preguntarme. ¿Dónde estaba ese hombre? ¿Escondido en otra habitación secreta, riendo y frotándose alegremente las manos como un malo de película? ¿O estaba metido en un cubículo en alguna parte? Ciertamente parecía muerto, pero el maquillaje de efectos especiales podía lograr resultados sorprendentes y la muerte podía ser fingida, como le había insinuado a Percival. La hipotermia severa, por ejemplo, podía hacer que alguien pareciera muerto. Pero eso podía descartarse en el caso de Jensen Moore; era bastante improbable que alguien lo hubiera sumergido en el puerto de Greenwich. Había "drogas zombis", por supuesto, pero eso era una exageración. Dudaba que alguien de aquí se dedicara al vudú, pero nunca hay que descartar lo improbable. ¿Qué otras drogas había - digamos, la tetrodotoxina no causaba parálisis?

Estaba cogiendo el teclado cuando una extraña sensación me invadió. Era como si alguien me observara. Me giré lentamente y me quedé paralizado. Hubiera jurado que… vi a la tía Mat más allá del espejo del armario.

Me puse en pie de un salto y me apresuré a ir al ornamentado armario y abrí de un tirón la pesada puerta de madera satinada. El interior estaba vacío. Completamente vacío. No había ropa colgada de una barra a la derecha; no había nada doblado ni sentado en

cuatro estantes a la izquierda. Qué tristeza. Una vez que te fuiste, quedaste relegada a la memoria y a la Sally Ann.

El interior de la puerta no contenía nada más que un panel de tela de cachemira suave y limpia. Decorativo, sin duda, pero ¿decorativo para quién? ¿A las hadas del polvo? Lo toqué distraídamente y tiré de él con suavidad. El panel de tela se abrió, dejando al descubierto la parte trasera del espejo. Presionando mi cara contra el cuadro trasero no comprobé nada. No era un espejo bidireccional ni mágico. No era una ilusión. Sólo una ilusión, la mía. Mi imaginación estaba teniendo una invención de algún tipo.

Ahogando un bostezo, entré en el pasillo y me detuve, con los ojos tan abiertos como la boca: "¡Ja, ja, ja, tú y yo, pequeña jarra marrón, no te quiero!".

Aturdida, asombrada y asustada, vi pasar a Fred el Fantasma. Miró de reojo, sonrió y sentí que me hacía girar en un dos por tres. Entonces entró en una pared. No estaba segura de si me sobresaltaba más el hecho de que me hubiera saludado, de que hubiera bailado conmigo, o de que no tuviera más de treinta y cinco años. Anna Mae, la joven encargada del diario, había descrito a Fred como poseedor de una "graciosa sonrisa torcida" y tan fuerte y llamativo como un vaquero. Y tenía razón. Aquellos ojos azul cielo, rodeados de pequeñas arrugas -líneas de la risa que se hacían más notables por la exposición regular al sol de la frontera- centelleaban con picardía. La barba marrón café era abundante y el cabello desgreñado y corto. Era de complexión y estatura media, con hombros anchos, y su vestimenta era la típica de la época: pantalones a cuadros, chaqueta de doble botonadura y corbata. ¿Había pedido prestado el traje al dueño de la casa, o Fred siempre había tenido sentido de la moda? ¿O era posible que hubiera sido un invitado de los Moones en aquella época? Era difícil imaginar a Fred, procedente de una fuerza social muy diferente, codeándose con un Moone, pero nunca hay que descartar lo improbable, ¿verdad?

Esta vez había tenido el privilegio de verlo durante varios segundos, en lugar de verlo durante un parpadeo. Esta noche no había aparecido como un fuego fatuo o una luz o imagen parpadeante, o un fantasma de película, todo translúcido. Tampoco había

aparecido brumoso o filmado como los espíritus en las imágenes que nuestra emisora había presentado en un documental de dos partes sobre los fenómenos sobrenaturales locales. Había hecho una parte de la locución y había absorbido mucha información. El tema nunca me había fascinado antes de eso, pero durante varias semanas después de que el proyecto terminara me encontré escudriñando las sombras y observando las ventanas oscurecidas y los campos vacíos.

Fred parecía muy realista. Humano. Real. Me apresuré a acercarme a la pared, golpeando y dando palmadas. Mis dedos rastrearon candelabros de hierro forjado y pintura arremolinada, pero no pudieron localizar palancas ni botones ni resortes. ¿Qué persona de carne y hueso atravesaba una pared tan sólida como la presa Hoover? Ninguna.

Me apresuré a entrar en el dormitorio y me metí bajo las sábanas, sin importarme si el gato Fred estaba allí o si a la bestia peluda le importaba que lo hubiera abrazado a mi pecho como si fuera un oso de peluche.

Adwin se echó hacia delante y preguntó con sueño: "¿Eres tú, mi pequeño Twinkie?".

"Vuelve a dormir, mi querido Ho Ho". El osito de peluche con bigotes empezó a ronronear y el bajo sonido retumbante era tranquilizador y agradable. Con un estornudo ahogado, me acomodé para lo que quedaba de noche.

"¿Dónde has estado?"

"Bailando con un fantasma".

14

1-2-3, YA LO TIENES

Vestido con unos vaqueros Diesel desteñidos y una sudadera con cremallera de Nautica, Adwin entró en el dormitorio y dejó caer los bultos en una pequeña cesta de madera situada en un rincón. Con el cabello secado con una toalla y un mechón de Daniel-el-travieso colgando entre los ojos, tenía un aspecto pícaro. "¿Qué estás haciendo?"

"Leyendo la historia de la propiedad, por cortesía de la asociada de investigación de nuestra emisora, Angela. Ger le envió un mensaje de texto antes de salir al aire y se puso a trabajar rápidamente. Me envió lo que encontró en la propiedad hasta ahora. Volverá a ello cuando haya apagado algunos incendios en la emisora".

Se dirigió a un kit de aseo que había en una mesita de noche y colocó una gota de Joop en la base del cuello; nunca más, nunca menos. "¿Y?"

"La propiedad data de 1860".

"¿Antebellum?" Buscó calcetines en un cajón. "Habría pensado que se construyó más tarde".

"La propiedad era inicialmente cinco veces más grande. Además de esta casa -que ha sido renovada, ampliada y extendida al menos tres veces desde entonces-, había establos, un granero, una entrada circular, un parterre, un huerto y una casa de carruajes, que se quemó en 1904.

"La casa principal había sido diseñada y construida para la familia Smith por un arquitecto llamado Montague Black. La familia Smith, lamentablemente, se encontró con continuas tragedias. Caine Granton Smith enfermó gravemente tres años después de instalarse

aquí y estuvo a punto de morir. Su salud nunca se recuperó del todo. Era una especie de científico y había contratado a un ayudante llamado Horatio que le ayudaba con los experimentos y el registro de los hallazgos. Smith procedía del dinero, así que tenía más que suficiente para seguir con los estudios científicos". Ojeé las notas de Angela. "En 1867, el científico Smith murió. Tres años más tarde, Moone Número Uno compró el lugar por uno o dos billetes de curso legal".

"Le salió barato, ¿verdad?" preguntó Adwin por encima del hombro mientras volvía a entrar en el baño. Era la hora de la espuma y el secador.

"Absurdamente barato". Le seguí para observar el ritual matutino.

"¿Cómo murió finalmente Smith?"

"Fue aplastado bajo las ruedas de una diligencia que se movía rápidamente".

"Esos accidentes ocurrían todo el tiempo en aquel entonces - como los accidentes de coche de hoy".

Me miré en el espejo y decidí que podía participar en mi propio ritual matutino. Le hice un gesto a mi novio para que me pasara la espuma y me apliqué un poco en las ondas rebeldes. "Nunca encontraron la diligencia, ni siquiera un conductor: sólo el cuerpo roto de Smith a lo largo de una ruta común de diligencias".

"Una diligencia fantasma". Tiró y retorció los picos como si se tratara de fondant moldeado en torretas de pastel. "Veo una película en ciernes".

"Entonces murió su mujer, Elisabeth Mary, que siguió viviendo aquí con los criados y los tres hijos".

"¿Cortesía de otro fantasma?" Encendió el secador.

Esperé a que terminara. "El veneno silenció para siempre su discurso. No se menciona si fue autoadministrado o dispensado por otra mano".

Adwin escaneó mi reflejo. "¿Y los niños?"

"Una tía rica se los llevó a Boston a vivir con ella. Uno se hizo médico, otro tuvo algo que ver con el dirigible Zeppelin, y el paradero del tercero sigue siendo desconocido, ya que se fue a China en una misión humanitaria y nunca más se supo de él."

"Felicidades a Angela". Le dio un pulgar hacia arriba. "Ha descubierto mucho en poco tiempo".

"Gracias en parte a una autobiografía escrita por una de las bisabuelas, Sue Smith. Hay un blog dedicado a los Smith y su historia, y otro relacionado con la escritura de Sue. Ambos son mantenidos por un orgulloso miembro de la familia con las iniciales L.L. Parece que el desafortunado señor y la señora Smith engendraron una descendencia inteligente e inventiva; ellos, a su vez, engendraron un montón de descendientes extraordinarios y prominentes. Algunos resultaron más prominentes que otros, mientras que unos pocos sufrieron la temprana desgracia de los Smith".

"¿Te refieres a los atropellos de las diligencias y/o al veneno?"

"La indigencia, la demencia, la diablura y otras penurias". Tecleé y le indiqué la pantalla. "Aquí hay un antiguo plano de la propiedad - uno malo-, pero da una idea de cómo era originalmente". Pasé a otra imagen. "Aquí hay un plano más reciente".

Se quedó mirando durante varios segundos. "Vuelve a la antigua". Esperó y señaló. "La propiedad original era mucho más grande - como dijiste-, pero la casa de campo tenía forma de L y era más larga, y no estaba tan cerca de la propiedad de los Sayers".

"Obviamente fue reconstruida y reubicada". Pasé de la vista antigua a la nueva. "Tal vez la original se quemó o fue derribada. Pero tienes razón, está muy cerca de la propiedad de los Sayers. No me había dado cuenta".

"Yo tampoco, hasta que miramos estos planos".

"Debería preguntar a Percival sobre la historia de su casa. Quizá

perteneció a un pariente o amigo de los Smith… de ahí la proximidad".

Adwin sonrió secamente. "Prepárate para una tarde de emociones".

Un fuerte golpe reclamó nuestra atención.

"Hey-ho, ¿hay alguien aquí?" preguntó la voz cantarina de Rey.

Adwin puso los ojos en blanco y pasó el secador. Puso una sonrisa de diez mil dólares y salió del baño. "Hey-ho, nos estamos peinando".

Observé mi reflejo, abandoné la idea de hacer algo más y cogí una bolsa de cosméticos. Un poco de color en las mejillas y los labios no vendría mal, y las bolsas bajo los ojos necesitaban ser disimuladas.

Cuando entré en la habitación, Rey estaba en el borde de la cama, vestida con unos vaqueros Hilfiger y un jersey de cuello alto ajustado de color rosa bebé, y completamente maquillada. Estaba muy guapa e inusualmente alegre y animada.

"Pareces la gata que se ha tragado al canario, a su pareja, a las crías y al nido", comenté, cogiendo una ligera cazadora de ante marrón chocolate del armario y poniéndomela.

La sonrisa de Rey se amplió. "Linda hizo una detección de portátiles".

"El socio de Jill comprobó la historia del lugar y descubrió algunas cosas interesantes. Quizá Linda encontró algo igual de interesante", sugirió Adwin, poniéndose un par de Converse All Stars negras.

Mi prima me miró, con una mirada que oscilaba entre la perplejidad y la sorpresa. "Supongo que tenemos que intercambiar información".

"Primero, por favor, primo número dos, proporciona los hechos encontrados". Incliné la cabeza y me encaramé al borde de un estrecho alféizar.

"Gracias, honorable primo que hace una imitación no tan mala de Charlie Chan". Ella inclinó la cabeza a su vez. "Linda hizo una

búsqueda de Thomas Saturne".

Pooh. Se le ha ganado la partida. "¿Y ella aprendió...?"

"No mucho. Había estado en el negocio legal durante un cuarto de siglo. Hizo algunos trabajos pro bono para algunas organizaciones benéficas y sin fines de lucro. Estuvo vinculado a un extraño escándalo de organizaciones sin ánimo de lucro, pero fue exculpado cuando se demostró que alguien de la organización era el verdadero culpable. También formó parte de media docena de consejos y comités a lo largo de los años, uno de ellos de una empresa propiedad de Reginald Moone".

Adwin se inclinó hacia la parte trasera de la puerta, expresando un interés exagerado. Aunque se inclinaba hacia el tipo suave de Clark Kent, podía ser bastante bromista y burlón cuando estaba inclinado. "¿Y?"

"Y, el novio de Jilly, asistió a algunas funciones de corbata negra".

"¿Y?" Adwin y yo desafiamos al unísono.

"Y hay algunas fotos de esas funciones". Se apoyó en las palmas de las manos, con una mirada tímida de regodeo. "En una docena de funciones diferentes en los últimos ocho años tuvo la misma escolta".

Continuamos el juego. "¿Y?"

"La cita era una mujer con cabello largo color hámster y ropa sexy, y un cuerpo decente, también, para alguien que tiene que haber estado en sus mediados o finales de los cuarenta en ese momento".

"¿Así que tenía una cita, una novia con cabello de roedor?" Adwin exhaló con fuerza y se cruzó de brazos. "¿Tenemos que adivinar tres veces quién es - era?"

Mi prima se rió y se frotó las manos alegremente, jugando a la petulancia. "Te daría cinco, pero nunca lo adivinarías, así que lo voy a contar". Pasó la mirada de él a mí, su sonrisa se amplió hasta el punto de que pensé que sus labios tocarían sus orejas. "Prunella Amante-de-Aves Sayers".

Mis ojos se desorbitaron hasta el punto de que se podría haber pensado que sufría de hipertiroidismo, mientras que la boca de Adwin se hundió en sus huesudas rodillas. Pero entonces recordé la mención de Percival de que los dos estaban en el mismo consejo y tuvo sentido que asistieran a las mismas funciones y se fotografiaran juntos.

Otro golpe. Este sonó como si alguien usara un ladrillo en lugar de un puño. Percival se quedó con la cabeza. "Todos están esperando en la mesa del desayuno. Tienen unas frittatas de aspecto delicioso".

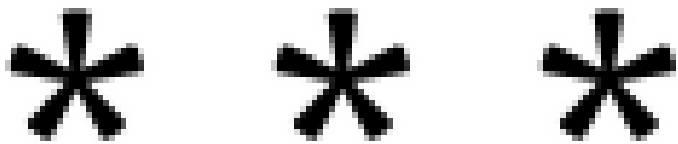
Rey dijo: "No me gustan las frittatas".

Sonrió alegremente. "La otra opción son los gofres de quinoa y linaza".

"Eso suena saludable", dijo Adwin.

"Con Vegemite".

"Nummy". Rey me agarró el antebrazo. "Vamos. No podemos dejar que los gofres se enfríen y se pongan duros". Ella se inclinó cerca. "Como debe estar Jensen Moone esta mañana".



La lluvia -más bien aguanieve- volvió después del mediodía. La visibilidad era mínima. La tormenta estaba haciendo su entrada oficial. Afortunadamente, la bañera de hidromasaje y su "pérgola" (yo habría estado más tentada de llamarla tumbona) estaban

completamente cubiertas. Con sus asientos de diseño ergonómico y sus chorros vigorizantes, la bañera de cerámica estaba demostrando ser un gran alivio para el estrés. Burbujeaba y echaba vapor, y creaba una fina niebla que nos tapaba la cara. Ataviados con trajes de baño conservadores que Beatrice había proporcionado de un alijo de invitados, Adwin, Percival, May-Lee, Rey y yo nos reclinamos y relajamos, y tomamos un ligero vino afrutado. Tal vez no fuera apropiado, teniendo en cuenta la muerte y/o desaparición de Jensen, pero en realidad, por lo que sabíamos, podría estar gastando una fantástica broma. El "cuerpo" aún no había sido encontrado, así que muy posiblemente "eso" estaba vivo y bien, y escabulléndose subrepticiamente entre las habitaciones.

Sentarse en el jacuzzi era preferible a sentarse en el salón, que se prestaba a lo sombrío. Y quedarnos en nuestras habitaciones esperando a que nos sirvieran un almuerzo tardío tampoco nos parecía tan agradable. Linda había optado por patatas fritas con salsa y refresco con Prunella en el estudio, junto con la primera temporada de la serie The Big Bang Theory. Prunella no parecía del tipo de personas que ven televisión frívola, pero cuando Linda afirmó que eso era lo que estaba haciendo, la mujer mayor le preguntó rápidamente si podía hacerle compañía.

"¿Crees que lo encontraremos?" preguntó Rey, estirando las largas y delgadas piernas en un asiento vacío.

"Eso depende de si está realmente muerto", respondió Adwin.

"A mí me pareció que estaba bastante muerto", dijo rotundamente.

Tomé un largo sorbo y exhalé por la boca, viendo cómo mi aliento flotaba por la enorme bañera antes de reafirmar lo que había pensado y dicho anteriormente. "Podría haber sido maquillaje y efectos especiales. Sólo comprobé el pulso, no la estaca… No me apetecía precisamente tocarla para ver si era real".

Percival señaló con su vaso. "Si uno de nosotros hubiera comprobado con más cuidado, podríamos haber descubierto que la estaca era falsa".

May-Lee hizo una mueca. "O podríamos haber descubierto un

cadáver real con carne mutilada y pulpa por corazón".

Adwin puso cara de asombro y echó atrás su bebida.

"Sea cual sea el caso, hasta que aparezca -esperemos que vivo y sonriendo como un bromista autocomplaciente-, la policía pensará que somos, como dirías Reynalda, 'loony tunes'". Percival alcanzó una segunda botella de vino colocada en un cubo lleno de hielo y rellenó los vasos.

Rey miró de una cara húmeda a otra. "Supongo que no queremos ir a buscar…"

"No" fue la respuesta firme y unánime antes de que pudiera completar la pregunta.

"Entonces, ¿a dónde vamos a partir de aquí?", resopló.

"Dejamos que la policía haga su trabajo y esperamos", respondí, frotando una mano caliente por mi nariz fría.

"Si lo mataron, ¿por qué lo mataron?" May-Lee.

"Digamos, por el momento, que Thomas Saturne fue asesinado", ofrecí. "Tal vez Jensen vio algo que no debía en relación con el asesinato y fue silenciado como resultado".

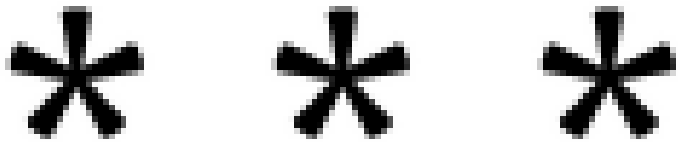
"Entonces, ¿por qué no morir a los pocos minutos u horas de Thomas? ¿Por qué dar a un testigo la oportunidad de soltar la sopa, por así decirlo?" preguntó May-Lee, deslizándose más abajo en el agua caliente y espumosa. Cada vez hacía más frío a nuestro alrededor, ya que los elementos del exterior empezaban a golpear el recinto como un masajista demasiado entusiasta.

"Tal vez Jensen no presenció nada en cuanto al asesinato real, pero se topó con el asesino mientras se deshacía de las pruebas", propuso Adwin. "Puede que Jensen no fuera consciente de lo que estaba viendo en realidad, pero a los ojos del asesino eso le habría convertido en un serio lastre".

"Eso explicaría la estaca", declaró Rey. "Es el tipo de arma que se usaría en el calor del momento".

"Una acción o reacción espontánea", convino Adwin.

"La especulación es una pérdida de tiempo obsena, pero hace poco por desentrañar un misterio o proporcionar una resolución". Percival escurrió su vaso y se cubrió la cabeza con una toalla de lana. "Me siento más arrugado que de costumbre. Nos vemos más tarde, mis amigos con la cara empapada".



Rey demostró ser una charlatana durante el almuerzo. Sin embargo, poseía el suficiente decoro como para no decir nada sobre Prunella y Thomas como posibles amantes, pero era obvio -con esas largas miradas cómplices y sonrisas saladas- que se moría por revelar lo que había descubierto. Por desgracia, no había tenido ocasión de decirle lo que Percival había revelado sobre los dos: que Thomas y Prunella eran conocidos de negocios que habían asistido juntos a algunas funciones y tenían razones de buena fe para estar allí. Esto habría dado un vuelco a esas sonrisas condescendientes. Y habría apostado una semana de casting deportivo a que eso era precisamente lo que Prunella mantendría en caso de que la pusieran en un aprieto.

¿Quién, en sus sueños más salvajes, podría imaginar que Thomas y Prunella fueran pareja? Thomas Tinky Winky Saturne no era precisamente guapo, encantador, simpático ni rico. Una relación entre el abogado y la pajarera, con una mezcla de pañuelos, parecía tan plausible como la unión entre Mamá Ganso y los Hermanos Grimm.

Apartando la cafetera que Beatrice sostenía sobre mí como un aspersorio, me levanté. "¿Qué es lo primero en la agenda después de un serio cepillado de dientes?"

"Buscamos a Jensen Moone… y tratamos de localizar a tu Fred", respondió Rey.

"¿Fred el Gato?" Prunella parecía perpleja. "Estaba sorbiendo nata en la cocina hace unos minutos, cuando cogí un vaso de Perrier".

"Fred el Fantasma". Rey sonrió. "¿Te acuerdas de él? El espíritu cantor que nadie ha visto excepto Jilly y su novio pastelero". La mueca se convirtió en una sonrisa torcida mientras nos miraba fijamente en busca de confirmación.

Le respondimos con miradas malévolas.

"Yo digo que optemos por Fred el Fantasma y nos olvidemos del abogado". Percival se llevó una servilleta a los labios y se puso en pie. "Jensen Moone es -perdón por el juego de palabras- un callejón sin salida. Al menos por el momento".

Prunella gimió y dio una palmada en el trasero de su hermano.

"¿No deberíamos esperar hasta medianoche?" preguntó May-Lee, apartando su plato. "Los fantasmas no salen durante el día, ¿verdad?".

"Seguro que sí".

"¿Cómo lo sabes?" Percival parecía genuinamente intrigado por el hecho de que Rey lo supiera.

"Hice una investigación para una película en la que interpreté a la hija de un sacerdote. Puede que recuerdes la película: yo era la bibliotecaria del pueblo que disparaba a uno de los espíritus malignos menores, Tedworth, con una flecha de plata."

¿La hija de un cura? ¿Bibliotecaria del pueblo? La miré sin comprender.

"Oh, vamos, ¡conoces la película! Esa en la que el rubio Myles

Milestone aniquila a los frikis y lacayos que sirven a Cienne, el espíritu maligno maestro".

"Claro", sonreí, sin tener ni idea. "Te acuerdas de la película, ¿verdad, trufa?".

Adwin asintió. "Los demonios dementes van a la delincuencia".

Reynalda sonrió.

Me quedé mirando a mi galán. Había olvidado que le gustaban las películas cursis de serie B.

"¿Los espíritus malignos son lo mismo que los fantasmas?" Prunella parecía escéptica.

"Algunos de ellos en la película lo eran".

"Eso era una película, no la realidad", señalé. "Nunca has conocido a un fantasma, ¿verdad?".

"No", dijo con sorna. "No he tenido tanta suerte como tú".

"Dejemos de lado los viajes de fantasmas", sugirió Adwin. "Fred parece ser más un espíritu nocturno".

"Podríamos jugar al bridge", ofreció Prunella. "O al Scrabble o al Monopoly. Vi juegos de mesa en un armario".

"O a la mancha. Uno-dos-tres, tú eres", dijo Rey con sarcasmo.

Linda le dio un codazo.

"Cuenta conmigo", dijo Adwin, escurriendo su zumo de arándanos. "La caza de cadáveres y fantasmas se está volviendo aburrida".

"Sólo porque no cooperan", dijo Rey con un mohín.

"Te diré algo, Rey", dijo con una sonrisa irónica. "Consigue que Jensen o Fred cooperen, y yo estaré encantado de…".

Un chillido, lo suficientemente espeluznante como para provocar escalofríos en la columna vertebral, estalló.

"Justo a tiempo", sonreí.

"Eso me pareció real". Linda miró pensativa por el comedor. "¿De dónde ha salido?"

"De la cocina".

"De fuera".

"No, del garaje".

15

QUÉ ATASCO

Corrimos hacia la cocina y nos tropezamos con Beatrice, que, sorprendentemente, doblaba la esquina como un Impreza WRX STI de rally. Después, derribamos a Hubert, que se tambaleaba hacia nosotros, con los ojos desorbitados y el cabello alborotado (por lo visto, el cabello, por escaso que fuera, se ponía de punta cuando su dueño se asustaba hasta perder la razón). Percival y Adwin engancharon un brazo al del mayordomo y, como un surtido de judías saltarinas mexicanas, nos abrimos paso a trompicones por el pasillo hasta el garaje adjunto para seis coches.

En el otro extremo de la amplia y ordenada estructura se encontraban mi Sebring alquilado, el Bentley bicolor del 58 de Thomas y el preciado Bentley S3 Continental negro perla de Reginald. Las manchas de aceite en el lado más alejado del Bentley, antes del Accord de Linda, indicaban el lugar donde se encontraban otros dos coches, probablemente los deportivos de la tía Mat.

Inclinado a un lado del maletero parcialmente abierto del coche de Reginald estaba Porter, con la cara blanca como la harina y una expresión congelada que combinaba el temor y el miedo. ¿Quién habría esperado que alguien de esa masa emitiera un grito tan agudo?

"¿Qué le pasa?" La preocupación delineó la frente baja de Adwin.

"Parece estar aturdido", respondió Prunella, poniéndose al lado del cocinero y echando un brazo alrededor de su ancha espalda. "¿Estás bien, amigo mío?"

Percival indicó a Beatrice que trajera agua y un botiquín de primeros auxilios, y cruzó el garaje al lado de su hermana.

"¿Hay que trasladarlo?" preguntó Linda con preocupación.

"Quizá necesite recuperar el aliento", sugirió Hubert en voz baja, mirando por encima del hombro de Linda.

"No parece herido", dijo May-Lee. "Simplemente desconcertado".

Un Percival de aspecto preocupado le susurró algo a Prunella y ella escrutó su rostro antes de volverse hacia Porter y murmurarle al oído. Él asintió con la cabeza… antes de enderezarse y caerse como un árbol joven golpeado por un rayo.

"Buscaré sales aromáticas". El mayordomo desapareció apresuradamente de la vista mientras Rey y yo nos apresurábamos a avanzar.

"Está muy pálido", murmuré.

"¿Cómo puedes saberlo? Siempre está pálido", dijo Rey.

"Tan blanco como los champiñones", coincidió Linda.

Observé el cuerpo tendido, vestido con una chaqueta de cocinero negra de corte tradicional con botones de tela anudados y unos pantalones blancos holgados de pata de gallo. Unos zapatos Wolverine pequeños, tal vez de la talla nueve, adornaban sus anchos pies. La mano regordeta del cocinero, que ahora lucía un considerable zafiro en el dedo corazón además del anillo plateado del meñique, tenía una pequeña gota de sangre cerca del pulgar. Parecía ser la única herida sufrida.

Beatrice llegó con una gran bandeja de plástico que contenía un botiquín de primeros auxilios, dos pequeñas botellas de agua y una funda de vellón, que Percival cogió y le pasó a su hermana.

Ella dobló la suave funda bajo la cabeza de Porter.

"He llamado a una ambulancia", anunció la criada, "por si acaso".

Frunciendo el ceño, Prunella miró a su paciente. "Esperemos que no necesite asistencia paramédica".

"¿Alguien ha mirado en el maletero o en el coche para ver qué puede haber causado que Porter se desmaye así?" preguntó May-Lee inquisitivamente.

"Diez dólares a que encontramos un cuerpo dentro", declaró Linda.

"Apuesto cincuenta a que es Jensen", declaró Percival.

"Pues no va a ser el de Fred el Fantasma", respondió Rey con una sonrisa de satisfacción.

Mi primo y yo nos adelantamos, abrimos el maletero todo lo posible y miramos dentro.

"Uno, dos, tres, estás tan-tan", dijo Rey en voz baja.

Aunque estaba pálido como un flan y parecía tan flácido como un caramelo, el rostro de Jensen Moone seguía tan sereno como la noche anterior. Se podría haber pensado que el hombre se había colado en el maletero para alejarse de todo y echarse una siesta. No había señales de sangre ni de traumatismos, y la estaca había desaparecido, al igual que la camisa de diseño. En su lugar había un número de franela azul marino grueso, algo barato, una elección de obrero. ¿Por qué el cambio de camisas? Estaba muerto. ¿Qué diferencia habría habido si la camisa era bonita y limpia o rasgada y ensangrentada? ¿O es que el asesino no podía soportar ver la mutilación? ¿Tal vez sintió una punzada de remordimiento? ¿Y por qué jugar al escondite con el cuerpo? Expresé mis pensamientos a mi prima.

Ella examinó a Jensen de arriba abajo. "Probablemente el asesino quitó la estaca para trasladar y guardar mejor el tipo. Tal vez, como dijiste, él o ella no pudo soportar ver la cavidad en su pecho. Toma, espera". Con la mandíbula apretada, desabrochó dos botones y miró por debajo de la tela. "Está densamente vendado. Supongo que nuestro asesino no quería dejar un rastro de fluidos corporales y trozos de carne", dijo con una sonrisa tensa. "… ¿Llamamos de nuevo a la policía?"

"Alguien debería". Señalé al cocinero de rostro adusto que aún no había encontrado su lengua. Su cabeza cayó hacia atrás. Con esa

expresión vidriosa y aturdida y esa pose estática, Porter podría haber pasado por un juguete de cuerda gigante derribado. Recogí unas llaves que yacían no muy lejos de sus pies y las metí en la túnica de dos bolsillos de Rey. "Tal vez podrías llamarlos", sugerí.

Miró a Porter, que la miraba fijamente. "¿Te apetece acompañarme, Chef?" Agarrando su brazo derecho, le indicó a Percival que agarrara el izquierdo.

Los labios de Porter se movieron. Luego cayó en un estupor.

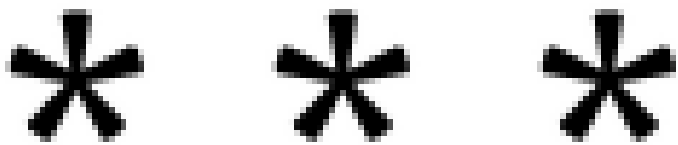
Me crucé de brazos y me apoyé en el lateral del coche. "Al parecer, la excitación ha sido demasiado para él".

"Está siendo demasiado para mí", dijo Adwin secamente. "Iré a llamar a la policía".

"Rey y yo nos quedaremos aquí". Señalé con la cabeza a Jensen. "Esta vez nuestro pseudo abogado británico permanece a la vista".

"A menos que haga un Fred el Fantasma", dijo Rey con ironía.

Hubert entró cojeando rápidamente en el garaje. "Los he encontrado", anunció triunfante, blandiendo sales aromáticas como un mariscal de pista agitando una bandera roja.



Tragando lo último de una gran galleta de nuez, Percival parecía feliz y presumido. "Esta vez nos han creído". Estaba apoyado en la

cocina de cuatro hornos de la enorme cocina. Se había cambiado la fea chaqueta de pana marrón pinto por una fea rebeca verde guisante, pero seguía llevando una corbata Hugo Boss marrón ladrillo.

Todos nos habíamos puesto ropa nueva. Suéteres gruesos, pantalones vaqueros y zapatillas estaban a la orden de la mayoría. Hay algo en la búsqueda de cadáveres que hace que quieras volver a ducharte y vestirte. Y habíamos tenido tiempo. Lewis y Gwynne, aunque estaban programados para trabajar más tarde en el día, habían sido contactados inmediatamente por el oficial que había tomado la llamada de Adwin. Los dos hombres decidieron hacer el viaje de vuelta ellos mismos, pero debido a múltiples accidentes de tráfico y a un incidente con un perro perdido (el del sheriff), no lo habían conseguido con la rapidez prevista. La ambulancia había llegado de manera más oportuna, pero Porter se había recompuesto, al menos lo suficiente como para decir que no iría al <beep, beep>hospital<beep, beep>. Ninguna cantidad de persuasión o argumento podría convencer al nervioso cocinero de lo contrario.

Una vez que los dos agentes vieron el cuerpo de Jensen en posición de decúbito supino y determinaron que el abogado había fallecido, las cosas se movieron con la mayor rapidez posible dado el clima extremo. Los agentes de la ley, los medios de comunicación y los vecinos curiosos dispuestos a desafiar el mal tiempo se reunieron y chocaron. Los ánimos se caldearon y los puñetazos no se hicieron esperar. Dos reporteros rodando y forcejeando por el suelo glacial habría sido cómico en circunstancias menos graves.

Todos nos tomamos un poco de tiempo privado y personal entre las preguntas, los enfrentamientos y las broncas. El mío lo pasé revisando mensajes. Ángela había enviado un correo electrónico indicando que había poco de interés en los dos caballeros muertos. Sus hallazgos eran básicamente los mismos que Rey había revelado antes, pero Ángela había enumerado los consejos y comités reales en los que Thomas se había sentado a lo largo de los años: dos organizaciones sin ánimo de lucro, una empresa de telecomunicaciones, dos compañías farmacéuticas e Igloonomics Inc. una empresa que fabricaba iglús de plástico para mascotas y pescadores de hielo.

En cuanto a Jensen Q. Moone, había sido un exitoso abogado en South Kensington durante varios años y había participado en prestigiosas organizaciones y obras benéficas no sólo en Inglaterra sino también en Estados Unidos. Tenía una esposa de la alta sociedad llamada Winda, que parecía un pomerania con cuello de lazo pero que poseía una personalidad de pitbull. No había niños. Mi creencia de la primera noche no había estado muy alejada de la realidad en cuanto al poco amor que se perdía entre los dos. Dos fotos, con cinco años de diferencia, mostraban a una pareja que obviamente apenas se toleraba. Las miradas heladas apenas se disimulaban y la tensión era evidente en los hombros cuadrados, mientras que las sonrisas eran más falsas que las de los políticos que hacen juramentos promisorios. Me recordaban a dos pesos welter en una rueda de prensa televisada intentando ser civilizados antes del gran combate.

También había una foto de Jensen con Reginald en la fiesta de su sexagésimo cumpleaños. Celebrada en un exclusivo club de campo a las afueras de Greenwich, fue la que se celebró ese otoño. Al parecer, los hermanos habían dejado de estar enfrentados y habían llegado a un acuerdo en la gran fiesta. ¿Quién había arreglado que los hermanos finalmente enterraran el hacha de guerra? ¿La tía Mat?

"¿No estaba ese tal Gwynne tan agrio como el tamarindo cuando puso los ojos en el cuerpo?" preguntó Prunella con sorna. "Se lo tiene bien merecido el cabrón".

Adwin la miró, desconcertado, mientras May-Lee sofocaba una sonrisa de satisfacción.

"La próxima vez que llamemos, no se apresurarán a despreciarnos", dijo Prunella con crudeza.

"No habrá una próxima vez", respondió Percival con ligereza, y luego frunció el ceño profundamente, tal vez preocupado por haber hablado demasiado pronto.

Rey, sentada en una pequeña mesa rectangular que formaba parte del rincón del desayuno, se sirvió más café. Era el cuarto, pero en lugar de estar acelerada, parecía tranquila, concentrada, sumida en

sus pensamientos. Eso no era bueno. Lo que era aún peor era que podía leer su mente. Lo que era aún peor era que yo quería hacer precisamente lo que ella estaba contemplando hacer, así que antes de que ella lo sugiriera, lo hice. "Son unos minutos después de las cuatro. Porter está fuera de combate por la tarde y probablemente por la noche, a pesar de lo que murmuró sobre una cena a las 8:00 p.m., así que estamos solos. Y como todos nos hemos dado un capricho, no veo que vayamos a comer pronto. ¿Qué tal si matamos - uh - pasamos el tiempo volviendo sobre nuestros pasos? Tal vez descubramos a Jensen en el camino".

Adwin señaló con un pulgar hacia la ventana. "¿Y estorbar a los últimos tipos legales?"

"No pueden estar en todas partes a la vez, y su principal objetivo es el garaje", señalé con una sonrisa paciente.

"Creo que se dirigen tan rápido como pueden, dado lo que tienen que hacer, antes de que la tormenta llegue con toda su fuerza", dijo May-Lee.

"Ahora mismo es bastante contundente", declaró Percival. "Según las noticias, no pasará mucho tiempo antes de que este nororiental invasor derribe líneas eléctricas y ramas de árboles. Se han cancelado vuelos en algunos estados y varias interestatales se están convirtiendo en colosales pistas de patinaje y aparcamientos."

"Probablemente por eso no nos han pedido que abandonemos la finca", murmuró Prunella, tocando distraídamente un vendaje fresco en su mejilla.

"Deberían poner un oficial aquí para vigilar", dijo Adwin.

Percival resopló. "¿Por qué? ¿Esperas más asesinatos?"

Antes de que Adwin pudiera responder afirmativamente, intervine. "Hagamos lo que he sugerido y volvamos sobre nuestros pasos. Es mejor que andar con los pulgares cruzados, sentados sin hacer nada, o devorar interminables provisiones de productos horneados".

Percival negó con la cabeza. "No me apetece nada más que una

buena siesta".

"Vale abuelo, como quieras", dijo Rey con un exagerado movimiento de cabeza.

May-Lee se rió.

Linda finalmente sintonizó con la conversación, que había pasado a un segundo plano en favor de un bol de helado de tarta de fresa y queso que había estado devorando con ruidoso gusto. "Cuenta conmigo para la detección". Miró a May-Lee.

Ésta le hizo un gesto con la barbilla en el que había un trozo de baya, asintió con la cabeza y se volvió hacia Prunella con una mirada desafiante.

"Bien. Cuenta conmigo también", dijo la amante de los pájaros con altanería y se volvió hacia su hermano.

Éste volvió a negar con la cabeza.

Prunella se encogió de hombros. "Necesito hacer un par de cosas. Dame unos minutos".

Percival se volvió hacia Adwin, con una expresión seca. "¿Y tú, Addy?"

Pasó la mirada de una cara a otra y levantó las palmas de las manos en un gesto de "qué-elección-tengo". "Estoy con las chicas… er, las mujeres".

Con un resoplido de cerda, Percival tomó el codo de su hermana. "Te acompañaré arriba".

"Encontrémonos todos en veinte minutos junto al cuarto de las tinieblas de Reginald", dijo Rey alegremente, haciéndoles señas para que se fueran.

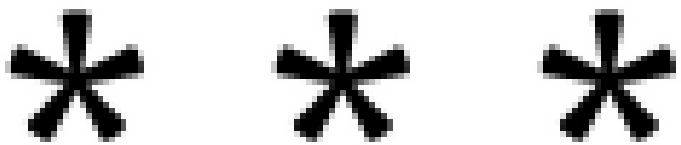
"Qué hermanos tan extraños", murmuró Linda, viéndolos alejarse de la vista.

"Son más bien una extraña pareja", respondió May-Lee con una

expresión de irritación. "Con mucho énfasis en lo de 'rara'".

"Son unos malditos bichos raros", declaró Rey.

Adwin hizo una mueca y salió de la habitación, murmurando algo sobre reunirse con nosotros en diez o hacer zen. O tal vez llamó a Rey "gallina desagradable".



"¿De quién es la mano en mi culo?" Rey gritó en la oscuridad.

"La mía no". Adwin. "No tocaría ese culo ni aunque me pagaras", siguió en voz baja.

"He oído eso".

"Tenías que hacerlo".

"Hablaremos más tarde, novio de Jilly. Estamos colgando una izquierda todo el mundo, ¿verdad querido primo?"

"A la derecha".

"No, a la izquierda", afirmó Percival. Había decidido acompañarnos en el último momento. Tal vez Prunella le había convencido o tal vez el hecho de estar en la cama como una diana -considerando que dos hombres habían muerto recientemente de forma desagradable- le había hecho cambiar de opinión.

"Quería decir…"

"No vayamos por ahí", aconsejé, con escenas de viejas rutinas de comedia y dibujos animados inundando mi cabeza.

"¿No ir a la izquierda?"

"¡Rey!" Casi grité.

"¡Izquierda!" Percival y Adwin gritaron.

Como niños de guardería colgados de un dispositivo de sujeción en grupo, avanzamos por un pasillo que llevaba desde la "sala de las tinieblas" a la "cámara funeraria" de Jensen (contribución de Prunella). Estábamos sin luz porque la gran linterna de Rey se había apagado a doscientos pies en el pasillo de ladrillos y a nadie más se le había ocurrido traer una extra. Decididos estábamos. ¿Inteligente? Eso era cuestionable.

"Ouch. ¡Cuidado! No necesito una costra encima de una nariz ya costrosa", se quejó Linda.

"No puedo ver, así que discúlpame", dijo Percival.

"¡Joder!" Rey.

"Cuida esa boca, hermana". Adwin.

"Me golpeé la maldita cabeza contra la pared". Siguieron un par de maldiciones, éstas suaves. "Debemos estar al final. ¿Quién abrió este panel anoche?"

"Yo lo hice". Adwin pasó de largo. "Déjame a mí. Bien. Creo que… sí… ¡lo tengo!"

Nadie quería avanzar en la negrura y golpearse un dedo del pie o romperse una extremidad al chocar con los muebles, así que nos quedamos parados durante unos segundos como ciervos atrapados en los faros del convoy.

"Creo que recuerdo dónde están las lámparas". Con los brazos extendidos y los pies moviéndose a paso de tortuga, avancé con

cautela. Un golpe contra la madera, una mesa por su forma y peso, hizo que me lloraran los ojos, pero conseguí localizar una de las lámparas del salón y la encendí. Un resplandor albaricoque calentó la habitación. May-Lee se apresuró a encender la segunda.

"Mirad si podéis encontrar una linterna o una vela que podamos utilizar para iluminar los pasillos", indiqué a Adwin y a Linda, y me volví hacia Rey, que ahora estaba de pie junto a Prunella. "¿Deberíamos hacer el bucle que hicisteis los cuatro anoche? ¿O ver si hay otro pasillo que Jensen pueda haber doblado?"

Percival miró a su alrededor, dudoso. "Anoche recorrimos casi todo el lugar".

Mantuve una cara seria. Apenas. "¿Estás seguro de que lo hemos comprobado todo, Bugsy?"

Se encogió de hombros.

"Probaré una o dos paredes", dijo Prunella alegremente.

"Yo también", ofreció Rey con entusiasmo.

"Me sentaré". Se dejó caer en el recamier, se dio cuenta de que el cadáver de Jensen había descansado allí, y se levantó de un salto como si alguien hubiera prendido fuego a sus vaqueros Gucci.

"He encontrado uno". Linda levantó una robusta vela de color crema de dos pulgadas de diámetro y ocho de altura. "Huele a", olió e hizo una mueca, "linimento".

Nadie tenía una cerilla o un mechero, así que la vela de gran tamaño acabó en una mesa auxiliar.

"¡Venid aquí, chicos!"

Rey había descubierto un sonido hueco detrás de la pared que estaba examinando, lo que sugería la presencia de un espacio abierto.

"Kee-rist, ¿cuántos pasillos ocultos conducen a esta pequeña habitación?" preguntó Percival, atónito.

"Los dos que conducen desde direcciones opuestas y éste, si es que es uno", respondí, mirando a Rey, que intentaba locamente encontrar una forma de desplazar la pared.

"Tal vez esto es una habitación del pánico de algún tipo", sugirió. "Una zona extraña para un espacio secreto, ¿no crees?"

"Hubo diferentes períodos de la historia en los que las familias querían y necesitaban un lugar seguro para escapar". Linda se puso al lado de su mejor amiga para ayudarla.

"¿Para qué período se había construido éste?" Percival escaneó la habitación. "Las habitaciones del pánico, o las habitaciones seguras, como se las llama a veces, eran más bien el resultado de las amenazas y ataques terroristas, y de los secuestros. No existían, per se, en la época en que se construyó esta casa".

"No, pero sí existían habitaciones o bóvedas para ocultar posesiones valiosas, mujeres y niños. La casa ha pasado por varias reformas. Podría haber sido construida durante la Guerra Hispanoamericana, la Primera Guerra Mundial, o tal vez incluso la Segunda. Siempre había amenazas y peligros de un tipo u otro". Linda volvió a la pared.

"Sin duda es un lugar adecuado para esconderse", comentó, "pero en el que podrías perecer fácilmente si tu enemigo incendiara la vivienda o te acorralara". Su tono se hizo más sobrio y miró a su alrededor con nerviosismo. "Esta habitación podría haberse convertido en tu tumba".

"Tal vez uno de los Moones simplemente quería un lugar para alejarse de la familia por un tiempo", sugirió Adwin. "A todos nos gusta tener nuestro propio espacio de vez en cuando".

"Eh, gente, echad un vistazo", pidió Linda. Una estrecha abertura conducía a más oscuridad.

"¿Nos atrevemos?" preguntó Prunella en voz baja, asomándose. "Santo cielo. Huele a polvo y a viejo, y a miseria… a muerte".

Adwin se inclinó hacia la apertura. "Puede que Jensen lo haya

encontrado y haya decidido esconderse en él para hacer otra travesura".

"O explorar", ofreció May-Lee.

"No parecía un tipo demasiado curioso", dijo Percival, poniéndose al lado de Adwin.

"¿Supones que alguien lo ha matado allí abajo, en la asquerosa oscuridad?", preguntó su hermana con escepticismo.

"Necesitamos luz", dijo Linda. "¿Qué sentido tiene bajar si no podemos ver nada? Por lo que sabemos, hay una caída de quince metros a pocos metros. ¿Acaso nadie tiene una luz para la vela?"

No hubo respuesta.

"Alguien va a tener que retroceder y conseguir -"

"Oh, al diablo." Percival sacó un encendedor de plata del bolsillo de su chaqueta y encendió la vela.

"Estás fumando de nuevo, ¿no?" preguntó Prunella con evidente disgusto. "Probablemente esos viles y apestosos cigarrillos franceses. No me extraña que huelas tanto a menta".

Su expresión oscilaba entre la disculpa y la defensa. "Todos necesitamos un vicio o dos".

Ella puso cara de furia y señaló la vela, que él pasó tranquilamente hacia delante. Ella lo miró de arriba abajo con algo parecido a la aversión. "Yo lo guiaré. Usted, Sr. Cabeza de Tabaco, vaya en la retaguardia".

Cuando esa chica se enfadaba, se volvía francamente valiente. Rey y yo intercambiamos miradas divertidas mientras Linda, May-Lee y Adwin iban en silencio y con paso cauteloso detrás de Prunella Cabreada. Comenzó otra progresión mesurada, pero al menos podíamos ver en la penumbra cosas desagradables como gruesas telarañas y capas de moho, manchas de polvo y suciedad, y arañazos y mellas en paredes irregulares. El suelo inclinado era áspero y extrañas cositas crujían bajo nuestras suelas. Con los

extraños ruidos de las tuberías y de los asentamientos de la casa que resonaban de vez en cuando, constituía un escenario perfecto para un slasher.

"Para, Prunella". Pasé por delante de los dos que me precedían. "Siendo la curiosidad lo que es, revisemos el suelo".

Bajó la vela y escudriñamos el viejo e irregular entarimado.

Percival preguntó: "¿Qué es esa mancha negra y viscosa? ¿Sangre?"

"Podría ser aceite o mermelada, o cualquiera de una docena de cosas. Veamos. Tenemos excrementos de roedores, una colilla -¿la tuya Perc? - y, hmm, esto podría ser un chicle viejo". Ahogué un estornudo y me levanté. El olor y la humedad se colaban por mi piel como una niebla de la costa oeste.

Prunella frunció el ceño y siguió adelante, sólo para detenerse treinta pies más adelante. "Acérquense todos. Tenemos que bajar unas escaleras estrechas y desiguales, y es un vuelo largo por lo que no puedo ver. Tengan cuidado todos. Puede que no sean seguras".

Las escaleras crujieron y gimieron, y el aire se hizo más espeso, más pesado y más húmedo (y tal vez me estaba volviendo un poco claustrofóbico). El descenso fue laborioso, aunque no fue tan bueno, pero todo fue bastante bien teniendo en cuenta que todos estaban estresados e irritados hasta cierto punto.

Rey tiró del brazo de Prunella suavemente. "Vamos a echar un vistazo rápido abajo otra vez".

Esta vez todos nos agachamos para ver si había algo que encontrar, escaneando la zona como si fuéramos profesionales forenses.

"Deberíamos haber traído pinzas y bolsas de plástico", bromeó Percival, pasando un dedo cautelosamente por lo que parecía ser una vieja tubería oxidada que sobresalía en la base de una pared agrietada.

"Y una cámara e hisopos", añadió Linda.

"Mira estas marcas de aquí", señaló Rey. "Estas podrían haber sido

de alguien que fue arrastrado. ¿Qué te parece?"

Me puse en cuclillas junto a ella y le indiqué a Prunella que me pasara la vela. "Podría ser. Eso parece una marca de tacón. Y eso podría ser sangre".

"¿De quién?" preguntó Rey con mal humor. "¿De Jensen? ¿O de una rata? Podría ser de cualquiera o de cualquier cosa".

"O podría ser nuestra imaginación desbocada", sugirió May-Lee.

Rey se puso de pie. "Vamos a enseñárselo a nuestros amigos policías".

"Podrían molestarse porque hayamos perturbado una prueba… Si es que es una prueba", afirmó el anticuario, mirando hacia abajo con desconfianza.

"No la perturbamos demasiado", dijo Linda. "Y no deberíamos guardarnos esto para nosotros".

"¿Guardar qué para nosotros? ¿Mierda de ratón? ¿Bichos muertos y posibles marcas de rozaduras y sangre? ¿O mermelada?" Percival resopló. "Esto difícilmente califica como "evidencia" de grado policial".

"Escuchen -"

"¡Pueden los niños!" Puse fin a la discordia antes de que empezara. "Salgamos de aquí primero. Podemos decidir qué hacer después".

"Esa es una idea sabia, querida". Prunella tomó las riendas y comenzó a guiarnos como si fuéramos una caravana humana de lento movimiento en su camino de Kumbum a Lhasa.

16

LA CAÍDA DE LOS HONGOS

Entramos en una habitación tan oscura que apenas se podía ver el contorno de una cadena y una bombilla que colgaban de un techo de vigas bajas. De hecho, Percival se las arregló para golpear su frente contra una de las pesadas vigas, lo que provocó una suave pero colorida maldición. Rey soltó una risita y Linda tiró de la gruesa cadena de latón como un pasajero frenético podría un freno de mano de emergencia en un tren de época. Un brillo de cien vatios inundó una habitación en forma de H. La pintura descascarillada se aferraba a los ladrillos desconchados, mientras que las tuberías enfermas gemían y sonaban como si la edad les pasara factura. Probablemente abundaban el amianto y otras sustancias tóxicas invisibles, y no hacía falta ver el moho y el polvo para saber que estaban ahí; bastaba con oír los estornudos y la tos.

En dos rincones había sillas y cofres cubiertos de lona, cajas de madera, láminas de cartón apiladas y paneles de madera de diferentes formas y tamaños. En otra esquina, protegidos por un ligero plástico transparente, había cuatro baúles portátiles franceses con asas de hierro, ocho baúles pequeños con bordes y esquinas de cuero, y seis grandes maletines con asas de cuero, cierres de latón y herrajes cromados. También se apilaban a un lado una docena de maletas Samsonite de época en perfecto estado, que abarcaban diferentes décadas. May-Lee las miró con detenimiento.

"Este debe ser el sótano", murmuró Percival.

"¿Tú crees?" preguntó Rey con sarcasmo.

"No es el ático, hermana", respondió él, igualando su tono.

Rey enarcó una ceja y sonrió, y echó a un lado una sábana a cuadros suspendida de una vieja y gruesa cuerda, que estaba sujeta

a un armario escalonado de pino y ensartada en uno de los seis ganchos de latón fundido deslustrado. "Vaya, arte malo".

Tres, quizá cuatro docenas de lienzos estaban apilados contra el costado del armario. Rey sacó cinco. Los temas iban desde frutas deformes hasta paisajes surrealistas. Si hubieran sido pintados sobre terciopelo, habrían alcanzado un par de dólares en un mercadillo. ¿Quién los había pintado? ¿Reginald o la tía Mat? No podía imaginarme a ninguno de los dos como el artista, ni a los criados como aspirantes a Picassos. Detrás de ellos, metidos en un hueco, había largos tubos, algunos flacos y otros gordos. Llevaban etiquetas: teatro, espectáculos artísticos y conciertos. Seguramente carteles. Otros tenían grandes letras negras que identificaban lo que había dentro: finca, paisaje, municipio y estado. Mapas y planos, sin duda. Puse en la mano de Adwin el que decía ESTATE.

A continuación, abrí los cajones del armario superior. En dos de ellos se apilaban viejas revistas de cocina y de ama de casa, recibos de la tienda y recetas; en otro, había paños de cocina sin usar, aparatos de cocina y feos cubiertos. En un cajón inferior había cajas de clavos, alfileres y chinchetas, paquetes de pilas y dos linternas. Cogí la más grande de las dos y comprobé que funcionaba.

Percival hizo un gesto con el pulgar hacia un lado. "Allí hay escaleras. Salgamos de este lugar estrecho y desagradable".

"¿No deberíamos echar un vistazo?" Preguntó Rey, sonando como un deprimido.

Él suspiró. "Por supuesto. Adelante -solo- señorita Fonne-Weird".

"Eso es Fonne-Werde".

"Bueno, sigue adelante y clasifica estas donaciones de Goodwill. Parece que nadie ha bajado aquí en una edad de perros, por lo que la posibilidad de encontrar algo de interés o uso es muy poco probable."

La boca de Rey se abrió, pero Linda consiguió hablar primero. "¿No crees que Jensen haya estado aquí abajo?"

"No hay nada que indique que estuvo aquí, y mucho menos que se reunió con su asesino", respondió May-Lee, sonando aburrida.

Me abrí paso a través de las tablas del suelo desgastadas por el tiempo, que habían visto décadas de zapatos y botas, mucha suciedad y polvo y manchas, y volví a dar la vuelta. Observé las paredes pintadas de trigo en otro tiempo. "Aquí hay un par de huellas dactilares, cortesía de la sangre seca… o del chocolate".

"Si eso fuera sangre de Jensen", comentó Linda, poniéndose a mi lado, "habría mucha. El hombre tenía un agujero en el pecho del tamaño de una palangana".

"Esas marcas son obra mía", anunció Percival. "Y sí, es chocolate".

Todos nos giramos.

Sonrió con culpabilidad y movió los dedos. "Mordisqueé una tableta Godiva parcialmente derretida -chocolate negro con frambuesa- en el pasillo".

Rey me dio una palmada en la espalda. "Buena detección, en cualquier caso".

Apunté la linterna a una pequeña sala de trabajo apenas perceptible en el extremo izquierdo. "Ya que estamos aquí, podemos terminar de revisar el lugar. Entonces podremos quitarlo oficialmente de nuestra lista de pistas revisadas".

La tiradora de cadenas Linda encendió otra luz. Las herramientas de carpintería y jardinería estaban suspendidas de una pared, los utensilios de cocina desechados se alineaban en las estanterías de otra. Todo estaba perfectamente alineado, ni un solo artículo un centímetro más lejos que el siguiente. "Ven aquí", me indicó.

En una mesa de trabajo situada contra la pared del fondo había viejas cintas de casete, CD y DVD y libros. La mayoría de las cintas eran de música country y clásica, mientras que los demás artículos trataban sobre temas de carpintería, arte y folclore… y efectos de sonido. Una de ellas se titulaba "Ruidos y sustos espeluznantes". Eso explicaba los tontos sonidos espeluznantes.

"¿Es esto de verdad?" Rey preguntó secamente.

"Es de adorno", respondí, observando dieciséis esbeltas estacas de pino que alineaban la estantería de alambre de acero sobre la mesa de trabajo y pasando un dedo por varias de ellas. "No hay polvo. Han sido colocadas aquí recientemente y muy probablemente para nuestro beneficio".

May-Lee parecía desconcertada. "¿Alguien realmente creyó que uno o todos nosotros estaríamos inspirados para bajar aquí?"

"Él o ella quería cubrir todas las bases. Mira todos los miembros falsos que encontramos en la propiedad".

Ella asintió, y luego murmuró: "Bizarro".

"Es para mostrar, como dijo mi primo". Rey giró lentamente, escudriñando las paredes de arriba a abajo como si consignara cada rasgo en la memoria.

"¿Qué pasa con los libros y las cazavampiros? ¿Por qué aquí abajo?" Linda sacó un delgado libro sobre muñecos vudú, ojeó su interior y frunció el ceño. "Este pequeño 'show' no está a la altura de los estándares habituales de tu tía. Esperaba más de una señora excéntrica que se divierte desde el Gran Más Allá. ¿Por qué no hemos encontrado un ataúd, una momia gigante o un cuerpo sin cabeza?" Volviendo a dejar el libro, cogió una estaca de madera y la miró críticamente. "Tenemos dos muertos, uno posiblemente asesinado y otro definitivamente asesinado". Devolvió la estaca y examinó las otras. "Estas parecen similares a la que Jensen tenía clavada en el pecho".

"Tal vez Jensen estaba en el proceso de preparar este lugar para otra broma y se interpuso en el camino de alguien", conjeturó Adwin. "Eso explicaría la puñalada parcial en la creación del Sótano del Terror 101".

Mientras todos consideraban su suposición, me fijé en un viejo respiradero en la pared por encima de su cabeza y señalé. "Quizá tengas razón. Puede que haya estado planeando enviar más sonidos espeluznantes por ahí".

"¿Pero dónde está el equipo para reproducir los efectos de sonido espeluznantes?" Rey señaló la habitación con impaciencia. "No me lo creo".

"¿Comprar qué?" preguntó Adwin con ironía. "¿Otro par de imitaciones de Manolo Blahnik?"

El calor emanaba de su mirada ardiente.

"Tal vez tenía un reproductor portátil", sugerí. "O tal vez tenía ayuda".

Linda parecía perpleja. "¿De uno de nosotros?"

preguntó Prunella, "¿O de uno de los sirvientes?"

"No veo a Beatrice muy bromista", respondí.

"Porter es demasiado introvertido y poco sociable", ofreció Rey.

May-Lee aconsejó: "Hubert es demasiado viejo, excesivamente serio y muy de manual".

"Volvemos a la casilla de salida", dije con dulzura, "que no es ningún sitio".

"No necesariamente", dijo Percival, "creo que todos coincidimos en que Jensen Moone vino aquí. Esto ha ayudado a encajar algunas piezas del rompecabezas y, aunque está lejos de estar completo, una pequeña parte del cuadro es visible".

Murmuramos algo parecido a un acuerdo, aunque Rey parecía un poco inexpresivo.

"La trama se complica", bromeó Adwin. "¿Dónde está el inspector Clouseau cuando se le necesita?".

Le di un puñetazo juguetón en el brazo.

"Resumamos antes de seguir adelante, para que compartamos el mismo 'pedacito del cuadro'", propuso May-Lee. "Jensen bajó aquí, empezó a preparar otro truco de Mathilda Moone para asustar a los

invitados, se distrajo -o fue llamado por un posible compañero- y acabó en los pasillos ocultos donde fue asesinado".

"Suena razonable. Me gusta", asintió Rey.

Linda estuvo de acuerdo.

Señalé una media docena de escaleras que subían. "Amigos, avancemos y subamos".

La comitiva ascendió. Una estrecha puerta en la parte superior se abrió fácil y silenciosamente cuando entramos en la despensa. Qué extraño. ¿Cómo es que no habíamos notado la puerta cuando habíamos estado aquí antes? Miré hacia atrás. Estaba pintada del mismo color que las paredes y el pequeño pomo era del mismo color que la puerta. Si a eso le añadimos que habíamos estado preocupados por los congeladores, los barriles y las cajas, sin tener en cuenta la afición mutua por las galletas, no es de extrañar que pasara desapercibida.

"Mírate", bromeó Rey, pinchando la mejilla sucia de su amiga.

"No eres la reina del baile con esa mugre en la barbilla y esa llaga en la frente", espetó Linda.

"Tío, alguien está muy susceptible…"

"Alguien está cansado y necesita un espresso bien caliente y otra ducha", interrumpió Linda, pasando por delante de ella con el ceño fruncido.

Percival se rió y Prunella soltó una carcajada. Rey sacudió la cabeza y siguió a su amiga hasta el pasillo, y el resto de los presentes la seguimos. Encima del horno, un reloj de sardinas (o tal vez de arenques) nos informaba de que eran las seis y cuarto; parecía que debían ser las doce y cuarto de la noche.

"Huelo", olfateó Adwin, "sopa". Se acercó al horno en el que había tres piezas de hierro fundido, una de las cuales estaba hirviendo a fuego lento. "Supongo que Porter va a servir la cena después de todo". Quitó la tapa de la primera olla. Después de haber metido la cara en la cocotte, anunció: "Tenemos sopa de verduras - pesada con

champiñones en rodajas".

"Pensé que el pobre hombre había tomado suficientes sedantes como para hacer caer a un elefante", dijo Linda, desconcertada, rascándose la nariz con costras.

"Tal vez Beatrice esté sustituyendo", sugerí. "Alguien debe sustituir al cocinero cuando él no está".

"La sopa suena aburrida. ¿Qué más tenemos?" Preguntó Rey.

Mi galán revisó la segunda cocotte y frunció el ceño. "Es una mezcla de patata cruda, apio y zanahoria. Podrían ser ingredientes para un pastel de pastor o un guiso".

"Ninguno de los dos suena apetecible", dijo Linda con un suspiro. Se puso a su lado y quitó la tapa de la tercera y más grande olla. El vapor se elevó. La tapa cayó al suelo de corcho. "¡Ay, caray, qué calor!", dijo Nelly. El rey de las setas ha sido destronado".

Adwin se asomó. "Mierda".

Los demás nos precipitamos hacia delante. En la inmensa olla descansaba una cabeza que recordaba a la cáscara de un cacahuete gigante. La incredulidad recorrió cada rostro de la cocina como un alud de barro de Sierra Nevada. Porter devolvió la mirada con igual asombro.

"Qué poco original. La escena de la cabeza en la olla se ha hecho muchas veces", dijo Rey con sorna. Entonces se desmayó. En los brazos de Percival.

Él miró de ella a la olla y viceversa.

"Eso no es propio de ella". Linda cogió un paño de cocina y empezó a agitarlo ante la pálida cara de Rey.

"Probablemente se desmayó más por falta de comida que por el susto", comentó Prunella secamente. "Esta chica tiene más cojones que cualquier hombre que haya conocido".

"O todo le pasó factura", sugirió Adwin, ayudando a Percival a

acomodarla en el suelo.

"Voto por la falta de comida y el exceso de alcohol y excitación de los últimos días". Cogí el paño de cocina de Linda, lo pasé por agua fría y lo puse en la frente de mi prima. Después de varios segundos, ella gimió y abrió los ojos, miró a su alrededor, y rápidamente los volvió a cerrar.

"¿Algo que hemos dicho?" La sonrisa de Percival rozaba la sorna.

"Ahí está. ¿Están buscando más cuerpos?" preguntó Lewis alegremente mientras entraba en la cocina, balanceando una taza vacía. Podría haber estado dando un paseo por el parque. Miró a Rey, que se esforzaba por sentarse y miraba aturdidamente de una cara a otra. "Señorita, ¿está usted bien?"

Ella asintió y tiró del muslo de Adwin para impulsarse.

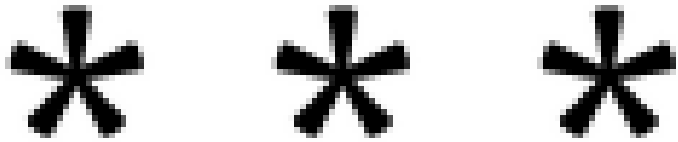
"Todos se han ido, excepto Gwynne y yo. Weathah está empeorando cada vez más. Las líneas de Powah están caídas en algunas partes del sur de aquí y hay un choque de quince coches cerca de la estación. Uno pensaría que la gente no escucha las advertencias de Weathah. Voy a comprobar los cahs en la entrada y ver si podemos movernos". Parecía dudoso.

"No se puede". Señalé la maceta.

El brillo de los ojos verde mar se atenuó. "Por favor, no me digas que no hay chowdah ahí dentro".

"De acuerdo".

Lewis respiró profundamente y se asomó. "¡Gwynne!"



"Así que, señorita Fonne, eso es todo por ahora", dijo Lewis con una sonrisa ilegible mientras cerraba una nueva libreta pequeña y gruesa que había encontrado en un cajón de la cocina. Sospechaba que se sentía más cómodo con el enfoque de la vieja escuela. Señaló a una mujer policía alta y musculosa que había llegado hacía veinte minutos después de un viaje de una hora a través de condiciones cada vez más peligrosas. Estaba de pie junto a la puerta de la habitación trasera del primer piso. "Odio preguntar, Jeana, pero ¿te importaría traer café? Ponme el doble de azúcar que de costumbre, por favor. Tengo a esa pareja de Sayahs que viene a continuación…"

"Son hermanos", aclaré, mirando fijamente a la morena.

Estaba escudriñando mi cara como si fuera un dispositivo detector de mentiras humano, determinando si estaba en compañía de un asesino enloquecido. Jeana también ofreció una sonrisa ilegible y se volvió hacia Lewis. "Dos cafés en camino". Salió de la gran sala en forma de L como alguien que podría haberse embarcado en una gran redada de drogas como si estuviera buscando cafeína líquida.

"¿Tienes alguna teoría sobre quién puede ser el asesino?", preguntó despreocupadamente, poniéndose de pie ante un escritorio de roble con frente abatible y estirando los brazos hacia arriba y hacia atrás.

Sacudí la cabeza. "¿La tienes?"

Sonrió y volvió a estirarse.

Le miré fijamente a los ojos. "Al igual que los otros dos, Thomas

Saturne fue asesinado, ¿no?"

Agarrando el respaldo de una mecedora de prensa, se quedó mirando durante un largo rato. "Tuvo una sobredosis de un medicamento recetado llamado quinapril…"

"Que se utiliza para tratar la presión arterial alta y la insuficiencia cardíaca, y para prevenir la insuficiencia renal debida a la hipertensión y la diabetes. El primo Otto lo toma". Me encontraba ante una de las dos altas ventanas abovedadas veladas por cortinas de encaje de color gris claro, oyendo cómo el cristal era asaltado por una mezcla de aguanieve y lluvia helada. Cuando la nieve llegara por fin, sería pesada y peligrosa. Los servicios de transporte suspendidos, las prohibiciones de estacionamiento y las precauciones en toda la ciudad ya eran abundantes en los condados y estados cercanos, pero, con suerte, los cortes resultantes de la tormenta serían mínimos.

"Thomas Saturne" empezó a tomarla hace poco. Por eso el hombre estaba todo salpicado. Parece ser un efecto secundario para quienes lo toman por primera vez. Pero quien decidió matarlo quería estar realmente seguro de tener éxito… así que también le dispararon con curare".

La herida punzante. Me giré. "¿Disparado? ¿Como con una pistola de dardos?"

"Como con una cerbatana - una calibre .40. Tenía un pequeño agujero aquí". Señaló un punto debajo del cuello. "Te hace pensar en los viejos tiempos de James Bond y la KGB".

El arma parecía más bien de la Guerra Fría y de espías. Y totalmente increíble. Pero Percival había bromeado sobre una cerbatana, así que quizá no era un concepto tan descabellado. Aparté un panel de encaje y miré a través de un cristal empañado y encostrado. No se veía nada en la propiedad, salvo los arbustos que había justo en el exterior, y parecía que no iban a aguantar la noche; sus enjutas extremidades incrustadas de hielo arrastraban el suelo.

"Pobre Thomas. Debió de darse cuenta de lo que ocurría, pero no

pudo decírselo a nadie por el factor de la parálisis. No me extraña que estuviera tan quieto y callado". Suspiré. "¿Pero por qué matarlo?"

"Eso es lo que vamos a encontrar… Había una cosa más".

Me giré. "¿Qué?"

"También había ingerido cicuta venenosa. Estaba en su té o bebida".

"Estás bromeando, ¿verdad? ¿Fue asesinado tres veces?"

Su mirada se volvió más solemne. "Si el curare no lo relajó hasta el punto de la asfixia, la cicuta venenosa le habría causado cualquier cantidad de problemas, como parálisis respiratoria. Y si ninguna de esas cosas lo afectó, la otra dosis de quinapril podría haber completado el truco… ¿Conoces a alguien que odiara tanto al sujeto como para querer matarlo tres veces?"

"No era demasiado amigable, pero nadie de nuestro grupo expresó o demostró animosidad hacia él, no abiertamente al menos".

"¿Y la gente de fuera del grupo?"

Arqueé los hombros. "No sé nada de la vida personal de los hombres fallecidos. Al igual que Thomas, Jensen probablemente molestó a unas cuantas personas y clientes en su día; podía ser ampuloso. ¿El cocinero? Todos estábamos muy cansados de los numerosos platos de setas, así que en su caso, podría haber sido cualquiera de nosotros". Sonreí secamente.

Un fuerte golpe precedió a la entrada de Jeana. Si la oficial de dos metros de altura se sorprendió al verme todavía allí, no lo demostró, simplemente se adelantó con decisión, bandeja de plástico en mano, y la colocó sobre una mesa auxiliar de roble. Cogió una gran taza de cerámica y medio sándwich de atún; ella cogió la otra taza y retomó su puesto anterior.

"Es hora de que haga algunas llamadas telefónicas", dije con una alegría forzada. "Tal vez vea un espectáculo o dos después".

"Buena suerte. Los vientos y el hielo pueden dificultar eso". Aunque

ofreció una sonrisa benigna, su mirada era severa. "Como les digo a todos en el grupo, no planeen ir a ninguna parte por el momento".

Sonreí. "¿Supongo que es una orden Sheriff Lewis?"

Sonrió. "Un consejo profesional".

"Afortunadamente para usted, gracias a la Madre Naturaleza, no tenemos más remedio que aceptar ese consejo". Señalé con un pulgar la ventana mientras los fuertes vientos y la precipitación congelada golpeaban el cristal. "Supongo que tú también te quedarás aquí… por el momento".

La sonrisa se atenuó.

17

CORRE, CORRE, ERES LIBRE

Adwin sopló en las manos enguantadas para calentarlas en la noche helada. "¿Por qué estamos aquí fuera? Este tiempo es una locura".

Estábamos acurrucados junto a un banco de jardín de madera roja, de grandes dimensiones, situado en la parte trasera de la cabaña-estudio-casa de huéspedes de Moone (aún no habíamos averiguado para qué servía). Eran más de las nueve y la noche de mediados de noviembre se parecía más a la de finales de enero en Búfalo: amarga y vigorosa. Nuestras chaquetas de vellón con capucha de American Apparel, que llevábamos debajo de pesados chubasqueros de hombre de gran tamaño, cortesía de un vestidor repleto de diversas prendas de abrigo, hacían poco para evitar que los vientos de 40 MPH del noreste congelaran la carne.

"Uno, para tener tiempo de descanso del grupo. Dos, para poner nuestras cabezas juntas".

"Preferiría juntar algo más - y en la casa principal, donde es cálido y seco. Olvídate de este cobertizo de herramientas de gran tamaño, o lo que sea".

Es curioso, creo que nunca había oído castañetear los dientes, pero los suyos sí. Y de qué manera. Le di un apretón juguetón a su barbilla empapada. "La privacidad es un término erróneo en la mansión Moone, así que los momentos personales son pocos y distantes".

"Eso es tristemente cierto". Entornó los ojos a través de la humedad que abofeteaba el cielo oscurecido. "La gente se va a preguntar dónde estamos".

"¿La gente como en Rey?"

"O la policía. Pero conociendo a tu prima, la tarta de zanahoria, probablemente esté formando un grupo de búsqueda en este mismo momento".

Me reí y observé el pequeño edificio. "La primera noche me pareció ver una luz aquí. Luego decidí que era sólo un reflejo: la luz de la luna o de las estrellas rebotando en el cristal o en el estanque. Ahora me pregunto si tal vez, sólo tal vez, nuestro asesino estaba aquí".

"¿Haciendo qué? ¿Escondiendo?"

"Eso. O buscando algo. Tal vez haciendo planes y/o organizando las armas y herramientas del asesinato. O posiblemente ocultando algo".

"Los mejores planes de -"

"Sí, sí, lo que sea". Me reí y me volví hacia una pared recubierta de hielo e hice una rápida evaluación. "Aquí no hay paneles secretos, eso es seguro".

"Olvídate de los paneles secretos, pan de té. Lo que necesitas es una horquilla mágica que desbloquee la puerta para que podamos entrar".

Con una sonrisa socarrona metí la mano bajo la gabardina en una pequeña bolsa que llevaba colgada de un hombro. "¿Qué tal un martillo, cortesía de la enervante pero ordenada bodega de la tía Mat?"

Mi tarta de bumbleberry hizo una mueca y gimió cuando escuchó el crujido. "Vas a tener que cambiar esa ventana".

Pasé por encima de los fragmentos de cristal, empujé a Adwin hacia el interior, cerré la puerta y alisé las persianas de poliéster plisadas sobre el cristal destrozado. La manga de una gabardina se había rasgado cuando pasé un brazo a través del dolor destrozado; los cristales irregulares no habían llegado a la carne por un pelo. "Busca el interruptor de la luz, pero no lo enciendas hasta que yo te lo diga".

"Dudo que alguien pueda ver la luz de la casa dado el tiempo que hace, pero espera… vale, tengo una".

Haciendo un poco de ruido, me aseguré de que las cuatro persianas estuvieran completamente cerradas. "Ahora".

La luz del color del gelato de limón iluminaba una habitación acogedora.

Se bajó la capucha y se frotó la nariz color Rodolfo mientras estudiaba el interior. "Es bonito, pero nada espectacular".

Adwin tenía razón: era una casita agradable, y eso era todo. Una lámpara de imitación de Rayo descansaba sobre un estrecho mostrador que recorría la longitud de lo que podría calificarse como cocina americana. Las paredes eran de color beige cálido, como un café con leche desnatada, el techo y las molduras de la corona de color blanco crema, la alfombra -tal vez persa- impecable y un complemento perfecto para el interior. Dos muebles estaban cubiertos con sábanas recién lavadas, pero era obvio que uno de ellos era una mecedora y el otro un pequeño sofá o loveseat.

Limpiándome el exceso de agua de la cara, me acerqué a un estudio en la esquina noreste, donde las sábanas cubrían un caballete de artista y un taburete de modelo. A su lado había un viejo y gran espejo ovalado con un grueso marco dorado trenzado.

Cuando entramos no hacía frío dentro, pero la vía de aire recién creada dejaba pasar el frío exterior. Miré a mi alrededor y vi un pequeño termostato a la izquierda de la cocina. Subió unos cuantos grados.

"Quizá sea mejor que limpiemos el desorden. Veo una escoba junto al cubo de la basura". Adwin se adelantó con determinación. "Comprueba si hay cartones o plásticos por ahí para tapar la ventana rota".

"Sí, sí". Saludé y abrí la puerta de una gran estantería de pino. Dentro había tubos y botes de pintura, pinceles, blocs de acuarela de varios tamaños, lápices y bolígrafos, y parafernalia artística diversa. Ahora sabíamos dónde se habían realizado las pinturas del

sótano.

"Parece bastante limpio aquí".

"¿Eh?" Estaba absorto en quitar los gruesos soportes de cartón de tres grandes blocs. Serían una decente cubierta improvisada para las ventanas hasta la mañana, cuando pudiera localizar una cubierta más permanente en la casa.

"Esto parece y huele a higiénico, como si se hubieran utilizado productos de limpieza".

"Los sirvientes probablemente limpian con regularidad", dije, cogiendo un rollo de cinta adhesiva.

Él olfateó. "También huele como si hubiera estado aquí una señora con buen gusto para los perfumes".

Olfateé. J'adore de Dior. Un favorito de las tías Mat y Sue Lou.

"¿Por qué este lugar está impecable y por qué algunas partes de la casa principal no lo están?"

"¿Restricciones de presupuesto? ¿Programas ajustados?" Arranqué seis largos trozos de cinta adhesiva y pegué el cartón a la ventana rota. Hablando de limpieza, las ventanas del interior estaban excepcionalmente bien, mientras que las del exterior estaban tan sucias como los callejones del Bajo Manhattan. "¿Por qué tomarse la molestia de limpiar el interior y no el exterior?"

"¿Qué?" Adwin estaba concentrado en barrer los cristales en una bolsa de papel.

"Las ventanas están impecables por dentro y sucias por fuera".

"Quizá viva aquí un agorafóbico". Sonrió débilmente y empezó a recoger con cuidado la escoba en busca de pequeños trozos de vidrio. "Para ser honesto mi pastel de patata dulce, este lugar me inquieta un poco".

"¿De verdad? Lo encuentro cómodo y hogareño comparado con la casa". Me apoyé en una pared. "¿Quieres tener un rápido

intercambio verbal con lo que sabemos?"

"No sabemos mucho, pero por supuesto". Devolviendo la escoba, se sentó en el borde de la mecedora. "Nuestros dos primeros muertos tuvieron bastante éxito, se sentaron en juntas y comités, y asistieron a funciones". Adwin chasqueó los dedos. "No podemos olvidar que Thomas Saturne tuvo un romance con Prunella".

"A estas alturas, sólo podemos suponer que tuvo una y eso es realmente una suposición de Rey. Percival me dijo que su hermana y Thomas estaban en el mismo tablero. Esas fotos que vimos simplemente mostraban a dos sonrientes -"

"Fijados y totalmente bronceados -"

"Sin ninguna relación íntima confirmada".

"Cambiando de tema", dijo poniendo los ojos en blanco. "Ibas a hablarme de dos llamadas telefónicas que tuviste antes de que me arrastraran a la inquisición del sheriff".

Me senté en el taburete. "¿Quieres primero las noticias más o menos emocionantes o las súper emocionantes?"

"¿Tienes noticias más súper emocionantes que el hecho de que Thomas fue asesinado de tres maneras diferentes?" Sonrió con ironía. "Empecemos por las más o menos".

"Gloria Laplante ha sido - había sido la secretaria de Thomas durante quince años. Se sorprendió al enterarse de su muerte en un programa de noticias del mediodía y, como su asistente, estaba más que indignada al haberse enterado por los medios de comunicación y no por una visita o llamada oficial. Como dijo", cambié a un acento de Brooklyn, "debería haber sido informada adecuadamente, ya sabes, porque soy su mano derecha, la segunda al mando, ya sabes".

Adwin simuló un fuerte bostezo.

Le saqué la lengua. "No tuviste que escuchar diez minutos de cosas de siesta antes de oír algo importante".

"¿Como por ejemplo?"

"Como que Thomas había sido un hombre muy discreto en todo el sentido de la palabra antes de involucrarse con una mujer que podría haber sido -y cito de nuevo- "un anuncio andante de hippies y nudistas saludables".

"Ahí lo tienes". Adwin señaló. "Prunella Sayers".

"Todavía estaríamos suponiendo. La descripción de la mujer era vaga y mucha gente -como los Sayers- se dedica a lo orgánico y al algodón, y a la preservación del planeta."

Un fuerte suspiro recorrió la casa de campo. "¿Cuál es la noticia "super emocionante"?"

"Un hombre llamado Harold Watermaker se sentaba en dos tableros con Thomas y lo conocía desde hacía veinte años. Nunca habían sido verdaderos amigos, pero habían salido juntos de vez en cuando". Me incliné hacia delante. "Adivina dónde pasaban el rato".

"No podría ni empezar a adivinar", dijo con la suficiente sequedad como para dejarte sediento de un galón de agua.

"Los hipódromos. A ambos les gustaba hacer grandes apuestas".

Los ojos de Adwin se abrieron de par en par. "¿Eran jugadores empedernidos?"

"Harold admitió que había perdido su casa, su esposa, y su coche de carreras por culpa de unos tipos que hacían que los malos de las películas de Cagney y Bogart parecieran chicos del coro. Afortunadamente, su hermana lo metió en Jugadores Anónimos y sacó su vida adelante".

"¿No es así para Thomas?"

"Harold me dijo que Thomas seguía apostando por "mayores y mejores probabilidades", pero Thomas también tenía a la Dama de la Suerte de su lado, la mayor parte del tiempo. Después de que Harold empezara a asistir a las reuniones de la AG, rara vez hablaban o se veían, pero se enteró de que la suerte excepcional de

Thomas empezó a oscilar entre bastante buena y realmente muy mala. Me sugirió que intentara contactar con alguien que solía llamarse Lay-a-Wager Waynie, que desde entonces ha visto la luz y prefiere el nombre con el que nació: Wayne Antici. Actualmente vive en Boston de abril a septiembre y en Tallahassee los demás meses".

"¿Y?"

Sonreí con suficiencia. "Conseguí números de teléfono y dejé mensajes para que Wayne llamara a mi móvil o al número principal de Moone".

"… Como diría tu primo loco: No me lo creo".

"¿No crees que los compañeros de juego de Thomas podrían haber venido a por él aquí?"

"No veo a ese tipo de matones usando tres medios de asesinato. Simplemente rompen varios miembros o disparan una .22 en el cráneo, ¿no?"

"Quizá les pareció más seguro y fácil haber pagado a uno de nosotros para que se encargara de Thomas. Y si somos novatos en el asesinato, tal vez queramos asegurarnos de tener éxito utilizando tres métodos alternativos."

"Yo tampoco me creo eso. Supongo que el curare y la cicuta venenosa y el quinti-lo que sea son bastante fáciles de conseguir y triturar, y mezclar en una bebida o algo así. Pero habría que saber cómo reaccionaría su medicación, o qué ocurriría si se tomara en grandes cantidades…"

"La mayoría de los medicamentos son peligrosos, si no letales, cuando se toman en grandes cantidades -"

"Pero producen síntomas y efectos diferentes". Adwin sacudió la cabeza. "Es como crear un postre. Hay que tener la cantidad precisa -la combinación adecuada- para obtener el resultado perfecto".

Miré al talentoso pastelero de forma pensativa. "Así que el asesino de Thomas tendría que haber sabido de plantas y venenos, y

recetas… Por no hablar de saber todo lo posible sobre el propio Thomas Saturne".

"O tendría que haber planeado el asesinato con mucha antelación y haber aprendido todo y cualquier cosa sobre plantas, venenos y recetas… y sobre el propio Thomas Saturne".

¿No había dicho eso? "Pero nadie sabía con tanta antelación que la tía Mat iba a celebrar esta locura de ganar la herencia. Sólo se nos informó hace tres semanas".

"Eso es mucho tiempo para reunir información. Y la gente podría haber tenido acceso a su testamento, con lo que se habría enterado de esto hace semanas", dijo él de forma contundente. "En cualquier caso, si alguien estuviera consumido por matar a Thomas, habría planeado los detalles y esperado la oportunidad perfecta para llevar a cabo el ruin acto". Vientos que sonaban como espíritus lamentándose rodeaban el edificio. Adwin miró a su alrededor con ansiedad y se cruzó de brazos. "Cuando uno tiene la intención de cargarse a alguien -si es una persona pensante y razonadora-, lo planifica al pie de la letra".

Asentí con la cabeza. "¿Y qué pasa con Jensen? ¿Quién querría acabar con él? ¿La misma persona que mató a Thomas? Una estaca en el corazón parece un acto improvisado".

"Puede haber sido la misma persona, pero no necesariamente. Tal vez Jensen se equivocó con el asesino de Thomas. O se tropezó con algo que no debía. Me inclino a creer eso, porque Thomas era molesto con una A mayúscula. El asesino simplemente no pudo soportarlo más y lo sacó de la miseria de todos."

"¿Dónde encaja Porter?"

"¿Alguien se cansó de sus hongos?" Adwin bromeó.

"Eso le sugerí a Lewis", sonreí. "Otro día de hongos y podría haber cometido el 'acto ruin'".

"Debe haber sido testigo de algo", dijo Adwin, poniéndose de pie. "¿Por qué si no matar a un inocente chef?"

"¿Qué pudo haber presenciado?"

"El tipo parecía no tener palabras cuando lo encontramos en el garaje".

"El tipo estaba en shock".

"Parecía más… no sé… desconectado que conmocionado".

Porter parecía estar en trance. Como un zombi. La gota de sangre cerca de su gordo pulgar parpadeó ante mí. "Tal vez…"

"¿Sí?"

"Fue drogado, por cortesía de una cerbatana".

"¿Como lo fue Thomas Saturne?"

"Exactamente. Tal vez no era curare en el caso de Porter, o tal vez era una dosis más pequeña, o tal vez se había quitado el pequeño dardo -¡eh!" Me levanté de un salto. "Si Thomas fue alcanzado por un pequeño dardo y no estaba físicamente clavado en su cuello -"

"Entonces tal vez aún esté en el sofá o en la alfombra, o en algún lugar", terminó dudando. "Lewis o uno de los suyos lo habría encontrado".

"El sheriff no mencionó haber encontrado nada". Fruncí el ceño. ¿Estaba el nativo de Massachusetts ocultando hechos? Estaba en su derecho, por supuesto, pero si lo hacía, habría renunciado al chocolate Godiva durante seis meses para conocerlos. "En cuanto a Porter, es demasiado pronto para saber qué causó su muerte…"

"¿Además de la obvia decapitación?" preguntó Adwin en tono sombrío.

Hice una mueca. "Me refería más bien a cómo quedó sin cabeza. No veo que Porter se dejara decapitar por voluntad propia". De nuevo, pensé en la sangre de su pulgar. "El hombre tuvo que haber sido drogado".

"Tendría que haber sido drogado antes del episodio del garaje, que

podría haber sido en cualquier momento y en cualquier lugar. En cuanto a Thomas, tendría que haber sido disparado con la cerbatana después de que nos reuniéramos en el salón, porque no tenía esa marca que notaste en la cena… ¿o sí?"

Lo pensé y negué con la cabeza. "Fue después de la cena, estoy seguro, y el responsable habría querido asegurarse de que no se encontrara ninguna prueba -"

"Así que él o ella lo habría eliminado".

"Vaya", respiré, dándome cuenta de las ramificaciones del comentario de Adwin.

Silbó suavemente. "Es uno de nosotros".

"Estoy de acuerdo". Agité un dedo. "Sin embargo, no puedo descartar del todo la posibilidad de que sea alguien aún desconocido. Puede que él o ella se haya escondido más allá de una pared o un cuadro. Como hemos descubierto, la casa tiene algunos lugares secretos".

"Eso también significa que él o ella habría tenido que tener un cómplice, lo que sigue apuntando a uno de nosotros".

"Tal vez deberíamos hablar con Lewis", sugerí.

"¿Y decirle qué? ¿Lo obvio? ¿Algo que probablemente ya haya considerado?"

Arqueé un hombro. "Parece que vale la pena compartirlo".

"Tendrá que esperar. Estaba reunido con un tipo de aspecto espeluznante, sin frente y con ojos de Black Molly, que ha estado flotando por la casa durante el último par de horas. El tipo llegó en un Ski-Doo y trajo bolsas y cosas. Espero que se vaya pronto. Si crees que Gwynne es hosca, este tipo es directamente desagradable". Miró a su alrededor con recelo. "Tengo una extraña sensación… como si alguien estuviera observando".

Observé las paredes, los muebles, el suelo, la cocina de color cereza y oliva, y un alto espejo de caoba pulida en una esquina. "Olly olly

bueyes libres. Salid, salid, estéis donde estéis".

"Eso no tiene gracia, bollitos".

Me moví por el suelo y le enganché el brazo. "Me vendría bien una gran taza de cacao caliente".

"¿De verdad? ¿Quieres decir que ya no hay que detectar ni merodear por lugares que hielan los huesos?" Parecía tan esperanzado como un niño que espera saber si su queja de "me siento mal" ha funcionado y se quedará en casa sin ir al colegio.

"No habrá más detecciones para nosotros esta noche", confirmé, guiándolo hacia la puerta.

18

QUÉ SORPRESA

Cuando volví a la casa de campo un par de horas más tarde, estaba exactamente como la habíamos dejado Adwin y yo, aunque un poco más crujiente. Los vientos acelerados, que ya habían sido bastante intensos, aún no habían apartado la nueva ventana improvisada; estaban demasiado ocupados asaltando los arbustos, los árboles y cualquier entidad viviente lo suficientemente tonta como para estar fuera. También me habían enfriado la cara varios grados dolorosos mientras hacía una larga carrera de deslizamiento desde la casa hasta la cabaña. Me pasé una mano enguantada por la frente. Sorprendente. No había ninguna máscara de cal.

Asegurándome de que la pesada puerta de entrada estaba cerrada con llave y las persianas seguían aseguradas, me quité la gabardina y la enganché en una de las dos gordas clavijas de la parte trasera de la puerta. Encendí la lámpara de imitación de Rayo y eché un vistazo bajo la sábana antes de sentarme en el borde de un cómodo sofá de pana color ciruela. No sabría decir por qué había sentido la necesidad de volver, pero la picazón había sido demasiado grande para dominarla.

"Espera". Volví a mirar la ventana rota que había recubierto con cartón. Había un plástico grueso y transparente pegado sobre ella. "¿Qué…?"

Experimenté la sensación anterior de Adwin de ser observado. Surgió ese periodista de investigación que estaba seguro de que estaba enterrado en lo más profundo de mí. Sentí que me venía un caso de Poirotitis y, como el diminuto detective francés, examiné las paredes, los rincones y las grietas con ojo crítico. Hecho: alguien había estado aquí desde que mi novio y yo nos habíamos ido. Hecho: sábanas y revestimientos aparte, el lugar estaba extremadamente limpio. Hecho: la vivienda había sido

relativamente cálida cuando llegamos, como si proporcionara alojamiento o refugio a un invitado. Hecho: había habido una luz aquí al menos en una ocasión, y puede que yo no fuera la única persona que la hubiera visto. Pero fui el único que lo admitió. ¿Por qué?

¿Quién cuidaba este lugar? ¿La persona que había asegurado la ventana? Un sonido de raspado, como de papel de lija frotando madera rugosa y similar al que hacían los paneles móviles que la banda había estado robando últimamente, interrumpió mis cavilaciones. Me giré, preparado para abalanzarme y/o correr. Me quedé boquiabierto, al igual que yo, justo en el respaldo. "¡Tú!"

La tía Mat salió de una oscura abertura más allá del espejo de marco dorado, se detuvo en la cocina y apoyó los codos en la encimera. Me miró expectante, tal vez pensando que perdería la cabeza y empezaría a gritar histéricamente, o que la reprendería por una broma que había salido terriblemente mal.

La conmoción, la ira y la felicidad rodaron unas sobre otras como los rodillos de queso de Gloucestershire bajando por Cooper Hill. Mi voz estaba tan seca como el pollo a la barbacoa del tío Charly, que daba un nuevo significado al término culinario "ennegrecido". "Vas a explicarlo todo, espero".

Una rápida sonrisa siguió a una mansa respuesta: "Es una historia un poco larga".

"Apuesto a que lo es".

La buena tía Mat. Vestida con unos suaves pantalones de marta, un jersey de lana de color arce y un grueso chal a juego, el cabello rubio trigo recogido detrás de unas delicadas orejas que lucían unos grandes pendientes de perlas, parecía una mujer de la nobleza en una escapada de fin de semana; informal pero con estilo. Y muy viva. Me miró de arriba abajo. "Has perdido peso, ¿verdad, querida? … Me gusta el cabello".

"Llevo la sudadera XXL de los Panthers del primo Norbett y unos pantalones de chándal dos tallas más grandes. Estas botas de lluvia, de dueño desconocido, están rozadas y desgastadas hasta la

saciedad, y los calcetines térmicos de Adwin, afortunadamente no vistos, necesitan un serio zurcido. Gracias al tiempo, parezco un gallo empapado a punto de participar en la pelea de gallos de su vida". Me tiré del cabello distraídamente. "Deja de adularme".

Ella arqueó un hombro nudoso y se dirigió a un armario del fondo, rebuscó entre las cajas de utensilios de cocina y sacó una botella de Hennessy Privilege. Un coñac con sabor a madera era como había descrito el aguardiente de uva en un correo electrónico, el cuarto de esa noche; la bebida, no el correo electrónico. Le siguieron dos copas de Baccarat. Se sirvió dos dedos en cada una y extendió una copa. El alcohol era algo que no necesitaba a estas horas de la noche, aunque no estaba segura de la hora. Se había detenido; perdido, olvidado. Con un encogimiento de hombros, tomé la copa y logré un lento sorbo. El líquido se calentó agradablemente mientras bajaba y empezó a suavizar la tensión que se había deslizado por mi cuello y mis hombros. Nos miramos con recelo. Ninguno de los dos parecía estar seguro de qué decir primero o de quién lo haría.

Terminamos nuestras bebidas y la tía Mat sirvió dos más. Con el vaso en la mano, señaló el panel abierto y se deslizó dentro. Yo la seguí. Cualquiera que tuviera una talla superior a la doce encontraría la entrada en la abertura un desafío. Cogió una gran linterna de un escondite, la encendió, cerró el panel y empezó a bajar por un estrecho pero suave rellano. El ambiente era fresco pero no frío, rancio pero no fétido. Llegamos a un corto tramo de escaleras, estrecho y empinado, y muy oscuro. Mantuve los ojos ansiosos en la bola naranja brillante que se movía por delante mientras dábamos innumerables pasos, esperé a que una estrecha y delgada puerta se deslizara a un lado, y luego seguí un largo y sinuoso pasillo que me resultaba vagamente familiar. Pero probablemente todos los pasillos secretos de las grandes mansiones antiguas tenían el mismo aspecto.

Entramos en una habitación poco iluminada y tardamos dos segundos en darnos cuenta de que era la que habíamos encontrado por primera vez a Jensen.

"¿Hay muchos de estos pasillos ocultos y habitaciones escondidas en la mansión Moone? Parece una exageración".

"Que yo sepa hay tres: los dos que dan la vuelta y el de la casita que lleva a la casa. Oh, supongo que hay una cuarta, si cuentas la que sale de la torre y se conecta con las dos de aquí abajo, pero, para mí, esa es una mera extensión. El propietario original era bastante excéntrico, tal vez incluso loco". Se encogió de hombros. "Tenemos un plano o dos en alguna parte. Pueden exponer otros".

Ah, sí, el tubo marcado como ESTATE sin abrir. Adwin lo había puesto en el armario. Fuera de la vista, fuera de la mente.

Me senté en la esquina de una mesa auxiliar.

"Gracias por el aire acondicionado en la casa de campo, por cierto".

Ofrecí una sonrisa y un saludo. "¿Era éste el lugar secreto de Reginald para relajarse, o el tuyo?"

"Él tenía la torre; yo tenía esto". Hizo un gesto con un brazo en forma de semiarco. "Cuando quería privacidad absoluta, venía aquí".

"¿No podías escaparte en una de las catorce habitaciones?" pregunté con desgana.

"Alguien siempre se las arreglaba para encontrarme", respondió igualmente con desgana.

Dejé el vaso que había vaciado durante el viaje. "Rey se va a enfadar porque no va a recibir ese entrenador personal con su parte de la herencia".

"No lo hará ahora, pero con el tiempo". La tía Mat se sentó en el recamier que el cadáver del escondite había reclamado como su primer lugar de descanso.

"Descubrimos a Jensen Moone en eso: muerto".

Escudriñó la tela con motivos de pergamino, con el ceño fruncido. "Creía que lo habían encontrado en algún lugar de la parte trasera: el garaje, ¿no?"

"Lo encontramos aquí, luego lo perdimos y lo volvimos a encontrar.

O más bien lo hizo Porter. También está muerto, por cierto, en caso de que nadie te haya puesto al corriente".

"Me lo imaginé por los fragmentos de conversaciones que pillé aquí y allá. Qué burlesco".

"Por curiosidad, ¿es aquí donde te has estado escondiendo y durmiendo la mayor parte del tiempo?"

"He estado utilizando la casa de campo en su mayor parte, y una de las habitaciones de invitados no utilizadas en el extremo norte de la casa. Fuiste allí una vez; me imaginé que no volverías, ya que no hay mucho allí". Suspiró suavemente. "Desde la muerte de Reggie, he cerrado la mayor parte de la casa. El entretenimiento no es lo mismo sin él".

La miré con recelo. "¿Qué pasa? Tú estás vivo, pero Thomas, Jensen y Porter están muertos".

Tomó un sorbo lento. "Es largo y complicado, y puede estar relacionado con lo que he aprendido durante el último año".

Como no dio más detalles, la insté a continuar.

"Varias antigüedades y piezas de arte que Reggie había comprado durante décadas han sido sustituidas por falsificaciones".

"¿Cómo descubrió las falsificaciones?"

"Ben, antiguo director de una galería en Berlín -y asesor de Reggie- se había dejado caer por unos días durante una visita a la Costa Este el año anterior. Estábamos recorriendo la sala de la torre de Reggie cuando el ojo observador de Ben captó algunas oscuras incongruencias. Estaba asombrado por la calidad de las réplicas. Dijo que a la primera -y a la segunda- poca gente se daría cuenta".

"Pero su marido era un experto, ¿no?"

Su sonrisa era seca. "Los ojos de Reggie se habían deteriorado con los años. Era un poco vanidoso en lo que respecta a las gafas". Se encogió de hombros. "También es posible que las hubiera "visto" tan a menudo que no les diera importancia".

"¿No habría detectado incoherencias antes de la entrega, o en el momento de la misma?"

Mi tía se encogió de hombros. "Puede que los originales le parecieran sólidos, pero los artículos que se enviaron eran falsos. Una vez desembalados, dudo que Reggie pasara mucho tiempo con ellos. Lo suyo era coleccionar, no admirar". Otro sorbo. "Cuanto más excavamos Ben y yo, más desenterramos. Descubrimos que alguien había estado robando, por cortesía de las falsificaciones. Hay numerosas inversiones, fondos y fundaciones, y cuentas, así que no era perceptible para el ojo medio. Las facturas, los recibos y los registros, todos parecían válidos… hasta que se miraban con el proverbial microscopio".

"Así que, a menos que hubiera un profesional buscando activamente inconsistencias financieras, nadie habría sabido lo contrario".

"Precisamente. Afortunadamente, la aguda mirada de Ben ayudó a sacar las cosas a la luz". Ella suspiró suavemente. "Terminé contratando a un detective privado -"

Me eché a reír.

Ella sonrió cohibida. "Supongo que me han influido todas las viejas películas en blanco y negro que he estado viendo últimamente. Antes de que empiece a soltar más jerga de los cuarenta, será mejor que las deje".

"¿Por qué? Son maravillosas, pero tal vez podrías abstenerte de usar ciertas palabras… como 'gams' y 'kisser' y 'paluka', y 'dick'". Volví a reírme. "¿Decías que habías contratado a un detective?"

"Johnny Gorcey. Tiene la cara de Edward G en la época de Big Leaguer y el corazón de Bing como el padre Chuck O'Malley. En cuanto al dinero desaparecido, dijo que el ladrón era muy hábil para cubrir sus huellas y que probablemente lo había hecho durante algún tiempo."

"¿Está seguro de que es un chico?"

Colocó su vaso vacío junto a su talla cinco. "Johnny estaba bastante

seguro de que sólo podía ser un puñado de personas muy cercanas a Reggie y a mí. Él era el principal para Jensen, pero yo era el principal para Thomas. No quería creer que el propio hermano de Reggie pudiera robar a la familia".

Llamar Reggie a aquel caballero de rostro sombrío que colgaba en el estudio-biblioteca parecía extraño, y sonaba aún más extraño cuando la tía Matty lo decía, con evidente afecto, como si le susurrara el nombre mientras tomaba cócteles y comía un plato de ostras crudas. "¿No habían estado enfrentados durante años, hasta que finalmente se reconciliaron?"

"Tenían conexiones de negocios y lazos familiares, lo que los mantenía unidos hasta cierto punto, pero nunca se habían visto mucho y lo habían manifestado a todo el mundo. Durante años, hablaron a través de intermediarios, pero finalmente, afortunadamente, se reconciliaron. La relación de Reggie con Carlton, el hermano menor de los Moone, también había estado reñida. De hecho, la suya se había desintegrado en un momento de rabia cuando Carlton desafió los consejos sinceros y lógicos de Reggie". Suspiró con resignación y era obvio que deseaba que las cosas hubieran sido diferentes.

"¿Así que la creencia es que Jensen o Thomas pueden haber sido el ladrón?"

"Hay una posibilidad más". Me miró durante varios segundos, como si estuviera decidiendo si revelar algo más. Al parecer, lo hizo. "Percival -a través de organizaciones benéficas y empresas- tuvo un trato considerable con Reggie durante los últimos años de su vida. Hubo numerosas cenas y salidas, y fines de semana de trabajo como resultado".

"¿Qué tipo de tratos?"

"Los dos eran copropietarios de una tienda de antigüedades, así como de una empresa de cerveza. Se habían asociado en cinco negocios en total". Mientras hacía un rápido recuento, el brillo de sus ojos castaños se apagó. Pensé en las mujeres que creían conocer bien a sus maridos, para luego darse cuenta de que nunca los habían conocido del todo.

"Pensé que Reginald se dedicaba únicamente a las antigüedades".

"También se dedicaba al arte. La empresa española de Perc manejaba ambas cosas, que Reggie utilizaba a menudo para comprar y vender. Reggie también había financiado una empresa exportadora asiática y tenía considerables acciones en una destilería de whisky irlandesa."

"Reginald tenía las manos metidas en varios cacharros, y algunos con Percival", reflexioné en voz alta, incapaz de ver a Percival como un tramposo o un estafador. "... ¿De verdad crees que el hermano de Prunella podría ser capaz de engañaros a los dos?"

"Todo parece posible ahora mismo". Ella inclinó la cabeza hacia un lado. "¿Por qué le llamas Reginald? ¿Qué pasó con 'tío'?"

"Nunca le he llamado 'tío'", le recordé. "Nunca me pareció que lo fuera. Nunca me visitó y nunca me llamó". Me mordí el labio inferior, decidiendo si hacer la pregunta que siempre había estado en el fondo de mi mente. Qué demonios. "¿Por qué te casaste con él? ¿Por dinero?"

La tía Mat se rió. "Su dinero no había hecho daño, pero no, me casé con él por amor. Él era diferente. Inteligente. Conocedor del mundo. Nadie más que nosotros dos sabía que era un hombre tan compasivo y apasionado".

"Parecía de los que abandonan gatitos hambrientos en una tormenta".

Ella sonrió con nostalgia. "Todo lo contrario. Reggie habría arriesgado una doble neumonía para salvar a esos gatitos hambrientos". Miró al suelo y frunció el ceño. "Debes recordar que las generaciones de Moones han sido un grupo adusto, desconfiado y severo. Reggie interpretaba el papel siempre que lo creía necesario -que era el 95% de las veces-, pero realmente despreciaba la institución de los Moones y lo que implicaba ser un Moón."

"No te gustaban demasiado los Moones, ¿verdad?"

"Se inclinaban por lo pretencioso y lo sentencioso. Se consideraban

de una posición social elevada, lo que desde mi punto de vista era una patética ilusión". Un fugaz resplandor oscureció su semblante.

Intuí que la parte de la familia de Reginald no había sido demasiado amable con ella a lo largo de los años, y cambié de tema. "¿Y todas las rarezas macabras que había en la casa? ¿Eran para mostrarlas?"

"No". Ella sonrió. "A Reggie le encantaban las rarezas macabras".

Tendría que dedicar algún tiempo a poner en perspectiva al enigmático Reginald Saver-of-Kittens Moone. Más tarde. Mientras tanto, quería volver a Percival Sayers. Vivir en esta zona significaba tener algo de dinero. ¿Por qué había asumido que era simplemente un hombre de clase media? ¿Su aspecto? Tal vez. No parecía una persona de caviar Beluga y champán Cristal, pero tenía ropa de diseño costosa. Así que, además de escribir oscuras poesías y artículos de jardinería, el hombre era un empresario y un potencial ladrón. ¿O era un malversador? Mi diligencia debida necesitaba menos "debida" y más "diligencia".

"¿Así que el plan era reunir a los sospechosos, junto con algunos extras, con el pretexto de una extravagancia de "ven y consigue tu herencia"?

"Parecía una forma ingeniosa de descubrir la verdad".

Me levanté y me froté el trasero, que sentía un ardor por estar sentado sobre una base dura. "¿Esperabas que uno, los dos, o todos se sintieran tan abrumados por tu muerte, que se derrumbaran y confesaran todos los pecados?"

"Algo así". La tía Mat se rió, pero no con humor, y señaló el lugar a su lado. Me senté con una mueca. Había algo inquietante en aparcar en un lugar donde había descansado un cadáver.

"Johnny estaba esperando para contratar los servicios de un amigo hacker. Macky es el mejor que hay, afirma".

"¿Esperaba?"

"Macky había estado fuera durante un tiempo".

Ser "el mejor" era, sin duda, la razón por la que había estado "fuera un ratito", como en "la cárcel". Le hice un gesto a mi tía para que continuara.

"Pretendía un gran momento de asombro, cuando entrara en la cena y se enfrentara al grupo". Sonrió con pesar. "Pero parece que otros han tenido el placer de acaparar esos momentos desde que empezó esta reunión".

"¿Así que esperabas hacer de Columbo y resolver los delitos de fraude y robo?" pregunté.

"Esperaba más bien un momento Magnum; siempre me ha gustado el espíritu de Aloha y la tranquilidad paradisíaca".

"A mí siempre me ha gustado el enfoque persistente de una pregunta más del teniente desaliñado".

Se inclinó hacia atrás. "Me puse a pensar, Jilly -"

"Oh-oh".

Ofreció una frambuesa poco característica, que recordaba a su sobrina Rey. "Durante el último rato, he pensado que Prunella también podría estar involucrada. O sólo involucrada. Su hermano no es el cuchillo más afilado del cajón de los cubiertos, pero puede ser una actuación".

Un pensamiento anterior regresó y levanté una mano. "¿Alguien de la familia Moone fuma?"

Ella negó con la cabeza. "Reggie se permitía algún que otro Cohiba, pero nadie fumaba cigarrillos. Creo que todos éramos de la misma -y rara- opinión en ese sentido. Son clavos de ataúd. ¿Por qué?"

"Sólo por curiosidad. Me pareció ver un paquete en una mesa auxiliar, y llegué a preguntarme quién sería el fumador, pero puede que fuese otra cosa", dije con ligereza. Había bromeado sobre la posibilidad de que Percival fuese el dueño de aquella colilla en el pasillo, pero más tarde, mientras rebuscaba mentalmente entre los acontecimientos recientes como si fueran baratijas en una venta de garaje, se repitió aquella breve escena. ¿Por qué no se me había

ocurrido recogerlo? Si hubiera resultado ser el resto de un cigarrillo francés, habría demostrado que Percival Sayers era un mentiroso: conocía los pasillos ocultos y había estado en ellos anteriormente. Eso, a su vez, le señalaba con un dedo acusador (legítimo).

"Ciertamente, Pruney es más de lo que parece", comenté, recordando su atuendo en el pasillo.

"No es exactamente la bibliotecaria o hippie que parece". La tía Mat se inclinó hacia delante, sus ojos volvieron a brillar alegremente.

Yo también me incliné hacia delante. Estábamos casi frente a frente. "Vas a soltar una bomba, ¿verdad?"

"Descubrí que nuestro amigo de los vertebrados emplumados tenía una aventura con Thomas. Johnny proporcionó la prueba".

Rey se alegraría con la noticia, pero no era una bomba a estas alturas. "Habían sido fotografiados juntos varias veces".

"Sí, sí, lo sé. A menudo asistían juntos a actos y galas". Agitó una mano con desprecio. "También yo. Podrías encontrar treinta fotos de Prunella y Thomas sonriendo y abrazándose, pero podrías encontrar treinta fotos de Thomas y yo haciendo lo mismo. Esas fotos no prueban nada".

Como no continuó, insistí: "Pero las fotos de Johnny sí…".

"Sí. Demuestran que los dos eran íntimos. No eran sólo sus fotos, sino unas tomadas por los propios amantes. Johnny las encontró por accidente".

¿Por accidente? No iba a ir allí. Cuanto menos se sepa de las travesuras de detective privado de Johnny, mejor. "¿Cuándo terminó esta relación?"

"Hace unos quince meses, cuando su juego se le fue completamente de las manos y fue amenazado por sus socios. Prunella no le facilitaba la vida sugiriéndole que le propusiera matrimonio. Cuando ella le dio un ultimátum - "el juego o yo"-, él se negó a cumplir su exigencia".

Me tomé un momento para ordenar mis pensamientos. "Es posible, entonces, que Thomas sea -fuera- su culpable. Y Prunella también estuvo involucrada, ya sea a través de él y/o de Percival".

Me miró solemnemente. "O únicamente".

"Digamos que ella estaba involucrada con Thomas, y terminó con una nota amarga -"

"Entonces él querría estar tan libre de ella como ella de él. Depende de quién haya iniciado el plan de "desparejemos a Reginald y a Mathilda Moone". Ser ex-amantes es una cosa, ex-socios en el crimen otra. Los asuntos del corazón y la libido se vuelven mucho más complicados cuando hay criminalidad de por medio, ¿no crees?"

Suspiré, sintiéndome desinflado. ¿A dónde se iba a parar? ¿Cómo es que las respuestas no llegan tan fácilmente en la vida real como en los programas de misterio de dos horas? "¿Por qué traer al resto de nosotros aquí?"

"La reunión tenía que parecer legítima. Había planeado reclutar su ayuda personal más pronto que tarde. Las cosas se fueron…"

"¿Se fueron de las manos?"

"¿Quién habría esperado que Thomas estirara la pata?"

"Fue asesinado - como Jensen y como Porter".

Ella escaneó mi cara. "Obviamente nadie ha sido arrestado aún por ningún crimen, pero ¿tenemos una idea de quién puede ser el asesino?"

"… Estoy tentado de colocar a Prunella en el primer lugar de la lista. Las mujeres despechadas son buenas sospechosas. Las mujeres despreciadas y traicionadas son aún mejores sospechosas. ¿Pero quién sabe? Tal vez uno de esos socios que habían estado amenazando a Thomas había hecho el acto".

"¿Y se paseó por la propiedad y la casa sin haber sido visto por nadie?" Ella negó con la cabeza. "No, no creo que eso sea posible".

"¿Qué hay de los pasillos secretos y los recovecos y nichos ocultos? Podrían haberse colado por ellos".

Volvió a negar con la cabeza. "No. Eso no es posible".

Aquella teoría no contaba con la aprobación de nadie que la escuchara. Pero como Adwin y yo habíamos discutido antes, teniendo en cuenta el tiempo y todo, tenía que ser alguien del grupo. Aún así, no podía descartar completamente la noción de una fuente externa. Al menos no todavía. "¿Qué hay de Jensen? Dijo que le habías pedido que hiciera bromas".

"Me estaba ayudando a divertirme". Su sonrisa era la de una niña pequeña, una que estaba segura de haber gastado la mejor broma del día de los inocentes. "Hace unos meses, cuando cada vez salían más cosas a la luz y el concepto de esta aventura de siete días empezaba a brotar, le dije que cuando llegara mi hora, quería reírme a lo grande desde el Más Allá. Asustar a mis amigos y familiares más queridos me pareció "terriblemente divertido" y -por los honorarios legales habituales- aceptó ayudar. Nunca quiso saber más de lo necesario y no hizo preguntas".

"¿Y qué hay de Percival? Tiene una relación bastante extraña con su hermana".

"Ella tiene el cincuenta por ciento de control en todas sus empresas, así que tienen un estrecho vínculo profesional. Y, técnicamente, son medio hermanos. Compartieron el mismo padre wing-ding".

"Sigue siendo extraño", dije con rotundidad.

La tía Mat sonrió sombríamente. "Se convirtieron en pareja hace unos veinticinco, tal vez treinta años, según los rumores".

"¿Y los rumores decían que duraron como 'artículo' durante…?"

"Más de una década. En realidad, más cerca de dos".

"Eso es…"

"¿Raro?"

"Inquietantemente espeluznante".

La tía Mat ofreció una sonrisa plana. "Casi tanto como que May-Lee haya estado casada durante dos meses con Percival cuando estaban en la adolescencia".

Golpe.

Bajó la mirada, extendió su mano y me ayudó a volver a sentarme.

19

UN CUENTO CON DOS COLAS

Eran las seis de la mañana, horas desde que había dejado a la tía Mat y al corredor. Me había acostado en su dormitorio, sin querer despertar al somnoliento pastelero y a su recién descubierta mascota, que seguramente nos acompañaría de vuelta a Wilmington si la tía Mat no le ponía freno. El sueño había sido profundo pero breve. Me habría venido bien dormir mucho más, pero tres asesinatos, una tía loca, una serie de invitados extraños y un fantasma alegre requerían atención.

En cuanto a la colilla, alguien se me había adelantado. Se fue. Por supuesto, podría haberme equivocado de camino, pero eso era dudoso. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral cuando una imagen de aquel lugar oscuro y húmedo estalló ante mis ojos como un Flashcube en una cámara Instamatic.

Me dejé caer a un lado de la cama y empujé el hombro de Adwin, lo que le hizo gemir y a Fred meterse bajo las sábanas.

"¿Eh? ¿Qué?" Adwin levantó la mirada sin comprender.

"¡Está viva!"

"¿Estás hablando de La Cabeza con Dos Cerebros? ¿O es El Cerebro con Dos Cabezas?" Se apoyó en unos codos huesudos y cicatrizados y pareció realmente preocupado por haber confundido los títulos de las películas de serie B.

"Tía Matty - ¡está viva!" Agarré una almohada cubierta de pieles en la que obviamente había dormido Fred y golpeé ligeramente a Adwin en la cabeza.

"¿Has tenido un sueño salvaje? ¿O la falta de sueño ha contribuido

a que se te ocurran cosas de la imaginación?" Salió con dificultad de la cama y cogió una bata de franela para cubrir una camiseta blanca y unos calzoncillos con temática de magdalenas. Entró a trompicones en el cuarto de baño y se asomó al marco de la puerta. "¡Lo sé! Has optado por un desayuno líquido temprano. Quizá yo opte por lo mismo. Un Mint Julep podría ser la mejor manera de pasar lo que será -sin duda- otro día loco". La puerta del baño se cerró y el agua empezó a correr.

Suspiré y cogí el portátil y el Smartphone. ¿Por qué perder el tiempo sentada? Ya me había duchado, maquillado y puesto unos vaqueros y un grueso jersey de lana negro azabache con enormes copos de nieve fucsia. A estas horas, no veía a Beatrice ni a Hubert preparando el desayuno, ni a nadie más arrastrando la cola escaleras abajo, así que la cocina estaría casi seguramente vacía. Podría preparar tostadas y té. Y si me apetecía mucho, podía preparar el desayuno para la tropa: panecillos ingleses tostados, huevos cocidos, avena y café. Sí, y un monzón indio llegaría a Connecticut en cualquier momento.

Dos tés chai y tres rebanadas de pan de centeno tostado con mermelada de mora más tarde, estaba torturando el teclado, realizando más búsquedas sobre los dos primeros hombres muertos. No apareció nada importante, así que pasé al tercer cadáver. Porter el cocinero, también conocido como Ralph Bloom-Walters y "Crackers" por sus compañeros de cárcel, era un individuo interesante. Como copropietario de un popular local de Nueva York a principios de los 80, Porter/Ralph/Crackers fue detenido por malversación de fondos. También se mencionó la presencia de veneno en una salsa de boletus que acabó con el mafioso Jimmy Jojo James en dicho local, pero nunca se demostró quién fue el asesino. Sin embargo, se especuló mucho con el nombre de Crackers, que se colocó entre veinte conocidos odiadores de Jimmy Jojo James. El asesinato nunca se probó, Crackers cumplió nueve meses por apropiación indebida.

Volví a buscar en Google y descubrí que Ralph Bloom-Walters había acabado cocinando en Le Cochon Volant, un restaurante francés de lujo en San Fran a mediados de los noventa. Recibió seis críticas excelentes, cinco buenas y una negativa. Un día, el restaurante

estalló como un peregrinaje. Los escombros volaron, los cristales se hicieron añicos y las llamas se agitaron en medio del caos. Las ondas de choque se sintieron a varias manzanas de distancia. Se citó un cableado defectuoso como fuente, pero dos periodistas no creyeron que la causa fuera un circuito defectuoso. Uno de ellos sugirió que las conexiones con la delincuencia familiar del copropietario Benton Wiffleton y/o los pagos de fondos atrasados adquiridos a través de fuentes dudosas, podrían haber desempeñado un papel. El otro insinuó que la manipulación intencionada de las conexiones de gas podría haber generado la explosión.

De las varias personas que cayeron de sus sillas, cinco sufrieron heridas leves, mientras que dos resultaron gravemente heridas: un crítico gastronómico y su acompañante. Al parecer, el que había escrito la crítica negativa había sido tentado a volver, sin duda por motivos económicos. Si no, ¿por qué iba a volver a un lugar que servía un filet mignon "tan suculento y sabroso como la cecina de vaca dejada en la mochila de un campista perdido" y verduras salteadas "parecidas al krill disecado"? Accidente o no, hablando de mal momento.

Había que preguntarse si el apodo de Crackers se debía a que le gustaban las galletas saladas o a que era un poco tímido.

Linda entró en la cocina vestida con una falda negra en forma de A y una blusa de seda rosa chicle con una rebeca negra colgada de un hombro. Parecía especialmente alegre y animada. "He dormido como un tronco".

Sonreí. "Estás estupenda". Y lo estaba. Incluso con una gruesa capa de maquillaje sobre el feo rasguño de su nariz.

"Ojalá pudiera decir lo mismo de ti. En esas bolsas oscuras parece que podrían caber cinco trajes y diez jerséis".

Me pasé las yemas de los dedos bajo los ojos. Los sentía secos e hinchados. Probablemente era el momento de aplicar la crema de ojos Nivea, con una espátula.

"¿Se puede desayunar?"

Señalé con el pulgar la gigantesca nevera. "Estás por tu cuenta. Recomiendo encarecidamente el pan de centeno, tostado, con mermelada o miel".

Linda se rió y empezó a preparar una cafetera. "¿Qué estás mirando?"

"El portero. Parece que el cocinero era un hombre con un pasado accidentado".

"Te refieres a la pena de prisión, ¿verdad?"

Me quedé con la boca abierta. "¿Lo sabes?"

Se sirvió crema en una taza con globos de aire multicolor. "Lo supe anoche. Hice una búsqueda de él, de los dos muertos y de los Sayers, ya sabes, para ver si había algo raro".

Las grandes mentes piensan igual. "¿Tienes algo importante para compartir?"

De la nevera salió una barra de pan de centeno en rebanadas, un tarro de mermelada de arándanos y una barra de mantequilla. "¿Sabías que Prunella fue arrestada una vez? Nunca cumplió condena. Los cargos fueron retirados: los testigos se retractaron".

"¿Arrestada? ¿Por qué?" Sonreí. "¿Por liderar una manifestación para salvar a la curruca de vientre verde?"

Linda se rió histéricamente mientras veía cómo la cafetera empezaba a hacer su magia. Lo que sea que haya hecho estallar yo quería una docena. "Tenía una sociedad en un restaurante de alto nivel en San Francisco que explotó en los años 90. Un conocido crítico de restaurantes resultó herido. También lo hizo Prunella. Ella estaba con él cuando sucedió. El copropietario, que poseía una parte justa del local -a diferencia del porcentaje simbólico de Porter- era un estirado con demasiado dinero y tiempo. Se llamaba Benton Merkston Wiffleton. Comió sushi en mal estado en 1997 y murió".

Obviamente no había leído el artículo correcto. Tendría que haber sido más minucioso con los parámetros de búsqueda, pero para ser

justos, no llevaba tanto tiempo en esto; al final me habría topado con los detalles adicionales. Pero, ¿no se estaba poniendo esto interesante, si no complicado? ¿Había sabido Prunella que el cocinero de la mansión Moone era el mismo que había trabajado en Le Cochon Volant y que había tenido un "porcentaje simbólico"? ¿Cómo no iba a saberlo? Pero durante una charla telefónica con la tía Mat un par de años atrás, ella había mencionado que Porter era un cocinero introvertido que prefería mantenerse alejado de los focos, independientemente de cómo un invitado se entusiasmara o arrullara con una comida. Recuerdo que comentó lo tímido y humilde que era, que nunca daba la cara. Era muy posible que hubiera permanecido oculto en la cocina de Moone y fuera de la vista de Prunella. Sí, y los pingüinos podían volar. Había estado al servicio de mi tía desde aproximadamente 2003, cuando Sergey, el primer cocinero, decidió trasladar su envejecido cuerpo a Arizona. ¿Cómo era posible que un huésped nunca viera al cocinero? No lo era.

"¿La arrestaron porque pensaron que podría haber tenido algo que ver con el 'accidente'?"

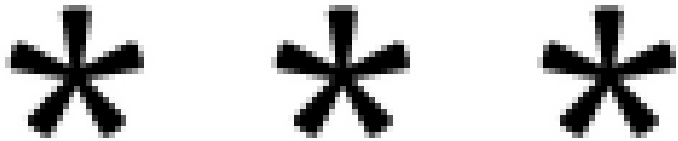
Linda metió cuatro rebanadas de pan en una tostadora retro de color verde menta. "No, la detuvieron porque una vez que salió del hospital fue a por Wiffleton y Bloom-Walters, alias Porter, con un pez espada congelado". Sonrió de forma macabra. "Alegó que ellos eran los culpables de su estado emocional y de sus problemas económicos. Por lo visto, le encantaba ese lugar y había invertido su corazón y su alma -y varios miles de dólares- en él. Creo que también le gustaba el crítico. Tal vez rompieron después del accidente, o tal vez él la culpó por ello. He leído que algunos individuos ni siquiera estaban seguros de que fuera un accidente, pero no había suficientes pruebas para demostrar lo contrario".

Sacó un plato y un cuchillo, y preparó un sencillo desayuno. "Los críticos culinarios son como los actores, Jill. Tienen mega egos. ¿Quién sabe qué pasó realmente? ¿El tipo 1 se enfadó con el tipo 2 y, como resultado, el tipo 2 decidió vengarse? ¿O realmente no fue más que un desafortunado accidente? En cuanto a Pruney Sayers, no va a confiar en nosotros. Pero todos podemos atestiguar el hecho de que ella es más que un poco fuera de control".

Ella estaba un poco fuera de sí, de acuerdo, ¿pero lo suficiente como para cometer un asesinato? Bueno, ella había ido tras dos hombres con un gladius xiphias congelado, ¿no es así? Eso significaba que tenía una vena violenta, o al menos acalorada. Estar herido y con cicatrices durante una explosión, intencionada o no, podría encender una mecha mental o emocional. ¿Qué tan intensas eran las cicatrices en el pecho de Prunella? ¿Importaba? Un poco o mucho, yo también me habría cabreado.

"Al parecer, vivió en San Francisco durante unas semanas en los meses de primavera de los años 90. Varias organizaciones benéficas y fundaciones la llevaron a diferentes estados a lo largo de los años, pero actualmente sólo está vinculada a Nueva Inglaterra". Se rió. "¿Te imaginas a Prunella Sayers, cruzada hippie y amante de los pájaros, dándole un golpe a alguien con un pez espada?".

Me reí. Parecía absurdo, pero se sabía que cosas más extrañas habían sucedido. Y, muy recientemente, lo habían hecho.



A las 9:00 a.m. todo el mundo estaba en el pequeño comedor: dos de nosotros reflexionando, uno obsesionado con Angry Birds mientras chupaba una piruleta de manzana verde, otro leyendo el Almanaque del Agricultor, otro hojeando el Libro de Cocina del Chef Francés de Julia Childs y otro jugando con una tostada fría empapada de mantequilla. Otro estaba en la ventana observando a un par de tontos de los medios de comunicación al otro lado de la puerta, tiritando junto a las furgonetas de la empresa en

condiciones polares y empapadas. Sin duda, esperaban otro cuerpo.

"¿No tienen cosas mejores que hacer, como filmar a personas varadas o vehículos destrozados?". Prunella se ajustó una cenefa de encaje y suspiró con fuerza.

El grupo no había intercambiado más de veinte palabras antes de su comentario. Todos parecíamos agotados, quizá un poco preocupados. No estoy seguro de si la pregunta que prevalecía en la mente de todos era: "¿Quién diablos es el próximo en saludar a la Parca?" o "¿Cuándo [inserte el improperio preferido] podremos salir?".

"Oí a un simpático reportero de un cursi programa de noticias de la comunidad decir algo sobre la 'medieval y taciturna mansión Moone'… eh, hmm". La expresión de Adwin cambió de animada a perpleja mientras se llevaba una taza de café a los labios.

"Estaba justo detrás de ti y escuché el mismo informe. No era guapa, no con esa sobremordida: se parecía al señor Ed. Dijo que 'los triples asesinatos hacen un fiasco espantoso en la primera' - uh, dang. Lo había olvidado". Linda frunció el ceño, dejó la tableta sobre la mesa y se puso en pie.

Percival resopló. "La joven de rasgos y voz afeitados dijo, y cito: 'Las travesuras extravagantes provocan tres muertes en ella…' "

""Falsas travesuras", una mierda", espetó Linda, agitando la piruleta como un director de orquesta haría con la batuta durante el clímax de la Obertura 1812 de Tchaikovsky. Los medicamentos debían de haber desaparecido.

"Dios mío. ¿No parecemos tan enfadados como los ávidos asistentes a un concierto a los que les acaban de decir que el acto principal se ha retrasado en otro continente?"

Beatrice dejó de acomodar las servilletas. Hubert apenas consiguió colocar una taza temblorosa en un platillo aún más tembloroso. Prunella palideció y a Percival se le cortó la respiración. Adwin se limitó a abrazar a Julia contra su pecho y May-Lee dejó de mover las tostadas.

"¡Tía Mat! ¡Caramba! Caramba!" Rey parecía más insultada que sorprendida. De pie, los brazaletes brillantes tintineaban al chocar con un cinturón plateado de imitación de Prada.

Linda se rió y se dio una palmada en el muslo, con el humor aparentemente recuperado.

Giré en torno a la sexagenaria y le di un picotazo en una mejilla ligeramente rugosa. "Estás tan guapa como siempre".

Feliz, bonita, con estilo: así era la tía Mat. Estrada le hacía justicia, pero la mujer se vería bien en los especiales de ganga.

"¿Cuál es la idea?" Preguntó Rey.

"Es una historia un poco larga".

"Eso sería un eufemismo", murmuré.

En algún lugar del piso superior, una voz bramó.

Con una carcajada, Adwin asintió hacia arriba. "Eso suena a Gwynne".

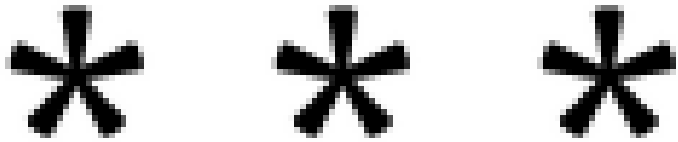
Con la comisura de la boca, pregunté: "¿Cuándo llegó el detective Surly?".

De la esquina de la suya, respondió: "Hace una hora y media, tal vez, en condiciones de ser atado, con el aspecto de algo que el gato arrastró".

La tía Mat inclinó la cabeza ante el grupo y salió de la habitación con decisión, con un brillo que calentaba esos encantadores ojos castaños rojizos.

"La larga historia acaba de alargarse mucho más", declaró Adwin con una sonrisa divertida.

"¿Alguien quiere dar una versión resumida?" preguntó Prunella cáusticamente, y su mirada furiosa se posó en mí.



El espíritu de Nancy Drew debió de apoderarse de mi alma, porque un deseo irrefrenable de husmear se apoderó de mí como un sofoco de la menopausia (como aquellos de los que mi madre se había quejado el año anterior). No sabía exactamente qué era lo que buscaba, pero husmear se convirtió en la prioridad número uno.

La habitación de Thomas Saturne fue la primera en la agenda. Sí, la habíamos revisado en equipo y no habíamos encontrado mucho, salvo formularios de carreras, una revista de caballos y libros de Kinky Friedman, que habían proporcionado un interesante sesgo al abogado de Manhattan. La habitación estaba en penumbra, así que encendí una de las dos lámparas de mesa de latón antiguas.

Nuestro amigo reptil disecado ya no estaba; la policía se había apoderado de él cuando habíamos mencionado nuestro hallazgo el viernes. No habían encontrado al Sidewinder en la búsqueda inicial, pero en ese momento no estaban investigando un asesinato. Coincidiendo en que era sospechoso, dijeron que buscarían pistas en Snakey. ¿Pistas de qué, sin embargo? ¿Restos de relleno y escamas?

Si la memoria no fallaba, Nancy, la detective aficionada, era una chica bastante metódica, así que lo mejor era empezar por la esquina noroeste, donde estaba el armario, e ir avanzando. Treinta minutos después no había descubierto nada nuevo. Me senté en la esquina de la cama con el Frequent Flyer de Kinky y una caja de Lone Star en mi regazo, y me pregunté si Thomas era también un fumador de puros en el armario. No era difícil imaginarse un Kinkycristo posado en esos labios hinchados. Ocioso, empecé a

pasar páginas. Una tarjeta de visita de una pizzería en Greenwich Village cayó de Flyer. Nada sorprendente. Thomas parecía un hombre de pizzas, con mucha salchicha y carne picada. Sacudí la otra novela y una foto del tamaño de una cartera cayó sobre una alfombra de lana floreada.

Un "dang" de Linda Royale pasó de puntillas por mis labios cuando vi la cara. Un elegante cigarrillo colgaba de los labios del hombre que me devolvía la mirada con una sonrisa alegre y dentada; parecía realmente alegre mientras sostenía una copa de cristal con dedos peludos. Dos anillos de platino con diamantes de tamaño considerable captaban la luz desde algún lugar más allá de la cámara. Ahí es donde cesaban las similitudes entre el joven Porter Dance-Club King de la foto y el viejo Porter On Ice. Este tipo envuelto en seda, Ralph Bloom-Walters, era por lo menos dos décadas más joven y cuarenta libras más delgado. Evidentemente, la comida había amado a Porter tanto como él; habían desarrollado un vínculo firme y abrazador a lo largo de los años.

¿Por qué Thomas tenía en su poder una foto del cocinero muerto? ¿Se la había dado Prunella? Eso no tenía sentido, pero lo que sí tenía un poco más de sentido era que Thomas hubiera sabido de su relación con Porter en San Francisco -lo que fuera que hubiera implicado esa relación- y hubiera conservado la foto por alguna oscura razón.

¿Había algo en la foto que yo no veía? La estudié durante varios segundos. No había nadie en el fondo. El hombre parecía alegre; no estaba cometiendo ningún delito visible. No parecía ser nada más que lo que era: una foto vieja e inocua.

Evidentemente, no tenía la lógica y el raciocinio de un detective de ficción o de televisión, sino que me estaba abriendo paso con torpeza. Me metí la foto en el bolsillo del jean, volví a poner todo en su lugar y apagué la luz. Con suerte, la habitación de Jensen revelaría algo más aparente y útil.

Al entrar, sonó mi teléfono. "Fonne", dije instintivamente, como suelo contestar en el trabajo.

"Es Ger. ¿Qué tal el invierno en el interior del país?", se rió.

"Increíblemente invernal", respondí secamente. "¿Qué hay?"

"Sólo quería que supieras que voy a enviarte un poco de información en los próximos minutos sobre ese tipo de fantasma muerto. Estaré en ello un rato, pero no sé cuánta suerte tendré para encontrar más información".

"Gran material. Eres el mejor, Ger".

"¿Acaso no lo sé?" Se rió y colgó.

Encendí una preciosa lámpara de urna de carey, una de las dos que había en los lados opuestos de un sillón de felpa color bronce. La habitación del abogado estaba decorada y dispuesta de forma muy parecida a la de Thomas, salvo que la madera predominante era el cerezo en lugar del arce y la combinación de colores era más femenina: rosa y turquesa en lugar de aguacate y rojizo. En el rincón más cercano a la puerta, no lejos de un armario de cerezo con grabados geométricos en las puertas, había un espejo cheval con marco de cerezo sin valor estético. El contenido del armario y de los cajones de la vitrina revelaba un gusto caro por el calzado y la ropa de diseño, una afición por las joyas de oro gruesas y un interés por las revistas de negocios.

This is Gonna Hurt: Music, Photography and Life Through the Distorted Lens of Nikki Sixx (Esto va a doler: música, fotografía y vida a través de la lente distorsionada de Nikki Sixx) estaba en una de las mesitas de noche de dos cajones. Ok, ahora eso fue más allá de lo bizarro. ¿Jensen y Nicki? No podía verlo, pero tal vez había sido un regalo de un cliente. O quizás no era tan estirado y conservador como parecía. Después de todo, había mostrado esa pequeña veta de humor en el armario, lo que demostró que no siempre se puede juzgar un libro por su cubierta. Sí.

El pequeño cuarto de baño, con temática de conchas marinas, no contenía nada fuera de lo normal. Un tubo de Tylenol de tamaño de viaje se había enrollado en una esquina. Un cepillo de dientes azul real, hilo dental y un tubo fresco de pasta de dientes Marvis Aquatic Mint descansaban ordenadamente en la esquina de un gran lavabo ovalado. En un estrecho estante de cristal, un frasco de Blue de Chanel hacía compañía a una elegante brocha de afeitar, una maquinilla de doble filo, una espuma de afeitar Zirh y una crema

hidratante Bull Dog para pieles sensibles. Un bonito cepillo y peine plateados y un frasco de spray de cilantro Korres estaban ordenados un nivel más arriba. La mayoría de los productos británicos eran desconocidos y probablemente no eran baratos.

De vuelta al dormitorio, giré lentamente, observando esquinas, rincones y grietas. Nada gritaba "¡eh, aquí, pista para ti!", así que volví a girar y me detuve en la cama de cuatro postes. Me arrodillé, aparté una falda con volantes de crepé y miré a lo ancho y a lo largo. En un rincón lejano descansaba un precioso maletín de cuero que debía costar 1.500 libras esterlinas, aunque costara un céntimo. Con una maniobra torpe y estirando el brazo, conseguí recuperarlo. Encendiendo la segunda lámpara, vacié el contenido de varios bolsillos y revisé uno a uno los documentos.

Había una copia del testamento de la tía Mat, arrendamientos y contratos relacionados con propiedades y negocios en el extranjero, fotocopias de libros de contabilidad, correos electrónicos y algunos artículos legales con subrayado amarillo. Al no ver nada de interés, estaba a punto de detenerme cuando varias páginas cayeron al suelo. Un nombre de empresa familiar me llamó la atención: Ages & Artisans. Se trataba del negocio de antigüedades asiáticas de Reginald Moone. Pasé las páginas y encontré otro nombre que la tía Mat había mencionado recientemente, Lace & Velvet, que era una tienda de antigüedades de porcelana en Kent, y una empresa conjunta de Reginald y Percival. Las piezas de arte y las antigüedades aparecían en algunas páginas, mientras que otras detallaban las transacciones financieras.

Una página, metida entre el lote, tenía cantidades y nombres: Thomas Saturne, Prunella Sayers, Percival Sayers, Gruber Pathos y Santana Anna Dinero. Sospechaba que las cantidades de dólares registradas eran deslocalizadas, es decir, trasladadas a cuentas en Turcas y Caicos y en Suiza.

¿Significaba esto que Jensen había sospechado que algo andaba mal? ¿O la tía Mat le había pedido que investigara? No lo había mencionado, pero tal vez se había olvidado de hacerlo, o no había considerado que valiera la pena compartirlo. En cualquiera de los dos casos, ¿cuánto tiempo había estado investigando? ¿Se había topado Prunella con esos documentos? ¿O se le había escapado algo

a Jensen sin querer? Si la respuesta era afirmativa a una o a las dos últimas preguntas, entonces teníamos un motivo para el asesinato de Jensen. Pero todo eran conjeturas; nada tangible.

Por un segundo, contemplé la posibilidad de tomar las páginas del libro mayor, pero decidí no hacerlo. Sería mejor dejar el maletín donde estaba. No tenía sentido alertar -o alarmar- a nadie.

20

GRANDE PERO [NO TAN] MALO

Al entrar en la habitación de invitados comprobé la información prometida por Ger y me alegré de encontrarla en la bandeja de entrada. Como había dicho, no había mucho.

Una fotografía granulada cerca de las vías del tren rural mostraba a una docena de hombres con palas y picos. Había sido parte de un artículo sobre la expansión de los ferrocarriles, pero Ger sólo había proporcionado la foto que contenía un par de frases sin importancia debajo. Sin embargo, un nombre destacaba: Fred Maxwell. Era difícil verle la cara, no sólo por la mala calidad de la foto, sino por el cabello y la barba desgreñados. En la sección "Clinton News" de un periódico de Connecticut fechado en mayo de 1896, un anuncio informaba de que el contratista Marcus F.P. Jerrold, de Middleton, y sus hombres, Fred Maxwell y Peter Kelsomm, habían comenzado a trabajar en un granero para Joseph Crumholz en la parte trasera de su casa de campo de Clinton Beach.

Ger reafirmó la promesa de seguir buscando y firmó con "xoxoxox". Qué asco. Bueno, lo que los dos artículos revelaban era que Fred sí se había movido de un lado a otro haciendo trabajos esporádicos y posteriormente -bien por él- se había mantenido alejado de los problemas.

El teléfono móvil empezó a sonar. Demasiado para un rápido descanso y refrescarse. La pantalla decía que era el investigador privado Johnny Gorcey. Fue rápido en responder; eso me gustó. Esperaba que hubiera algo importante que compartir.

"Aquí Gorcey. ¿Esta es la Sra. Fonne?" No esperó una respuesta. "¿Cómo está su tía?"

"Bien, bien, sana", balbuceé, sorprendido. No estaba seguro de lo

que esperaba, pero no era una voz profunda, estruendosa y grave que sonaba como si perteneciera a un gran tipo duro de la televisión. Me imaginaba a Gorcey de pie, con un metro ochenta, tan grande como un frigorífico de restaurante, sin cuello, con el cuerpo medio musculoso y medio flácido. Fumaría cigarrillos, bebería café negro a raudales y comería filetes poco hechos con guarniciones de patatas fritas grasientas y empapadas de salsa. La ropa sería desaliñada y holgada, como la del difunto abogado de Manhattan.

"Dile que Johnny le envía saludos".

¿Quién iba a discutir la brusca orden? Yo no. "Ummm, ¿cómo puedo ayudar?"

Se rió, sonando como una pistola de grapas operando fuera de control. "Usted fue la que pidió ayuda, señorita Fonne".

"Bien. ¿Por dónde empezamos?" Me dejé caer en una silla frente al tocador y observé el rostro cansado que me devolvía la mirada. Una rápida ducha de agua jabonosa podría ayudar. También un café triple.

"Linda Royale. Probablemente ya lo sabes. No hay padres vivos. La hermana Loretta Linn ha vivido en seis estados en los últimos ocho años. Trabaja durante unos meses, normalmente en un puesto administrativo, y se va. Obviamente no es una persona que eche raíces. El hermano Lido Lawrence es camarógrafo de documentales de viajes, o lo era. Lleva sin trabajar desde que se rompió un pie y un brazo filmando ardillas en Canadá hace dos años. Entró en una especie de depresión. Tiene un hijo Theo al que ve cada tres semanas. También tiene un apartamento en San Diego y hace poco dejó uno en Los Ángeles por problemas económicos. No hay banderas rojas para ninguno de los dos hermanos, excepto por un robo de poca monta cuando Lido tenía diecisiete años.

"La señora Royale se casó en la adolescencia con un músico de jazz llamado Chiffre Royale, que tocaba el saxo en algunos discos de artistas notables. Murió en un motel de mala muerte en las afueras de Chicago de una sobredosis de heroína". El papel crujió y su tos sonó como el gruñido de un oso. Ofreció algunos datos rápidos

relacionados con su empleo y su vida actual. Los más destacados, no tan interesantes: Linda nunca había sido detenida, había recibido dos multas de aparcamiento en 2012 y había ganado un televisor de pantalla grande ese mismo año.

Me volví hacia el espejo y descubrí que la señora Weary no parecía más animada.

"La señora Royale era cliente de Thomas Saturne, por cierto. Un amigo mío, Basil, le seguía la pista hace un tiempo. Lo consulté -porque algo de ella me carcomía- y me dijo que recordaba a una joven con ese nombre. Basil tiene una memoria extraordinaria y puede recordar nombres, calles, coches, comedores, lo que sea, sin necesidad de consultar notas. Se reunió con Saturne un par de veces".

Me animé de repente. Esto era interesante. Pero, ¿a dónde nos llevaría? "¿Por qué seguía a Thomas? ¿Y por qué se veía con él?"

"Hace unos tres años, se sospechó que Thomas Saturne había robado fondos de una organización sin ánimo de lucro a la que representaba. Nunca se probó nada -no en cuanto a él-, aunque parecía que Roblee Schnee, un tipo de esa org era el verdadero culpable. Se encontraron algunos miles de dólares en un cajón cerrado de su escritorio y en su condominio en una caja de cereales en el fondo de un armario. Se suicidó el día que se descubrió el escritorio, por lo que el caso se cerró y los servicios de Basil terminaron".

"Se suicidó… ¿cómo?"

"El tipo saltó desde el balcón de su decimotercer piso".

"Qué bien".

"¿Y conveniente?", preguntó secamente, tomando un trago de algo.

"Muy." Thomas habría estado con Prunella entonces. ¿Habían incriminado a Roblee Schnee y optado por empezar de nuevo?

"¿Y qué hay de Linda? ¿No estaba implicada o involucrada en esto de alguna manera?"

"No, nada de eso. Se reunió con Saturne por asuntos familiares relacionados con los Smith, con los que está emparentada".

Me quedé con la boca abierta. "¿Está emparentada con los Smith que una vez fueron dueños de la casa de mi tía?"

"Sí señora - una misma familia. De hecho, Loretta Linn es la LL Smith que mantiene un blog familiar". Crujió más papel. "Es totalmente posible que este tipo Chiffre la haya iniciado en los Smith. Ella había visitado a un abogado llamado Katt Salmon no mucho después de que se casaran, para ver si tenía derechos legales sobre el dinero de la familia." Podía oír el ceño fruncido. "El tipo probablemente quería dinero de la droga y pensó que esta sería una forma fácil de conseguirlo. Hubo mucha correspondencia entre los Royale y los Smith, pero no pasó nada. Salmon tampoco tuvo suerte. Entonces, el maridito drogadicto murió y ella lo dejó en un segundo plano, hasta que cumplió treinta y un años el año pasado. Así es como llegó a ser cliente de Saturne".

"Supongo que no salió nada de eso".

"Como Saturne ha mordido el polvo, habría que preguntarle a la propia señora por los detalles. Pero no, no parece que haya salido nada".

"Así que intentó conseguir dinero de nuevo", reflexioné en voz alta, perturbado. Podía ver a Linda como muchas cosas, pero no del tipo codicioso.

"Creo que quería una cantidad fija -nada extravagante- para algunos miembros de la familia, incluido su hermano, debido a su bajón". Gorcey pasó a hablar de May-Lee Sonit y volvió a ofrecer datos conocidos. Lo que no conocía eran las dos hermanas y la hija del anticuario. Marigold, de cuarenta y ocho años, era dentista en El Paso y Blanche, de cuarenta y cuatro, vendedora de alta gama en Miami. La hija Karina tenía un pequeño negocio de organización de eventos y vivía con su hijo Guy-Marc, de ocho años, en Seattle.

May-Lee se había casado muy joven con Percival, pero se divorció a las pocas semanas. No hay noticias nuevas. Su hija era fruto de una relación de corta duración con un piloto cuando ella tenía

veinticuatro años. Sammy, su último novio, también anticuario, falleció hace dos años de cáncer de páncreas.

"¿Quiere que averigüe más sobre la señora Royale y la señora Sonit?"

"Espere por ahora", respondí lentamente, considerándolo. Si no podía encontrar ninguna bandera roja, probablemente no había ninguna. Pero nunca digas nunca, ¿verdad? "¿Qué hay de los Sayers?"

Gorcey recitó las viejas noticias: el matrimonio, la escritura, el historial de empleo.

"Así que no hay esqueletos en el armario, y no estoy hablando de las pequeñas sorpresas de la tía Mat". Estaba desanimado y lo sonó.

"De acuerdo, no hay grandes esqueletos de armario, pero no había terminado", respondió tranquilizador. "En 2010 Percival Sayers pasó seis meses en un balneario europeo, que es otra palabra para referirse a la rehabilitación".

"¿Por qué? ¿Por beber? Por drogarse?"

"Tuvo una crisis nerviosa".

"¿De qué tipo? ¿Mental? ¿Emocional?"

"Ambos. Aparentemente Sayers perdió la cabeza en una firma de libros para un amigo. Se desbocó, rompió globos mientras se cantaba a sí mismo el cumpleaños feliz, y luego se comió unos cuantos arreglos florales".

"¿Qué lo provocó?"

"No lo sé". Respiró profundamente. "Los dos son un poco extraños, esos dos. Prunella Sayers pasó su adolescencia en seis internados diferentes".

"¿Por qué tantos?"

"¿Aburrimiento? ¿Problemas de adolescencia? No pensé en

averiguarlo, pero podría indagar". Se aclaró la garganta. "Continuando… Hubert Flagstone, de sesenta y siete años, ha estado trabajando para su tía durante décadas. Sus padres y sus abuelos eran de Brighton, Inglaterra. Su familia se mudó aquí cuando él tenía seis años. Esta gente llevaba una vida bastante cotidiana. Su hermana Miriam falleció en 2010, asesinada por una manada de yaks cuando hacía un trekking por Nepal".

"¿Hablas en serio?"

"¿Mentiría sobre una estampida de yaks?"

"¿Lo harías?"

Se rió. "La madre de Beatrice Hellmutter Dorfenfeld era de Suiza y el padre de Austria. Se mudó aquí a principios de los sesenta y no ha hecho otra cosa que trabajar de sirvienta. Trabajó para un par de personas impresionantes y ricas, hasta que se instaló con tu tía. De hecho, se hizo con un buen dinero cuando una pareja de teatro para la que trabajó por primera vez murió en un accidente de coche en una carretera del cañón. Ella había estado con ellos tres años. Consiguió, veamos, sesenta mil dólares".

"No está mal."

"Especialmente a finales de los 50. Eso no era calderilla".

"¿Por qué no se retiró?"

"Tendrías que…"

"Pregúntale a ella", terminamos juntos.

Volvió a reírse. "También recibió cincuenta mil en 1969, cuando una solterona para la que trabajaba murió en una caída. La mansión estaba construida en lo alto de una colina y un día la anciana tropezó y rodó unos cientos de metros hacia abajo. Su cabeza se estrelló contra una roca en el fondo".

¡Eso Dolió!. "Beatrice es muy afortunada. Ojalá pudiera decir lo mismo de los que trabajaron para ella", dije. "¿Crees que murieron por causas naturales?"

"¿Crees que esta mujer es capaz de amañar un coche o lanzar a una anciana a la muerte?"

"En el último tiempo, he llegado a creer que todo es posible. Pero si Beatrice era la responsable, ¿por qué seguir trabajando como criada? Podría haber cogido el dinero y comprar una casa, o volver a estudiar".

"Cuando eres una criada, no tienes que pagar el alquiler, la comida suele estar asegurada, y obtienes beneficios si estás con la gente adecuada. Tal vez le gusta sentarse en el dinero. Tal vez es simplemente codiciosa. O tal vez sólo le gusta trabajar".

"… ¿Algo más?"

"Hay una cosa más que puede resultarte interesante".

Me reí cuando hizo una pausa. "Bien, ¿qué más podría encontrar interesante sobre Beatrice Hellmutter Dorfen-lo que sea?"

"Tenía un primo que se trasladó a Estados Unidos un par de años después que ella. El primo Erich trabajaba como mayordomo, mecánico y jardinero. En 1985, fue arrestado por un triple asesinato en San Antonio. Defensa propia alegó el tipo… cuatro años después de que la policía encontrara los cuerpos".

"¿Quieres decir que la conciencia culpable finalmente alcanzó al primo Erich?" Pregunté sarcásticamente.

"Fue más bien que un testigo temeroso finalmente se presentó. Abernathy Orville Manting era el nombre del testigo tardío".

"¿Tarde en el sentido de fallecido? ¿O tardío en cuanto a que se tomó su tiempo para ver a la policía?" pregunté secamente.

"Ambas cosas. Un carrito de golf desbocado chocó con el tipo cuatro días después de que visitara a los chicos de azul. Voló en un crucero fluvial haciendo un recorrido por el río. Ya estaba algo abollado después de ser golpeado, no importa cómo estaba cuando se posó en el timón".

"La buena suerte continúa - no".

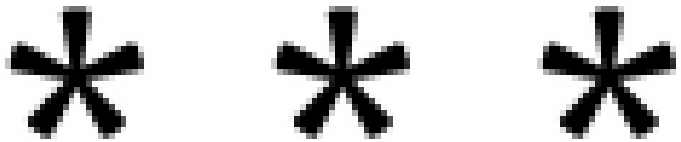
Johnny se rió. "Es sólo un bloqueo temporal".

Esperanzado. "¿Podría imponerle que haga más detecciones?"

"Tú tienes el dinero, yo tengo el tiempo".

Me reí. "¿Averiguarás sobre dos personas que probablemente tienen algún tipo de afiliación comercial con los Moones y los Sayers? Se llaman Gruber Pathos y Santana Anna Dinero, y eso es todo lo que sé de ellos".

"No me llaman 'Sherlock' por nada".



A media tarde había tres caras desencajadas en el salón: la mía, la de Rey y la de Linda. La tía Mat había pasado la mayor parte de la mañana charlando con Lewis. Gwynne, más hosco que de costumbre, probablemente porque no le agradaba estar atrapada en la mansión Moone, volvió a revisar la casa "para asegurarse de que todo estaba bien" y ordenó a todos que "se mantuvieran alejados de las zonas marcadas y acordonadas, o se encontrarían con agua caliente".

Adwin había decidido preparar quiches y panes para la cena. Después de reunir las notas cronológicamente, había vuelto a Internet y había escaneado algunos de los artículos de jardinería y paisajismo en línea de Percival (¿se puede deletrear b-o-s-t-e-z-o?). También descubrí que el padre de los Sayers era un ejecutivo de la industria farmacéutica, la madre nº 1 (de Percival) era profesora de

literatura inglesa medieval y más tarde se trasladó a Inglaterra para abrir un pub, y la madre nº 2 (de Prunella) era modelo de pasarela.

Wayne, el antiguo corredor de apuestas, llamó justo antes de que Prunella y Percival tuvieran una discusión. Había sido un asunto breve pero estridente que acabó con un jarrón chino de Cinnabar roto y con insultos que hicieron que el pálido rostro de Adwin adquiriera un interesante tono rosado. Wayne dijo que el problema de Thomas con el juego había llegado a los cientos de miles de dólares. Había fastidiado a unos cuantos contables de primera y a algún que otro mafioso, incluido alguien llamado Triple J, que había muerto misteriosamente en los años ochenta. Triple J debía ser nada menos que el infame Jimmy Jojo James. De alguna manera, nuestro abogado siempre se las había arreglado para mantenerse alejado de los nudillos de latón y las botas de hormigón, pero por poco. Triple J había muerto cuando Porter aún era copropietario de ese club nocturno. Y Thomas tenía un vínculo con el mafioso. ¿Podrían los dos hombres haberse conocido entonces?

A propósito, ¿dónde había estado el cocinero esos años que no había estado en el radar? ¿En la escuela de cocina? ¿Haciendo hachís en comedores? Había dejado Le Cochon Volant a mediados de los noventa y no había aparecido en la finca de Moone hasta 2003.

Me acerqué a la ventana del salón y miré hacia un país de las maravillas de cristal. Las únicas formas de vida que podían disfrutar hoy del aire libre eran los pingüinos papúa. "¿Qué sabes de la vida personal de Thomas Saturne?"

Wayne se rió. "¿Te refieres a su vida amorosa? ¿Su familia y todo eso?"

"Ajá".

"Le encantaban las potras, las de cuatro patas".

Me reí.

"Tenía alguna que otra compañera cuando todavía estaba en el

negocio. Una se llamaba Alice Sinatra - sin relación con Old Blue Eyes. Duraron dos años. Eso fue a finales de los 90. Supongo que no le gustaba hacer de segundona de un caballo, porque quería que él le mirara la cola a ella, no a la yegua. Luego salió con uno que otro, pero no parecía interesado en ir en serio durante mucho tiempo". Hizo una pausa. De fondo empezó a sonar Randy Travis Vintage. "Hace aproximadamente un año, hubo una extraña más joven. No parecía su tipo".

¿Una extraña más joven? ¿Prunella? No es probable, pero pregunté de todos modos. "¿Te refieres a Prunella Sayers?"

"No, esa no".

"¿Estás seguro?"

"Sabía de ella -¿como quién olvidaría un nombre así? Esta tenía, hmm, veintitantos años tal vez. Era difícil de decir. Iba vestida con ropa que podría llevar alguien de más de cincuenta años: elegante y no barata, pero "del viejo mundo". Me encontré con los dos en un bar de Fens. Parecía algo ansioso por verme allí, pero fue bastante educado. Tenía una extraña sonrisa en la cara, como si tuviera un secreto y no lo fuera a compartir".

"¿Qué aspecto tenía?"

"Piel cremosa. Ojos fríos. Limpia, fresca; ¿sabes? Llevaba una falda corta de tela bonita y un top ajustado, aunque no de mala calidad. La ropa era elegante y cara, como he dicho. Tenía unos bonitos brazos tonificados y unas piernas atléticas que eran realmente agradables a la vista. Parecía que se cuidaba".

"¿Era bonita? ¿Guapa? ¿Impresionante? ¿Tenía una nariz pequeña o una nariz de Jimmy Durante? ¿Era pelirroja, rubia o castaña?"

"Tenía el cabello hasta los hombros. Era marrón oscuro, como el chocolate derretido en el que se sumergen los malvaviscos y la fruta. También tenía un poco de rubio. La luz del bar hacía que el cabello y las horquillas brillaran y resplandecieran. Recuerdo que pensé que las horquillas y la ropa no encajaban mucho con la cara o el cuerpo, no sólo por la edad, sino porque era un poco sana y a la

vez un poco deportiva".

Había pintado un cuadro bastante genérico. Tal vez una nueva comprobación de las fotos en las que aparecía Thomas revelaría una mujer con la descripción de Wayne. "No has cogido un nombre, ¿verdad?"

Volvió a reírse. "¿Cuenta 'Dewdrop'?"

Me encogí. "Uf, ¿estás bromeando?"

"Lo estoy." Volvió a reírse.

Uf. Le deseé lo mejor, desconecté y me dirigí al sofá.

"¿Algo interesante?" Preguntó Rey, sin parecer que le importara una cosa u otra.

"Todavía no". Dejé el móvil sobre un sillón. "Pero al menos los teléfonos siguen funcionando".

Ella suspiró con fuerza. "Dios, quiero volver a mi apartamento de Brentwood: a un patio con palmeras con una piscina decente, un guión malo y un vecino listillo amante del fitness y su gordo San Bernardo pedorro".

Adwin y May-Lee entraron y tomaron asiento junto a Rey. "No me importaría estar en el restaurante, trabajando en una bandeja de tartas de melaza o de mousse de cereza y guindas".

Linda estiró las piernas. "A mí me gustaría estar sentada en mi abultado sofá, viendo HBO, y comiendo una hamburguesa vegetariana con crujientes patatas fritas de boniato y un gran trozo de pegajoso pastel de algarroba".

"Y no me importaría holgazanear en un baño de burbujas con aroma a pino en mi diminuto condominio, con un buen libro de misterio y una vista de la cubierta del señor Black… y el señor Black de doscientos cincuenta kilos haciendo su ritual de tai-chi matutino en ropa de Spandex de los 80", dije.

Rey levantó el pulgar. "Quizá deberíamos juntarlo con Trevor, el

vecino listillo amante del fitness. Suena como una pareja hecha en el cielo".

"Me gustaría volver a la tienda", ofreció May-Lee con una sonrisa, "hablando de las alegrías de tener una silla Shaker Ladder-Back o un armario Hepplewhite".

Prunella entró. Parecía una clienta de supermercado que hubiera tenido un encontronazo con el encargado de las verduras por unos pimientos arrugados. "Perc debería bajar pronto. Estaba tratando de dormir la siesta. El pobre no durmió mucho anoche".

El "pobrecito" probablemente durmió más que la mayoría de nosotros. Seguro que no estuvo investigando en Internet ni investigando pasillos, alcobas y recovecos durante la madrugada. Hablando de eso, la "pobrecita" entró mientras Beatrice traía un carro de comedor de roble antiguo con galletas, dátiles y clementinas, una gorda jarra de agua y dos garrafas, una de té y otra de café. Quizá la pelea de los hermanos le había pasado factura: parecía nervioso, tenso y descontento. Con una rápida inclinación de cabeza, cogió tres galletas de moka y se deslizó en una silla cerca de Adwin, y nos acomodamos para merendar en silencio.

Después de varios paseos rápidos, aunque no ansiosos, por aquí, por allá y por todas partes por parte de las diversas personas que se habían congregado en el salón, la tía Mat aún no había dado la cara.

"¿Qué crees que está tramando esa mujer?" preguntó Prunella al volver del piso de arriba, con un pañuelo de seda a cuadros en una mano.

La sonrisa de Percival fue débil y rápida. "Esa mujer probablemente esté planeando otro truco. O tal vez detesta nuestra presencia y quiere mantenerse alejada".

"¿Qué hay que detestar? Todos somos personas adorables y entrañables", respondió ella con ligereza.

Adwin sugirió que podría estar hablando con la policía.

Rey negó con la cabeza. "Lewis está en la habitación de huéspedes de atrás haciendo llamadas y dando órdenes, y pasando por una tercera jarra de café. Dijo que saldría más tarde, si el tiempo se apiada. Gwynne está en un dormitorio del segundo piso, trabajando en cosas de policía y limpiándose mucho la frente. Tiene un aspecto desaliñado y deslavado".

"Quizá tu tía esté avergonzada por el resultado de su reunión y se mantenga a distancia", sugirió Linda.

Rey bebió varios tragos de agua y se pasó una mano por los labios como un jugador de fútbol americano que ha bebido una botella de H2O después de un partido. "Quizá sea mejor que averigüemos si está bien".

Linda se enderezó. "¿Dónde la encontramos?"

"Su habitación sería un buen lugar para empezar", respondió Prunella escuetamente, colocando la bufanda sobre sus hombros.

Nos miramos y subimos las escaleras.

Luego volvimos a bajar cuando descubrimos que no estaba allí. Antes de que alguien pudiera sugerir otra parte de la enorme casa para comprobarlo, el angustioso grito de Beatrice -un cruce entre el grito de un elefante macho y la alerta de una sirena de niebla- convocó a la pandilla a la biblioteca-estudio de Reginald Moone.

21

UN GOLPE EN LA CABEZA VALE MÁS QUE DOS…

Un brillante chorro de rojo carmín, que recordaba a la mermelada de fresa que había tomado la otra mañana, resbalaba por la sien derecha de la tía Mat. Estaba sentada en el suelo, con cara de dolor y perplejidad. Un pañuelo blanco arrugado y anodino yacía a su lado.

"Keeee-rist", susurró Percival, con el rostro más pálido que el de Adwin.

Linda, Rey y yo corrimos a su lado.

"Prunella, llama a una ambulancia y trae a Lewis". Me arrodillé y miré la herida.

Percival se pasó una mano ansiosa por el cabello. "¿Está…?"

"¡Claro que no, tonto! Tienes ojos, ¿no? Estoy lejos de estar muerta. Tampoco estoy en coma, ni siquiera estoy malherida. Sin embargo, tengo un dolor de cabeza que podría hacer caer a un alce". La tía Mat frunció el ceño. "No llames a nadie, Prunella, estaré bien". Me puso una mano en el hombro y, con la ayuda de Rey, se impulsó hasta ponerse de pie.

Como si temieran que los sonidos fuertes o los movimientos extremos pudieran angustiar o dañar a la mujer, Adwin y Prunella se acercaron de puntillas.

Linda miró la herida de medio centímetro. "Puede que necesites un par de puntos".

Hizo una mueca de dolor. "¿Tú crees?"

Cogí el pañuelo y limpié la sangre. "¿Qué ha pasado?"

"Me golpeé en la cabeza mientras leía sobre…". Fue a señalar y frunció el ceño. "Se ha ido. Estaba mirando un libro y ya no está ahí".

"¿Qué pasa?"

Nos volvimos hacia el sheriff, pero nadie respondió.

Murmuró algo sobre alabar a los santos y se apresuró a acercarse. "¿Estás bien, Mathildah?"

Ella desechó su preocupación, pero le dio una palmadita en la mano rubicunda y agrietada que le agarró suavemente el hombro.

Linda se acercó al escritorio de pedestal y examinó la parte superior y la inferior. "No hay ningún libro aquí".

Rey pasó junto al escritorio y escudriñó el suelo. "Y no hay nada duro y pesado para golpear la cabeza".

Si las miradas pudieran matar, Rey habría muerto tres veces.

"No estoy imaginando cosas, y estoy muy lejos de estar sin sentido", resopló nuestra tía. Se volvió hacia Percival. "¿Podrías traer brandy, vendas y gasas?"

"Por supuesto, Matty". Inclinó la cabeza como un mayordomo leal y se apresuró a salir de la habitación.

Señalé el sillón de Reginald. "Tal vez deberías sentarte".

"Vamos". Lewis la llevó al otro lado de la habitación y esperamos hasta que se acomodó.

"Decías que estabas mirando un libro. ¿Qué pasó después?" Linda instó.

"¿Y qué libro era?" Rey. "¿Seguro que no está?"

La tía Mat lanzó otra mirada fulminante. "Estaba empezando a leer sobre los venenos del viejo mundo cuando oí una suave pisada. Antes de que pudiera girarme, algo pesado me agarró por la cabeza

y me caí. Cuando abrí los ojos, tenía un pañuelo en la cara".

Lo olfateé y noté un ligero olor dulzón. "Ha sido empapado con algo… quizá una forma altamente concentrada de cloroformo… o algún tipo de inhalante".

Rey lo cogió y lo olió. "Ciertamente tiene un olor asqueroso - como algo que te mantendría abajo y fuera".

Lewis frunció el ceño y le tendió la mano.

Ella se encogió de hombros y se la puso en la palma de la mano, luego estudió una fila de libros en la estantería. "Creo recordar que aquí había un libro muy antiguo. Era grueso y tenía una cubierta negra, y trataba sobre boticarios, tratamientos y venenos".

"Ese es el que estaba mirando", dijo la tía Mat. "El Manual del Boticario… El Manual de… oh cielos, parece que no puedo recordar. De todos modos, no es exactamente un libro ligero que puedas meter bajo el brazo y salir corriendo".

"Pero sí uno con el que podrías colarte en un pasillo oculto". Estudié la habitación. Seguramente este sombrío espacio guardaba algún que otro secreto. "¿No viste nada? ¿No viste un pie mientras se acercaba a ti? ¿O tal vez una manga mientras un brazo o una mano golpeaban? ¿Viste algo que pudiera identificar a tu agresor?"

La tía Mat negó con la cabeza e hizo una mueca de dolor.

"Voy a llamar a esto, Mathildah -"

"Déjalo, Augustus. Por ahora, ¿por favor?"

Él escudriñó la expresión fija pero suplicante de mi tía y asintió. "Lo dejaremos por ahora, pero volveremos a hablar latah. Embolsaré este pañuelo por lo que vale, que probablemente no sea nada. Luego voy a averiguar sobre la señora Wheelah, que ha entrado en labah".

Se marchó mientras Percival se apresuraba a entrar con una elegante bandeja de plata en la que había dos servilletas de lino blanco, una caja de vendas variadas, un paquete de esparadrapo y cinta de tela, una botella de Hennessy y una preciosa y gran copa

de cristal que haría felices a cinco peces de colores. Cogí una servilleta, vertí Hennessy en ella y la apliqué a una herida que prometía convertirse en una fea costra rodeada de interesantes tonos azules y verdes en los próximos días. Adwin sirvió dos onzas en la copa y se la pasó a mi tía.

"Por suerte, el asesino no hizo un buen trabajo", dijo Rey con ligereza, sentándose en el borde del escritorio. "Lucirás una insignia de valor como Linda y Prunella".

"Nuestro asesino no intentaba matarla", dije. "Esto fue simplemente una advertencia. Si él -o ella- quería a la tía Mat muerta, estaría muerta".

"¿Una advertencia?" preguntó Adwin, perplejo. "¿Como salir de la ciudad? ¿Eres el siguiente? ¿Dame todo tu dinero o si no?"

"Tal vez alguien no apreció la broma de Matty", ofreció Percival.

"Menudo "chiste"", murmuró Prunella, hurgando en su jersey. "Matty, ahora mismo estás muy metida en el mundo de los perros".

Linda se esforzó por contener la risa mientras Adwin y yo intentábamos mantener la cara seria. Rey miró a la Dama de los Pájaros como si tuviera el cerebro del mismo tamaño que sus amigos emplumados.

"A mí tampoco me hace mucha gracia", admitió Percival en voz baja.

"Siempre te ha gustado una buena broma", respondió mi tía, apartando mi mano cuando empecé a limpiar la herida de nuevo.

"Fingir que estás muerta y hacer que todos pasemos demasiadas horas juntos va más allá de una 'buena travesura'".

La tía Mat se rió y se puso al lado de Percival, dándole una sólida palmada en la espalda.

"Entonces", preguntó Linda, abriendo la puerta, "¿quién de nosotros se ha cargado a Mathilda Moone?"

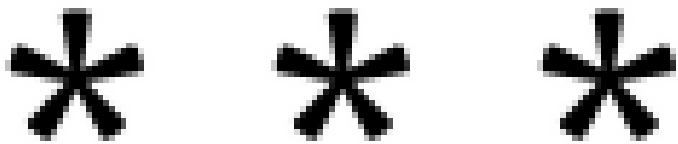
"Hasta el último de nosotros se escabulló del salón en un momento u otro durante la última hora o así", aconsejé.

"Al menos una vez", recalcó Adwin. "Sobre todo en los últimos veinte o treinta minutos, cuando cada uno ha reclamado una tarea que necesitaba hacer".

Nos volvimos hacia mi tía, que extendió las manos en respuesta a la pregunta no formulada. "Podría haber estado fuera cinco minutos, quince o cuarenta. No llevo reloj y no he mirado la hora. No se sabe cuándo me golpearon realmente".

"Entonces, desde el punto de vista de la hora, podría haber sido cualquiera de nosotros", confesé.

"O alguien aún desconocido". Rey.



Antes de reunirme con Rey y Prunella en la cocina para tomar un té verde orgánico, el favorito de la amante de Audubon, me asomé a la biblioteca-estudio de Reginald. Hacía treinta minutos que habíamos terminado una búsqueda apresurada en los terrenos inmediatos. En realidad, no esperábamos haber encontrado algo en un terreno que había visto mucho hielo y varios pies, pero teníamos esperanzas. Además, un poco de aire fresco no hacía daño, nos habíamos dicho en broma. Cuando nos topamos con un grueso chal negro de hombre a cien metros de la cocina (Rey había sentido curiosidad por las unidades de compostaje recubiertas de hielo), bailamos una

giga que hizo que el delgado trasero de Rey se golpeara contra el suelo. Por suerte, los aullidos y los insultos se prolongaron durante la ventosa e invernal tarde.

Nadie reclamó la propiedad del chal y la tía Mat no recordaba ninguno igual que perteneciera a Reginald, así que Lewis lo metió en una bolsa mientras discutíamos con entusiasmo la posibilidad de que perteneciera al asesino. El sheriff se limitó a escuchar con una expresión de tensa paciencia.

"Probablemente la perdió cuando se apresuraba a salir", sugirió Prunella.

"¿Pero a dónde?" preguntó Rey, perplejo. "¿A un coche que esperaba, cubierto de hielo?"

"Quizá alguien lo mantuvo en marcha hasta que llegó", ofreció la tía Mat, tocando el vendaje de su sien derecha.

"¿En una carretera cercana - cubierta de hielo?" Rey preguntó con escepticismo.

"El chal puede haber sido colocado allí para hacernos suponer que el asesino se fue", señaló Linda.

Con el ceño fruncido, Percival miró de ella a su hermana y a mi prima. "Hablando de 'irse', como de partir, allá voy". Y se marchó.

Uno a uno le seguimos, dejando el "Misterio del chal varonil" para otra ocasión.

Lewis estaba charlando con la tía Mat mientras tomaban café en tazas de gran tamaño del color de la sangre de murciélago (vale, no sabía el color real, pero sonaba bien y espeluznante teniendo en cuenta las circunstancias y el tiempo). May-Lee se había retirado a su habitación para empezar otro libro: La vuelta de tuerca. Los demás habían desaparecido en acción. Algo retumbó en la distancia. ¿Un arado? ¿Un tren? ¿Un trueno? Qué tiempo tan loco. Pero entonces, qué reunión tan extraña.

Mi tía estaba apoyada en una estantería, mirando fijamente su taza como si ésta pudiera ofrecer explicaciones a todo lo que había

ocurrido recientemente. Lewis estaba sentado detrás del escritorio, mojando una galleta en la taza, con una extraña expresión entre triste y divertida, como si no estuviera seguro de si debía llorar profusamente o reírse histéricamente por lo absurdo de todo. Se había duchado, afeitado y se había puesto un traje informal de lana azul marino de Reginald Moone. La ropa le quedaba casi perfecta de largo, pero un poco ajustada de ancho; Lewis le sacaba unos buenos veinte kilos a mi tío. Seguía luciendo su sombrero de sheriff, un plato de moda que no era. Tres cadáveres, gente de los medios de comunicación rondando y/o parloteando, un grupo de extraños invitados reunidos para una extraña semana en una casa bastante extraña, un golpe en la cabeza: qué podría pasar a continuación, parecían preguntar sus vigilantes ojos verde mar. Podría mencionar que Fred el Fantasma podría pasar de largo en forma de barítono, pero eso podría llevar al hombre frustrado al límite.

Se esperaba que otro oficial llegara más tarde, cuando pudiera conseguir el vehículo adecuado para sortear los duros elementos. No estaba seguro de qué era más peligroso: conducir por una carretera cubierta de hielo con visibilidad limitada o permanecer en una vieja mansión habitada por fantasmas con un asesino desconocido.

"Tu té está frío", gruñó Prunella, señalando una elegante taza de flores mientras me acercaba a una mesa delicadamente decorada. Un juego de té Spode, una bandeja de plata y oro con delicados sándwiches, un mantel de lino beige con un motivo de aster y servilletas de lino de color amarillo girasol, parecían fuera de lugar en la cocina, pero había que darle puntos a Prunella Sayers por intentar añadir color y hombría a una tarde húmeda, gris y tensa.

Me senté en una silla, sintiéndome renovada por una ducha aromática y un cambio de ropa, pero sin demasiadas ganas de estar en compañía de ninguna persona en ese momento en particular. Con las manos cruzadas sobre mi chaqueta de lana, miré de una cara a otra. "Parece que las emociones están a flor de piel por aquí".

Rey, que seguía vistiendo un largo jersey de lana de cuello alto pero había cambiado los vaqueros por unos gruesos leggings de lana, seguía royendo un Twizzler negro. Una ceja arqueada y fuertemente lápiz parecía decir: "No puedo imaginar por qué".

"¿Crees que alguien más está en la cola para morir o ser apaleado?" Preguntó Prunella, completando su té. "¿O realmente hemos visto lo último del asesino?"

Tomé un sorbo del mío. Uf. Estaba frío y demasiado verde en el lado del té verde. "¿Hay alguna razón por la que alguien más deba morir o ser golpeado?"

"Eso es difícil de decir. Depende de los oscuros secretos que tengamos y de los nefastos planes que tengamos".

La imaginé como una empresaria de mala muerte, la vi compartiendo una cena íntima con Thomas, y luego la imaginé yendo tras alguien con un pez potencialmente letal. "¿Qué secretos o planes podríamos tener?"

"Entonces no serían secretos, ¿verdad?" Su sonrisa rozaba la soberbia. "Volvamos a los caballeros muertos. Thomas puede haber sido asesinado por sus problemas de juego. No eran simples centavos lo que debía. Otra posibilidad es que haya planeado matarnos a todos y cobrar el gran premio para pagar a sus ansiosos cobradores y/o jugar a los ponis con la esperanza de ganar a lo grande... pero alguien se enteró de su intención y adiós Tommy Boy".

Rey y yo nos miramos. Teniendo en cuenta la ruptura de Prunella con "Tommy Boy" y su afición por las armas inusuales, ella sería nuestra primera opción para el golpeador de abogados. Yo sonreí benignamente y puse cara de inocente como Dora la Exploradora. "¿Así que sabes lo de las apuestas?"

"Los rumores y cotilleos han fluido por aquí como la lava del volcán Kilauea de Hawai".

Miré a Rey. La ceja se arqueó de nuevo. Y el Twizzler se hizo más pequeño.

Prunella continuó. "Jensen estaba a punto de divorciarse de su menos que encantadora esposa. Había metido la pata en un par de negocios, tal vez porque pensaba demasiado en su amante de los últimos cinco años -que, según tengo entendido, iba a hacer pública

su relación si Jensen no lo admitía."

Rey y yo nos tensamos. ¿Cómo se nos pudo pasar eso por alto?

"Tenía una amante, ¿verdad?"

Prunella asintió mientras mordisqueaba lo que debía ser un sándwich de berros, calibrando por las pequeñas hojas verdes que revoloteaban en su regazo. "En este caso es un señor".

Fue mi turno de arquear una ceja. "¿Es...?"

"Muy", sonrió Prunella. "Al menos por el momento. Se dice que pasa de un lado a otro, dependiendo de quién haya capturado su fantasía".

"Eso no parece un motivo de asesinato", dije.

"Lo sería si la esposa estuviera muy molesta. Winda Moone siempre lo tuvo bien. Nunca tuvo que trabajar. Iba de compras, disfrutaba de fiestas de cóctel y cenaba bien con regularidad. Si hubiera planeado salir, eso habría sido la desaparición oficial de un matrimonio falso. Ella se habría enfadado por el gran cambio de estilo de vida no planeado. Por otro lado, también sería un motivo si Chaters Roland el Cuarto -amante y compañero de profesión- hubiera determinado que todo debía ser, y sería, a la vista".

La miré sin comprender, y luego negué con la cabeza. "No encaja. La muerte de Jensen estaba conectada de alguna manera con la de Thomas. No me imagino a la esposa cabreada o al señor amante viajando desde Inglaterra para liquidar a su cónyuge o pareja".

"Es perfecto, sin embargo, en ambos casos", dijo Prunella alegremente. "¿Quién iba a adivinar que Winda o Chaters habían viajado todos esos kilómetros para 'quitarse' a un compañero?".

"Tienes razón en que nadie pensaría en ninguno de los dos como el asesino, pero por muy furtivo que fuera ella o él, habría un rastro. Si alguien investigara con la suficiente diligencia, lo encontraría. Pero no estoy ni remotamente inclinado a creer que sea ninguno de los dos". Respiré larga y lentamente. "La sobredosis de quinapril de Thomas podría haber sido un accidente, o haber sido aceptada

como tal, pero el uso de cicuta venenosa y de una cerbatana fue deliberado". Me incliné hacia delante, con una expresión sombría. "Jensen debió descubrir algo y, como resultado, fue silenciado. Lo mismo con Porter. A un asesinato planeado le siguieron dos encubrimientos. Es una loca cadena de eventos".

"Con un asesino loco ahora potencialmente fuera de las instalaciones". Prunella me miró de cerca. "¿Por qué crees que tu tía fue golpeada?"

Observé su expresión tensa durante varios segundos. "Como su hermano Percival sugirió antes, alguien puede haber estado haciendo una declaración acerca de que su broma no era apreciada. O querían desesperadamente ese libro… ¿Pero por qué lo querrían tanto? Todo es demasiado vago". Acepté un sándwich de pepino del plato que me tendió. "¿Quién crees que lo hizo en el grupo?"

Su barbilla con hoyuelos se levantó. "Desde luego no fui yo. Ni tampoco Perc. Conozco muy bien a mi hermano".

"¿No es tu medio hermano? ¿O es hermanastro?" pregunté con la inocencia de Dora.

Ella sonrió con frialdad. "Vaya por Dios. Los chismes no sólo fluyen como un tranquilo flujo de lava del Kilauea, sino que escupen como nubes de piedras y cenizas del Monte Vesubio". Su fría mirada se movió de mí a Rey y de vuelta. "¿Qué tal uno o los dos?"

Me reí y miré a Rey. "¿Qué opinas, primo? ¿Debemos confesar?"

Rey sonrió. Qué inusualmente callada había estado. Me gustó.

Me puse en pie de un salto. "Voy a subir a hacerle compañía a mi portátil".

Rey dio un sorbo al té, se llevó a la boca el último regaliz y se levantó. "Pongamos en común nuestros pensamientos y observaciones después de la cena. Me vendría bien acostarme un poco".

"No es mala idea", dijo Prunella. Llamó a Beatrice, que estaba en la cocina en menos de cinco segundos. ¿Acaso la sirvienta acechaba en

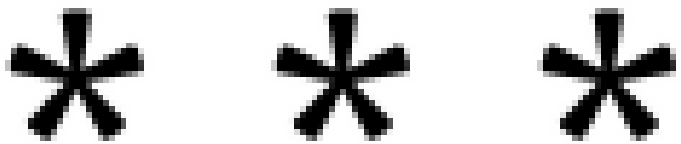
las sombras, esperando ser llamada? Después de indicarle que habíamos terminado, Prunella nos condujo a los tres hacia las escaleras.

"¡Caramba!"

"¡Keeee-rist!"

"¡Hola chicos! Hemos encontrado algo!"

Las voces excitadas de Linda y Percival nos impulsaron a apresurarnos hacia la habitación de Jensen. ¿Y ahora qué? ¿Otro cuerpo?



Me tropecé con Rey, que a su vez tropezó con Prunella cuando los tres intentamos entrar a la vez en la habitación de Jensen. Un jarrón de cristal con panal de miel se derrumbó y sus "panales" texturizaron el suelo.

"Estamos aquí, no allí", gritó Percival desde la habitación contigua.

Salimos a trompicones y nos dirigimos a la sala de arte. Linda estaba junto al baúl de latón, sosteniendo una caja de zapatos decorativa y con cara de satisfacción.

Adwin entró tambaleándose en la habitación, casi chocando con Percival. Tenía el cabello desordenado y la cara con líneas de sábana. También parecía malhumorado, como un niño que se

hubiera despertado de una siesta demasiado pronto. "Eres tan elegante como una manada de caribúes… no, mejor dicho, como un convoy de camiones de cemento rodando por un paseo marítimo. ¿Qué está pasando?"

"Asesinato de lo más asqueroso", anunció Percival de forma dramática, señalando la caja como si fuera algo de mal gusto, como un cadáver fresco de la carretera o un almuerzo regurgitado.

Rey y yo miramos dentro. Una cerbatana del calibre 40 y una pequeña botella de color ámbar con tapón, medio llena de líquido, yacían sobre un pañuelo de raso doblado. La botella parecía vieja, como una pieza de museo.

"¿Dónde has encontrado esto?" pregunté.

Linda señaló con la cabeza una librería victoriana de caoba parcialmente tapada. "Pasábamos por la habitación de Jensen y pensamos en echarle un vistazo rápido. No encontramos nada, así que pensamos que valdría la pena investigar algunas habitaciones contiguas. Si alguien va a esconder algo, puede que no lo quiera a la vista o al alcance de la mano, por si acaso, pero quizá lo pondría al alcance de la mano, por así decirlo. Teníamos razón".

Rey frunció el ceño y dio un paso alrededor de la mampara de madera, inspeccionando la zona. "¿Cómo es que la policía nunca lo encontró?". Lo que realmente quería decir: ¿cómo es que no fui yo quien lo descubrió?

"Puede que no supieran lo que buscaban. No es más que una caja de zapatos en un armario". Prunella palmeó la espalda de Percival. "Si hubieran mirado dentro, podrían haber pensado que se trataba de un medicamento, algo que necesitaría un diabético".

"¿En una caja de zapatos?" pregunté con rotundidad. "¿En una habitación que no se ha utilizado en la edad de un perro?"

"Es una maldita cerbatana," Adwin casi siseó. "La gente no se inyecta insulina en el cuello".

Nos volvimos hacia Adwin y nos devolvió la mirada con desprecio.

Alguien necesitaba más tiempo de pañales.

"Lo pasaron por alto", dijo Linda simplemente. "Lo cual es bastante fácil de hacer".

Prunella murmuró de acuerdo. "Será mejor que le enseñemos al sheriff Lewis. Está por aquí en alguna parte".

"Está en la habitación de invitados que le asignó Matty", dijo Percival con una sonrisa agria. "Debería tener a toda la fuerza aquí, no es que sirva de mucho".

"Un segundo". Levanté una mano. "Si esto pertenecía a Jensen -y suponemos que sí, simplemente por su ubicación- tenemos que suponer que él mató a Thomas".

"Tiene sentido".

"Suena lógico".

"Sí."

"Y entonces alguien lo mató", señalé.

"Su compañero", declaró May-Lee. "Tiene que haber un compañero - posiblemente la persona que perdió el chal".

"O que lo colocó allí a propósito y que también mató a Porter, por verle potencialmente -o a ella- con el cuerpo y/o las pruebas", continué.

"Tiene sentido".

"Suena lógico".

Sin embargo, algo no era lógico, y no podía poner el dedo en la llaga.

"No hay necesidad de que uno o ambos maten a nadie más, porque ninguno de nosotros ha visto nada", refunfuñó Adwin, apoyándose en una pared. "Más importante aún: uno o ambos parecen haber abandonado el lugar".

Percival exhaló con fuerza. "Personalmente, ya no me importa. Llevemos esta caja al sheriff y dejemos que él y sus colegas lo resuelvan. Con suerte, encontrarán huellas dactilares en la botella y en la cerbatana, y todo quedará claro. Mañana, si no antes, quiero estar de vuelta en casa, leyendo a Hemingway o Chaucer junto a la chimenea, y olvidando que los últimos días han sucedido."

"Estoy contigo en lo de estar en casa". Linda se dirigió a la puerta. "Voy a ver a Lewis". Se fue, con la caja en la mano, Percival pisándole los talones.

Los cuatro nos miramos.

Tuve que decirlo. "Es demasiado perfecto…"

"Demasiado perfecto", estuvo de acuerdo Rey.

"Porque tú quieres que lo sea", sugirió Adwin con sorna. "Déjalo en manos de los que mejor lo hacen y saben lidiar con el peligro".

Prunella asintió. "Rey, querida, tendrás muchas oportunidades de hacer de detective en tu carrera cinematográfica, estoy segura. Y tú, Jill, algún día serás una buena reportera o periodista, de eso también estoy segura. Como dijo Adwin, déjalo… déjalo a la gente que está capacitada para encontrar respuestas".

"Díselo tú, Pruney", dijo Adwin y los dos chocaron los cinco.

Rey y yo intercambiamos miradas y seguimos a los dos. Mientras mi galán y su camarada se paseaban por el pasillo, charlando sobre la cena, mi prima y yo nos volvimos el uno al otro.

"¿Dejarlo?", siseó ella en voz baja.

"En un ojo de cerdo", declaramos en voz baja al unísono.

22

PEQUEÑAS JARRAS MARRONES

Pensando que la biblioteca-estudio no estaría ocupada a las 9:30 de la noche, Rey y yo acordamos encontrarnos allí. Mi prima estaba sentada en el lugar donde Lewis había estado horas antes, con el torso apretado contra un hermoso escritorio antiguo mientras se inclinaba y escaneaba papeles. El agente de la ley estaba arriba con Jeana, quien, entre ataques de tos y estornudos, parecía tan estresada y tensa como un inexperto esquiador de fondo a punto de ser empujado por una colina voladora. La promesa de un resfriado a gran escala estaba grabada en su nariz roja como el rubí y en sus ojos vidriosos. Gwynne estaba fuera de combate; víctima de un malvado bicho, su pálido rostro se había vuelto más ceniciento a medida que se ponía cada vez más sudoroso y enfermo.

Me senté frente a mi primo, con las piernas cruzadas y un vaso alto de zumo de arándanos y refresco en la mano. Llevábamos conjuntos similares de dos piezas de forro polar; el suyo era rojo amapola, el mío amarillo mostaza (se nos habría visto desde doscientos metros).

Salvo por el aguanieve que golpeaba persistentemente el techo y las ventanas, la cena temprana había sido un asunto bastante silencioso. Cada pocos minutos, los vendavales a una agresiva velocidad de setenta millas por hora pasaban acelerando como un equipo olímpico de luge, lo que suponía unas fuerzas mortales que podían derribar árboles como si fueran cerillas y apartar cables eléctricos como trozos de cuerda. Atravesando varios estados, la tormenta estaba pasando rápidamente de ser una molestia a ser un trastorno. En cuestión de horas, los locutores, con rostro sombrío, declararon que la tormenta se convertiría en un fenómeno de gran envergadura, antes de recordar a los telespectadores los peligros que entrañaba estar en las carreteras y palear la abundante nieve húmeda.

Los productos de panadería de Adwin de los primeros días habían complementado una cena sencilla. El pan con hierbas acompañaba a la sopa de cebada y ternera que se había congelado para casos de emergencia, mientras que los bollos de challah acompañaban a dos tipos de quiches: una fusión de espinacas y salmón agradablemente especiada y una mezcla de tocino y jamón. Hubert había preparado un plato de antipasto y Beatrice había preparado dos enormes jarras de té helado a la menta, una bebida extraña para una noche fría y una cena de finales de otoño. Después, en el salón, Adwin, Prunella y Percival y Linda se habían acurrucado en el Monopoly mientras la tía Mat se sentaba en un rincón con una vieja novela de Jude Devereaux y una copa de jerez seco. May-Lee había reclamado el rincón opuesto y había optado por una taza de Earl Gray y por hacer punto de aguja, con las barras y estrellas adornando un tercio de su lienzo.

"¿Crees que Lewis nos dejará ir a casa mañana?" preguntó Rey.

"Quieres decir: ¿nos dejará la Madre Naturaleza?". Mi sonrisa era tan plana como mi tono. "En cuanto a Lewis, no creo que pueda detenernos técnicamente, pero el derecho no es mi fuerte".

"Salvo lo que ves en las reposiciones de NCIS y Bones, ¿no?". Rey sonrió.

"Eso es la ciencia forense: otro tipo de pescado".

Hizo un gesto de "lo que sea" y levantó páginas de notas escritas a mano con tinta fucsia.

"¿Ha estado Linda investigando de nuevo?" pregunté.

"Sí, lo he hecho. Ella quería tiempo de inactividad y yo quería saber la verdad, así que decidí ir por libre".

"Estoy impresionada".

Se inclinó sobre el escritorio, como una paciente que confía en un médico. "La historia de este lugar me despertó la curiosidad, con todos estos extraños cubículos. Intenté averiguar más sobre su historia".

"Es toda una tragedia lo de los Smith".

"Sí. Triste". Ella fingió un escalofrío. "Y aterrador".

"Algunas personas parecen absorber la mala suerte. Continuamente".

"Como una esponja". Ella empujó una página. "Seguí a la familia hasta el presente y luego cambié de marcha. Es algo fascinante". Señaló una página. "¿Ves esta mujer, Theresa Smith? Es la madre de Linda".

Eché un vistazo a la larga lista de Smiths y me fijé en los diversos modos de muerte y desgracia que Rey había anotado junto a cada nombre. El material del que están hechas las sagas. Observé que Theresa tuvo tres hijos y que murió bastante joven, después de haber sido atropellada por un camión de calabazas durante un tiempo borrascoso. "¿Así que sabes de su relación con los Smith?"

Me miró a la cara. "Al parecer, tú también".

"Me he enterado hoy mismo".

"Gracias por compartirlo", resopló.

Me encogí de hombros. "No se presentó la oportunidad".

Volvió a resoplar. "De todos modos, estuvo casada durante un breve periodo de tiempo al final de su adolescencia con un aspirante a músico de blues. Chiffre Royale. Un gran nombre, ¿no crees? Era atractivo y talentoso, y le gustaba mucho la heroína". Su expresión se volvió sombría. "Lo encontraron en un motel de Chicago con una aguja en el brazo". Suspiró suavemente y revolvió los papeles. "Continuando. Además de nuestro tío Reginald, seis Moones han muerto en los últimos cinco años: dos en incendios, dos en un accidente de coche, uno en una aventura de espeleología y otro nadando en Myrtle Beach."

"Tal vez la mala suerte de los Smiths se contagió a los Moones cuando compraron la casa".

"¿Tal vez la mala suerte fue arreglada?"

Escudriñé su sombría expresión. "¿Estás sugiriendo que las muertes no fueron accidentes?"

"¿Y si no lo fueron?", preguntó con una sonrisa cínica.

Recorrí la lista de nombres: Jackson Moone, David Leigh Moone, Harrison Moone, Franklin Moone, Helena Moone y Florence Moone-Bertolli. "El único Moone que conozco de esta lista es Helena. Recuerdo haberla conocido en una reunión familiar en la casa de Mashpee del primo Fitz hace diez veranos. Era una cosa alta y con caña, muy sombría y extremadamente snob. No se mezclaba mucho con nosotros. ¿Recuerdas?"

"Sí. Rondaba al primo Petey, el hijo menor del tío Carlton. Le gustaba mucho".

Me reí. "Alto y cañero, sombrío y snob se encuentra con bajito y fofo, tonto y juguetón".

"Era divertido."

"¿No se esperaba que Carlton no apareciera? Quiero decir, él y Reginald nunca se hablaron después de que Carlton huyera para alistarse en el ejército, así que fue una gran sorpresa para la mayoría verle a él y a los niños asistir. Recuerdo que la cara de mamá palideció tres tonos cuando se pasearon por el patio con vino y cerveza a cuestas en ese pequeño carromato".

"El tío Reginald no estaba a cincuenta millas de distancia y el tío Carlton lo sabía, por cortesía de la tía Mat. Por eso vino".

"Reginald nunca estuvo muy al alcance: el hombre era bastante antisocial cuando se trataba de nosotros".

"¿Apuesto a que no sabías que Petey se convirtió en un solicitado comediante de stand-up?"

Sacudí la cabeza. "Hay muchos miembros de la familia con los que no he mantenido el contacto".

"Tiene un gran contrato cinematográfico en marcha". Sonrió con desgana. "Ahora es bajito y fofo, tonto, juguetón, y rico".

"Y el sueño de una cazafortunas".

Nos reímos y me acerqué a una ventana de estilo palladiano y miré entre las pesadas cortinas de cuentas. El frío que entumece los huesos impregnaba el grueso cristal e instintivamente me subí la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla. "Hace un tiempo horrible. Y promete ponerse aún más desagradable, lo cual es difícil de imaginar".

"Al menos estamos tan cómodos como dos bichos encarcelados".

Me senté en el alféizar de la ventana. "¿Te gusta vivir en California, codearte con los famosos y hacer el circuito de fiestas?"

Me miró por encima del hombro. "Me encanta ser actriz".

"Siempre fuiste un jamón".

Sonrió. "Ese fue mi primer anuncio memorable: Reynalda, la jamonera. Pasé de la fruta a la carne, a la verdura y viceversa. Mis primeros trabajos como actriz incluyeron el nabo que baila con zapatos de claqué, la mandarina que baila el tango y la sandía que baila el vals".

"Widget".

"¿Widget?" Parecía pensativa.

"Es un pequeño artilugio o un chisme. Tú eras un widget que bailaba el vals", confirmé y me reí. "Y tú pensabas que esas clases de baile no iban a dar resultado".

"Cierto. Recuerdo que tuve que llevar un traje acolchado de quince kilos… Y conocí a Cecil después del rodaje".

"¿El tipo de edición que dejaste en el altar?"

"Me superó", sonrió. "Entonces no conseguía papeles muy estimulantes, pero las facturas se pagaban. En cuanto a California, dejando a un lado el smog de Los Ángeles, las playas son estupendas, la comida es sana e increíble, y las compras son fabulosas. Siempre hay algo que hacer y alguien a quien ver".

"¿Entonces eres feliz?"

La expresión de Rey se volvió inusualmente seria. "La felicidad de una persona es la miseria de otra. Todo es relativo, ¿no?".

Estudié su rostro y ella desvió la mirada. "¿Qué más tienes, además de un montón de moros muertos?"

"No mucho". Sacudió la cabeza y se dirigió a la lámpara del escritorio. "Pero creo que el querido Pruney mató a Thomas".

"¿Dónde están tus pruebas?"

"Aquí está mi evidencia de tres partes: motivo, tiempo, habilidad".

"En tu caso eso equivale a la intuición femenina, y eso no es suficiente. Lo que necesitamos son pruebas incontrovertibles, como un chal con ADN y/o una etiqueta con el nombre cosida".

"Sí. En nuestros sueños". Los labios de Clara Bow de Rey se tensaron en una línea áspera mientras escaneaba un par de páginas y empujaba una hacia adelante. "¿Y esto?"

Lo hojeé. "¿Así que Percival escribía artículos sobre hierbas y tratamientos de boticario, y formas naturales de mantener un jardín de primera? Es un aficionado a la historia y a la jardinería. Prunella los habría leído, o cualquiera de sus libros y trabajos de investigación. Habría aprendido algunas cosas, como lo que está escrito aquí". Señalé. "Cómo las hojas o los frutos de la cicuta venenosa son inferiores al jugo conservado de la hierba. Cómo los frutos producen más coniina que las hojas. Cómo el jugo de la cicuta venenosa, si se toma en sobredosis, produce parálisis". Señalé otro párrafo. "Los síntomas de envenenamiento incluyen náuseas, debilidad, parálisis y muerte".

"Siempre hemos sabido que la cicuta venenosa es peligrosa, por cortesía de las películas de misterio". Cerrando los puños, colocó uno sobre otro en el escritorio y apoyó la barbilla en ellos. Parecía agotada, tal vez un poco abatida.

Pasé a la siguiente página. "Curare es el nombre común de varios venenos de flecha originarios de Sudamérica. Hay tres tipos: de

tubo, de calabaza y de olla. La principal toxina del curare es la dubocurarina, Los intentos de utilizar el curare durante la anestesia se remontan a 1912 -"

"Lo he leído. No necesito oírlo de nuevo".

"Bien, pero escucha esto: no hay nada que ponga la cerbatana o la cicuta venenosa en manos de Prunella Sayers… ni aquí ni en ningún otro sitio". Le golpeé la cabeza juguetonamente con los papeles y los coloqué sobre el escritorio.

Se sentó en posición vertical. "Hablando de las manos de Prunella Sayers, nunca te lo he dicho: esa mujer tiene un agarre de víspera. Podría romper huesos sin proponérselo". Contó el momento en que empezó a abrir la puerta de la habitación de Jensen y Prunella le apretó la mano.

"Eso sigue sin demostrar nada, aparte de que levanta pesas o usa resortes de agarre".

"¿Siempre tienes que hacer de abogado del diablo?" Puso cara de mala leche y se desplomó en la silla de biblioteca del siglo XIX de Reginald.

"Estoy haciendo de sheriff Lewis y demostrando lo que diría, dado que no hay pruebas que respalden tus acusaciones". Bruno Mars anunció que tenía una llamada. Por suerte no se había caído ninguna torre de telefonía móvil y había sistemas de energía de reserva, así que no hubo mayores inconvenientes en la mansión de los Moone. Lástima que no ocurriera lo mismo con todas las casas de los condados cercanos que, según los informes, estaban envueltas en una oscuridad helada y las carreteras cubiertas de hielo resbaladizo. "¿Sí?"

"Hola. Soy yo."

"Hola 'yo'". Miré a Rey y me encogí de hombros. La voz me resultaba familiar, pero no podía ubicarla.

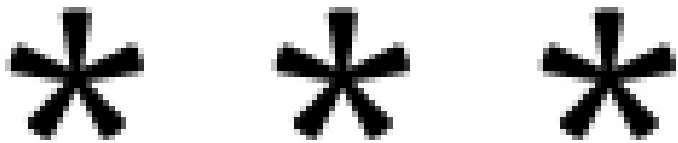
"Me acordé de algo de esa joven aspirante a clase con la que estaba Saturne".

Era el antiguo corredor de apuestas. "¿Cómo estás? ¿Qué recuerdas?"

"Estoy bien. Gracias. Recuerdo que estaba bebiendo cerveza. Saturne le pidió otra ronda mientras charlábamos. Parecía una mezcla extraña: cerveza y clase. ¿Sabes a qué me refiero?" No esperó a que respondiera. "Mientras pensaba en ello, recuerdo su voz. Era un poco dulce y joven -joven inmaduro, no físicamente joven-. Y usó la palabra 'dang' dos veces. Esa es otra razón por la que pensé que era rara: vestida de forma elegante, pero usando una palabra palurda y bebiendo cerveza".

"Qué gran recuerdo. Te agradezco que me hayas llamado para decírmelo. Te lo debo". Y lo hice. "Me pondré al día contigo la semana que viene". Colgué y le conté a Rey lo que Wayne Antici había transmitido.

Rey y yo nos miramos durante varios segundos. Abrimos la boca simultáneamente, pero fueron los vientos huracanados que lanzaron materia helada contra la mansión y que resonaron en toda la habitación. Entonces se apagaron las luces.



Cogidos de la mano, Rey y yo tanteamos las paredes para encontrar el camino hacia el salón. El fuego ardía y Prunella estaba encendiendo seis velas altas colocadas en soportes de plata en una fila perfecta sobre el aparador. Todo el mundo, excepto Percival, estaba allí, incluyendo a Fred el Gato y a un viejo oficial de policía

nudoso al que Lewis había pedido que le enviaran para sustituir a Gerald Gwynne, que estaba enfermo. Mojado, con frío y deprimido, había llegado con dos horas de retraso en un Chevy Tahoe que estaba aparcado a cien metros de la entrada de la casa, en un montón de nieve helada.

Gnarly enarbolaba un grueso cinturón de cuero sobre una panza del tamaño de una calabaza. Salvo por la perfecta forma globular de la cúpula cromada del hombre, se parecía a Jackie Gleason en Smokey and the Bandit. "Que las luces se apaguen ocurre mucho en estas viejas casas grandes". Cuéntanos algo que no supiéramos o que no hubiéramos escuchado en una docena de películas.

"¿Dónde está Perc?" Preguntó Rey despreocupadamente, mirando a su alrededor.

"Está buscando linternas y cajas de velas, espero que utilizables, del almacén trasero", dijo la tía Mat, moviéndose ante la chimenea. "Con esta tormenta, es probable que no haya electricidad hasta la mañana. Y si se congela durante tanto tiempo y con tanta fuerza como dicen, puede que esté cortada durante dos o tres días, o más".

Linda estaba de pie junto a una ventana, contemplando una noche blanca como el cristal mientras los vientos aullaban como lobos voraces. Rey y yo nos miramos, nos encogimos de hombros y nos acercamos al fuego. ¿Qué había en un "dang" de todos modos? Mucha gente usaba esa palabra, ¿no? Y si Linda había sido la cita de Thomas para beber, ¿quién podía decir que había habido algo siniestro o lascivo en ello? Pero, ¿por qué nunca lo había mencionado, si era ella la que Wayne había descrito?

"¿Habéis resuelto los asesinatos?" Adwin sonrió.

Rey se detuvo y se giró. "Hemos dado con soluciones viables".

Prunella sonrió. "Querido Rey, las 'soluciones viables' están lejos de ser hechos concretos o pruebas tangibles. No pondrán a nadie entre rejas".

"Amigos, voy a echar un vistazo y asegurarme de que todo está cerrado, y luego a ver cómo está el sheriff". Gnarly volvió a levantar

el cinturón y se dirigió a la puerta como un armadillo saciado.

"Voy a subir", anunció Adwin. "Ha sido un día largo".

"Será mejor que vea lo que retiene a Perc". Prunella siguió a Adwin, que llevaba un portavelas en una mano y un gato de aspecto muy tranquilo metido bajo el otro brazo.

Rey suspiró y comenzó a dirigirse hacia Linda, y se detuvo. La asistente de guionista ya no estaba en la habitación. "¿Dónde se ha metido Linda?" Sus manos volaron a sus caderas. "¿No deberíamos permanecer a la vista el uno del otro?"

"Ese sería mi consejo, pero ¿quién soy yo?". La tía Mat respondió con una sonrisa ácida.

"¿Quiénes somos nosotros?" preguntó May-Lee filosóficamente, con una sonrisa melancólica. "Os veré a todos por la mañana".

Los brazos de Rey volaron hacia arriba. "¡Me rindo!"

"¿Debemos molestarnos con Linda?" Pregunté, sin estar seguro de que realmente me importara de una manera u otra en ese momento. "Probablemente se haya ido a la cama. Parecía agotada".

"¿O culpable tal vez?"

"¿Pensamientos Deseosos?"

Se encogió de hombros. "¿Y si lo hizo ella, Jilly? ¿Y si es una psicópata secreta? ¿Y si quiere matar más? Estoy compartiendo una habitación con ella".

"Vamos. ¿Mataría a su mejor amiga?"

Nuestra tía se rió. "Creo que esa imaginación tuya, Reynalda, se desborda".

Yo también me reí.

"Siempre puedes mudarte a una de las habitaciones cerca de nuestros amigos de azul, si quieres". La tía Mat cogió un candelabro

mientras Rey parecía meditarlo. "Voy a ver qué es lo que retiene a los Sayers".

"Oye -¿qué dije sobre permanecer a la vista de los demás?"

Miró a su sobrina con paciencia.

La maldición de Rey, aunque silenciosa, era audible en la expresión. "Bien. Mejor nos vamos todos".

Cogí dos candelabros. "Me vendría bien un vaso alto de leche helada con chocolate. ¿Y tú, primo? Parece que te vendría bien algo para suavizar esos nervios tensos".

Su mirada se estrechó y sus labios se apretaron.

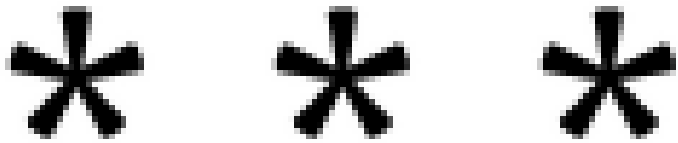
Le di un codazo en un brazo. "Mantengamos las cosas en perspectiva. Las conclusiones locas sin justificación son sólo eso: locas. ¿Recuerdas lo que pasó en las Catskills durante las vacaciones de verano en la escuela secundaria?"

El ceño de mi primo se transformó en una sonrisa. "Después de eso, Dinde, el socorrista, y la policía local no nos dejaron acercarnos a menos de cincuenta kilómetros del lugar. Y la familia del ayudante nunca volvió a mudarse. Todavía recibo cartas".

La tía Mat nos miró como si hubiéramos perdido la cabeza cuando empezamos a reírnos.

"¿Cómo íbamos a saber que era un teatro de verano?" Le di una palmada juguetona en el brazo. "De todos modos, sacamos algunas conclusiones disparatadas -que dieron lugar a una conducta muy tonta y a graves repercusiones- y no podíamos estar más equivocados. Abracemos la lógica, así como el sentido común".

Los tres caminamos por el pasillo que, salvo por los sonidos de una tormenta hirviente, estaba extrañamente silencioso. Nos acercamos a la puerta de un pequeño almacén junto a la lavandería y encontramos a todo el mundo allí, excepto a Adwin y los oficiales. Prunella y Linda permanecían silenciosas y conmocionadas ante el cuerpo inerte de Percival Sayers.



El grito que todos esperábamos que saliera de los labios de Prunella no se produjo; estaba demasiado ocupada con la boca abierta. Estaba cerca de su cabeza, con la cara dibujada, mientras que Linda estaba situada a sus pies, con una expresión sombría. La luz ámbar de las velas confería un aire espeluznante a la escena surrealista.

"¿Está muerto?" Rey.

"Como el proverbial clavo de la puerta", respondió Linda.

"¿Cómo lo sabes?"

"Tiene un cuchillo de pan offset Furi Rachel Ray de siete pulgadas en el corazón".

"Eh, claro".

"Será mejor que uno de nosotros coja a Gnarly", sugerí en voz baja.

"¿Quién?" La tía Mat parecía desconcertada.

"Ese vejestorio que Lewis mandó a buscar".

"Ese sería Ulysses Abbott", dijo ella, con la mirada fija en Percival, como si previera que en cualquier momento podría arrancarle la espada del pecho y gritar: "¡Ja, ja, te tengo!".

"Quizá sea mejor que nos vayamos todos", aconsejó Linda. "Esto es

demasiado Diez Negritos".

"Pequeña Jarra marrón" resonó en el pasillo.

"Fred está aquí", anuncié.

Rey me dio un codazo en las costillas. "¿Quieres dejar de hablar del fantasma Fred? Es un producto de tu imaginación".

"¡En un ojo de cerdo!"

"Nadie más lo ha visto -"

"¡Es real, Reynalda! ¿No lo oyes?" Hice un gesto hacia el pasillo.

"¡Señoras!" llamó nuestra tía, haciendo de árbitro. "Ese es Ulises. Le encantan las canciones populares del siglo XIX. ¿Ulysses? Estamos en la parte de atrás, junto al lavadero".

Unas pesadas pisadas vinieron hacia nosotros. El haz de una linterna precedió a su entrada.

"¿Sí, señora Moone? Yo sólo… oh". Miró a Percival y frunció el ceño. "¿Está…?"

"Como el proverbial clavo de la puerta".

Exhaló con fuerza y sacó un móvil del bolsillo del pecho de su arrugada camisa. "Al sheriff Lewis no le va a gustar esto ni un ápice. Estoy en el arroyo de la mierda - en una canoa agrietada".

23

ANILLO ALREDEDOR DEL ROSAL

Durante la noche, el aguanieve se había transformado en granos de nieve y luego en nieve pesada y húmeda. Los vientos seguían ululando, pero ahora sonaban más bien como banshees atormentadas. El grupo, lo que quedaba de él, estaba sentado en varios rincones del salón. Eran poco más de las ocho de la mañana.

Adwin acariciaba distraídamente a Fred, que estaba acurrucado en su regazo y roncaba de forma comparable a la de fuera. La tía Mat hojeaba ociosamente una revista de decoración, con aspecto cansado. Linda miraba fijamente a Prunella, que observaba el retrato de mis tíos sobre la chimenea, aunque ambas mujeres parecían estar en otros ámbitos. Mi primo releía notas e introducía citas aquí y allá. Nuestra enjuta criada de rostro severo rellenaba las tazas de café mientras Hubert permanecía junto a la puerta como un barco que cotiza en bolsa, esperando a ver si alguien requería sus servicios. Era como estar atrapado en una mala repetición de un reality show o interpretar a Phil Connors de Bill Murray en el Día de la Marmota y vivir los mismos acontecimientos una y otra vez.

En algún momento después de la medianoche, Gnarly -más conocido como Ulysses Abbott- había recogido las declaraciones y esperaba la llegada de un forense y de los refuerzos. El teléfono móvil de Lewis había muerto la noche anterior gracias a una caída por el balcón del segundo piso al resbalar en el suelo de madera encerada. Una urna de cerámica del primer piso, que se encontraba en la trayectoria directa del móvil que había caído, sufrió una larga grieta. Con el servicio LAN caído, el sheriff andaba de un lado a otro, comunicándose con el personal de las fuerzas del orden por medios alternativos: tableta, boca a boca y señales de humo. De acuerdo, estaba demasiado húmedo para el último método, pero si hubiera podido encender una hoguera exterior para que sus órdenes fueran emitidas y obedecidas, lo habría hecho.

Gwynne estaba más enfermo que la noche anterior. Afortunadamente, la tía Mat había encontrado Bonine para ayudar con las náuseas y se lo había llevado al ayudante del sheriff con una tetera de manzanilla. Ella le había sugerido que se tomara una de las pastillas masticables con sabor a frambuesa, pero cuando ella le dio la espalda para que se sirviera, él se chupó cinco. El hombre estaría fuera de combate por un tiempo.

Jeana estaba descansando arriba con una tetera de menta, un frasco de ibuprofeno y una gran caja de pañuelos. Le había dicho a la tía Mat, que parecía disfrutar haciendo de enfermera, que bajaría más tarde, cuando se le pasara el dolor de cabeza. A los demás nos pareció bien que se quedara arriba; nadie quería que los gérmenes de Jeana bailaran por ahí con alegre celo. Por lo visto, Lewis era de la misma opinión: le había dicho a la oficial que no se dejara ver hasta que se sintiera al menos un noventa por ciento mejor.

Gnarly había patrullado el perímetro de la casa dos veces después de que se descubriera el cuerpo de Percival. Sin duda, había hecho un trabajo de primera después de la reprimenda de Lewis. Había que compadecerse de aquel hombre tan corpulento que parecía haber recibido una puñalada en el pecho. No había forma de que pudiera evitar lo que había sucedido. Si Percival no hubiera recibido el cuchillo en el momento en que lo hizo, lo habría recibido en un momento posterior. ¿Pero por qué Percival Sayers? ¿O lo habían confundido con otra persona en la oscuridad?

Sentí que me miraban. Linda sonrió finamente, se giró y volvió a centrar su mirada en Prunella, que se movió y estudió un jarrón de latón que lucía un diseño geométrico grabado de forma única.

"¿Cómo lo llevas?" le preguntó la tía Mat a Prunella en voz baja.

Ella se encogió de hombros. "Tardaré un tiempo en asimilarlo. Parece... una especie de... sueño".

"¿Por qué tu hermano?" preguntó Rey, poniéndose de pie.

"¿Cómo voy a saberlo?" Prunella respondió con frialdad.

"Debió de enfadar a alguien".

"Era un buen hombre: no hacía rabiar a la gente".

Rey se cruzó de brazos y estudió la cara pellizcada del pajarero. "¿Parecía como si estuviera preocupado, o asustado tal vez?"

Su mirada se estrechó y su tono se volvió más frío con cada sílaba. "Perc no tenía motivos para estar preocupado o asustado… no más que cualquiera de nosotros, dado lo que ha estado sucediendo. Él siempre… siempre había sido una persona concienzuda y de buen corazón que había aceptado a la mayoría de la gente a pies juntillas".

Rey no pareció inmutarse. "¿Mencionó algo antes en el día?"

"¿Cómo qué?"

"Como haber visto algo o haber oído algo. Tal vez descubierto algo… o sabido algo".

Prunella frunció el ceño, se levantó con rigidez y comenzó a pasearse. La tensión se estaba espesando como un roux batido rápidamente.

Era el momento de volver a mi portátil de arriba. "¿Hay alguna razón por la que debamos quedarnos aquí?"

"Sí". La sonrisa y el tono de Linda eran secos. "Para que no nos liquiden".

"Tal y como van las cosas, cualquiera de nosotros podría ser el siguiente 'offed'", murmuró Adwin, rascando la cabeza de su peludo amigo. "Aparentemente, el pañuelo en la zona de abono era simplemente una treta".

"¿Aparentemente?" La sonrisa de Prunella era agria. "Si eres el siguiente en la lista del asesino, eres el siguiente. Eso es todo. No hay escapatoria".

"Somos como esos blancos de pato en la feria", declaró mi galán. "Estoy a favor de irme".

Linda miró de una cara a otra. "Sé que el sheriff dijo que podíamos

dirigirnos a la comisaría si no nos apetecía quedarnos aquí, pero no voy a arriesgarme a atravesar una nieve como el cemento y unas condiciones de carretera traicioneras. Según he oído, hasta el forense tiene que tomar medidas extremas para llegar hasta aquí: venir en la cola de un arado en un robusto Jeep Rubicon".

"Podríamos tardar horas en llegar, si es que llegamos. Podríamos dar vueltas en una zanja o envolvernos en un árbol. ¿Y quién quiere estar atascado en una pequeña estación de policía? Al menos aquí podemos vigilarnos, o correr y escondernos, si nos apetece", afirmó May Lee con el ceño fruncido. "Estoy con Linda. Prefiero quedarme aquí".

Rey se volvió hacia la tía Mat. "¿Guardas algún arma?"

"Hay media docena de rifles de caza. ¿Por qué?"

"Deberíamos armarnos".

"Estoy seguro de que a Lewis y compañía les encantaría tenernos deambulando por ahí, listos para disparar ante cualquier movimiento o sonido que nos sobresalte". Adwin colocó a Fred en la alfombra y se puso en pie de un salto. "Ya que nos quedamos todos, voy a subir a dormir un poco, ya que anoche sólo pude dormir unas dos horas. Luego, voy a hacer la maleta para irme en cuanto amaine este tiempo tan brutal". Tomó dos sándwiches de jamón y briete, los envolvió en una servilleta y se giró. "Tú también".

Miré a Rey y sonreí. "¿No te encantan los hombres que exudan autoridad?".

Ella sonrió pícaramente a su vez y juntas respondimos: "No-oo".

Adwin la miró a ella y a mí y se marchó, con Fred acampando inmediatamente detrás.

"Creo que voy a hacer lo mismo", dijo Linda. "Me gustáis, pero me estoy cansando de miraros. No es nada personal".

"Lo mismo digo", dijo Prunella.

Ambas salieron de la habitación. May-Lee se encogió de hombros y

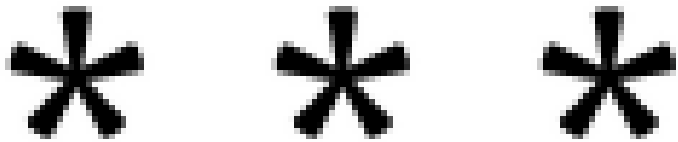
la siguió.

"Eso nos deja a las tres", anunció mi tía. "Estoy cansada, pero lejos de tener sueño".

"Lo mismo digo", rió Rey, indicando a Beatrice que pidiera más café y cogiendo una galleta de nuez. "Me vendría bien más cafeína y azúcar".

"Lo mismo digo". Con una sonrisa cansada, me acerqué para rellenar el vaso.

La tía Mat indicó a Hubert que viera si Lewis necesitaba algo y pidió a Beatrice que preparara otra jarra de café. Luego se dirigió a nosotras. "Señoras, recapitulemos".



"¿Estamos de acuerdo en que Prunella está involucrada?" Posada en el sofá como Theda Bara en Cleopatra, Rey sonaba tan histriónica como lucía.

La tía Mat se sentó en el sillón en el que Thomas había expirado. Estaba sentada junto al fuego que había ampliado con tres gruesos troncos hacía unos minutos, disfrutando del calor que velaba como una suave sábana de franela. Las dos nos volvimos hacia el otro y asentimos.

"Y no estamos seguras del papel que desempeña Linda", continuó, "si es que desempeña alguno".

Dije: "Tenemos que confirmar que la 'chica de los cojones' que está con Thomas en ese bar de Fens es nuestra 'chica de los cojones'. ¿Tienes una foto de Linda que podamos enviar al detective privado de la tía Mat? A ver si Johnny puede relacionarlos a los dos".

Los ojos de Rey se movieron como bolas de pinballs. Finalmente sonrió. "No hay muchas, pero hay una muy buena de principios del año pasado. Estaba sentada en el regazo de un gaffer en una función de la industria. Fue algo fuera de lo común, pero también lo fueron los cinco tragos de bourbon que ella y Roadhouse -él es el gaffer- se tomaron". Me indicó el portátil que había cogido del dormitorio.

Dos minutos más tarde, estábamos viendo a una Linda Royale muy feliz, encaramada a un macho corpulento. El nombre de Roadhouse le sentaba de maravilla. Su cabello, con mechas, era más largo y había visto una plancha. Vestida con un suéter lila ajustado y una falda negra larga y fluida con filigranas doradas, aros de oro, cadena y pulsera, tenía un aspecto muy diferente. Y bastante borracha.

"¿Cuál es la dirección de correo electrónico de Johnny?"

La tía Mat se la dio y salió.

"Ya que estamos, déjame ver cómo enviar uno". Saqué un número de teléfono de mis contactos, hice una llamada y le prometí a Wayne una "recompensa" (cortesía de mi tía) para compensar las molestias. Había comido una mala tanda de almejas a última hora de la noche y estaba tumbado en la cama, y entre gemidos y quejidos, prometió ver la foto. Y así fue.

Rey lucía contemplativo, y luego anunció con entusiasmo: "Tengo una idea". Tras localizar dos direcciones de correo electrónico de empresas de televisión, tecleó dos breves párrafos.

Leí la petición sobre los plazos de las vacaciones y le di una palmada en la espalda. "Pensamiento inteligente".

Se inclinó hacia delante, parecía que iba a maldecir, pero se encogió de hombros y sonrió. "No soy todo belleza, ya sabes".

¿Quién quería ir allí a estas horas de la mañana? Sintiéndome optimista, me apoyé en el aparador. "Ahora esperamos que lleguen las respuestas".

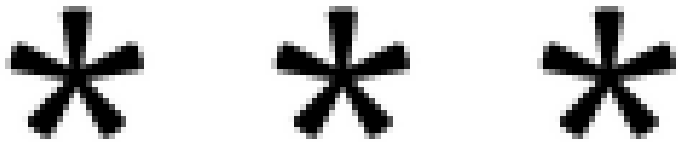
La tía Mat se paseó ante el fuego. "¿Y si Johnny confirma que ha visto a Linda? ¿O este antiguo corredor de apuestas lo hace? ¿Confirma eso entonces que ella y Prunella están confabuladas?"

Rey asintió. "En cuanto al asesinato de Percival, Prunella tuvo que haber estado allí: ella y Linda se fueron juntas. Si Linda era la que tenía el cuchillo, Prunella ciertamente no lo impidió y si Prunella era la que tenía el cuchillo, Linda tampoco hizo nada para impedirlo. La pregunta, sin embargo, es ¿por qué fue asesinado Percival?"

"En realidad, ¿por qué cualquiera de ellos?", preguntó nuestra tía en voz baja.

"Desgraciadamente, todavía tenemos muchas suposiciones e instintos viscerales, pero ninguna respuesta o prueba de buena fe", suspiré.

Nos miramos el uno al otro, con la tristeza cubriendo nuestros rostros como la niebla de las cataratas del Niágara.



"Seguro que está tranquilo", susurró Rey mientras nos dirigíamos a un pasillo del segundo piso esa misma tarde.

"Todo el mundo está descansando o durmiendo la siesta. Lewis está en el otro lado de la casa, llevando a cabo asuntos policiales "oficiales", lo que se traduce en asuntos de Mantenganse fuera de mi cabeza", señalé, "y tú no has pronunciado ni una palabra en los últimos minutos, lo que es muy poco habitual en ti."

"Ja, ja". Rey ofreció una de sus frambuesas.

"¡Ja, ja, ja, tú y yo, pequeña jarra marrón, no te quiero!"

Sonriendo, Fred el Fantasma pasó de largo.

Rey tenía los ojos tan abiertos y redondos como pelotas de ping-pong y emitió una especie de sonido sibilante, como si quisiera decir algo o chillar, pero tenía la lengua pegada.

"Fred, demonio, estás asustando a mi sobrina", regañó la tía Matt en voz baja, moviendo un dedo juguetón.

"¡Ja, ja, ja, tú y yo, pequeña jarra marrón, no te quiero!" Y desapareció en la pared.

"Ahora tienes que creerme", le dije a mi primo.

Rey se limitó a mirar de una cara a otra, respiró entrecortadamente y entró en la habitación de la tía Mat.

"Está en negación", dije.

"De todos modos, prefiero mantener el secreto de Fred. ¿Quién necesita tipos paranormales rondando la puerta?" Mi tía deslizó su brazo entre los míos. "Estoy segura de que Fred también lo preferiría así".

Nos pusimos delante de la puerta.

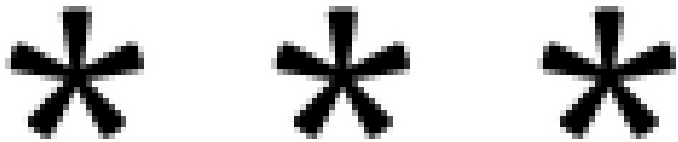
"¿Alguna vez te habla?"

Ella volvió a mirar hacia la pared por la que había entrado. "Normalmente no".

"¿Tienes idea de cómo ha acabado en esta casa?"

"Sí". Sonrió misteriosamente y me arrastró al dormitorio.

Rey estaba en el otro extremo de la cama de matrimonio, bajo una colcha de raso, con una almohada de plumas sobre la cabeza. No había forma de que volviera a hablar de Fred en esta vida.



Sobre las 17:45 se sirvió una cena temprana e informal en el pequeño comedor.

Mi primo y yo nos habíamos duchado y nos habíamos puesto unos vaqueros y un jersey limpios, mientras que nuestra tía había optado por unos pantalones de diseño y un jersey de cuello alto. Adwin llevaba su sudadera favorita y unos vaqueros, mientras que el atuendo de May-Lee, un traje pantalón gris a rayas, era elegante y costoso. Linda y Prunella, sentadas en extremos opuestos de la mesa, lucían faldas largas de lana con gruesos jerséis. Siempre había pensado que a la gente, cuando se encontraba en una situación desesperada, no le importaba mucho su aspecto o su olor. Evidentemente, me había equivocado.

Lewis, Jeana y un joven oficial de rostro rubicundo llamado Budd también estaban cenando, pero habían optado por comer en la cocina. Budd, cuyo nombre completo era Buddy Barnabus Budd (y yo que pensaba que los Fonnes tenían el récord de nombres extravagantes), se había subido a un arado que el forense había seguido en un jeep. Mientras tanto, Gnarly había conseguido que lo llevaran de vuelta a la estación.

Lewis asomó la cabeza. "La autopsia va a comenzar esta tarde", dijo, mirando a cada uno de nosotros con recelo. "Fenton está bastante seguro de que Percival Sayahs murió a causa del cuchillo en el… después de un golpe en la parte posterior de la cabeza con lo que probablemente fue un instrumento hammah o similar. Sólo pensé en hacértelo saber, ya que casi me hiciste prometer que te mantendría informado". Se retiró.

"Ay, eso tiene que doler", murmuró Linda, mordisqueando un trozo de chirivía al vapor.

Adwin respiró profundamente. "Alguien le golpeó en la nuca y luego lo apuñaló mortalmente, sin pensarlo ni pestañear. ¿Qué sangre fría es eso?"

La tía Mat suspiró suavemente. "Evidentemente no hubo remordimientos".

"Matar le resulta fácil a esta persona", murmuró Rey, tomando un sorbo de zumo de arándanos.

"O las personas", añadí.

"Entonces, ¿quién de esta mesa lo hizo?" Linda miró las caras como un sargento instructor que intenta detectar la insubordinación.

"Cuco".

Las miradas de todos recorrieron la sala hasta el reloj de fabricación suiza y observaron cómo un alegre pajarito anunciaba la hora. Es curioso, nunca había hecho cucú.

"Lo hiciste, Linda querida", anunció la tía Mat.

"Mathilda Moone, eso es absolutamente absurdo". Prunella agitó una mano en señal de rechazo.

"Y tú también".

Prunella se quedó con la boca abierta.

24

ASÍ ES COMO SE DESMORONA LA GALLETA

Linda miró fijamente a mi tía durante varios segundos, miró a Rey y luego a Prunella, y luego resopló. "Caramba. Eso es una histeria".

La expresión de Prunella era una mezcla de sorpresa e incredulidad. "¿Seguro que bromeas? Querida, esto no es para nada divertido".

"Sabemos que tiene que ser alguien de este grupo", respondió ácidamente la tía Mat. "Tú misma lo has dicho, e incluso has apuntado con el dedo a diferentes individuos… lejos de ti".

"Todos estábamos pensando en voz alta". Tomó un sorbo de té de hibisco y se echó hacia atrás, con un aspecto muy tranquilo, incluso divertido. "También pensamos que podría ser una persona o personas no invitadas". Extendió su taza cuando Beatrice se puso al lado con una tetera Noritake de porcelana blanca. "¿Por qué meterse con nosotras dos?"

La tía Mat estaba sentada en la cabecera de la mesa, con el aspecto de un director general dirigiendo una reunión anual de accionistas. Se inclinó hacia delante y se agarró al borde de la mesa, con expresión severa. "Johnny Gorcey tiene uno o dos testigos que jurarán que Linda estuvo en el despacho de Thomas al menos en dos ocasiones".

Rey empezó a hablar, pero luego pareció desconcertado. "¿Cómo se llama ese corredor de apuestas?"

"Wayne Antonici", respondí. "Conocía muy bien a Thomas en su época de corredor de apuestas. Me confirmó que vio a Linda con Thomas en un bar de Boston".

La mirada de Linda se volvió diez grados más fría, pero permaneció

muda.

"Y gracias a personas serviciales de los departamentos de personal de dos empresas para las que trabajó en los últimos diez años, tenemos fechas de vacaciones". Saqué una lista doblada del bolsillo de mis vaqueros y la sostuve, "así como las fechas en las que has declarado tu enfermedad".

"Parece que se han roto las cláusulas de privacidad. Tendré que consultarlo con fuentes legales". Inclinándose hacia atrás, Linda sonrió fríamente y arqueó una ceja. "¿Y?"

"Así que coinciden con las horas en las que murieron seis Moones".

"¿Y qué hay de eso, señorita Royale? ¿Estaba usted presente cuando murieron esos Moones?" Lewis se quedó en la puerta, con aire y tono neutros.

Budd, de pie detrás de él, recogió sus globos oculares del suelo.

"Adelante. Intenta demostrar que tuve algo que ver con esas muertes", resopló. "Qué ridículo".

Budd se inclinó hacia delante, completamente absorto en el momento, mientras Lewis se acercaba al aparador y se servía un vaso de zumo de tomate caliente. Se volvió lentamente, con el vaso en la mano. "¿Qué pasaría si hiciéramos comprobaciones en aviones, coches de alquiler, autobuses y similares? ¿Descubriríamos que se dirigieron a los mismos destinos donde -y cuando- murieron los Moones?"

"A por ello", se atrevió el ayudante de guionista.

Este era tan frío como un pepino. Tal vez pensó que nadie iba a comprobarlo. O tal vez había cubierto muy bien sus huellas. Dos pepinos podían jugar a este juego de la frialdad. Me senté y me crucé de brazos. "Tenemos dos fuentes listas para corroborar que estuviste con Thomas Saturne".

Ella reflejó mi pose. "Conocí a Thomas Saturne en su día. Utilicé sus servicios dos veces: después de que mamá sufriera un desafortunado accidente y una vez más. Sí, nos conocimos en un bar de Boston una

tarde. Los dos estábamos de compras en Copley Place, nos encontramos y pensamos en tomar una copa para ponernos al día de nuestras vidas. Thomas mencionó un pequeño bar que le gustaba y nos fuimos. No hay nada ilegal ni sospechoso en eso".

Rey levantó su taza mientras Beatrice iba sirviendo más té. "Entonces, ¿por qué no nos dijiste que lo conocías?".

"Nadie preguntó".

"Pero ambos fingieron que sólo se conocieron aquí en la casa".

Linda ofreció una sonrisa salada. "A este grupo le encanta charlar sobre nada. No teníamos ningún deseo de dar a las lenguas movedizas más de qué hablar. Además, no éramos amigos, sólo un proveedor de servicios profesionales y su cliente".

"No soy una meneadora de lenguas", espetó Prunella.

"No soy un hablador". La tía Mat pareció afrentada.

"No me mires a mí", resopló Rey.

"¿Cómo te involucraste con un abogado neoyorquino en primer lugar?", pregunté, "teniendo en cuenta que vives en California".

"Vino recomendado. Resulta que yo vivía en Nueva York -en Queens, para ser exactos- cuando nos conocimos".

"Parece que hay muchas coincidencias", declaró Rey sin rodeos. "Demasiadas, en mi opinión".

"No te hemos preguntado", gruñó Linda.

"Señoras, por favor". Lewis levantó una mano y se dirigió a Budd. "Parece que tenemos acusaciones y hechos que comprobar. Tal vez puedas utilizar el ordenador del despacho de Reginald Moone para poner en marcha las ruedas". Miró a la tía Mat en busca de confirmación y ella asintió. "Mira a ver qué se te ocurre y haz lo que tengas que hacer para conseguir información, si es posible sin salir a la calle con este espantoso clima. Y vigila a Gwynne. Tal vez le lleves un poco de sopa de sobras. Luego dile a Jeana que te eche

una mano, si le parece bien. Con cuatro cuerpos", sus ojos giraron hacia arriba, "tenemos mucho trabajo por hacer".

"No me importa lo mal que esté ahí fuera, me voy a casa - con las raquetas de nieve de Reginald si es necesario. Ya he aguantado y me han insultado bastante", resopló Prunella. "También tengo que ocuparme de los servicios de mi hermano".

"No lo enterrará mañana, señora Sayers", le dijo Budd en voz baja.

La mirada de Prunella tenía el calor de un lanzallamas; el oficial debía de parecerse a una hamburguesa asada a la brasa, con mucho carbón.

"Tal vez sea conveniente que volvamos a registrar todas las habitaciones y pasillos ocultos".

"Vaya Sheriff, eso sugeriría que no hicieron un buen trabajo las primeras veces". El tono de Linda era tan dulce como un refresco de crisantemo.

Su tono era igualmente meloso. "Entonces, ¿por qué no confiesa, señora, y nos ahorra tiempo y problemas?"

"Sigue soñando".

Un pensamiento voló a mi cabeza como el que Harris Sparrow tuvo en la de Prunella el otro día: rápido y furioso. Me levanté de un salto y le indiqué a Lewis que fuera a un rincón de la cocina. Jeana estaba sirviendo con una cuchara un par de secciones de mandarina, con mucho jarabe, de un gran tazón.

"¿Te sientes mejor?"

Un estornudo que sonó como un squib detonado respondió a mi pregunta.

"Budd necesitará ayuda", le informó Lewis.

Con un rápido golpe de nariz, se levantó y salió de la habitación con su postre a medio terminar.

Me miró con curiosidad y esperó.

"¿Alguien ha comprobado las pólizas de seguro y los testamentos de estos muertos?".

Dudó y luego asintió. "Al ser un aficionado al misterio y aspirante a detective, el joven Budd investigó historias y familias, testamentos y seguros. No es que no lo hubiéramos hecho, pero hemos estado sobrecargados y escasos de personal, y él fue muy rápido". Sacó un pequeño y grueso bloc de su bolsillo trasero. "Esto es de Jeana. Ella recibió el resumen de él y tomó notas". Los ojos estrechos recorrieron la primera página. "Saturne no tenía testamento ni póliza de seguro vigente, pero sí tenía una hace tiempo". Sus ojos escrutaron los míos. "Tu amiga Prunella Sayahs era la beneficiaria".

"¿Cuándo lo canceló?"

"Hace casi dos años".

Antes de la ruptura. Interesante. "¿Nadie pensó que era extraño?"

"Cuando Budd nos llamó la atención, no pensamos mucho en ello. No había una póliza válida, así que ella no iba a cobrar".

"Tal vez pensó que iba a cobrar".

La mandíbula de Lewis se movió y volvió a mirar la siguiente página. "La esposa de Jensen había sido eliminada hace tiempo. Tenía a un tipo llamado Chatahs Roland como principal beneficiario. El testamento deja dinero a Roland, así como a tres instituciones educativas".

"¿Alguien revisó a May-Lee Sonit?"

"La amiga de Mathilda de toda la vida tiene un testamento, dejando todo a una hija y un nieto. También tiene cobertura para la tienda, y una modesta póliza para ella misma. Oí algo sobre que había sido una antigua novia de Percival Sayahs".

"Esposa - de corta duración".

La expresión del hombre osciló entre el embeleso, la perturbación y

la perplejidad. "Debemos volver a revisar las pólizas y los testamentos de Percival Sayahs. Tal vez Budd haya pasado algo por alto".

"Y verifica al cocinero", aconsejé. "Porter fue cocinero en el restaurante de Prunella en San Francisco hace varios años. Sin embargo, ella nunca ha afirmado conocerlo".

Escudriñó mi rostro durante varios segundos. "¿Crees que aparecerá en el testamento o la póliza del cocinero?"

"No es probable, pero valdría la pena saber quién era lo suficientemente importante en la vida del ex convicto como para justificar la condición de beneficiario… si es que tenía un testamento o una póliza".

"¿Ex… convicto?" Lewis parecía lejos de divertirse.

Rápidamente, lo puse al día sobre el notorio pasado de Porter. "Pero volviendo a Prunella, no estoy seguro de que hubiera matado a Percival por dinero, si es que fue ella quien realizó el acto mortal".

"El dinero es un gran incentivo para el asesinato", declaró Lewis.

"Si ese fuera el incentivo, ella lo habría hecho años antes".

"Puede haber estado esperando el momento adecuado y finalmente lo encontró cuando los cuerpos comenzaron a acumularse. Esto podría funcionar a su favor".

"¿Estás sugiriendo que los asesinatos no están relacionados? ¿Que hay diferentes asesinos?"

La sonrisa de Lewis era apática. "Ahora mismo, simplemente estoy lanzando ideas, y no muy buenas. Hasta que tengamos alguna prueba real -una confesión o dos serían bienvenidas- sólo podemos especular". Volvió a guardar el bloc de notas en el bolsillo. "Ya que estamos especulando, consideremos a Linda Royale. Hablabas de que ella tenía algo que ver con los seis moros muertos. ¿Crees que también podría estar involucrada en lo que ha estado sucediendo aquí?"

Me apoyé en la pared y reuní los datos que habíamos descubierto hasta el momento. Había un vínculo en alguna parte. ¿Cuál era? "¿Y si mi prima tiene razón y ella y Prunella están involucradas? Una de ellas tendría que ser la instigadora, muy probablemente Prunella, porque es una poderosa por derecho propio. Digamos que Prunella cobra el soborno y Linda, a cambio de ayuda, recibe un porcentaje".

"¿Es del tipo que aceptaría el dinero tan fácilmente y se convertiría en cómplice de un asesinato?" Frunció el ceño. "Mi instinto me dice que no lo es".

"Puede que albergue un gran rencor". Le hablé de la relación con los Smith y la finca.

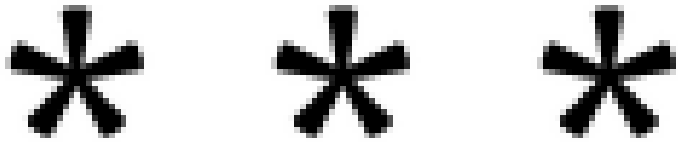
"Maldita sea". Se frotó la sien y de repente pareció diez años más viejo. "Volvamos al pago que mencionabas. ¿De dónde sacaría la mujer Sayahs el dinero para 'pagar' a tu amigo?"

Lo consideré. "Hay dos posibilidades. Una, que pensara que iba a heredar dinero -mucho dinero- de Thomas Saturne. Dos, pensó que recibiría el pago de un corredor de apuestas o de un prestamista enfadado, ganado por el cese de un jugador endeudado cuya pérdida se estaba convirtiendo en un horrible hábito."

"¿Y los demás fueron qué, daños colaterales?", sonrió secamente. "Una pregunta vital más: ¿cuándo se juntaron tu amigo y la mujer Sayahs? Tendría que haber sido antes de que empezara este extraño asunto".

Respiré profundamente. De repente, el razonamiento me pareció poco convincente y pedestre.

Al notar mi abatimiento, el sheriff se rió y me dio una suave palmadita en el hombro. "Lo conseguiremos".



Una hora y media más tarde, tres superdetectives (en nuestros sueños) conferenciaban en la biblioteca-estudio.

Rey silbó y sacó suavemente una foto de los dedos de la tía Mat. "Johnny 'Sherlock' Gorcey seguro que tiene una gran memoria, y aún mejores fuentes".

"Eso me parece una prueba", dijo nuestra tía triunfalmente.

La foto mostraba a una Linda Royale bien vestida y con un aspecto muy diferente, sentada junto a un alto escaparate de estilo francés en un lujoso restaurante de Manhattan con Thomas Saturne. Había sido tomada hacía unos dieciséis meses. Llevaba el cabello cuidadosamente recogido en un moño y llevaba una chaqueta de brocado metálico con cuello de mandarina y una camiseta roja sin costuras. Él iba vestido con la típica ropa de Thomas Saturne: un traje a rayas gris ceniza mal ajustado, con una camisa blanca de toda la vida y una corbata gris. Estaban bebiendo vino tinto y picoteando tapas. Por las sonrisas, parecía más personal que de negocios, pero el fotógrafo puede haberlos captado en un momento casual.

"Yo no llamaría a eso una prueba. Curioso sí, condenatorio no", advertí. "Ella admitió haberse reunido con él por asuntos legales. Nada aquí sugiere lo contrario".

Rey suspiró. "Lástima que no tengamos una foto de la sobremesa".

"No puedo ver a Linda y Thomas retozando en la cama. Es una

imagen demasiado repugnante", dije.

Otro suspiro. "Tienes razón. Ella no es su tipo".

"Es elegante de una manera madura y conservadora, pero joven emocionalmente", aconsejó la tía Mat. "No estaría interesada románticamente en una camisa rellena como Thomas".

Rey se dirigió a la puerta para responder a un insistente golpe.

"Los teléfonos siguen sin funcionar en algunos sitios. La energía también. La situación debería mejorar, no empeorar". Lewis se acercó a las ventanas y se asomó con el ceño fruncido. "Jeana es una verdadera tropa y mejora por momentos. A Gwynne no le va bien y estoy preocupado". Exhaló largamente y se volvió.

"La gripe puede ser bastante debilitante", dijo la tía Mat con ligereza.

"Yo tuve una la primavera pasada que me mantuvo en cama durante cuatro días", reconoció Rey con un enfático movimiento de cabeza.

Su sonrisa era tan frágil como una pila de agujas de pino desechadas hace tiempo. "¿Habéis encontrado algo, señoras?"

La tía Mat hizo un gesto a Rey, que levantó la foto que aún tenía en la mano.

La cogió, la estudió y se la devolvió. "¿Dónde está la pistola humeante? O en este caso quizá debería decir la cerbatana".

"¿Crees que podríamos enfrentar a una chica con la otra para que una o las dos se equivoquen?" preguntó Rey.

"Nunca funcionaría. Prunella es demasiado astuta. Linda está potencialmente jodida por lo que sabemos", respondí.

En el siguiente piso, inmediatamente por encima, un ruido sordo como el de un cuerpo al entrar en contacto con el suelo de madera dura fue seguido por un choque de cerámica o vidrio pesado.

Varios segundos después, la voz grave de Budd retumbó desde el

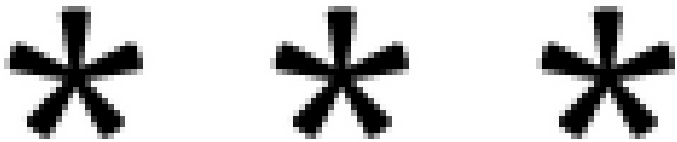
piso superior. "¡Sheriff!" Siguió otro ruido sordo.

Los labios de Lewis se dibujaron en una línea adusta y se giró, apresurándose hacia el pasillo.

"Eso no parece prometedor", murmuró la tía Mat.

"No es nada prometedor", coincidió Rey.

Nos miramos y corrimos tras él como niños persiguiendo un camión de helados.



"¿A qué se debe el alboroto?" Preguntó el sheriff Lewis cuando irrumpimos en el dormitorio de Jensen.

Adwin, tendido en el suelo no muy lejos de la puerta, tenía los labios partidos y un moratón en la frente. El espejo con marco de cerezo y los fragmentos plateados estaban tirados a su lado, al igual que sus gafas. Budd estaba a tres metros, con la cara en el suelo.

"¡Pastelito!" Me dejé caer junto al herido.

Se revolvió.

La tía Mat se apresuró a ir al lavabo y volvió con dos paños húmedos, uno de los cuales le pasó a Rey. Rápidamente limpió las pálidas mejillas y la frente de Adwin; Rey hizo lo mismo con Budd.

Lewis se inclinó sobre él. "¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado tú y mi ayudante?"

"No." Adwin apartó la toallita y se incorporó con dificultad mientras Lewis se acercaba a Budd.

Se acercó y examinó la cara del joven. "¿Te has tropezado con el cuerpo del novio de la sobrina de Mathilda?", preguntó secamente.

Budd hizo una mueca y se palpó la barbilla. Al igual que la frente de Adwin, pronto luciría varios colores. "Oí voces en el pasillo de al lado. Parecían enfadadas, eh… enfadadas, así que pensé en comprobarlo. Cuando llegué a la esquina, las voces se detuvieron, pero seguí caminando. Entonces oí un ruido procedente de esta habitación y miré dentro. Lo encontré así, pero no vi a nadie más". Se levantó lentamente. "Pero…"

"¿Pero?"

"Debió de haber alguien, porque recibí un golpe en la espalda justo después de gritar por ti, que me hizo navegar".

Lewis miró a su alrededor. "No puedo imaginar que algún fantasma haya hecho esto".

Miré a la tía Mat. Parecía que iba a decir algo, pero lo pensó mejor.

"Al igual que el oficial Budd, escuché voces. Sonaban acaloradas y parecían venir de aquí. Pensé que tal vez tu prima Reynalda estaba irritando a alguien de nuevo, así que decidí intervenir". Sonrió secamente, cogió sus gafas y se las puso temblorosamente. "Cuando entré, no había nadie a la vista, pero había una luz encendida". Señaló una lámpara tipo urna de carey. "Estaba a punto de darme la vuelta e irme, cuando alguien me empujó con fuerza". Se llevó una mano a la cabeza y se estremeció. "Luego, por si acaso, me golpearon mientras caía".

"¿Oíste voces?" Preguntó Lewis distraídamente mientras volvía a observar la habitación.

"Sí, señor". Miró la sangre en las yemas de los dedos e hizo una mueca. "Quienquiera que haya estado aquí obviamente me oyó

acercarme". Señaló sus pesados zapatos de cuero. "No son los más silenciosos".

Le revisé el cuero cabelludo y la frente. Un corte menor y un moretón mayor respectivamente, Tylenol #3 estaría en orden, pero puntos de sutura no.

"¿Crees que fue la prima aquí?" preguntó Lewis, mirando a Rey.

Adwin lo miró a Budd y luego a Rey. "No es probable. Se habría quedado para tomar el crédito u ofrecer otro desafío o dos".

Rey frunció el ceño.

"Ella estaba con nosotros", le recordó la tía Mat.

Mantuvo la mirada en Adwin. "¿Pero era una mujer?"

"Me inclino a afirmar que al menos una mujer". El abatimiento oscureció su rostro. "Puede que haya habido una tercera voz. Tal vez incluso una cuarta. No puedo jurar nada, señor". Con un suave gemido, se levantó lentamente, ignorando mi mano extendida.

Lewis se volvió hacia Budd, con un tono casi exasperado. "¿Qué fue? ¿Una mujer? ¿Dos mujeres? ¿Tres? ¿Cuatro?"

"No estoy seguro", dijo en voz baja, aparentando disculpas. "Estaba concentrado en mi Blackberry, poniéndome al día de las cosas en la estación y de las condiciones meteorológicas. Las cosas se están volviendo locas allí, sheriff".

Puso los ojos en blanco. "Me lo imagino. ¿Ya se han despejado las carreteras?"

"La zona sigue llena de cortes". Sonrió tranquilizadoramente. "Pero no ha habido ningún crimen importante".

"Espero que no - ¡todos están ocurriendo aquí! Incluyendo esta pequeña batalla campal". Lewis inhaló profundamente y se volvió hacia Adwin. "¿Estás seguro de que no has visto nada?"

"Sí, vi estrellas. Muchas". Su sonrisa era débil. "Como he dicho, me

golpearon casi en cuanto entré por la puerta". Miró a Budd.

Éste se encogió de hombros.

"¿Y vosotros tres?" preguntó Lewis.

"Difícilmente podría haber sido mi novio", espeté.

"Jill, Reynalda y yo estábamos juntas en la biblioteca antes y cuando tú llegaste", afirmó la tía Mat escuetamente.

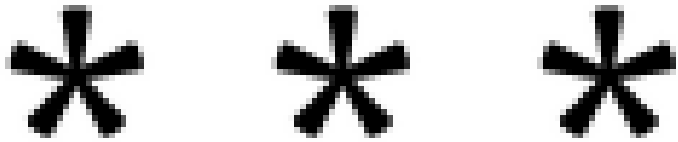
Frunció el ceño. "Haz que tu criada prepare una gran cafetera. Lo vamos a necesitar". Se volvió hacia su ayudante. "Budd, reúne a esas otras señoras y llévalas al comedor. Bajaré en unos minutos". Lewis se puso al lado de Adwin e inspeccionó la herida. "Vivirás. Sin embargo, es posible que quieras tomar una aspirina". Miró a su alrededor. "¿Alguien tiene idea de cómo ella, él o ellos pudieron pasar a hurtadillas sin ser vistos?"

La tía Mat negó con la cabeza. "Aquí no hay ningún pasillo oculto".

"Que sepamos", recalqué.

Me miró durante varios segundos y asintió sombríamente. "Que sepamos".

Rey habló por primera vez desde que salió de la biblioteca-estudio. "Veamos si podemos encontrar uno". Empezó a tocar una pared cercana como la profesional consumada en la que se había convertido.



Varios minutos más tarde, Rey estaba de pie, con aspecto triunfante, aunque no presumido. "¿Soy bueno o qué?"

Un panel de cerezo sobre la cama de cuatro postes revelaba una oscuridad tenebrosa. La tía Mat fue al baño y volvió con una linterna Mag-Lite, que me entregó.

La apunté hacia delante y un haz brillante mostró cinco escalones que conducían a un pasillo de no más de un metro de ancho. Se veían huellas indistintas en el polvo, lo que sugería que había sido utilizado anteriormente, y más de una vez, pero ¿por quién? ¿Quién había golpeado a Adwin y Budd?

Lewis miró por encima del hombro de Rey. "Supongo que deberíamos bajar".

"¿Nosotros?" preguntó la tía Mat.

Miró hacia atrás. "Sí. Budd ha ido a buscar a las mujeres. Supongo que seré yo".

"Iremos contigo". Señalé a Rey y a mí.

"No necesito refuerzos, pero gracias".

"Sólo te seguiremos", advertí.

Escudriñó nuestras expresiones de conjunto. "Bien, pero podría oscurecerse mucho ahí abajo, así que será mejor que traigan

linternas".

La tía Mat se apresuró a salir de la habitación y regresó antes de que alguien pudiera decir Harry Houdini veintidós veces. Me entregó una ingeniosa linterna Pelican y colgó una bolsa de playa de lona floral del hombro de Rey. Eché un vistazo al interior y descubrí que contenía dos linternas similares, pilas de repuesto, un paquete de velas de emergencia de larga duración, cerillas y dos mecheros.

Respiré profundo y seguí a Lewis mientras Rey se ponía en la retaguardia.

"¡Ay! Qué lugar para poner una pipa", se quejó Rey.

Giré mi luz y la encontré frotándose un hombro. "Puede que quieras vigilar más de cerca por dónde caminas".

"Sí, como si tuviera visión nocturna", resopló, y luego exhaló lentamente. "Esto me recuerda al pasillo que lleva a la habitación secreta. Tal vez este también nos lleve allí".

"Todos se parecen bastante: estrechos, largos, oscuros y lúgubres".

Continuamos detrás de Lewis. No había mucho que ver a lo largo del camino descendente, sino hormigón, tuberías y más hormigón, y una abertura casi invisible. Sólo llamó nuestra atención porque Lewis se había resbalado y tropezado con ella, y el sonido resultante tenía un timbre metálico.

Rey frotó una palma de la mano contra el tabique. "Esto no tiene un tacto de madera ni de piedra".

"Vamos a ver si se puede abrir", propuso Lewis.

Forcejeamos con la delgada y afilada barrera, y finalmente logramos abrirla. Nuestras luces, apuntando a la distancia, revelaron una entrada familiar. Rey había acertado con el túnel: era una estrecha prolongación del otro y llevaba a la sala secreta.

"Estamos en una especie de callejón sin salida", murmuró mi primo.

"Hemos descubierto esta puerta apenas visible; ¿por qué no puede haber otra? Mira, ya sabemos lo que hay aquí abajo, así que subamos unos metros, por allí", le indiqué y me acerqué. "Empiece a tantear, señorita dedos mágicos. Seguro que descubre algo más".

"Siempre y cuando no 'descubra' ningún bicho raro".

Varios minutos y refunfuños después, otra pared se deslizó silenciosamente hacia un lado.

"Está bien engrasado", comentó. "Si la tía Mat no está al tanto de este pasaje secreto, seguro que alguien lo está".

Lewis se adelantó y le seguimos, entrando en el lavadero a través de un pequeño y estrecho panel. "Interesante", murmuró, asombrado.

"No tan interesante". Rey parecía molesto.

Volví a mirar la pared que habíamos atravesado. Estaba bien oculta por una pequeña y delgada estantería que se había desplazado con la pared. Sostenía una serie de productos de limpieza. ¿Quién lo habría adivinado? Evidentemente, nosotros no.

"Hemos encontrado otro pasillo que lleva a otra habitación, y otra ruta de escape". Un preocupado Lewis se adelantó mientras Rey me hacía retroceder.

Esperó hasta que desapareció de la vista y entonces me agarró del codo y nos llevó a la despensa. "¿Alguna idea?"

"Prunella y/o Linda podrían estar intentando asustarnos".

"¿Crees que han montado esa acalorada conversación en el piso de arriba? ¿Con qué propósito?"

Lo consideré, y luego levanté los brazos en señal de derrota. "No tengo ni idea… Tal vez estén jugando con las mentes".

"¿Con la mente de quién?" Sonrió con ironía, introdujo la linterna en la bolsa de lona y me la pasó.

Yo también metí la mía dentro y me colgué la bolsa del hombro.

"¿Quién era la tercera y/o cuarta voz, supones?"

"Puede que no haya habido una tercera o cuarta. Eso fue sólo una suposición de dos chicos golpeados. ¿Y quién puede decir que no era una mujer fingiendo ser más? ¿Tal vez una loca?" Mi prima cogió una lata de Coca-Cola de un estante y se tragó la mitad.

Con un pequeño eructo, se dirigió a un enorme y pesado mueble que contenía cereales y barritas de fibra en el estante superior, bolsas de arroz y fideos en el segundo estante superior e innumerables paquetes de galletas en dos estantes centrales. Tanteó varios y luego miró con atención. "¿Qué? ¿No hay de mantequilla de cacahuete? ¿Cómo es posible que haya galletas de higo, galletas de coco… galletas de malvavisco, galletas de nuez y galletas de mantequilla, pero no haya ninguna de mantequilla de cacahuete? ¿Soy el único al que le gustan las galletas de mantequilla de cacahuete?"

Con la cabeza y los hombros metidos en el estante más céntrico, mi prima, decidida, tiró y empujó. "¡Santo cielo!" Las bolsas y cajas de golosinas en forma de sándwich y de disco empezaron a volar en todas direcciones.

"¡Rey! ¡Agarraos! Adwin te hará una tanda de galletas de mantequilla de cacahuete si tienes tantas ganas".

"¡Hay alguien metido aquí atrás!"

Salté hacia adelante y miré más allá del desorden que había creado. "Eso no es alguien. Eso es algo".

"Esto es cada vez más raro". Miró el esqueleto que había adornado la sala de arte.

"Eso, Reynalda Fonne-Werde, es un eufemismo".

Nos volvimos el uno al otro. Yo me encogí de hombros, ella hizo un gesto y, a pleno pulmón, soltamos simultáneamente gritos espeluznantes.

25

ASESINATO ESCRIBIERON

Con la destreza de un insecto de la familia de las ranas y la dureza de un buitre, Lewis entró en la despensa. La tía Mat y Beatrice le pisaban los talones con ojos de zarigüeya y expresiones de curiosidad de marmota. Hubert entró cojeando diez segundos más tarde, May-Lee y Linda entraron diez segundos después de él y Prunella se paseó cinco segundos después de ellas.

Con aspecto preocupado y receloso, Budd se abrió paso entre la pequeña multitud. "¿Señor?"

Lewis miró de él a mi primo y a mí. "Esos gritos seguramente recorrieron el camino de entrada y algo más. ¿Qué pasa ahora? ¿Quieren salir en las noticias de la noche?"

Rey dio un empujón. "¿Se lo vas a decir tú o se lo digo yo?"

Le devolví el codazo. "Lo has encontrado, deberías…"

"¡Señoras!"

Rey se deslizó hacia atrás y agitó los brazos como un presentador de un programa de juegos mostrando un gran premio. "Otro cuerpo".

"No es posible", murmuró la tía Mat con incredulidad, llevándose una mano a la boca dibujada.

Beatrice se acarició ansiosamente los labios de color hígado mientras Hubert, desconcertado, entornaba los ojos ante los paquetes de galletas desmoronadas.

Cuando Lewis dio un paso adelante, una suave maldición se desvió hacia atrás. "¿Quién puso esto aquí? Y lo que es más importante, ¿de quién son estos huesos?"

La sonrisa y el tono de la tía Mat eran casi compungidos. "Ese es Wolfgang, un ayudante de bienvenida a la finca".

"Lo conocimos en una de las habitaciones de arriba". Le pasé un brazo por los hombros. "Es un tipo muy vocal - para no tener cuerdas vocales".

Rey cogió un paquete abollado de barquillos de moka, miró brevemente la caja y luego la desmenuzó. "No habrás trasladado a Wolfie aquí… ¿verdad?"

"¿Con qué fin?", resopló la gran dama.

Rey mordió una oblea por la mitad.

"Alabado sea Dios porque esta vez no era un cuerpo real". Lewis se asomó más cerca. "Un momento. ¿Qué es esto?" Sacando un bolígrafo de un bolsillo del pecho, tanteó para recuperar un pequeño cuaderno metido entre la clavícula y la escápula del esqueleto, y finalmente lo sujetó con cautela, metiendo el bolígrafo por la espiral. "Esto es de Jeana. Pero lo tenía conmigo". Palpó los bolsillos laterales y traseros y frunció el ceño. "Debo haberla dejado en algún sitio".

Budd lo miró con ansiedad. "Seguro que se parece a la de ella".

"Lo es", confirmé. "Me lo enseñó en la cocina, sheriff".

Volvió a fruncir el ceño, se guardó cuidadosamente el cuaderno y se volvió hacia Budd. "¿Cuándo viste a Jeana por última vez?"

"… Supongo que… quince o veinte minutos antes de entrar en el dormitorio de arriba y encontrar a Mr. Timmins en el suelo". Su ceño se frunció. "Me dijo que tenía que comprobar algo. Cuando le pregunté qué, me dijo que quizá fuera algo, o quizá nada, pero que hasta que no estuviera segura prefería no dar detalles. Me dio una palmada en el hombro, sonrió y se dirigió a la parte de atrás, y yo seguí adelante".

Los ojos brillantes de Lewis se apagaron mientras miraba fijamente a Wolfgang. "Esto no presagia nada bueno".

"Quizá sea un mensaje", afirmó Rey con dramatismo.

"Tal vez", aceptó con rigidez. "Budd, ve si puedes encontrarla. Esperemos que simplemente haya ido a investigar y esté en uno de los túneles, perdida o envuelta en algo interesante. No puede ser tan difícil de localizar y no lleva tanto tiempo desaparecida… pero si no la encuentras en un tiempo razonable, será mejor que llames a la comisaría y veas si uno o dos de los chicos pueden llegar hasta aquí". Exhaló suavemente y miró el techo. "Espero que no se llegue a eso".

"¿Qué está pasando?" preguntó Adwin, con las mejillas rojizas y húmedas, una chaqueta de lana colgada del hombro derecho y un gorro de lana apretado en la mano izquierda.

"¿Dónde has estado?" preguntó Lewis.

"Me tomé algo para calmar el dolor de cabeza y me sentí un poco perdido, así que salí a despejar la niebla".

El sheriff lo miró con desconfianza y luego se centró en Beatrice. "Será mejor que ponga otra jarra de café, señora. Sugiero que vayamos al salón y nos quedemos juntos hasta que tengamos noticias del joven Budd". El hombre de rostro tenso miró a cada uno con desconfianza y luego hizo un gesto hacia adelante.

Mientras los demás le seguían, Rey y yo dimos un apresurado rodeo hacia el piso superior. Tomamos la bolsa de lona con luces, metimos pañuelos de papel, bolsas de plástico y los dos teléfonos móviles, perfectos para hacer fotos y llamadas de emergencia, y nos dirigimos a los pasillos ocultos. Pasaría un rato antes de que Budd llegara a ellos; primero registraría las habitaciones.

"No te olvides de la pendiente y los -"

"¡Frig!"

"Escalones", terminé.

"¡Au!". Rey hizo una mueca de dolor y se enderezó. "Cuando lleguemos al túnel que lleva a la cabaña, apuntemos a localizar más entradas. Tienen que estar ahí".

"¿Cuántos pasadizos puede haber en una finca, por el amor de Dios? Esto no es la Torre de Londres ni un monasterio del siglo XVI".

"Recuerda, solía haber establos y una cochera. Probablemente tenían conexiones subterráneas. Apuesto a que hay más", afirmó mientras empezábamos a caminar a paso de tortuga.

Repetí lo que le había dicho a mi tía no hacía mucho. "Parece una exageración".

"Leí en alguna parte que el viejo señor Smith tenía una vena negra. Puede que fuera un científico, pero apuesto a que no utilizaba estos pasillos con fines científicos. Experimentos extraños y locos serían más probables. Como que tal vez operaba a la gente y terminaban mutilados y/o chiflados, caminando por estos pasillos oscuros como -"

"Viejos mutantes de películas de ciencia ficción", concluí, riendo.

"Vale, mutantes aparte, podría haber habido esclavos fugados, ladrones y otros tipos de villanos recorriendo estos sucios pasillos". Me pinchó en el hombro. "Apuesto a que era tan retorcido como sugirió ese escritor".

"¿Escritor?"

"Albert Humpelmeyer… o como sea que se llame el maldito tipo. Es una especie de historiador".

Me quedé con la mirada perdida. "No tengo ni idea de lo que estás hablando".

"El tal Albert escribió unos cuantos ensayos sobre antiguas familias y haciendas de Nueva Inglaterra. Me encontré con algunos cuando estaba investigando la casa y la familia. Decía que Caine Granton Smith era un excéntrico conocido, entre otras cosas. El padre de Caine había sido internado en un manicomio cuando Caine tenía diez años y se rumoreaba que la madre estaba metida en la magia negra o la hechicería, o algo así."

"Excéntrico está muy lejos de ser retorcido", aconsejé.

"Científico más excéntrico, más padre chiflado y madre bruja, es igual a retorcido", sostuvo. "Todos estos pasillos bajo tierra no pueden haber sido por causas de buen samaritano".

Intenté imaginar el lugar hace más de cien años y lo que el científico "retorcido" de Rey podría haber estado haciendo. "Es posible que hiciera construir estos pasillos para la intimidad personal -como hacían los monjes o los contrabandistas en aquella época- o para los visitantes, para que fueran discretos".

"'Discretos' como cuando los visitantes o los sirvientes tienen citas con el amo -o la ama- de la casa?" Sonrió con ironía. "Puede que sí, prima Jilly, pero yo me inclino por razones más siniestras".

"Desgraciadamente, no queda nadie vivo de aquella época para confirmar o desmentir tus teorías". Hice un gesto. "Será mejor que encontremos algo pronto. Probablemente a Lewis le esté dando un ataque porque nos hemos vuelto a ir".

Mi primo desechó mi preocupación. "Nos conoce lo suficiente. Tiene cosas más importantes de las que ocuparse que de dos primos descarriados". Se detuvo y apuntó con su linterna. "¿Sientes eso?"

Apunté la mía también. "Sí. Una corriente de aire".

La prima Reynalda miró de cerca. "¡Guau Nelly! Otra puerta".

"Una muy bien disimulada". Pasé una viga por encima de una pesada puerta de hierro tachonado con clavijas embutidas en el marco. En el extremo izquierdo había un pestillo con cúspides en forma de corazón y un agarre de 10 centímetros. "Y uno viejo. ¿Crees que puedes abrir esto, Srta. Dedos Mágicos?"

"Hazte a un lado, Inútil". Rey sopló con las yemas de los dedos como un abridor de cajas fuertes de la televisión retro. Presionó, pinchó, pinchó, se rompió dos uñas y presionó un poco más. Una fuerte maldición blasfema salió de sus labios; si hubiera sido católica, habría tenido que rezar doscientas Avemarías. Las expresiones faciales pasaron de la frustración a la rabia, de la lívido a la determinación. Finalmente, la puerta de un centímetro de grosor se estrelló hacia dentro, provocando que las partículas de

polvo y las motas de óxido salpicaran las piernas y los pies como si se tratara de un helado. "Ugh. Huele a moho".

"Huele a algo", coincidí, alumbrando hacia adelante y notando un pasillo estrecho y de techo bajo. Cuerdas y herramientas viejas, y dos ruedas de carro de hierro se apoyaban en una pared, mientras que algo parecido a un tenedor de hereje y otros objetos que no quería adivinar se apoyaban en otra. Tenían un aspecto siniestro y mortal. Por supuesto, podrían ser simplemente antiguos aperos de labranza por lo que yo sabía, pero de alguna manera lo dudaba. "Esto parece el sueño de un psicópata".

"La suciedad y las telarañas le dan un buen toque", coincidió Rey, mirando por encima de mi hombro. "Esto demuestra que Smith era un loco".

"No sabemos para qué se utilizaban el espacio o las herramientas". Me aparté de las paredes y me centré en el corto y húmedo pasillo que había delante. "¿Estamos listos para seguir adelante?"

"Listos". No parecía demasiado ansiosa.

Miré por encima. "Vamos. Encontremos esa prueba de la que hablamos desde que cayó el primer cuerpo".

"Este lugar parece que nadie ha estado aquí en décadas. Pero como siempre dices: nunca digas nunca". Soltó una larga exhalación. "Con nuestra suerte, sólo encontraremos sardinas rojas".

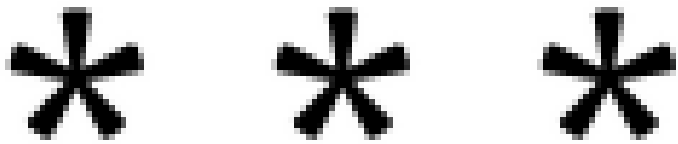
"La frase es 'sardinas rojas'. ¿Y no te has convertido de repente en el pesimista?"

Sacó la lengua y miró la pared, luego bajó una azada de mango corto. "Más vale ir a lo seguro y protegernos si es necesario".

"Esa cosa no servirá de mucho contra un fantasma de otro mundo o un cadáver".

"Lo hará si se trata de un cuerpo vivo… porque si nos encontramos con uno vivo aquí abajo, entonces nos habremos encontrado con el asesino".

"Punto de vista". Agarré un mazo de madera.



"Bastante horripilante".

"Eso es un eufemismo", murmuré, mirando el rostro inmóvil de Jeana. Habíamos encontrado al agente unos dos metros más adelante en el pasillo, en dirección contraria a la que habíamos venido. Coloqué la linterna en el suelo para que iluminara el cuerpo, que estaba apoyado contra una pared oscura y oxidada, y lo examiné más de cerca. Aparte del cráneo aplastado, su rostro parecía casi sereno; no se había sorprendido ni asustado. Al igual que Jensen, ¿cómo no había visto u oído a su atacante? ¿O se había enfrentado a alguien conocido, una persona de la que nunca habría esperado que se volviera contra ella? "Parece que está durmiendo la siesta".

"Sí, excepto por el lado de la cabeza", dijo Rey con sorna, "donde un tercio de ella está hundida".

Llevaba una gruesa chaqueta de invierno de la policía, desabrochada, sobre un pesado jersey verde militar y unos vaqueros. De su delgado cuello colgaba una bufanda de color verde oliva. Parecía que la ayudante del sheriff tenía la intención de salir al exterior. ¿Por qué? ¿Y qué la había traído hasta aquí? "Me pregunto con quién se habrá topado".

"Alguien a quien no le gustaba tenerla aquí abajo y quería que se

quedara callada… permanentemente". Rey frunció el ceño y estudió el cuerpo. "Tiene algunos cortes serios en la parte superior de las manos".

Escaneé la piel desgarrada y ensangrentada. "Parece haber sido cortada o arañada, y sin embargo no parece haber signos de lucha. Sus nudillos no están magullados, como si hubiera golpeado a alguien. Su cara no tiene marcas. Esto puede haber ocurrido en otro lugar, y antes. La sangre está seca".

Mi prima iluminó con la linterna. "Parece que hay marcas de rozaduras ahí. ¿Ves? Debe haber sido arrastrada".

"Ella no es exactamente una bailarina pequeña. Tendría que haber sido alguien con fuerza".

"Podrían haber sido dos personas. O alguien loco. He oído que los locos tienen una fuerza increíble".

"Es posible", murmuré. "La lista de sospechosos es bastante reducida. Si tuvieras que elegir, ¿quién de la lista de dos supones que es lo suficientemente poderoso, o lo suficientemente loco, para hacer esto?"

Rey respiró profundamente. "Linda está en buena forma y Prunella es fuerte. Y cualquiera de las dos podría estar certificada. Todavía no estamos seguros. Pero sí sabemos que Linda mató a esos Moones -"

"Suponemos que lo hizo, Rey. Sólo tenemos coincidencias y ninguna prueba". Me froté la nuca, donde la tensión se colaba con la humedad. "Jeana no puede llevar mucho tiempo muerta. La vimos al final de la cena -"

"Sobre las seis y media o por ahí", asintió Rey.

"Y Budd la vio quince o veinte minutos antes de que él y Adwin fueran fichados en la habitación de Thomas. Eso haría que fueran… dos horas y media, más o menos".

"Puede ser difícil determinar la hora real de la muerte. La Ley de Casper, o Ratio, dice que cuando hay libre acceso de aire, un cuerpo

se descompone dos veces más rápido que si se sumerge en agua y ocho veces más rápido que si se entierra en tierra."

Pude sentir cómo mis cejas abandonaban mi frente. "Gracias Dr. Max H5-O Bergman".

"Estaba probando para un papel de forense -un estudiante de patología en realidad- e hice algunas investigaciones. Aunque te cueste creerlo, Jilly, puedo recordar detalles y estadísticas". Sonrió con desgana. "Y a veces incluso las entiendo".

Le di un suave golpe en el hombro y volví a mirar a Jeana Malle. "En este caso, podemos afirmar inequívocamente que no lleva muerta más de tres horas, y que todos han entrado y salido de la vista al menos un par de veces durante ese periodo".

"La muerte empieza a fascinarte, ¿verdad?"

"Lo que me fascina es la búsqueda de hechos y pruebas". Me agaché, balanceando el mazo sobre mi regazo. "En este caso, ¿dónde mejor encontrar ambas cosas que en el cuerpo o alrededor de él? Pásame una de esas bolsitas de plástico, ¿quieres?".

Guardando la práctica azada bajo un brazo, rebuscó en la bolsa de lona, sacó una y me la lanzó a la cara.

La miré, la aparté de un manotazo y cogí la mano de Jeana. Antes de que empezara esta loca semana de Connecticut, nunca había estado a menos de seis metros de un cadáver, y mucho menos había tocado uno. La idea de hacerlo me habría repugnado; ahora parecía parte de una norma anormal. Había una historia en todo esto, pensé distraídamente mientras desplegaba los largos dedos del oficial.

Entre ellos había tres eslabones conectados y retorcidos. Unas diminutas motas oscuras en ellos podrían haber sido de sangre. "¿Recuerda haber visto una cadena como ésta en alguien o en algo?"

Ella se quedó mirando durante varios segundos. "No. Parece algo de un cinturón elegante. O una herramienta tal vez".

"Esto es oro".

"Una herramienta elegante entonces", dijo con una sonrisa sombría.

"Bonito". Eché otro vistazo, segura de haberlo visto antes en alguna parte, me puse de pie y estiré el cuello y los hombros. Un tubo de Bengay sería bienvenido ahora mismo.

Rey metió los eslabones en la bolsa. "Ahora que lo hemos manejado, podemos descartar las huellas dactilares".

"No sé qué cantidad de huellas se podrían obtener, teniendo en cuenta el tamaño y los surcos, pero podría haber algo del ADN del asesino".

"Sabemos que el asesino es bastante meticuloso, así que apuesto a que no se encontrará nada condenable", sostuvo Rey. "Y también apuesto a que lo que sea que haya salido de esto tampoco se encontrará". Levantó la bolsa y la observó críticamente.

"Probablemente tengas razón. Sería como buscar una pequeña aguja en un enorme pajar". Me froté el cuello tenso. "Pero no puedo evitar…"

"¿Qué?"

"Siento que he visto ese trozo de cadena en alguna parte antes". Suspiré. "Será mejor que llamemos al sheriff Lewis".

"Oye, ¿y un arma?"

"¿Eh?"

Rey ofreció una sonrisa cansada. "¿Por qué no buscamos una? Ese agujero en su cráneo tuvo que ser hecho con algo: un martillo, el mango de una pistola, o tal vez un ladrillo. ¿Qué te parece si revisamos las habitaciones en cuanto podamos? Puede que Prunella o Linda se hayan precipitado y hayan metido lo que sea bajo la cama o en un armario o ropero".

"No veo al asesino de Jeana corriendo por la casa con un arma o un ladrillo, o cualquier otra cosa incriminatoria en la frenética búsqueda de un escondite, pero ¿por qué no? No tenemos nada que perder. Asegurémonos de preguntarle a Lewis si uno o ambos

salieron del salón en algún momento".

"¿Y si ambos se fueron?"

"Entonces aún nos quedan dos sospechosos".

"A menos que haya alguien que no conozcamos", me recordó.

"Posiblemente, pero no es muy probable. ¿No estábamos de acuerdo en eso -aunque el chal pudiera sugerir lo contrario?"

Me puso un dedo en el pecho. "Tú eres la que siempre dice 'nunca digas nunca'".

"Yo llevaré la bolsa, Reynalda".

Giramos lentamente. Prunella estaba a cuatro metros de distancia con una sonrisa retorcida tan escalofriante como el tono y la mirada. Había estado tan callada como un ratón de iglesia (o nosotros habíamos estado demasiado absortos en una charla inútil). Una linterna de manivela brillaba en una mano y una Beretta Tomcat 32ACP en la otra; parecía un juguete, pero no era para jugar.

"Tendrás que matarme primero".

El pajarero levantó el arma.

"No hace falta que me tomes al pie de la letra", frunció Rey.

Ella sonrió, levantó el arma un poco más y señaló la bolsa con la cabeza.

"¿Así que tú eres nuestro asesino, Pruney?" Me volví hacia mi primo. "Me inclinaba por Linda, por la conexión con los Smith y, sobre todo, por las muertes de los Moone, pero quizá fueron realmente accidentes".

Rey le dirigió una mirada de "podría tener razón".

"Lewis tiene que estar preguntándose dónde estamos…"

"Puede que se lo pregunte, pero no buscará. Sabe que ambos están siempre fuera en una aventura de investigación. Además, ha renunciado a mantener el grupo unido, gracias a vosotros dos, así que ha ido a ver cómo está Gwynne, que según el ayudante Budd, "está gimiendo y quejándose y con un aspecto absolutamente lamentable".

"Puede que hayas pensado en escabullirte con el arma, pero te has descuidado con los enlaces".

Ella escaneó mi cara. "¿Sabes siquiera de dónde son?"

Yo también miré la suya y recordé. "Provienen del colgante que llevabas cuando llegaste. Percival dijo que lo llevabas casi siempre, desde hace años, pero que no lo llevabas mucho tiempo aquí en la casa."

"¡Eso es!" exclamó Rey.

"Eres bueno", sonrió Prunella.

"¿Lo perdiste cuando estabas matando a alguien? ¿Jensen quizás?"

Pareció considerar lo que quería revelar, y luego se encogió de hombros. "Jeana encontró lo que quedaba de mi precioso collar antiguo en un rincón del sótano. Parecía preocupada, como si tuviera una misión crítica. Le pregunté qué pasaba y me dijo que había encontrado algo potencialmente peculiar y que iba a dirigirse a la comisaría".

"Naturalmente, ella no tenía motivos para sospechar que había algo en tu pregunta casual y curiosa", dijo Rey con sarcasmo.

La sonrisa de Prunella era de suficiencia. "La convencí de que me enseñara lo que había encontrado, haciendo hincapié en el tiempo que conocía a los Moones y en la frecuencia con la que había estado en la casa. Con toda probabilidad, podría identificar lo que había encontrado, y posiblemente incluso ponerlo en perspectiva". Su expresión recordaba a la de un ratonero que ha acorralado a su presa: concentrado, calibrando. "Cuando vi lo que tenía, le dije que tenía una buena idea de su procedencia y le dije que se reuniera

conmigo en la despensa para mostrárselo. Le pedí que no lo mencionara a nadie porque tenía la sospecha de quién podría ser el asesino, pero no quería revelar nada hasta que verificara algo antes de que nos reuniéramos. Le sugerí que se vistiera para ir rápidamente a la comisaría por si tenía razón. Se lo creyó". Miró el cuerpo y se rió. "Literalmente".

"Así que Jeana no habría sospechado nada, como que te balancearas con ella", comentó Rey secamente. "Pero entonces supongo que no pareces el típico asesino o frutero jodido".

"Soy bastante afable", comentó la Dama de los Pájaros.

"¿Como persona? ¿O como compañera?"

"Vamos Prunella, cuéntalo todo", la engatusé.

"En sus sueños, mis queridos". Otra mueca. Señaló la bolsa. "Basta de cháchara, Srta. Meteoróloga".

"Prefiero Srta. Meteoróloga".

Rey retrocedió y yo traté de ganar más tiempo con la esperanza de que se me ocurriera un plan de ataque y/o de huida como uno de sus veloces amigos emplumados.

Ella miró de mí a Rey y de vuelta. "Dame la bolsa. No te lo voy a volver a pedir".

"Prunella, aunque hayas dejado ADN o alguna sustancia identificativa en la cadena, ¿por qué arriesgarse…?"

"¿Volver a bajar aquí?", espetó ella, y luego inhaló bruscamente. "Necesitaba echar otro vistazo para asegurarme de que no se había dejado nada más, incluidos dos aspirantes a detectives entrometidos. Aunque debo admitir que no esperaba que la encontraran… al menos, no tan pronto. Volviendo a la bolsa: por favor, entrégala".

"Podrías matarnos a tiros y llevarte la estúpida cosa", sugirió Rey acaloradamente.

"¡Oye!"

"Lo siento, Jilly, pero no nos disparará. Traería a la gente aquí abajo".

Prunella estalló en carcajadas: ese inquietante sonido de hiena de nuevo. "Nunca oirían los disparos, Reynalda".

Levantó la barbilla. "Seguro que sí".

"No eres la bombilla más brillante de la carpa, ¿verdad, cariño?"

Mi prima ofreció una sonrisa deslumbrante antes de girar y gritar: "¡Haz como el primo Chucky!".

Un loco episodio de verano durante nuestra adolescencia nos había desterrado de las Catskills. Pasó ante mí (por qué y cómo lo recordé después de todos esos años lo consideraría durante días). Rey se lanzó contra la pared mientras yo agarraba y balanceaba el mazo como un bateador profesional presentando un impresionante arco de swing. La cabeza de Prunella Sayers hizo un backspin.

La piel se abrió y los dientes se agrietaron, y el rojo rezumó sobre una chaqueta de cachemira de color caramelo. Su mirada registraba el shock mientras observaba el carmín que se asemejaba a las manchas de tinta de Rorschach. Apuntó la pistola, pero antes de que pudiera apretar el gatillo o de que yo pudiera vomitar, salté hacia delante y la impulsé contra un muro de hormigón como si fuera una Caterpillar D9 desbocada. Golpeó el cemento con un estruendo que partió los huesos y cayó como un saco de grano mojado.

"¿Está muerta?"

"Si no lo está", respondí, "es un enemigo digno de Terminator".

"Nunca sucede tan rápido en los libros o en las películas".

Miramos hacia abajo.

"Bastante horripilante".

"Eso es un eufemismo", murmuré, mirando el rostro inmóvil y

horrible de Prunella.

26

¿QUIÉN LO HA HECHO REALMENTE?

El despacho de Lewis era una habitación de 3 metros x 4 metros pintada de verde edamame y blanco chirivía, y estaba llena de muebles que podrían haber salido del Sally Ann. Apretujados en el interior, parecía que estábamos en un episodio de "Murder She Wrote", esperando a que se desvelara el asesino, después de que diéramos unas cuantas vueltas alrededor del grupo, por supuesto, y nos desafiáramos unos a otros con dedos acusadores.

Eran las cuatro de la madrugada del martes, y hacía horas que Jeana y Prunella habían sido trasladadas desde el pasillo a la morgue y al hospital, respectivamente. Gwynne había sido llevado al mismo hospital. La gripe que había padecido podría haber sido en realidad una intoxicación alimentaria, con énfasis en el "veneno". Menos mal que Lewis no había corrido la misma suerte; obviamente, había evitado ingerir lo mismo que el ayudante del sheriff. ¿Había planeado Bird Lady toda la travesura de Connecticut? ¿O había tenido un socio que compartía la misma -y malvada- responsabilidad? ¿Había sido tal vez Porter? ¿O había sido simplemente un chico de los recados?

Era una investigación que Augustus Jacob Lewis no deseaba llevar a cabo. Jeana había sido de la familia y la prima Hermeena, la madre de Jeana, no iba a dejar que nada ni nadie se colara por ninguna grieta legal. Estaba preparada para enfrentarse a la ciudad, al condado y al estado si era necesario. En cuanto a Prunella, sin embargo, estaba dispuesta a darla por muerta y verdugo, y nadie tenía muchas ganas de presentar un argumento.

Un joven con cara de carlino llevaba una larga caja de cartón llena de grandes tazas marcadas de café y cacao caliente, pequeños cartones de leche, gruesos sándwiches de ensalada de huevo, recipientes de avena de arce, pasteles y galletas. Todo el mundo,

incluidos un despachador y un mecánico, se zambulló en ella. Los restantes huéspedes de la mansión Moone y su anfitriona enterraron sus rostros cansados en las tareas que tenían entre manos: apaciguar los estómagos gruñones y evitarse unos a otros.

"He oído que las carreteras principales de la zona han sido aradas y saladas, y son transitables, si conducen con cuidado. Algunos trenes y autobuses estarán en marcha a primera hora de la mañana", anunció con un marcado acento de Waco. Unos labios diminutos con restos de un feo herpes labial sonrieron con cansancio y, con una inclinación de cabeza, el novato, muy delgado, se marchó.

Lewis entró, cogió un cacao caliente, le dio la vuelta a la tapa y bebió un ruidoso trago. "Debemos haber batido el récord de asesinatos en un lugar en cinco días".

La tía Mat dejó su avena, se levantó, le apretó el hombro y se acercó a una pequeña y estrecha ventana. "¿Qué? ¿Sólo una furgoneta de los medios de comunicación?", preguntó rotundamente, mirando a través de las persianas de madera falsa.

"Todavía es pronto. Un par de equipos de televisión están a diez manzanas del incendio de una panadería. El lugar es conocido por hornear los mejores panes y bollos en kilómetros, y ha estado en la familia de Beth Seth durante tres generaciones. Es una gran noticia. También lo es el derrumbe del tejado de Mort's Mad Mattress Mezzanine. Se arrugó bajo una masa de hielo como si fuera un castillo de naipes. No queda ni una cama. La gente de los medios de comunicación debe estar atrapada detrás de los arados o persiguiendo la tormenta".

Lewis empezó a sentarse cuando Budd, que llevaba un café de tamaño industrial y lucía una colorida barbilla llena de costras, se asomó y señaló. Todas las miradas siguieron al sheriff cuando cerró la puerta tras de sí y se unió al hombre de hombros anchos en el pasillo. Hablaron en voz baja y nos ignoraron mientras nosotros, llenos de curiosidad, nos acercamos a una pequeña ventana interior con persianas de plástico parcialmente cerradas y observamos.

Rey, la única que estaba de pie en medio de la ventana, chupaba un croissant de almendras, con la mirada fija en los dos caballeros

como un estudiante tramposo que vigila al profesor que preside. "¿De qué crees que están hablando?"

"Tal vez hayan descubierto algo", respondió la tía Mat con astringencia, recuperando la avena sin terminar y dejándose caer en la silla con respaldo de malla de Lewis. "Como una prueba sólida para un cambio bienvenido".

Rey continuó observando. "Me gustaría saber cómo se enteró Pruney Sayers de los pasadizos".

"Tuvimos asuntos bastante 'líquidos' a lo largo de los años, que a veces se traducían en pernoctaciones. Hubo numerosas oportunidades para que ella husmeara y se metiera en los viejos planos y diseños. O puede que se haya enterado de ellos a través de Porter, que pudo haberlos descubierto mientras estaba a mi servicio. O tal vez Reggie los mencionó en algún momento -ofreció nuestra tía despreocupadamente, añadiendo azúcar a una taza de café frío. "Como le dije a Jill inicialmente, había sospechado que ella -junto con Percival y/o Thomas- sustituía las piezas auténticas de las colecciones de mi marido por falsificaciones. Los pasillos eran ideales para trasladar objetos en secreto de un lugar o casa a otro."

"Eso parece mucho trabajo y riesgo, sin contar la laboriosa tarea de trasladar realmente los objetos", anuncié. "Me inclinaría más a creer que las falsificaciones se enviaron después de que Percival hiciera las compras".

"El momento en que se hicieron los intercambios es irrelevante". La expresión de la tía Mat se volvió solemne. "Ojalá me hubiera equivocado en todo esto, porque la consideraba una… amiga preciosa".

"Lo siento", dijo Adwin con una sonrisa apaciguadora.

"Como dice el refrán, las cosas pasan". Su expresión rozaba el abatimiento.

"Cuando investiguen más a Prunella", reflexioné en voz alta, "probablemente encontrarán fondos en varias cuentas y/o negocios. Tuvo que haber escondido ese dinero mal habido en algún sitio y

apuesto a que no fue en un colchón".

"Percival debe haber descubierto algo mientras estábamos en casa de la tía Mat, pero ¿qué?". Rey parecía pensativa. "¿Había visto a su hermana moverse a través de una pared? ¿Había encontrado extractos bancarios o recibos en un bolso o en un cajón? ¿La había oído hablar con un compinche?"

"Fuera lo que fuera, perdió la vida por ello", respondí.

"Lo que demuestra que el amor o la familia no son más fuertes que la sangre", dijo Rey con ironía. "Ella mató a su medio hermano, y a su amante de mucho tiempo".

"Mató a dos amantes de mucho tiempo", aclaré. "Thomas Saturne también lo era, como tú afirmaste con tanto ahínco y frecuencia. Pero puede que nunca se sepa cuál era su relación real con Porter".

"Él tenía una pequeña participación en Le Cochon Volant, así que había una relación comercial indudable, aunque fuera menor", nos recordó Linda. "Sabes, dada la habilidad de ella para engañar y robar, y el pasado de él, los dos podrían haber estado trabajando juntos en aquel entonces para estafar a Wiffleton, el copropietario. Tal vez estaban llevando a cabo una estafa como la sustitución de productos alimenticios de alta calidad con artículos de baja calidad, y embolsarse la diferencia."

"Yo no pondría nada en su contra. Tal vez en esos días de San-Fran fue cuando comenzó su interés por el robo", dijo Rey. "Sin embargo, sigo teniendo curiosidad por los porqués: ¿por qué Jensen y por qué Porter?".

"¿Por qué Percival? ¿O por qué Thomas?" añadió Linda.

Adwin mojó una magdalena en el café con crema. "Si no te importa que haga de Joe Mannix un minuto, ¿qué te parece esto? ¿Quién mejor para ayudar a Prunella a acceder regularmente a la casa que la cocinera de la casa? Es un golpe de suerte. Lo más probable es que tuvieran material de chantaje el uno sobre el otro en aquellos días de San Francisco. Tal vez Prunella tenía más material sobre Porter que él sobre ella, por lo de la bomba o lo que fuera que causó

la explosión, pero en cualquier caso, tenían material el uno sobre el otro que los unía de por vida… hasta que un vínculo, y la vida, tuvieron que terminar para que el otro continuara".

Linda lo miró con curiosidad, como si considerara sus suposiciones, y luego asintió. "Una vez que bailas con el Diablo, eres su pareja de por vida".

"¿Pero quién es el Diablo? ¿Porter o Prunella?" Adwin mordió su pequeño bizcocho con cuidado, tratando de evitar el contacto con los labios llenos de costras. Miró alrededor de la habitación antes de detenerse en mí. "Mencionaste que no se podía probar nada en cuanto a la explosión, así que es una suposición de cualquiera si fue un accidente real o no, pero teniendo en cuenta lo que me has contado sobre el pasado de Porter, me inclino a pensar que tenía una vena egocéntrica y oscura. Volvamos a esa crítica mordaz del restaurante. Como chef orgulloso, se habría enfadado y humillado, así que habría querido vengarse. Yo querría lo mismo si alguien dijera que mi tarta de chifón de cerezas es sosa o aburrida".

"Pero nunca actuarías en consecuencia", dije.

"¿No es así? Es increíble lo que se puede hacer con una crema de mantequilla o un roux", respondió con una extraña sonrisa. Después de otro bocado, continuó. "Independientemente de que Porter supiera que el crítico estaría en Le Couchon Volant con Prunella, o solo, no iba a parar con su plan de vengarse. Si Prunella era una víctima, no era piel de su nariz".

"Pero era piel de su pecho y de sitios desconocidos", dije con naturalidad. "Creyendo que él era el responsable, lo cual no habría sido difícil de asumir, ella guardó silencio -"

"Hasta que necesitó algo", intervino Rey, "y eso fue los servicios de Porter aquí en la mansión".

"¿Y el episodio del pescado congelado?" preguntó Linda, desconcertada. "¿Lo había hecho en represalia por la explosión, o simplemente se había vuelto súper estresada o maniática mientras se recuperaba?".

"Puede haber sido un acto espontáneo -la tensión y la ansiedad le pasaron factura- o pudo haber sido estrictamente un espectáculo. Prunella se había hecho notar". Sonreí con ironía. "O más bien el pez espada lo había hecho".

La tía Mat inclinó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, como si estuviera asimilando la validez de lo que se había planteado. "En retrospectiva, parece extraño que a lo largo de los años Prunella nunca entrara en la cocina o tuviera alguna interacción con Porter… no es que mis invitados lo hicieran normalmente, con la autoproclamada timidez del hombre. Pero Percival se las arreglaba para intercambiar algunas palabras con Porter cada vez que iba a por agua o refresco, que siempre se complacía en anunciar a su regreso. Creo que se sentía un privilegiado o algo así".

"¿Cómo reaccionaba Prunella cuando él hacía eso?" preguntó Linda.

Un surco se profundizó bajo la línea del cabello de la tía Mat. "Ella lo ignoró y pasó a otros temas".

Rey dijo: "Obviamente ella quería que pareciera que no se conocían".

"Probablemente eso estaba bien para Porter", reconoció Adwin. "Desde luego, yo querría apartarme del camino de alguien si tuviera algo amenazante sobre mí. Sin duda, el tipo vino aquí para pasar página y no tenía ni idea de quiénes vivían cerca. Se instaló bien y fue feliz en su nuevo papel de cocinero privado. ¿Y entonces qué pasó? La Reina Dragón volvió a entrar. De repente, todo se puso patas arriba. Debió sentir que una rígida soga se apretaba alrededor de ese grueso cuello".

"Y la única manera de aflojarla era cumplir las órdenes de la Reina Dama Dragón", frunció Linda. "¿Eso lo convertía en un pobre desgraciado o en un intrigante de sangre fría?".

May-Lee dejó una galleta parcialmente comida y miró con tristeza a su amiga. "Qué terrible es para ti tener conspiración y alusión bajo tu mismo techo, de gente a la que querías y en la que confiabas".

"Conspiración, alusión y asesinato". Linda se levantó y se puso al lado de Rey. "Caramba, esa era una señora chiflada".

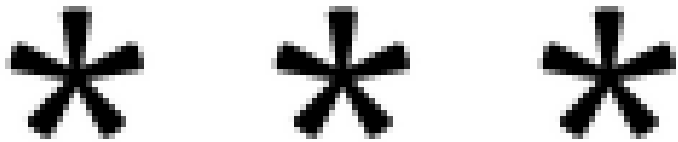
El comentario tácito de Rey quedó registrado en su rostro: se necesita uno para conocer a otro.

Lewis volvió a entrar, con Budd en los talones. "Vamos a alojaros en un hotel de cornah para hoy y mañana. Haremos que un par de oficios vigilen, por si acaso… por si acaso".

"Eso de Augustus Jacob Lewis, suena sospechosamente a 'estás bajo arresto domiciliario'", resopló la tía Mat.

"Mathildah Moone, simplemente estoy siendo vigilante y asegurando tu calor y seguridad. Sin poder en la casa, es mucho mejor que te quedes en la ciudad durante un par de días. Como ya sabes, los autobuses están de vacaciones hoy. Un tren ha descarrilado a cuatro millas al este de aquí y parece que el alumbrado de la estación está defectuoso, así que no hay servicio por el momento. Quién sabe cuándo tendrán todo despejado y arreglado. Lo mejor sería quedarse en el pueblo, y yo preferiría que lo hicieran, pero si realmente quieren volver a la casa…"

"¡No!" sonaron las respuestas unánimes.



Para cuando nos instalamos en las habitaciones del hotel eran más de las 6:00 a.m. Las mini excursiones de compras, las siestas rápidas y los ligeros refrigerios durante el ventoso y gris día nos llevaron

rápidamente a las seis de la tarde. El tiempo finalmente se había despejado y calentado un par de grados, pero prometía estar nublado y con mucho viento durante al menos dos días más. No importaba. Aunque no había borrado los recuerdos desagradables, estar lejos de la mansión Moone había calmado el estrés y la tensión.

"Tío, esto es tan cómodo como un cortador de queso". Rey, refunfuñando, estaba tumbada en un catre individual en una habitación de hotel del cuarto piso que hacía esquina y que compartíamos ella, la tía Mat y yo. Una pesada manta de lana cubría las piernas desnudas.

"Siempre puedes compartir mi cama", le ofrecí.

"¿Por qué no te quedas con esto y yo con la cama?"

"Porque perdiste el lanzamiento de la moneda".

Me sacó la lengua.

"¿Quieres parar? Es una bonita habitación: cálida y antigua". Estaba tumbado boca abajo en una cómoda cama doble que habría hecho feliz a Mamá Osa. "Tenemos la cena en camino, un lindo guardia en el pasillo, y una selección de buenos programas y películas".

Rey se quitó un enorme y grueso jersey de pelo de camello que había pertenecido a nuestro tío. Lo había encontrado doblado entre varios otros en un estante superior del armario trasero del primer piso cuando decidió husmear un poco más. "El rubio es guapo, ¿verdad?, pero no entiendo por qué necesitamos un guardia".

Me encogí de hombros y seguí cepillándome el cabello. "Quizá el sheriff piense que la loca de Prunella encontrará la forma de vengarse".

Rey resopló. "Sí. Puedo ver a la mujer -vestida como Madam Mummy- escapando de los confines del hospital".

"El agua aún está caliente", anunció la tía Mat al salir del baño, con una gran toalla de felpa alrededor de la cabeza y un grueso albornoz de lana envolviendo su cuerpo perfumado de lilas. Había

comprado el albornoz de color arándano con zapatillas de spa a juego en una tienda de camas y baños de diseño que había cruzado la calle, y me había comprado a mí un conjunto verde marfil y a Rey uno rosa sandía. Mi prima se puso en pie de un salto y cogió el suyo del respaldo de un sillón de orejas en la esquina.

Nuestra tía se movió ante un minibar de arce que parecía un globo terráqueo bisecado, lo abrió y examinó el contenido. "La selección de vinos es dudosa, pero la ginebra, el vodka y la mezcla de escoceses son bebibles. ¿A alguien más le apetece un aperitivo antes de la cena?"

"El mío es una ginebra doble con mucho hielo y un toque de tónica". Rey entró en el baño.

"El mío también". ¿Qué demonios? Un buen trago podría ser justo lo que el doctor ordenó. Arrojé el cepillo sobre la mesilla de noche, me puse de espaldas y miré el relieve del techo con motivos franceses hecho de yeso tradicional fundido a mano. "Me sorprende que Linda haya optado por compartir habitación con May-Lee".

"¿Por qué no iba a hacerlo? May-Lee es muy simpática". Después de que la tía Mat preparara las bebidas y las colocara en una mesita auxiliar, se sentó en una cama de estilo bergere francés con cañas, apoyando dos enormes almohadas contra un cabecero curvado de nogal. Se recostó con un suspiro de satisfacción. "Linda debe de estar cansada de todo este desagradable asunto y si va a tener algo de paz, sabe que May-Lee es una mejor opción como compañera de piso. Los tres no dejamos de hablar de ello".

Me senté erguida y tomé un largo sorbo. El alcohol helado de tono floral calentó un camino desde mi cara recién fregada hasta mis dedos de los pies recién pintados de rojo gladiolo. Los moví y observé distraídamente lo bien que combinaba el rojo con la túnica verde.

"Me sorprende que Adwin no haya sugerido que compartáis habitación".

Sonreí. "Debe de estar cansado de todo este desagradable asunto, y sabe que no dejaremos de hablar de ello".

Nos reímos y brindamos por el otro lado de la habitación.

"Se empeñó en estar tranquilo y dormir mucho. Sabía que no tendría ninguna de las dos cosas si nos quedábamos juntos, así que eligió a Fred el Gato como compañero de piso". Tomé otro sorbo y suspiré suavemente. Se sentía bien sentarse, relajarse y liberarse de la locura de los días anteriores. "¿Crees que Lewis está vigilando de cerca a la Dama de los Pájaros del Infierno?"

"Sería un tonto si no lo hiciera", respondió la tía Mat. "Me pregunto cómo le irá una vez que se recupere, si es que se recupera".

"La operación de la madrugada fue un éxito. Lewis llamó mientras estabas en la ducha para decir que los médicos eran más optimistas que no".

"Me refería a su estado mental. Ese mazo puede haber causado desfiguración facial, pero el golpe en la cabeza tuvo que haber provocado algún daño cerebral. Y hay que preguntarse: ¿hasta qué punto estaba sana o estable para empezar?"

"La conoces desde hace mucho tiempo…"

"Aparentemente no lo suficiente", resopló, "para darme cuenta de que no era quien yo creía".

Sonreí secamente. "Era una gran actriz o un individuo verdaderamente demente. O probablemente un poco de ambas cosas. En cualquier caso, nadie se habría dado cuenta".

Mi teléfono móvil anunció una llamada. Lo cogí de la esquina de la cama donde había sido arrojado antes. El identificador de llamadas me informó de que Johnny Gorcey estaba llamando. "Hola, Sherlock".

Se rió y luego se puso sobrio. "Me he enterado del asesinato".

"Haría un chiste sobre "caer como moscas", pero en realidad podría reírme".

"La risa es un buen remedio". Aspiró algo, tal vez uno de esos cigarrillos que imaginé que podría fumar. "Tengo algo sobre esas

dos personas: Gruber Pathos y Santana Anna Dinero. Me costó un poco de hurgar y escudriñar".

"Soy todo oídos, amigo mío".

"Pathos parece haber 'nacido' hace diez años. Apareció como un cliente importante para una empresa española… propiedad de Percival Sayers".

Me senté en la columna. Esto se estaba poniendo interesante. "¿Mayor como en comprador de innumerables antigüedades y similares?"

"Así es. Me las arreglé para conseguir una lista de artículos que este tipo compró. Mi instinto de investigador me dijo que viera qué habían comprado exactamente los amigos y familiares de Sayers. No preguntes cómo conseguí las listas", aconsejó. "¿Estás sentado?"

"Lo estoy".

"Casi todos los artículos comprados por Pathos eran los mismos que los comprados por el marido de tu tía… a precios rebajados".

Atónito, no pude hablar durante varios segundos. "Esto tiene que significar que Gruber Pathos era el estafador, el que sustituía las piezas auténticas por falsas".

"Tengo que estar de acuerdo. Compraba réplicas".

"¿Qué otros detalles tienes? ¿Hay una foto?"

"No hay ninguna foto, pero reside en Zúrich y dirige una empresa de inversiones en el extranjero con sede en la Mancomunidad de Dominica. También supervisa una agencia sin ánimo de lucro centrada en la fabricación ecológica en Latinoamérica y Sudamérica."

"Curioso. Thomas Saturne hizo trabajos pro-bono para organizaciones sin ánimo de lucro".

"Puede haber una conexión si indagamos más".

"¿Qué hay de Dinero?"

Gruñó. "No hay información sobre ella antes de que se convirtiera en miembro del consejo de administración de una empresa de inversión suiza".

"¿También reside en Zúrich?" pregunté con displicencia.

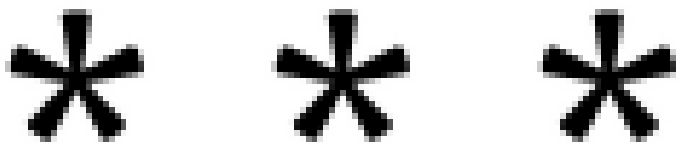
"En Ginebra".

Sonreí secamente. "¿También ha "nacido" recientemente?"

"Casi al día en que lo hizo Pathos. ¿Quieres que siga buscando?"

"A estas alturas, no estoy seguro de que sirva de mucho, salvo para apaciguar la curiosidad", respondí. "Aun así, deberíamos atar los cabos sueltos. Con una investigación intensiva, estoy bastante seguro de que Pathos y Dinero se relacionarán de algún modo con Prunella. ¿Intentarás encontrar ese vínculo?"

"Por supuesto, aunque me lleve en persona al país de los cuchillos militares y los relojes de alta gama".



Un ligero pero persistente golpe en la pesada puerta de roble sonó como un decidido pájaro carpintero. La tía Mat arqueó una ceja con forma y se levantó para ver quién era. Linda, vestida con unos vaqueros recién lavados y un grueso cárdigan de lana de color topo, entró con paso firme. Llevaba el cabello recogido con unas bonitas

horquillas de cristal decó.

"Pensé en pasarme antes de que llegara la cena y ver cómo estáis todos". Miró a su alrededor. "Esto es más grande y más cálido que mi habitación. Y..."

"¿Antigüedad?" pregunté con desgana.

Ella sonrió y se fijó en nuestras bebidas.

"Sírvanse ustedes mismos". La tía Mat señaló el mini bar.

"Gracias". Sacó una Bud, desenroscó el tapón y dio varios tragos como un jugador de billar que hubiera estado absorto en una partida maratoniana o una persona que hubiera pasado un mal rato en la oficina. "Menudo día, ¿eh?"

"Menuda semana. Pero ciertamente ha sido reveladora", respondió la tía Mat con desgana, sacando otro whisky.

"Estamos todos muy tranquilos, teniendolo en cuenta". Linda se apoyó en una pared cerca del minibar y nos miró atentamente. "Tengo curiosidad. ¿Todavía creéis que maté a esos Moones?".

"¿Lo hiciste?" La tía Mat se sentó en un sofá de mohair color camarón de respaldo alto entre dos ventanas de oriel. Era una hermosa pieza de estilo Luis XV, con patas cabriolé que se curvaban en los brazos y el marco, y habría complementado muy bien el salón de la gran dama. Con sus delgadas piernas cruzadas y sus delicadas manos cruzadas, parecía ciertamente regia sentada en ella.

"No seas tonta", se burló. "Y tampoco ayudé a Prunella. Hizo lo que hizo por su cuenta, con la ayuda de Porter y probablemente de Percival".

La tía Mat casi resopló. "Si eso fuera cierto, ¿por qué mataría a Perc?"

"Porque él ya no quería ayudar, o porque ella pensó que era un lastre". Linda bebió otro trago y se inclinó hacia delante, con una expresión intensa. "La mujer no tiene conciencia, ni sentido del bien

y del mal. Para ella, todo el mundo es un medio para un fin. Literalmente".

"Es cierto, no tiene conciencia", concedí, apurando mi bebida helada. "Nunca sabremos toda la verdad, a menos que la policía encuentre documentación escrita, registros bancarios o algo concreto, o que ella confiese todo, lo cual me genera serias dudas".

Con el cabello mojado hacia atrás, Rey se detuvo justo al lado de la puerta del baño y miró a Linda con evidente sorpresa. "Oh".

"Linda estaba ofreciendo su opinión sobre Pruney", expliqué.

"Oh." Abrazó la bata con más fuerza, como si fuera una capa protectora o un dispositivo para alejar a los espíritus malignos, se fijó en el vaso de cuentas que había junto a su catre y lo cogió.

"Todos estamos de acuerdo en que Porter ayudó a Prunella. Tenía acceso a la casa en todo momento y podría haberla dejado entrar siempre que yo y/o Reggie no estuviéramos allí", dijo la tía Mat. "Si Reggie estuviera vivo… cielos. No puedo ni imaginar cómo reaccionaría una vez disipado el shock". Su expresión se ensombreció. "Incluso si Prunella estuviera chantajeando o amenazando a Porter para que le ayudara, estoy bastante seguro de que se habría asegurado de que recibiera una parte decente. Los incentivos financieros hacen que haya menos descontento y más lealtad".

"Más vale un negro rico que uno pobre", coincidí.

"Recibir un incentivo económico es definitivamente motivador". Linda mostró signos de relajación mientras se acomodaba en un suave sillón reclinable de imitación de cuero. "Pero, ¿por qué el asesinato en primer lugar? ¿Por qué ahora, esta última semana, en la finca de Moone?"

"Prunella tenía algo con Thomas y él la traicionó al optar por la relación. Probablemente había planeado la venganza durante mucho tiempo, pero había estado esperando el momento más adecuado. La reunión de la herencia -por razones que sólo Prunella puede confirmar- resultó ser la oportunidad perfecta", dijo Rey con

sencillez, acomodándose en las almohadas que la tía Mat había reclamado minutos antes. "Tenía fácil acceso a Thomas en la casa, y un ayudante para asegurarse de que todo saliera bien".

El ceño de la ayudante de guionista se arrugó al considerarlo. "Sabes, tienes razón. Tendría que haber estado esperando un momento oportuno, como esta reunión. Habría sido necesario una gran planificación y precisión para hacerlo en otro lugar, como en la oficina de Nueva York o en su casa de Long Island. Habría habido demasiada gente alrededor y demasiadas cosas podrían haber salido mal".

"Tiene sentido", convino Rey en voz baja, estudiando su gin-tonic.

Linda frunció el ceño. "Lo que no tiene sentido es que Percival fuera cómplice de clavar una estaca en el pecho de alguien -o que posiblemente lo hiciera él mismo-, no para ayudar a una hermanastra, amante o cualquier otra persona. Era muchas cosas diferentes, pero ¿un asesino? No lo veo".

"Al igual que Porter, podría haber sido coaccionado", respondí. "Si hubiera estado involucrado en el hurto, el robo, llámalo como quieras, podría haber querido proteger a Prunella".

"¿De quién? ¿De su propio desquiciamiento?" Rey se burló.

"Quizá lo hizo para garantizar su silencio. Me la imagino amenazando con soltarlo todo e implicarlo a él, estuviera o no involucrado", afirmó Linda.

"Buenas teorías, señoras, pero sólo estamos moviendo los labios", exclamó Rey.

Me encogí de hombros y me volví hacia Linda. "¿Por qué no volvemos a esos moros?".

"Yo no los he matado". Linda se paseó de un lado a otro. "Sí, me tomé un tiempo libre en el trabajo. Di parte de enfermo, tenía un pariente enfermo, necesitaba un trabajo dental, o lo que sea. Mentí una media docena de veces en cinco, tal vez seis años, para poder ir de viaje y relajarme, para tener tiempo para mí. Si estaba cerca en

el momento de los accidentes de Moone, entonces fue una coincidencia. Extraña pero verdaderamente casual".

Frunciendo los labios, la tía Mat estudió a la joven.

Sonreía secamente. "Con todo lo que ha pasado, estoy segura de que la policía investigará esos "accidentes"".

Linda dejó la botella con fuerza sobre la mesilla de noche, con la mirada tan helada como el vaso de Rey. Estaba a punto de decir algo cuando se oyó un rap-rap-rap en la puerta.

Rey eligió ver quién era.

Un hombre escuálido y con cara de ratón murmuró un saludo y acercó un carro cargado a una gran mesa redonda de arce situada en un rincón.

Rey se volvió hacia Linda. "Sabes que la verdad siempre sale a la luz, así que..."

"Es usted imposible". Ella frunció el ceño y salió de la habitación como una niña de cumpleaños malcriada que no ha recibido el trozo de tarta con la dulce y cremosa rosa.

"¿Algo que he dicho?" Preguntó Rey inocentemente, cerrando la puerta con un golpe de mazo-concreto.

27

TRES EN UN DESAFÍO

Cuatro escoceses y cuatro horas después, Mathilda Reine Moone estaba profundamente dormida. Estaba recostada en el extremo izquierdo, con el rostro sereno, casi alegre, como si soñara con caminar de puntillas por un vasto y soleado campo de margaritas. Un par de sedantes además de los escoceses habían contribuido, sin duda, al sueño sin dolor.

Había que recuperar el sueño, así que Rey y yo no vimos ninguna razón para no acostarnos temprano. Pero el sueño no llegaba fácilmente, tal vez por el factor de sobrefatiga. Desde luego, los camiones que pasaban a toda velocidad y el guardia que pasaba por delante de la puerta charlando sotto voce con un móvil no ayudaban. Estaba seguro de que mi prima estaba repasando mentalmente los acontecimientos de los últimos días, porque normalmente tenía un sueño inquieto y en ese momento no movía ni un músculo. Su cerebro, al igual que el mío, estaba probablemente a tope.

El día que había llegado a la grotesca mansión de Moone, la película Dos en una guillotina había invadido mis pensamientos. Si hubiera nacido varón antes de 1960, habría sentido algo por Connie Stevens, que interpretaba a Cassie Duquesne en la película dirigida por William Conrad, de Jake and the Fatman. Yo habría querido ser el reportero Val Henderson, interpretado por el siempre simpático Dean Jones, que se hizo amigo de la siempre simpática rubia. Para los que no estén al tanto, la premisa de la película tenía un argumento familiar al que habíamos vivido últimamente. Ceasar Romero, maravillosamente excéntrico como el padre mago, tenía una cláusula inusual en su testamento. Como resultado, una estancia de una semana en la espeluznante mansión de Duquesne dio lugar a varios momentos de miedo, en los que los esqueletos y los extraños conejitos aparecían en los momentos más malditos.

La película había sido una de las favoritas de mi madre y la primera vez que la vi tenía cuatro años. Estoy segura de que mamá siempre había soñado con ser Connie Stevens (había llevado el cabello de forma similar durante los primeros seis años de mi vida). La película me había puesto los pelos de punta, pero de una manera divertida: un niño que ve una película de terror por primera vez. No había sido sangrienta ni espeluznante, sino entretenida y aterradora. Jugaba con tus sentidos y te hacía retorcerte. Nada era lo que parecía. Todo había sido un pretexto, como el loco plan de la tía Mat. Sólo que ella no quería cortarle la cabeza a nadie; quería atrapar a quien la había engañado. Así lo había afirmado.

Me puse de lado y miré a la atractiva mujer. Era una enciclopedia andante, con la cabeza llena de "trillones de chismes" (como había afirmado una vez la tía Ruth June). La chiflada y adorable tía Mat había permanecido oculta mientras nos ocupábamos del caos y el asesinato iniciales. Si alguien había tenido una oportunidad perfecta para ayudar a Prunella Sayers, era ella. Después de todo, conocía los pasajes, tenía acceso a libros y manuales de medicina, botánica y jardinería, y sabía lo que hacía que la gente se moviera.

Cuando los pensamientos y las cavilaciones se negaron a dejar de dar vueltas y chocar, me escabullí de la cama, cogí mi bata y la de Rey, y me dirigí de puntillas a su catre. Ella se movió y estaba a punto de decir algo cuando le eché la bata sobre el pecho y le indiqué que me siguiera.

Tras meter en el bolsillo el cambio y la tarjeta de la llave del hotel, cerré la puerta suavemente tras nosotras y señalé con la cabeza a la "rubia mona" de Rey, que estaba de pie a seis metros en el pasillo excesivamente cálido, ante una ventana arqueada cubierta de condensación, con el teléfono en la mano. A pesar de las cicatrices de acné y el enorme hueco de Terry-Thomas entre los dientes delanteros, resultaba extrañamente atractiva cuando sonreía.

"Pensamos en estirar las piernas… y tal vez tomar una copa a última hora".

Examinó nuestra vestimenta.

"¿Demasiado informal?" Preguntó Rey con una sonrisa sensual.

"Si no hay nadie más en el salón, puedes salirte con la tuya". Los restos de un acento sureño se reflejaban en sus palabras, como si hubiera nacido y crecido en Mississippi, pero hubiera intentado perder cualquier rastro de dialecto o de acento. Casi, pero no.

"Tal vez demos un paseo un rato".

"Señoras, no creo que sea una buena idea -"

"No podemos salir exactamente del hotel vestidas así", intervine. "Incluso si nos atreviéramos, hace demasiado frío fuera. Estaríamos hechas polos antes de llegar al final de la manzana".

Se rió y nos indicó que siguiéramos adelante.

"¿Qué pasa?", preguntó mi prima cuando llegamos a un nicho de máquinas expendedoras tres pisos más abajo. Su mirada se centró en una sección de barritas de chocolate. "¿Tienes algo...?"

El cambio llegó a su mano antes de que pudiera preguntar.

Dos PayDays cayeron de sus cómodos compartimentos. Le pasó uno.

Era bastante fresco y delicioso. No había nada mejor que una mezcla de cacahuetes salados y caramelo dulce. "Voy a repasar las ideas, basándome en lo que Johnny ha transmitido hoy. No interrumpas, ¿vale?"

Una ceja se arqueó. Con la boca llena, levantó un dedo y esperé hasta que pudo hablar. "¿Cuánta información has recibido recientemente y no has compartido?"

"Sólo lo que he recibido hoy. ¿Quieres oírlo o no?"

"Soy todo oídos", se burló, dando un gran bocado.

"¿Y si Thomas fue asesinado no porque hubiera dejado a Prunella -y esto ya lo hemos barajado anteriormente- sino porque era el jefe, o la contraparte, detrás de la apropiación indebida? Tenía acceso a las cuentas y contratos de la tía Mat y Reginald, y a todas las cosas legales. Ayudaba a Reginald a crear negocios, redactaba acuerdos y organizaba tratos, supervisaba los tratos financieros y organizaba

los envíos de antigüedades. Se encargaba de las importaciones y exportaciones. No habría sido difícil desviar fondos, cambiar artefactos auténticos, objetos y antigüedades con falsificaciones antes de que llegaran, especialmente si tenía un par de cohortes falsos cuyas identidades utilizaba para hacer todo el trabajo sucio. A lo largo de los años, realizadas a un ritmo práctico, las sustituciones nunca habrían sido obvias. Y aún no lo habrían sido si el viejo amigo y consejero de nuestro tío no nos hubiera visitado y detectado las falsificaciones."

"¿Así que Prunella se dio cuenta en algún momento y quiso entrar?"

"O la quiso meter en algún momento para ayudar a suavizar y ocultar las transacciones… un socio para que funcionara a ambos lados del gran charco. Inventó a Gruber Pathos y a Santana Anna Dinero, y cuando era necesario, él hacía de Gruber y ella de Santana". Hice un rápido repaso del dúo suizo.

Rey masticaba pensativa y ruidosamente, obviamente saboreando el subidón azucarado que le proporcionaba el caramelo. "Me pregunto cómo y cuándo se hicieron amantes. ¿Fue primero un fraude y luego un romance? Miró la barra a medio comer. "Cuando la dejó, el lucrativo negocio que compartían era un hecho, y una gran fuente de ingresos sin impuestos se agotó. Él la había dejado fuera de juego y ella estaba cabreada".

"Seguro que sí", coincidí. "La venganza más dulce habría sido utilizar algo contra él para que se estresara y guisara. Matarlo habría sido demasiado fácil y poco gratificante".

Rey agitó lo que quedaba del PayDay. "Dígame, prima Jilly, ¿cómo o qué habría utilizado contra él?"

Agité mi barra a cambio. "Esto nos lleva a la primera hipótesis. Se lo diría a nuestra tía, sabiendo que la incensaría. Prunella apostaba totalmente por eso".

"Lo que hizo que la tía Mat, indignada, decidiera llevar a cabo la venganza". Como si fuera una pelota de playa que se desinfla, Rey exhaló lentamente. "La tía Mat podría haberle dicho a Prunella que tuviera paciencia, que ella o ellos atacarían cuando fuera el

momento adecuado".

"Tal vez pusieron en marcha ese "momento" perfecto cuando nuestra querida tía y su igualmente querida amiga planearon una fabulosa escena de muerte en el balcón y una reunión de herencia. Thomas encabezaba la lista de legados".

"Lo que no entiendo es por qué le contaría sus sospechas sobre los robos en primer lugar si sabía -por cortesía de Prunella- que Thomas estaba involucrado. Si hubieran planeado una venganza, ella habría sido inteligente al permanecer en silencio".

"Ella puede haber querido desviar las sospechas señalando con el dedo a otra parte. Puede haber creído que los robos o sustituciones se descubrirían en algún momento, especialmente con los locos acontecimientos. Si me hizo creer -nos hizo creer- que hay varios ladrones potenciales, la verdad puede haberse oscurecido simplemente porque el foco de atención estaría en los asesinatos."

"No lo sé, Jilly". Múltiples líneas arrugaron el ceño de Rey. "Dejando a un lado el posible conocimiento y/o participación de la tía Mat, hemos barajado estas ideas de una forma u otra. Hay demasiados "quizás". ¿Tienes alguna pregunta o hipótesis nueva?"

"Sólo una continuación. ¿Y si la Tía Mat mató a Thomas? Podría haberlo hecho fácilmente desde una habitación o nicho oculto. ¿Y si Prunella, en el plan, cogió el dardo mortal del cuello de Thomas y lo escondió, o hizo que Porter se deshiciera de él? ¿Y si Percival hubiera visto a su hermanastra cerca del cuerpo de Thomas, sólo que en ese momento no era consciente de que estaba presenciando algo criminal? Más tarde se dio cuenta de ello. Tal vez algo dicho o hecho desencadenó el recuerdo y se enfrentó a ella".

"No lo sé, Jilly". Las líneas se hicieron más profundas. "¿Qué hay de Jensen? ¿Y Porter?"

"Una vez más, tengo que ir con Jensen habiendo aprendido algo. Tenía documentos en un maletín en su habitación. En algunos de ellos aparecían nombres de empresas y cifras en dólares, y así fue como tropecé con esos dos nombres: Pathos y Dinero. Si había encontrado pruebas y alguien lo descubría, su destino estaba

sellado". Con la mirada puesta en la última de mis golosinas, reflexioné sobre el día de la llegada. "No habría pensado nada si hubiera visto a Prunella pasearse despreocupadamente junto a Thomas en el salón. Y si hubiera visto a Porter y a Prunella charlando en la cocina, ¿por qué habría pensado que estaba ocurriendo algo turbio? Si Prunella estuviera metiendo algo en una caja de zapatos, ¿habría parecido sospechoso? No. Las simples acciones cotidianas no equivalen a hechos nefastos".

Mi prima miró las yemas de sus dedos y luego las lamió lentamente. "Siguiente".

Me apoyé en una pared de color amarillo piña. "Me inclino a creer que Porter estuvo involucrado en el robo a los Moones, presionado por Prunella o de otra manera. Decíamos que Prunella fue la que le coaccionó, pero podría haber sido Thomas el que hubiera hecho la intimidación. Encontré una vieja foto de Porter en la habitación de Thomas".

Los ojos de Rey se pusieron tan redondos que parecían los de un tarsero filipino. "¿Cómo es que no mencionaste eso?"

Me encogí de hombros. "Se me olvidó".

"¿Te importaría buscar en esos bancos de memoria que funcionan mal y localizar otras cosas que se te hayan "escapado"?" Me dio una palmada en el hombro. "Cuéntalo todo y no te dejes nada".

Le proporcioné un resumen de los registros de las dos habitaciones. Cuando permaneció en silencio, ya fuera porque no la había invitado a la búsqueda o porque estaba digiriendo los escasos hallazgos, proseguí. "También me inclino a creer la teoría de que en algún momento Porter se acobardó, sin duda cuando los cadáveres empezaron a acumularse. Como resultado, se convirtió en uno".

Rey levantó un dedo. "¿Y si Percival estaba ayudando a su amada y loca Dama de los Pájaros y a nuestra tía?"

"Entonces tenemos cuatro de ellos -"

"¿Un equipo?" Ella exhaló lentamente y escaneó la pared. "Un

cerebro, un cómplice y dos co-conspiradores".

Empecé a reírme de lo absurdo, pero luego me detuve. Tal vez no estaba lejos de la verdad.

"Todavía se reduce a esto, Jilly: no tenemos pruebas. Lo has dicho con bastante frecuencia en los últimos días de locura".

"No son más que conjeturas, tienes razón". Un pequeño grano de duda había estado aparcado en el fondo de mi mente durante la última hora y empezó a brotar.

"Tienes esa infame mirada de "tengo-una-idea" de Fonne. ¿Qué pasa?"

"Linda".

Ella gimió. "¿Qué? ¿Ella es parte del cuarteto de asesinos? ¿Ahora tenemos un quinteto?"

Sonreí. "Ella es el chivo expiatorio, Rey".

Mi primo tenía la mirada perdida. "Me has perdido".

"No se puede discutir que ella fue a esos viajes, pero ¿y si alguien los organizó? ¿Y si alguien los pagó?"

"¿De qué estás hablando? Llamó a los enfermos y puso excusas para tener tiempo libre".

"¿Y si eran sólo eso, excusas? Su viaje a los lugares donde murieron los miembros de Moone podría haber sido organizado. Hay coincidencias y hay coincidencias: calculadas".

"Entonces, ¿dices que ella no estuvo involucrada?" Parecía tan confundida como un concursante de un programa de juegos que tiene que elegir entre tres premios escondidos detrás de tres grandes cajas.

"¿Y si estaba destinada a estar en todos esos lugares cuando murieron los Moones para que en algún momento futuro, si se cuestionaran los acontecimientos o se desmoronaran las cuentas,

pareciera que ella era la responsable de esas muertes?"

"Todo parece tan alucinantemente fantástico", dijo Rey con un profundo suspiro, mirando la máquina expendedora. Compré dos PayDays más y miramos el espacio sobre nuestras cabezas mientras comíamos y rumiábamos. "¿De verdad crees que fue la tía Mat la que estuvo detrás de las muertes?", preguntó una vez que llegó al penúltimo bocado.

"No había amor perdido entre todos ellos. Ella misma lo dijo. La gente mata por razones menores".

Rey se limpió los fragmentos de nuez de los labios. "Tal vez sea una verdadera chiflada, como ha afirmado la mayoría de la familia a lo largo de los años". Frunció el ceño. "Los Fonnes no pensaron mucho en que se casara con Reginald. Me pregunto por qué no murió ninguno de ellos, si no fue por vejez o dolencias".

"Los Fonnes no expresaban demasiado sus sentimientos, al menos no cuando nuestra tía estaba cerca, lo cual no era frecuente. Tampoco la rechazaban visiblemente. Los Moones, en cambio, eran arrogantes y crueles. La maltrataban, la despreciaban y la traicionaban".

"De acuerdo, compraré el asesinato de parientes prejuiciosos y groseros. Pero ahora, dejando de lado a su cuñado Jensen, ¿comienza a matar a los que no son Moones? ¿Está tan loca o sedienta de sangre?"

"Si era alocada para empezar y luego se volvió super cabreada -"

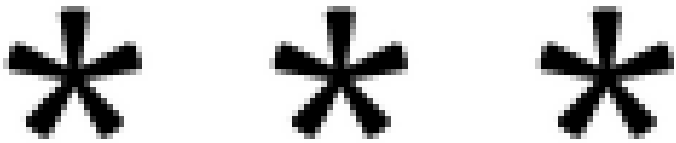
"Y tenía a alguien que alimentaba ese estado de cabreo… claro", declaró ella, enderezándose. "Sí, podrías estallar".

En silencio contemplativo, entramos en el ascensor y nos encontramos con un Budd sombrío y con cara de cansancio apoyado en una pared de espejo, con una bandeja de cartón con cafés en una mano enguantada y una gran bolsa de comida para llevar en la otra. Nos miró de arriba abajo.

"Necesitábamos salir un rato de la habitación", dije con una sonrisa

despreocupada. "Parece que ha sido un día muy largo para ti".

Él logró una débil sonrisa a cambio. "Ha sido una semana muy larga".



Linda se asomó al sinuoso pasillo, parpadeando contra la brillante luz del vestíbulo.

Rey se abrió paso hacia la sala en forma de L y yo la seguí. Era más pequeña que la nuestra, sus muebles réplica del siglo XVIII bañados en topacio gracias a unas persianas romanas con estampado de rayas en relieve que permitían ver un enorme cartel de neón de una coctelería al otro lado de un tranquilo bulevar nevado. En la cama de roble con dosel más alejada, May-Lee estaba recostada sobre una colcha de rayas doradas y peridotos. Llevaba un pijama Natori con estampado de animales y estaba absorta en una vieja novela de Jonathan Kellerman.

"¿No os habéis acostado temprano?", preguntó Rey con una sonrisa descarada.

Vestida con una camiseta holgada de color amarillo mostaza y unos pantalones de franela con enormes girasoles, Linda señaló la pared con un pulgar. "¿Quién puede dormir? Frick y Frack siguen alternando entre el amor de instituto y el odio de la zona de guerra de las bandas. No sé qué es más molesto: si los gemidos o los insultos y las bofetadas".

"Un buen libro ayuda a distraer", May-Lee levantó el suyo. "Hasta cierto punto".

Rey encendió una falsa lámpara Tiffany de cabecera y se sentó en el borde de una segunda cama de roble con dosel. "Ahora está tranquilo".

Linda sonrió. "Dale cinco o diez segundos".

Efectivamente, "Frick y Frack" empezaron a jurar y gritar como invitados agitados en un episodio de Maury Povich. Rey miró la lámpara que tenía al lado, sacudió la cabeza y buscó en un cajón de la mesita de noche. Extrajo una Biblia y la golpeó dos veces contra la pared.

"Eso es un sacrilegio, ¿no?" preguntó Linda, acercándose a un medallón de la pared en forma de escudo de trigo, con una expresión sombría.

"Lo que es sacrílego es la forma en que esos dos insensibles se comportan a estas horas de la noche".

Alguien golpeó de nuevo.

La ceja de Rey se levantó. Se levantó y salió de la habitación de un pisotón.

Linda sonrió. "Los problemas están en camino".

Tuve que reírme. Dos minutos más tarde, Rey regresó, con una expresión de suficiencia triunfal. "Ahora se comportarán más como Bert y Ernie con Valium. ¿Dónde estábamos?" Se dejó caer en un sillón acolchado en una esquina de la habitación.

Me volví hacia May-Lee. "¿Crees que podríamos hablar con Linda en privado?"

"Podríais", sonrió secamente, "pero a estas alturas ¿hay alguna razón para guardarnos secretos?".

"No hay ninguna razón para que May-Lee no se quede", afirmó Linda con firmeza.

Me dejé caer en un lujoso sofá recamier frente a Rey. "Voy a apostar que los viajes que hicisteis en la época de las muertes de los Moones fueron organizados por alguien que no eras tú. ¿Quién?"

Los ojos de Linda se abrieron de par en par. Luego, suspiró. "Ese 'alguien' es un buen tipo y no veo que importe quién organizó los viajes".

Rey pareció sorprendido. "¿Un tipo? ¿Quién?"

"Un primo lejano… John Jonah Smith". Linda se acercó a la ventana y miró hacia la calle. "No he visto a John desde que era una niña, pero ha sido lo suficientemente amable como para enviarme a unos cuantos retiros de spa a lo largo de los años. Él y mamá siempre habían sido muy unidos. Unos meses después del accidente, envió una carta en la que explicaba que una vez le había prometido a mamá que, en caso de que ella no estuviera, se ocuparía regularmente de mi hermano Lido, de mi hermana Loretta y de mí."

"Espero que no termines ahí la historia", dijo Rey tras varios segundos de silencio, y luego levantó una mano. "Un momento. ¿John Jonah Smith? … He oído ese nombre antes. ¿Dónde?"

"Quizá cuando salíamos por las tardes: tú memorizando frases y yo enviando correos electrónicos o escribiendo". Ella escaneó la cara de su amigo. "Creo recordar que lo mencioné un par de veces hace tiempo. De todos modos, no hay mucha historia. El primo John siempre había sido tímido y torpe con la gente, así que su idea de comprobarlo era dos o tres veces al año. Fin de la corta y aburrida historia".

"Es un escritor o algo así, ¿no? ¿Dónde vive?"

Linda se cruzó de brazos. "Era un escritor independiente, cierto - principalmente de artículos y manuales relacionados con la ingeniería, la aviación y la ciencia. Yo solía leer sus artículos de vez en cuando. Era muy árido, pero algo fascinante. Tenía residencias en Nueva York y Atlanta, pero desde que se retiró de la escritura y del mundo hace unos años, vive en las afueras de Portland, Maine." Me miró. "Al principio, enviaba una postal cada seis meses. Luego, unos años más tarde, cuando yo tenía veinte años, empezó a enviar

correos electrónicos de "cómo estás".

"También había empezado a enviar dulces: principalmente almendras cubiertas de chocolate y caramelos de agua salada. Sus favoritos, tal vez. Y desde hace unos seis años, cada diez meses más o menos, enviaba un billete de avión o de tren a un bonito balneario, así como cien dólares. Decía que tenía contactos y conseguía buenas ofertas, así que no debía preocuparme ni cuestionarlo, sólo aceptar y disfrutar.

"En cuanto a Lido, le enviaba entradas para el teatro y el cine y libros, porque a Lido le encantan ambas cosas. A Loretta le mandaba figuritas de Hummel, porque eso era lo suyo. Decía que era lo mínimo que podía hacer por la familia, sobre todo porque él tenía mucho, gracias a su exitoso padre agente inmobiliario, y nosotros teníamos… bueno, mucho menos".

Pregunté: "¿Cuándo fue la última vez que recibiste un regalo de él?".

Linda frunció el ceño. "Hace un par de veranos, supongo".

"¿Te envió a Myrtle Beach, la misma semana que murió Helena Moone?"

"Sí, supongo", respondió ella en voz baja.

"¿Te ha enviado correos electrónicos desde entonces?"

"Sí, tres veces".

"En los últimos años, suele ponerse en contacto a través de correos electrónicos. ¿No hay llamadas?"

"No hubo llamadas, nunca, pero tengo un número de teléfono en alguna parte. Y es una dirección de Yahoo, antes de que preguntes".

"¿No te pareció extraño que nunca cogiera el teléfono?"

"El primo John sufrió un cáncer de laringe hace ocho años. Una vez escribió que evitaba hablar porque sonaba como un sapo con una rana toro en la garganta". Linda me miró durante varios segundos.

"Vengo de una familia poco común. Nunca hemos hecho -o hacemos- las cosas de forma "normal". Todos somos conocidos por ser extravagantes y algunos podrían decir que excéntricos, como los Moones".

Rey resopló. "Es evidente que no has oído hablar lo suficiente de los Fonnes. Eso sí que es excéntrico, si no loco".

Linda se rió, al igual que Rey y yo, mientras May-Lee nos miraba con algo parecido a la tristeza.

Me volví hacia el cartel del salón, que empezó a parpadear y luego se apagó. También lo hicieron la mayoría de las luces del otro lado del bulevar. "El cáncer de garganta es una gran excusa para no coger el teléfono y hablar".

"Tenía diez años, más o menos, cuando lo vi por última vez en casa de la tía Nora y diecinueve cuando volvió a ponerse en contacto. No creo que hubiera reconocido su voz ni de una manera ni de otra, si lo que pretendes es sugerir que puede haber sido alguien que se hace pasar por el primo John."

Rey se inclinó hacia atrás y escudriñó el rostro del ayudante de guionista. "Podrías haber reconocido la de la tía Mat, aunque hubiera estado disfrazada".

Linda puso cara de duda. "Tampoco creo que hubiera reconocido la suya. Sólo la había visto una vez antes de venir aquí -cuando te visitó durante una semana- y hablé con ella dos veces por teléfono". Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Estás sugiriendo que tu tía Mat está involucrada?"

"Santo cielo", murmuró May-Lee, sentándose erguida. "¿Lo está?"

Rey miró de uno a otro, con expresión solemne. "Es una fuerte posibilidad".

Linda parecía tan perpleja como un político recién elegido al que se le interroga sobre promesas de campaña incumplidas. "Estoy oficialmente confundida".

Rey me señaló con la cabeza. "Jilly cree que la tía Mat mató a los

Moones".

El "¿por qué?" de May Lee salió como un grito.

"Venganza. Ella odiaba a los Moones".

"Pero Reginald la amaba", dijo May-Lee. "... ¿No es así?"

"Me pregunto", murmuré.

"¿Crees que se casó con ella por qué, por dinero?" Linda parecía perpleja. "Ella no tenía nada. ¿No es eso lo que me dijiste, Rey? Él, en cambio, tenía toneladas".

"Lo tenía", afirmó ella.

"Era joven y guapa, y con bastante carácter", señalé. "Muy tentadora y deseable para un caballero mayor y poco sociable".

"Estaba llena de chistes y bromas, y de ideas tontas y divertidas", añadió Rey. "Un viejo y frío pedorro se encuentra con una cosa bonita y joven llena de capricho -"

"Vim", corregí automáticamente.

"Lo que sea. Ella era el tipo de mujer que él pensaba que nunca atraería en cien años".

"No 'atraer'. Tener", subrayé. "Coleccionaba cosas, ¿recuerdas?"

"Coleccionaba rarezas", afirmó May-Lee en voz baja.

"Y es bastante rara". Rey sonrió con ironía. Miró de una cara a otra y golpeó con el puño la palma de la mano. "Mañana a primera hora, Linda, quiero que localices a tu primo. A ver si es el mismo que te ha estado enviando a los retiros".

"Puedo hacerlo". Linda miró de Rey a mí. "¿Pero quién va a probar nada de eso si John lo niega todo? ¿Quién va a demostrar que no fui a por esos moros, ahora que has servido esa loca idea a la policía en bandeja de plata?"

Rey se levantó, se estiró y se paseó por la gruesa alfombra beige francesa. Yo hice lo mismo.

"Supongo que hurgar en las habitaciones de la casa de los Moones no va a servir de mucho", suspiró Linda. "Como si hubiera pruebas que encontrar".

Me detuve. "Tienes razón, no habría pruebas. Las habitaciones ya han sido registradas, por diferentes razones, en diferentes momentos, por diferentes personas. No habría nada incriminatorio por ahí".

"¿Qué hay de Porter?" preguntó May-Lee.

Volví a negar con la cabeza. "Puede que guardara algo incriminatorio para protegerse, pero estaría relacionado con Prunella: su "por si acaso" si ella le pisaba demasiado. Y ciertamente habría sido eliminado cuando él murió. No habría cabos sueltos".

Rey dejó de pasearse. "¿Y bajo las tablas del suelo?"

"¿O en cajones ocultos?" terminé con una sonrisa.

Ella arqueó un hombro. "Si hay pasillos secretos, ¿por qué no cajones y compartimentos secretos?"

"Si existen, todas las pruebas desaparecerían ahora, como dijo Jill. Tu tía es inteligente y, por lo que sugieres, está bastante loca", respondió Linda con gesto adusto. "Como Prunella".

"¿Quién dice que conoce todos los rincones?" insistió Rey.

"Ella lo habría sabido; ha vivido en el lugar desde siempre - a"

"Pero ella no sabía de todos los pasillos -"

"Ella dijo que no lo sabía. Déjalo, Rey", insistí.

La determinación cruzó el rostro de Linda. "¿Qué hay de la casa de los Sayers?"

"¿Qué buscaríamos allí?" preguntó May-Lee, curiosa.

"Algo que implique". Volví a acercarme al sofá pero no me senté. "Encontrar pruebas será casi imposible. Conseguir una confesión de nuestra tía: igual".

"¿Oigo un 'pero'?" insistió Linda.

"Si Mathilda Moone creía que sabíamos qué encontrar y dónde encontrarlo, porque Prunella reveló algo en el pasillo mientras agitaba la pistola".

"¿Algo como un diario tal vez?" sugirió Linda ansiosamente con una sonrisa alegre.

"¡Eso es perfecto Linda!" May-Lee sonrió alegremente. "Un diario podría detallar las transacciones y los hechos, y los nombres".

Rey aplaudió. "Me encanta a dónde va esto".

"Diciendo que las dos mujeres son socias, no puedo creer que tu tía haya permitido que Prunella te mate. Además del hecho de que sois parientes de sangre, te tiene verdadero cariño". El ceño de May-Lee se frunció. "También me cuesta creer que estemos hablando de dos mujeres potencialmente dementes que han cometido dos asesinatos diferentes. ¿Cuáles son las probabilidades?"

Rey me miró. "Cuando May-Lee lo dice así, parece increíble".

"En cuanto a Prunella, estoy bastante seguro de que sólo planeaba asustarnos. Probablemente iba a encerrarnos en una habitación subterránea y luego informar a alguien de dónde encontrarnos una vez que ella se hubiera ido. En cuanto a la tía Mat, sólo estamos teorizando. De nuevo, esas muertes podrían haber sido verdaderos accidentes".

Rey parecía inseguro. "Tal vez".

"Si Prunella nos hubiera matado, tendría que responder ante la tía Mat. Como May-Lee sugirió, y nos inclinamos a estar de acuerdo, ella nos tiene cariño. No puedo ver a la tía Mat dejando que Prunella se salga con la suya al asesinarnos a Rey y a mí". Me volví hacia May-Lee. "En cuanto a los asesinatos de Moone, si fueron eso, la tía Mat puede ser la única otra candidata si Linda no lo hizo -"

"¡No lo hice!"

Le sonreí a Linda. "Prunella no habría tenido ninguna razón para matar a esos Moones -"

"Aparte del hecho de que está jodidamente loca", se burló Rey.

"No encaja", dije con un firme movimiento de cabeza. "Los Moones vivían en varias ciudades de diferentes estados. ¿Cómo podía conocerlos el pajarero? Ella mata por una razón, con un propósito".

La expresión de Rey era sombría. "Deberíamos consultar a Lewis sobre Prunella por la mañana. Quizá haya revelado algo desde la operación".

"Dudo que se despierte pronto. O que esté coherente de todos modos. Tiene que haber estado bastante dopada desde que la trajeron", dijo Linda.

"Incluso si hablara, ¿por qué el sheriff estaría dispuesto a compartir la información con nosotros?" preguntó May-Lee.

"¿Por qué no lo haría?" desafió Rey.

May-Lee sonrió y se levantó. "Quiero un refresco". Atravesó la habitación y volvió con cuatro cocas y pajitas. "Pensé que a todos les gustaría algo frío, dulce y con gas".

Lo hicimos.

"Jill, ¿quizás este es el escenario que tienes en mente?" Ella tomó un rápido sorbo. "Tú y tu primo estáis acorralados en un frío y húmedo pasillo subterráneo. Prunella revela algo -como que ha llevado un diario detallado a lo largo de los años- porque tú se lo has pedido o porque quería presumir. Decidió compartir esta información, ya que, o bien usted moriría pronto y el secreto moriría con usted, o bien languidecería en una habitación oculta hasta que ella se alejara. Entonces no importaría". Su mirada se clavó en la mía. "Esta es la pregunta de los diez mil dólares: ¿por qué no dijiste nada de los diarios a la policía? Tu tía Mat se lo preguntará, si es que no pregunta. Ciertamente lo haría".

"Muy fácil". Me reí. "Siempre quise decir eso -"

"Entonces, señorita Easy Peasy, ¿por qué no dijimos nada antes?" Preguntó Rey.

Mi sonrisa rozaba la picardía. "Porque queríamos escabullirnos a la casa de los Sayers y conseguir esos diarios antes de que lo hiciera la policía. Todo el mundo -Lewis sobre todo, ¿verdad? - sabe que nos gusta jugar a los detectives aficionados. Somos lo suficientemente inquisitivos y persistentes como para querer resolver los crímenes".

May-Lee se deslizó en el borde del sofá, con una expresión ansiosa y alerta. "¿Por qué nos conviene ser los que recuperen esos queridos libritos delatores y no permitir que la policía los encuentre, si es que existen?".

Sonreí. "Porque somos lo suficientemente inquisitivos y persistentes como para querer resolver los crímenes".

May-Lee se rió mientras Linda parecía pensativa. "Quizá sea mejor que nos pongamos de acuerdo y nos pongamos las pilas".

"Creo que eso es Anas platyrhynchos en fila".

Rey sonrió. "Prunella estaría muy orgullosa".

28

SI LA AGENDA SE AJUSTA …

Sentados en una gran mesa esquinera junto a las dos únicas ventanas del salón comedor del hotel, el grupo devoró a tragos un café fuerte como el alquitrán y devoró como si no hubiera un mañana esponjosas tortitas de arándanos con conservas caseras de cereza y sirope de arce local. El lugar, que recordaba a un B&B costero, era acogedor y pintoresco, con el calor de un fuego de leña en una chimenea de cristal en una esquina, y fragante con los olores dulces y sabrosos de la cocina matutina. En un rincón, junto a un enorme armario de arce lleno de tarros vacíos de mermelada y masón de varias décadas, había paneles de gasa de color azul pálido. Dos paredes estaban decoradas con acuarelas de valles, jardines y granjas; en otra, había coloridos jarrones y platos de cerámica hechos por artistas locales en estanterías de pino talladas con motivos florales. Los colores predominantes eran tonos suaves de rosa cobrizo y azul piedra de luna.

La calle principal de cuatro carriles estaba tranquila. Una pareja de mediana edad de aspecto alegre y sus juguetones Collie y Schnauzer estaban examinando las aceras recién limpiadas. Los cuatro llevaban abrigos a cuadros similares, lo que me pareció reconfortantemente bonito y a May-Lee le pareció ridiculamente cómico. Los únicos vehículos que habían pasado en los últimos diez minutos eran un patrullero de la policía que se movía lentamente, una furgoneta de electricista y un viejo Volvo abollado que parecía haber estado aparcado en medio de un campo de golf durante un mes.

Adwin y la tía Mat parecían enérgicos, aunque no animados, en comparación con May-Lee, Linda, Rey y yo. Estaba claro que habían tenido noches de sueño reparador mientras que nosotros cuatro habíamos tenido tal vez dos horas.

Linda había hecho dos llamadas a su primo: una al número que él le había proporcionado años atrás y otra a una dirección de Portland que había localizado por cortesía de Internet. Ambas no dieron resultado; no estaba allí o no respondía. En el número antiguo, una voz femenina sin emoción había proporcionado un mensaje genérico de "por favor, deje su nombre y número". El número de Portland no tenía servicio de contestador, así que Linda decidió volver a intentarlo más tarde. En cuanto al primero, sería interesante ver si alguien devolvía la llamada. Y si lo hacían, ¿sería la tía Mat la que se haría pasar por el primo John? Instintivamente miré al otro lado de la mesa.

Ella y Adwin se reían de su historia favorita: un brunch con cerditos en una manta que se convirtió en un fiasco de pelea de comida en el restaurante el año pasado, en el que un presidente había acabado llevando un "cerdito" en ambas orejas. Me serví el último trozo de tortita y esperé a que el pastelero terminara una historia que no se cansaba de contar.

Rey me llamó la atención y no fue nada discreto con la nariz arrugada, el ceño interrogativo y el tic ansioso. La fulminé con la mirada y pedí a Linda que me pasara una cesta de fruta. Rey puso los ojos en blanco y se pasó un trozo de gofre cargado de sirope por los labios rígidos mientras yo mordía una lanza de piña ácida.

Linda cogió dos tortitas más de una enorme bandeja y preguntó despreocupadamente: "¿Crees que podremos irnos a casa hoy, a casa, a casa?".

"Eso espero. ¿Tiene alguien noticias de Lewis?" Adwin miró al otro lado del comedor. Un fornido oficial con cara de oso de más de cincuenta años, al que no nos habían presentado, estaba sentado en la esquina opuesta, junto a la chimenea, tomando café y hojeando un periódico.

La tía Mat miró su Tag Heuer. "Son las nueve y media. Debería llegar pronto".

"Bien. Entonces podemos coger nuestro equipo e irnos". Le guiñé un ojo a Rey y ella le devolvió un guiño exagerado.

La tía Mat nos miró, pero se abstuvo de preguntar sobre el intercambio.

"Apuesto a que te alegrarás de volver al canal de televisión, mi pequeño pastel de ruibarbo", sonrió Adwin, apretando mi mano.

"En realidad, mi querida tarta de manzana…"

"Oh, por el amor de Pete", resopló Rey. "¿Queréis querubines dejar de hacer eso? Toda esta charla amorosa y cursi es asquerosamente dulce".

Linda intentó tragarse la risa, pero acabó sonando como un hipopótamo expulsando agua. La tía Mat se rió y Adwin sonrió. Las reacciones fueron contagiosas y las comisuras de la boca de Rey empezaron a crisparse. "Vale, vale. Lo que sea que haga girar las manivelas de la pareja de magdalenas".

Me volví hacia Adwin. "Estaba pensando en quedarme un rato más, si a la tía Mat no le importa".

"Me encantaría que te quedaras", respondió despreocupadamente, "pero ¿por qué querrías quedarte en una casa que ha visto tantas… cosas desagradables?".

"No me importa si no lo haces", respondí con indiferencia.

"A mí también me gustaría quedarme", anunció Rey.

"Y a mí". Linda.

"Por muy agradable que suene", tintineó May-Lee, sirviendo lo último del zumo de naranja de una jarra de cristal grueso, "tengo una tienda y clientes que atender".

Los ojos de Adwin se agrandaron, mientras que los de la tía Mat pasaban de una cara a otra, deteniéndose en la de Linda. "Cuantos más sean, mejor, pero ¿por qué? Si lo que buscas es tiempo de inactividad, iremos a West Palm Beach durante cuatro días, yo invito. Llamaré a mi agente de viajes cuando estemos de vuelta arriba".

"Eso es muy dulce", dijo Rey, inclinándose hacia ella. "Tal vez podríamos hacerlo después".

"¿Después de qué?" preguntó Adwin, perplejo.

"Después de que comprobemos la casa de Pruney y Percy", dijo con brillo.

La tía Mat no se inmutó. "¿Por qué harías eso? La policía la revisó ayer".

Linda asintió con la cabeza y expresó su confirmación. "Mientras esperaba el ascensor esta mañana, escuché al que Jill llama 'Gnarly' hablando con Charlie, el oficial por el que Roy está caliente. Dijo algo acerca de que el registro del techo al sótano de la casa de los Sayers no había arrojado nada de importancia, y bromeó diciendo que era obvio que los propietarios sufrían graves afecciones de TOC."

"Ahí lo tienes. No se encontró nada. Y no hay nada más que descubrir", declaró la tía Mat con una sonrisa de satisfacción.

Los dedos de Adwin comenzaron a tamborilear el borde de la mesa y su frente desarrolló unas profundas arrugas. "¿Qué estáis tramando?", preguntó.

Miré a Rey.

Ella arqueó un hombro, fingiendo indiferencia.

"Rey, sólo escupe los frijoles", ordenó Adwin, pasando de estar tenso a estar irritado. "Sabes que quieres hacerlo".

Sacó la lengua y acercó su silla. "Bien, novio de Jilly, esta es la primicia: vamos a localizar los diarios de Prunella Sayers".

"¿Ella te dijo que tenía diarios?" La perplejidad de Linda parecía genuina.

La de May-Lee, en cambio, parecía apagada. "¿En serio?"

Rey se puso en plan actriz de serie. "Conseguimos hacer unas

cuantas preguntas antes de que empezara a agitar la pistola como una demente de mala muerte. Fue como… como uno de esos viejos finales de series semanales de misterio".

"Eso es muy cierto, pero una vez que le hicimos cumplidos sobre su talento para el engaño y la manipulación, sintió la necesidad de presumir", añadí.

Mientras esperábamos a que un camarero con cara de cansancio, que lucía una etiqueta de bronce con su nombre que rezaba "Rolphie", sustituyera las cafeteras y las jarras de zumo, Rey se acercó. "¿Va a funcionar esto? Anoche decíamos que la tía Mat podría haber estado ayudando a Prunella. ¿Y si nos equivocamos?"

"Vamos a apostar por el hecho de que Prunella está loca y que no habría compartido todo con la tía Mat", susurré en respuesta. "Vamos con ello y veamos a dónde nos lleva todo esto". Asentí a la camarera después de que me rellenara la taza y me volví hacia mi tía. "Prunella declaró con orgullo, si no con arrogancia, que había matado a Thomas porque a) merecía morir por dejarla y abandonar su piso, y b) te había engañado".

May-Lee puso cara de asombro y esta vez la emoción parecía real. "¿Estás sugiriendo que ella se declaraba inocente y que era puramente Thomas Saturne el que cambiaba piezas de arte auténticas y de colección por falsificaciones?"

"En realidad no habló de la participación en los cambios, ni de la estafa a la tía Mat". Mi expresión cambió de grave a seria. "Quizá sepamos más sobre su participación, si es que la hay, cuando esté lo suficientemente en forma para hablar".

"Si es que alguna vez está lo suficientemente en forma", murmuró Adwin.

"¿Qué hay de las otras muertes?" preguntó Linda, inclinándose hacia delante, con una expresión intensa.

Rey se metió en la boca una gorda uva de color rojo rubí y miró de una cara a otra. "Tampoco habló de eso".

"¿De qué habló? Aparte de dar algunos detalles rápidos sobre la necesidad de matar a Jeana y Jensen, debe haber mencionado algo". May-Lee estaba exagerando un poco con el tono implorante y los ojos redondos, pero al menos estaba dirigiendo la conversación en la dirección que Rey, Linda y yo esperábamos.

"Lewis nos había aconsejado que no transmitiéramos más de lo que ya teníamos sobre lo que había ocurrido en el pasillo mientras esperaba que Prunella hiciera algún comentario. Basándose en lo que el doctor había comunicado, supuso que probablemente estaría disponible para el interrogatorio uno o dos días después de que investigaran la casa de los Sayers."

"Si quería que lo mantuvieran en secreto, ¿por qué compartirlo ahora?" El tono de la tía Mat era frío y su mirada helada.

"No nos pareció justo ocultarle la información indefinidamente. Además, Reynalda no podía mantener los labios sellados mucho más tiempo", respondí con indiferencia.

Rey frunció el ceño.

Sonreí alegremente y, cruzando mentalmente los dedos, continué. "Pensamos que deberíamos localizar los diarios".

La tía Mat cogió una mini magdalena de salvado de una pila cada vez más pequeña y preguntó rotundamente: "¿De verdad?".

"De verdad". Rey sonrió y me miró fijamente. "Jilly, dile a la pandilla lo que Pruney dijo de ellos".

No hay nada como que te pongan en un aprieto. Discretamente, pero no con delicadeza, atasqué mi pie en el suyo. "Voy a parafrasear. Veamos… Bien. He estado anotando tratos y transacciones, nombres y fechas, en mis diarios. Uno nunca sabe cuándo necesita un seguro o munición. Aquellos en los que más confías suelen ser los que más te engañan".

Todos miraron con desconfianza alrededor de la mesa. Linda fue la primera en hablar. "Pensar que si Jeana hubiera sido un poco menos confiada, podría haber resuelto el misterio sin tener que morir en el

proceso y Prunella podría no haber terminado en el hospital".

"Prunella es un pato raro -perdón por la referencia aviesa-, pero ¿quién habría imaginado en sus sueños más salvajes que era capaz de cometer múltiples asesinatos?" preguntó Adwin con una ceja pensativa.

Rey parecía grave. "Obviamente, ninguno de nosotros".

"Piensa en todas las vidas que podrían haberse salvado". Adwin suspiró tristemente y dio un sorbo al café mientras la tía Mat empezaba a pinchar la magdalena.

"Pobre Porter", fue todo lo que dijo, y en voz tan baja que apenas se oyó.

"Pobre Percival", dijo Rey con un largo suspiro.

Miré a mi tía. "¿Sabía Prunella que estabas por aquí y que esta reunión era una farsa?"

Su sonrisa era magra, su mirada recelosa.

Rey se inclinó hacia delante. "¿Crees que lo sabía?"

La gran dama frunció el ceño. "¿Cómo podría saberlo? Me mantuve bien escondida. No, nadie lo sabía, ni siquiera los sirvientes. Si hubiera tenido una corazonada o una sospecha, habría venido a buscarme. ¿Recuerdas cómo apareció cuando entré por primera vez? Estaba genuinamente sorprendida". El ceño se frunció y miró hacia la calle, donde un mensajero y un comerciante conversaban. "Desde luego, podría ser una actriz excepcional". Se llevó una mano al pecho y pareció afligida.

Volví a decir: "No podemos estar seguros de nada en este momento… aparte de que llevaba diarios de transacciones".

"¿Qué hay de otro ángulo? Tal vez esto no era más que Prunella queriendo toda la herencia para sí misma y esa es la razón de los asesinatos", propuso Adwin. "Mató a Jeana porque tenía que hacerlo -con el trozo de cadena que se encontró-, pero tal vez había planeado acabar con todos y cada uno de nosotros".

"Porter no formaba parte del grupo de recolectores de herencias", señaló Rey.

"Pero estaba demostrando ser un problema", afirmó Linda con el ceño tenso. "Dejando de lado a Porter y a Jeana, no es que ella cobrara diez millones de dólares. La cantidad completa -si ella fuera la última que quedara por cobrar- no sería suficiente para vivir con lujo durante más de un año, en el mejor de los casos… No, no veo que la herencia sirva de motivación para que Prunella Sayers cometa un asesinato".

May-Lee exhaló lentamente. "Todo esto se está volviendo muy complicado".

"Y vago". Adwin.

"Y extraño", la tía Mat frunció el ceño.

"Era una mujer rara", le recordé.

"Una auténtica loca", dijo Rey con énfasis.

"Certificable, ciertamente", coincidió May-Lee.

"No hay duda. A esa mujer le faltaban unas cuantas plumas", dijo Linda, luchando por contener una sonrisa.

Rey y yo nos reímos.

"¿Y qué hay de Percival? ¿Alguna teoría nueva al respecto?" preguntó Adwin, alcanzando una rebanada de tocino peameal.

Recibí una puñalada, pero no era una teoría terriblemente original. "Se enfrentó a su hermanastra por lo que sospechaba. Le presentó un ultimátum: confesar o pagar las consecuencias. Recuerda: la conocía muy bien. Habían vivido juntos durante años, y habían tenido una relación íntima. Él creía que ella haría lo correcto y lo contaría todo".

"O quería -sin remedio- creer que ella lo haría, el estúpido", dijo May-Lee en voz baja.

"¿Qué tan equivocado puede estar un hermano-amante enfermo?" Rey.

La tía Mat hizo una mueca mientras la expresión de Adwin se volvía agria y tomaba un largo sorbo de agua, como si la acción pudiera lavar un sabor acre en su boca.

"Pero Prunella no admitió nada de esto, ¿verdad?" preguntó May-Lee.

Rey negó con la cabeza.

"Desgraciadamente, hay muchas incertidumbres cuando se trata de saber quién hizo qué y cuándo", añadí.

"Y a quién. ¿O es a quién?" Rey parecía confundido.

"Esperemos que estos muchos detalles inexplicables se aclaren pronto", murmuró May-Lee sobre su taza de café.

"Sus diarios deberían aclarar algunos de ellos", dije. "El resto lo podrá aclarar cuando esté en sus cabales".

"¿Eh?" Rey parecía estupefacta.

"Lúcida".

"Si alguna vez está lúcida", dijo Adwin. "Y sólo si ella quiere".

"Cierto. No parece tener mucha conciencia. Me la imagino disfrutando de que todo el mundo le insista y le ruegue respuestas y ella nunca las proporcione", declaró Linda.

Adwin pinchó la crujiente loncha de carne con un tenedor. Me di cuenta de que estaba muy molesto y enfadado, aunque no se notara en su cara ni en su tono.

"Todavía me desconcierta lo de los diarios. ¿Por qué iba a necesitar Prunella llevar registros?" El tono de la tía Mat sugería que no creía que su antigua mejor amiga fuera tan imprudente.

"Tal vez quería asegurarse de que no asumiría la culpa sola en caso

de ser atrapada".

"¿Por qué detallar su propia participación?" La tía Mat exigió. "¿Por qué arriesgarse a que alguien encuentre pruebas perjudiciales?"

"¿Quién puede decir que detalló la suya? Tal vez el propósito detrás de los diarios era detallar a otros, para tener algo sobre ellos. Hasta que no veamos lo que escribió, sólo podemos conjeturar", respondí. "Tal vez se limitó a enumerar nombres y transacciones. 1 de noviembre: Thomas Saturne sustituyó el aplique del santo de hueso por uno falso. 23 de marzo: Thomas se embolsó 4500 libras por la venta de un camello de la dinastía Tang".

"¿Y estás seguro de que no trajo estos diarios a la casa?" preguntó May-Lee.

Rey y yo intercambiamos miradas, y mi primo ofreció: "No preguntamos, pero ¿te imaginas que se arriesgue a que un diario caiga en manos equivocadas?".

"¿Eso no podría pasar en su propia casa?" se burló la tía Mat.

"No es tan probable", respondí. "Ella sabría dónde ocultar las cosas en su propia casa para que no pudieran ser encontradas". Era difícil saber si se estaba creyendo algo de eso. Ahora que lo oía vocalizar, drama incluido, se inclinaba hacia lo extravagante; no imposible, pero definitivamente extravagante.

"Pruney parecía disfrutar hablando de lo brillante que había sido", añadió Rey.

La cabeza de la tía Mat se inclinó hacia un lado y luego hacia el otro, y luego sonrió. "Sí, esa es Prunella Sayers. Si la pones a hablar de sí misma o de sus obras de caridad y aficiones, te arrancará la oreja". Estudió a Rey. "¿Dijiste que pretendías localizar los diarios?"

Mi prima se echó hacia atrás y un rastro de arrogancia cruzó su rostro. "Su plan era ir a casa, hacer una maleta rápida y abandonar el país. Una agenda de película. Esto significa que tienen que ser fácilmente accesibles, así que ¿qué tan difíciles pueden ser de encontrar?"

"Si son tan accesibles, querida, ¿por qué no los encontró la policía?"

Rey sonrió con simpatía. "No sabrían lo que están buscando. Tampoco lo sabrían ustedes, si no se lo hubiéramos dicho. Verían los diarios y asumirían que son sólo eso: aburridos diarios".

"Interesante", murmuró nuestra tía, mirándola de cerca. "¿Por qué quieres encontrarlos? Creo que es ilegal manipular o robar pruebas".

"¿Quién está robando?" pregunté simplemente. "Simplemente estamos ayudando a probar que fuiste víctima de un robo a largo plazo y que Linda no mató a esos Moones".

Rey dio una palmadita en la mano de su amiga de toda la vida. "Nos dimos cuenta de que era sencillamente imposible que Linda fuera una asesina intrigante. Claro, ella ha guardado un largo rencor contra los Moones por lo que pasó hace décadas, porque la propiedad sí perteneció alguna vez a unos grandes, grandes parientes suyos. Estaba resentida cuando se trataba de los Smith. Con las maldiciones y toda esa mala suerte -y la inesperada muerte de su madre- una persona querría vengarse, ¿no? No es que necesariamente actúen en consecuencia. Pero seguro que lo pensarían. No, no podíamos imaginar que estuviera tan irritada o fuera tan inteligente como para planear los asesinatos".

"Y hacer que parezcan accidentes con éxito", añadí.

"Gracias, señoras", dijo Linda con un toque de brusquedad.

Rey extendió ambas manos disculpándose.

"No importa". El tono y la mirada de la ayudante de guionista eran tan gélidos como la reciente tormenta. Definitivamente no era una mala actriz ni mucho menos. "¿De qué más hablasteis en ese pasillo oscuro y húmedo?"

Me mostré convenientemente angustiada. "Rey estaba angustiada y al borde de las lágrimas, y le preguntó a Prunella qué pensaba hacer con todos: con nosotros, y luego con vosotros tres".

A Rey no le importó que la pintaran como emotiva o sensible y le lanzó una mirada de perra.

"¿Qué dijo ella?" presionó May-Lee.

La expresión de Rey se volvió excesivamente dramática. "No mucho, excepto que la gente y las circunstancias no eran necesariamente siempre lo que parecían".

"Qué curioso", murmuró Adwin, pareciendo perplejo. "Bueno, de todos modos, gracias al buen Dios que ustedes dos la detuvieron antes de que alguien más muriera o sufriera".

La tía Mat bebía café, con la mirada pensativa en la mesa. De repente, su rostro se iluminó. "¿Cuándo vamos a buscar los diarios incriminatorios de esa mujer bizarra?"

Rey y yo sonreímos. "Lo antes posible".

29

SIEMPRE FUNCIONA DIFERENTE EN LAS PELÍCULAS

La hora anterior la había pasado recorriendo una inmaculada casa de seis dormitorios que confirmaba el gusto por el mobiliario de calidad, pero no el gusto de calidad. Casi todo era oscuro y opresivo y pesado, perfecto para una vieja mansión inglesa propiedad de una estirpe de lúgubres señores. La única habitación que ofrecía color y luz era el solárium, el dominio de Percival y, según la tía Mat, su inequívoco orgullo y alegría. Estaba lleno de hermosas orquídeas, exuberantes helechos, numerosas hierbas y un abundante conjunto de geranios; parecía fuera de lugar en la sombría casa. Cuando comenté que las plantas habían quedado desatendidas durante la semana, mi tía me explicó que Percival había contratado a un profesional local y asociado a la escritura llamado Parr S. Lee para que las cuidara. Por lo que parecía, había hecho un gran trabajo.

Un oficial nos había dejado en la mansión de los Moone, por cortesía de un malhumorado sheriff. Después de una tensa conversación sobre intromisión y temeridad, mi galán había empacado el resto de sus cosas, reunido la comida de Fred y del felino, los artículos de cama y los juguetes llenos de cascabeles. Cogiendo el Sebring, llevó a May-Lee a casa y a él mismo de vuelta al hotel, donde pasaría otra noche. Al día siguiente le recogería a él y a su nueva mascota y volveríamos a Wilmington. Novio y gato se habían unido de por vida, lo que significaba que una visita al alergólogo encabezaba la lista de tareas de Jill Fonne de vuelta a casa. La tía Mat echaría de menos al "caballero peludo", pero parecía preferir el regazo huesudo de Adwin al suyo.

Empleando el menor tiempo posible, Rey, Linda, la tía Mat y yo nos pusimos ropa cómoda para "detectar", recogimos linternas, una cámara digital, velas y cerillas (por si la electricidad no funcionaba o se apagaba), un cuchillo de pan de cocina y un viejo Colt Thunderer con balas reales de la modesta colección de armas del

siglo XIX de Reginald (en el improbable caso de que un loco desconocido estuviera en la casa). Treinta minutos después de la entrega estábamos saliendo de la morada.

"Un poco espeluznante", murmuró Linda, quitándose una pesada rebeca negra y abrazándola con fuerza contra su pecho como si fuera un escudo protector.

Girando como una bandeja giratoria Lazy Susan impulsada por un niño aburrido en una cena familiar de domingo, Rey se quitó un sombrero de modboy y escudriñó una enorme sala verde bosque con techos de cuatro metros de altura que albergaba docenas de estanterías de palisandro apiladas hasta una capacidad bien ordenada. Su expresión era poco menos que de aversión.

La habitación, como el resto de la casa de los Sayers, era cálida y sofocante. Recordaba a una biblioteca universitaria de principios del siglo XIX, donde todo estaba cuidadosamente alineado y el aire estaba impregnado de conocimientos y prácticas de antaño. Varios troncos de abedul yacían en una gran chimenea victoriana de hierro fundido de estilo griego que lucía intrincados detalles e inusuales salientes, un accesorio perfecto en una película de Boris Karloff. Paneles oscuros y pinturas al óleo de paisajes ingleses y franceses se alineaban en las paredes donde no había estanterías. En la pared oeste había dos ventanas de arco de varias hojas y una gran vidriera rectangular que representaba, entre otras cosas, un escudo familiar: un faisán y una urraca. Al parecer, los portadores de plumas y alas desempeñaban un papel en la historia familiar de los Sayers. Eso explicaba la fascinación por las aves.

La brillante luz del sol del mediodía no contribuyó a alegrar una habitación que podría describirse como aburrida. Tres caballeros custodiando tres rincones tampoco daban una sensación amistosa. ¿El gusto de Reginald por lo medieval había influido en los Sayers? ¿O viceversa? ¿O podría ser que más gente de la imaginable estuviera fascinada por la oscura y adusta Edad Media?

Los cuatro nos situamos en el centro de la biblioteca sobre un medallón en el centro de una inmensa alfombra persa rectangular. Suspendida en lo alto había una araña de dos pisos de la Pulga de París, una pesada luminaria antigua que podría haber servido mejor

para el comedor de un chalet de esquí. Si hubiéramos estado en una película, habría esperado que empezara a balancearse incontroladamente y se estrellara contra el suelo en señal de advertencia.

"¿Por dónde se empieza?" preguntó la tía Mat con asombro, escudriñando una pared que seguramente contenía no menos de quinientos libros. "¿Dio Prunella alguna indicación de dónde metió los diarios?"

Rey negó con la cabeza. "Ninguna. Pero tienen que tener un aspecto diferente a todos estos libros encuadernados en cuero, que parecen más bien libros de tipo legal o de colección de biblioteca. ¿Verdad Jilly?"

"Probablemente son más pequeños o delgados que la mayoría de los libros de aquí".

"La palabra 'diario' no estará grabada en el lomo", ofreció Linda.

La tía Matt miró a su alrededor, dudosa. "Esto será como buscar una pulga en un camello".

"Rey y yo nos llevaremos una pared cada uno. Tú y Linda compartiréis una. Hay dos escaleras de biblioteca rodantes, así que podemos alternar. Dos de nosotros empezaremos por arriba, dos por abajo", le indiqué.

La tía Mat me miró con ojos críticos, como si pensara que yo podría carecer de sentido común, pero finalmente asintió. Se giró y luego se detuvo, con la mirada puesta en un escritorio de madera de palisandro que había debajo de la vidriera. "¿Los habrá escondido ahí?"

Linda frunció el ceño y encendió una lámpara de Aladino en una mesa de biblioteca victoriana. "Eso es demasiado obvio, ¿no crees? Sería demasiado fácil tropezar con ellos".

"¿Y si hay un compartimento oculto? Esos viejos escritorios suelen tener uno o dos".

"Bien pensado, tía Mat", dijo Rey alegremente. "Déjame revisar el

escritorio".

Sonreí con desgana. "Sí que tienes esos dedos mágicos".

Sacó la lengua y se colocó detrás de una silla de oficina con respaldo alto.

La tía Mat se dirigió hacia la pared este. "Vamos a tomar esta, Linda. Es tan desalentador como cualquier otro. Qué pena que May-Lee haya optado por no ayudar".

"No le gusta mucho jugar a los detectives", dijo Linda. "Además, tiene un negocio que atender".

La sonrisa de la tía Mat era seca. "Sí. Los clientes salen en tropel con este precioso tiempo veraniego".

Rey y yo nos lanzamos a la tarea. ¿Encontraríamos realmente un diario? Sí, en aproximadamente cinco minutos, más o menos. Tenía que parecer bueno y real, o tan real como los detectives amateurs calculadores pudieran hacerlo parecer. Los planes y conspiraciones se extendieron hasta las primeras horas de la mañana. No teníamos experiencia con cerebros criminales o psicópatas, o con discapacitados mentales, y Rey nunca había aparecido en una serie legal o de detectives privados, por lo que nunca había investigado ese ámbito. ¿Qué sabíamos sobre cómo atrapar a un villano? Nada. Pero estábamos ansiosos por hacer un intento valiente y los diarios condenatorios y detallados parecían una táctica que valía la pena.

El plan de ataque consistía en que Linda y yo, ambas rápidas mecanógrafas, tecleáramos las "observaciones" y "hallazgos" de Prunella en dos ordenadores portátiles. Como el tiempo es esencial, dormimos lo mínimo -unos minutos aquí y allá- y luego nos apresuramos a ir a la imprenta de la manzana, que afortunadamente abría a las ocho de la mañana. Todo se imprimió en diferentes tipos de papel, se cortó, se pegó y se grapó en dos gruesas agendas de cuero azul que Linda había comprado en una tienda de tarjetas y regalos del vestíbulo del hotel. También habíamos insertado recortes de artículos de periódicos en línea, cualquier cosa que pudiéramos encontrar en esas horas y que pudiera añadir peso y credibilidad al loco plan. No había sido tan difícil ponernos en los

Birkenstocks de Prunella, y la hiperactiva imaginación melodramática de Rey ayudó a dar vida a la locura de Bird Lady.

La tía Mat se preguntaría sin duda por qué Prunella había tecleado la mayoría de las entradas, pero la razón de Linda era tan (in)sólida como cualquier otra: A Prunella le gustaban las cosas limpias, ordenadas y legibles. ¿Quién podría discutirlo? El efecto o el resultado de los diarios estaba por ver.

"¡Eureka!" El grito de Rey, en el momento justo, captó nuestra atención. "¡Mira!"

Nos apresuramos a llegar a su lado y nos agrupamos. "¿Es el diario de Prunella Sayers?" preguntó Linda sin aliento.

Rey cogió el diario que habíamos pisado, doblado y rociado con té. Un secador de cabello había ayudado a darle un aspecto usado y desgastado por el tiempo. "Parece que sí. Mira, aquí hay un recorte del obituario de Reginald Moone. Y el de Helena y el de David Leigh. Y de los demás".

Lo cogí y hojeé varias páginas. "Enumera reuniones con Thomas, llamadas documentadas y encuentros con Porter, al que se refiere como Crackers, y hay referencias a… oye, mira la tía Mat". Mostré una página. "Aquí dice que Prunella estaba segura de que te vengarías de Thomas después de que descubriera que habías averiguado que robaba de las colecciones de Reginald". Habíamos sido vagos para evitar cualquier inexactitud flagrante.

"Por supuesto que iba a vengarme, durante mi extravagancia de la herencia", espetó. "Iba a asustarlo, aunque no de la misma manera que iba a asustar al resto de ustedes". Cogió el diario. "Qué raro, no recuerdo haber compartido sospechas o intenciones… de ningún tipo". Comenzó a hojearlo, deteniéndose aquí y allá. Finalmente, se dirigió a la parte de atrás, donde Linda había introducido unas cuantas notas garabateadas a toda prisa, estropeadas por el whisky aguado. ¿Podría engañar a la tía Mat a primera y segunda vista? Pronto lo sabríamos. Instintivamente me puse en modo escolar, crucé los dedos y prometí en silencio ser buena durante una semana.

"Es una prueba de la participación de Prunella", dijo Linda con una sonrisa cansada. "Apuesto a que hay suficiente aquí para desviar las sospechas de mí. Ella tenía un interés en las muertes de Moone que iba más allá de lo casual".

"Sí". Rey miró a nuestra tía con curiosidad. "¿Alguna idea de por qué Pruney guardaría los obituarios?"

La tía Mat sonrió. "¿Un sentido de la perversidad?"

Alcancé el diario, pero la tía Mat se apartó y se dirigió a un sofá de cuero burdeos densamente acolchado y se sentó en el reposabrazos. Luego nos miró atentamente, como si esperara que hiciéramos el siguiente movimiento.

Rey miró a su alrededor. "Qué raro. Aquí no hay teléfono".

"Hay uno en la cocina", explicó la tía Mat. "Ellos apreciaban su privacidad. A ninguno de los dos les gustaba hablar con el mundo exterior cuando estaban en casa, así que es el único… para emergencias".

"Voy a llamar a Lewis", se ofreció Linda.

"¿Cuál es la prisa?" Preguntó despreocupadamente la tía Mat. "Puedes llamar desde mi casa". Miró a su alrededor y ofreció un escalofrío exagerado. "Este lugar me hace sentir peculiar".

"Es un poco espeluznante, ¿no?" Linda estuvo de acuerdo.

Ofreció una sonrisa divertida. "No me importaría tener la oportunidad de leer lo que Prunella afirma que ha hecho la gente antes de que quede enterrado en la burocracia policial". Se volvió hacia mí. "Creía que había unos cuantos diarios".

Rey y yo intercambiamos miradas.

"Sigamos buscando", sugirió mi primo.

"Me vendría bien un café, así que mientras tú husmeas, yo me voy a casa a leer. Tendré una cafetera preparada para tu regreso. Estará quemado y alquitranado, como suele ocurrir cuando lo preparo. No

tengo el toque de Beatrice ni de Hubert, y había dispuesto que alguien recogiera a los pobres esta mañana temprano. Necesitan desesperadamente una semana de descanso y relajación".

Linda y yo nos miramos.

"Claro, adelante".

"Claro", repitió Linda encogiéndose de hombros.

Ignoré la mirada de Rey como si estuviera loco. "En cuanto encontremos a los demás, nos reuniremos con vosotros… pronto".

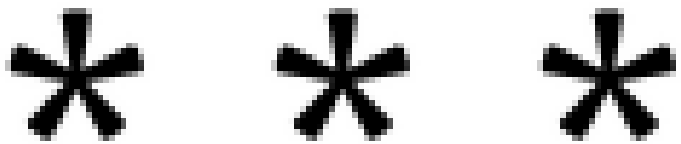
Con el diario en la mano, nuestra tía, de aspecto tenso, salió de la habitación.

"No teníamos elección, Reynalda", afirmé antes de que pudiera comentar o condenar. "Habría sospechado si no la dejábamos ir".

"Jill tiene razón", afirmó Linda.

Rey frunció el ceño y luego suspiró. "Vamos a 'encontrar' los otros diarios".

"¿Te refieres a la agenda?" Linda lo sacó de su mochila y salimos de la biblioteca.



En el vestíbulo de los Sayers empezamos a ponernos los abrigos

para el viaje de vuelta a través del frío cuando Rey hizo una dramática propuesta. "¿Por qué no nos sentamos en la cocina de los Sayers durante un rato? Tiene que estar totalmente abastecida".

"Un cambio de lugar no vendría mal", estuvo de acuerdo Linda. "¿Pero qué pasa con tu tía?"

"Dudo que haga mucho más de lo que dijo que haría. Y no podemos volver demasiado pronto. Se supone que estamos de cacería".

"¿No crees que se dará a la fuga en cuanto lo haya leído todo?" Preguntó Linda preocupada.

"No creo que lo haga, mientras piense que es la única que ha leído el contenido", respondí. "Además, nada de lo que hay ahí dice que ella sea responsable de nada. Sólo hay… sugerencias".

"Pero ella sabe que estamos buscando más diarios y seguramente pensará que los vamos a leer y supondrá…"

"Lo que asumirá es que vamos a traerlos en cuanto los localicemos. Prometimos volver pronto", le recordé.

Rey volvió a colgar su abrigo de lana en un antiguo perchero de seis patas de nogal. "Linda, tú harás los sándwiches y los aperitivos. Jilly, tú te encargas de las bebidas. Yo buscaré golosinas y pondré la mesa".

"Seguidme, chicos". Linda señaló y tomó la delantera como una monitora de pasillo segura de sí misma que dirige a los alumnos hacia el auditorio.

La rústica cocina era tan grande como una piscina pública al aire libre, decorada de forma oscura y acristalada con pesados detalles. Los herrajes se fundían con la piedra y los metales expuestos y las tallas de leche y miel. Estaba bien distribuida y, como toda la casa, inmaculada. El sueño de un cocinero. ¿Quién no querría la preciosa batería de cocina Tierra Negra que se alineaba ordenadamente en las estanterías de alto brillo entre dos ventanas arqueadas?

"Hey-ho, galletas y bizcochos tercer armario, a la izquierda de la estufa", anunció Rey, agitando una caja de galletas de semillas de

amapola.

Linda abrió la nevera. "¡Hemos dado con la clave! Leche y nata. Zumo. Refrescos italianos. Diferentes quesos y embutidos. Y pan - y parece bastante fresco".

"Los manteles, las servilletas y los cubiertos han sido localizados. Pon en práctica tus habilidades para poner la mesa, Rey". Los saqué de los cajones centrales de un mueble de madera y me dirigí a una máquina de café cromada sobre un mostrador de granito. "Me vendría bien una sacudida de cafeína ahora mismo. ¿Hay café ahí?"

"Tres tipos. Vamos con el Kona". Empezó a sacar cosas.

Un resplandor de mango calentó la habitación cuando encendí la iluminación de riel sobre una isla con forma de riñón en el centro de la cocina.

Rey empezó a rebuscar entre cajas y paquetes en un armario. "¿Qué? ¿A nadie le gustan las galletas poco saludables?".

Mientras Linda y yo nos reíamos, miré por una ventana que había detrás de una gran mesa rectangular en la esquina. Un gran estanque, senderos deambulantes, árboles de hoja perenne y dos jardines de rocas estaban a la vista. En el extremo más alejado del extenso patio había dos docenas de hermosas casetas para pájaros hechas a mano. Con las mantas y las cortinas de color blanco, tenía una cierta belleza austera, pero en verano tenía que ser absolutamente impresionante.

Linda empezó a preparar los sándwiches mientras Rey ponía la mesa.

"¿Crees que se lo va a creer?" pregunté, observando cómo el fragante café llenaba la olla.

"Pronto lo sabremos", respondió Rey, observando un motivo de faisán en los manteles individuales. "Me sorprende que no tenga ningún amigo de peluche con plumas por la casa".

"A ella le gustan los de verdad", respondió Linda. "Estoy segura de que la taxidermia le parecería siniestra, si no cruel, incluso si las

criaturas emplumadas hubieran muerto por causas naturales y no por el arma de un cazador".

Llevé a la mesa tarros de mostaza y mayonesa. "Me estoy poniendo un poco nervioso, para ser sincero. Los detalles del diario son bastante vagos".

"Necesitas combustible", declaró Rey, dirigiéndome a una silla. "Estarás bien y totalmente positivo en unos pocos. Linda, ¿dónde está nuestro festín?"

"Aquí, mi señora". Se inclinó y trajo una bandeja con una fuente de sándwiches gruesos y crujientes y un plato de queso y galletas.

Rey sirvió café y brindamos.

"Brindemos por haber destronado a una reina asesina que calienta los huesos".

"Por que tres mujeres tengan que dar explicaciones".

Nos giramos lentamente, con culpa, conociendo ese acento de Massachusetts en cualquier lugar.

"Vaya, sheriff Lewis", sonrió Rey alegremente y extendió los brazos en señal de bienvenida, pareciendo una presentadora saludando a la multitud en los premios Globo de Oro. "Llega justo a tiempo para un almuerzo improvisado y muy entumecido".

30

CASI SIEMPRE

Después de que un enfadado sheriff Lewis nos echara la bronca a los tres por allanamiento de morada y manipulación, bla, bla, bla, nos zambullimos en un delicioso almuerzo tardío. Cuarenta minutos más tarde, se marchó con un mensaje de respeto a la ley y nosotros preguntándonos cómo había sabido encontrarnos en el Sayers (se había acogido a la Quinta Enmienda). Luego, tres almas convenientemente castigadas regresaron a la mansión de los Moone y a una cálida y soleada cocina donde encontramos a la tía Mat con un aspecto relativamente relajado.

Sin embargo, los intentos de Rey de provocar con su cháchara y su malhumor pronto se habían agotado en la sexagenaria, y no nos habían sentado tan bien a Linda y a mí.

"Me gustaría verlo". Rey buscó en la mesa del rincón del desayuno el diario con el que nuestra tía había vuelto a casa. El que habíamos traído descansaba junto a él.

La tía Mat colocó el primer volumen sobre el segundo, y luego apretó una pequeña mano sobre ellos, con un agarre seguro y una mirada tan gélida como el exterior helado. "Reynalda, ya hemos tenido suficiente por el momento, gracias".

Mi prima se quedó sorprendida. "¿Perdón?"

"Ya estoy harta de su petulancia e impaciencia", replicó. "Estos diarios pertenecen a alguien que una vez fue considerado un querido amigo. Me gustaría volver a evaluar lo que he leído hasta ahora, y leer detenidamente este nuevo. Déjelos conmigo. No irán muy lejos".

Tomando un sorbo de café tibio, con la mirada fija y el tono

medido, me incliné hacia mi irritable tía. Quizás la exasperación de Rey era contagiosa. "Hemos pasado unos días infernales. Ha sido sombrío y lúgubre, y ha sido misterioso -demonios, ha sido una pesadilla- pero debemos aprender los secretos de Prunella Sayers, y debemos hacerlo aquí, con todos nosotros presentes."

La delicada mandíbula de la tía Mat se movió, pero permaneció muda.

Rey terminó de masticar un dátil Medjool y se inclinó sobre la mesa. "Aguántate, Matty Moone. Como dijo Jilly, hemos pasado por un infierno. Queremos -y merecemos- saber qué hay ahí dentro".

La delicada mandíbula de la tía Mat volvió a moverse.

Rey dio un golpe en la mesa. "¡Entrégalos, Mathilda Moone!"

"Vamos, señora Moone, pásemelos", la persuadió Linda, lanzando a su amiga una mirada molesta.

Ella me miró, como buscando apoyo, y luego maldijo en voz baja. "Bien". Lanzó las dos sobre la mesa, haciendo que dos tazas llenas se cayeran y las galletas se desmenuzaran. Las torrijas salpicaron los frutos secos y mancharon el mantel de lino color topo y los manteles individuales color harina de maíz.

De un salto, Linda cogió un rollo de toallas de papel y empezó a limpiar. Rey y yo sólo conseguimos asomarnos; ésta era una faceta de la mujer mayor nunca vista.

"Algo me dice que no quieres que sepamos lo que hay ahí", desafié.

Su sonrisa se parecía a la del Joker de Jack Nicholson: siniestra. "Creo que ya sabéis lo que hay ahí".

Linda me pasó los diarios, arrancó más toallas de papel y siguió limpiando el desorden.

"Has estado jugando conmigo desde que volvimos… e incluso antes".

"¿Jugando contigo?" El gesto de Rey era inocente, pero su tono

tenía un filo.

La sonrisa malvada se profundizó. "Eres una buena actriz, Reynalda. Casi tan buena como Prunella".

Mi prima la miró durante varios segundos, luego sacudió la cabeza y sonrió airadamente a su vez. "¿Y tú?"

"Soy la reina del teatro. Nadie me hace sombra, querida". Se levantó y se enderezó, sosteniendo su carruaje regiamente. "Me voy arriba - con los diarios".

"Señora Moone, ¿no se siente bien?" Preguntó Linda con exagerada preocupación, mirando a su mejor amiga. "Tal vez deberías acompañarla".

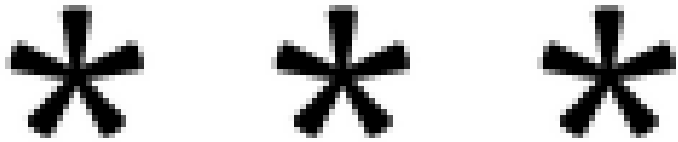
"Tal vez deberían quedarse todos aquí", respondió la tía Mat con desprecio. "Estoy muy cansada y voy a acostarme. Confío en que podáis entreteneros durante un par de horas".

"Parece que has tenido una buena noche de sueño", comentó Rey con dulzura. "¿Cómo puedes estar cansado?"

"Hay que estar cansado físicamente… y hay que estar cansado mental y emocionalmente".

"Sabes, compartir las cargas mentales y emocionales puede disminuir el cansancio", aconsejó Linda con despreocupación, apilando toallas de papel empapadas de café en un plato. "Es como cuando te confiesas con un sacerdote. Te sientes elevado".

"¿Y libre de cargas? No soy católica, aunque creo que algunos de los Fonnes se convirtieron a lo largo de los años. Pero lo consideraré". Se rió, luego se animó y miró el reloj de sardinas. "Más tarde, pediremos ensaladas César y dos o tres tipos de pizzas. Probablemente el salón de Benton haya reabierto ya. Hace las mejores del estado".



A las seis menos cuarto nos encontramos en el salón. Linda y yo estábamos sentados en lados opuestos del largo sofá, mis piernas enganchadas sobre un reposabrazos, las suyas sobre una otomana. Rey se recostó en uno de los sillones de felpa. La habitación estaba en penumbra, la única luz era la de una hoguera que ardía. Mi primo tomaba un rye-and-ginger con rodajas de lima, Linda una gran copa de Grand Marnier y yo un merlot australiano suave y fácil de beber. Cualquiera que viera la escena habría pensado: qué manera tan sencilla y agradable de pasar una noche de miércoles temprano.

A pesar del calor del fuego y del alcohol, nuestros rostros parecían tan sombríos como cuando entramos en la habitación hacía quince minutos.

"¿Crees que se está acostando de forma irregular?" preguntó Linda, chupando una cereza al marrasquino, la cuarta de las ocho que había echado en el brandy anaranjado.

"¿Te refieres a un descanso sin culpa?" Preguntó Rey con acritud.

"Ella vio a través de los intentos de representación de los diarios de Prunella Sayers", dije rotundamente.

"¿Tú crees?" preguntó Linda con desgana mientras se levantaba y rellenaba la copa.

"¿Te importa, cariño?" Rey le tendió el vaso de cristal vacío y Linda se ocupó de su pedido.

"Me pregunto qué hará con ellos", reflexioné en voz alta.

"Esperemos que no vaya a Lewis", murmuró Linda.

"Ya fue bastante malo que nos dieran un sermón sobre los cargos de intrusión y manipulación de pruebas", declaró Rey con una cara enfurruñada. "¿Nos ves explicando nuestros esfuerzos como diaristas al sheriff, sin sonar tan locos como Prunella?".

Podía ver la cara de gravedad del hombre cuando había entrado antes en la cocina de los Sayers. No creí ni por un segundo que realmente nos hubiera echado la bronca, pero estaba segura de que no habría tenido reparos en encerrarnos entre rejas durante varias horas para darnos una lección.

"Fue un poco humillante", reconoció Linda, pasándole a Rey un vaso lleno hasta el borde que parecía más de centeno que de jengibre. Su copa también tenía unos cuantos dedos de profundidad.

Rey resopló y se hundió en el sillón, relajándose como alguien que por fin se libera de una gran carga. "Pero ya se ha acabado… aunque la tía Mat no confiese nada".

"Nunca se acabará de verdad, pero sentémonos y disfrutemos de este momento de tranquilidad", recomendó Linda.

Cogí la botella de merlot y llené mi copa de cristal casi hasta el borde. Si alguna vez hubo una ocasión para adormecerse mental y físicamente -bueno, para embotarse-, ésta parecía serla.

"Uno pensaría que estaría nerviosa o algo así, sabiendo que creemos que está involucrada". Rey parecía desconcertado.

Observé el fuego crepitante de la gran chimenea del Ciudadano Kane, deseando estar de vuelta en casa, en Wilmington. Las últimas veinticuatro horas me habían dejado un sabor tan amargo como las hojas de diente de león en la boca. "Es una dama tranquila y sabia, y calculadora sin duda. No hay mucho que la afecte o la desconcierte".

"Más razón para salir del juego como una perdedora que como una ganadora perdida", confesó May-Lee.

Nos volvimos para encontrar al anticuario de pie frente a las puertas cerradas. Es extraño que no las hayamos oído cerrar. Demasiado absortos en nuestras propias tonterías, sin duda. Como siempre, May-Lee iba elegantemente vestida, esta vez con pantalones de franela gris, cuello alto de lana rosa, botines de charol con tachuelas y una gabardina de cachemira, con los botones y el cinturón desabrochados. Llevaba un cloche texturizado en la cabeza y, para completar el conjunto, una Webley MkIV agarrada en una mano.

El "whoa Nelly" de Rey y el "dang" de Linda chocaron con mi "damn".

"¿Te diriges a algún sitio o te dejas caer para una charla casual?" Pregunté con suavidad una vez que se me pasó el susto.

"Lo dejaré para que lo descubráis vosotros, los detectives torpes". Sonrió. "Estarían orgullosos de los Tres Chiflados, queridos".

"¿Los Tres Chiflados? ¿Nosotros?" Rey resopló.

"Sois todo un trío cómico. Linda es Curly: infantil con un toque de encanto. Rey, tú serías Moe: siempre sabelotodo, abofeteando y pinchando a tus amigos con réplicas y sarcasmo cuando no ven tu camino. Jill, tú eres Joe Besser, el único que se atrevió a golpear a Moe en represalia y ponerlo en su sitio".

Si Rey hubiera tenido suficiente cabello para revolverse, le habría cubierto toda la cara. En cambio, sus cortas puntas se movían de izquierda a derecha y luego volvían a erguirse, como margaritas atrapadas en una ráfaga errática. Yo sólo podía mirar, mientras los labios de Linda seguían pegados a la copa, con los ojos redondos.

La atractiva mujer sonrió cohibida. "Mi padre amaba a esos tres. Creció con ellos y, en consecuencia, yo también".

El asombro se convirtió en preocupación y Linda señaló el arma. "¿Sostienes ese arma porque… vas a matarnos?".

"No, no lo voy a hacer. Bueno, no si no tengo que hacerlo". Parecía contemplativa. "Se darán cuenta de que fui yo si lo hago, pero si no

lo hago, informarán al sheriff. De cualquier manera estoy jodida… Pero no, a menos que me provoquen, no te mataré. La "lista de la muerte" está creciendo un poco".

"Ya que preferimos seguir respirando, ¿cómo no provocaros?" pregunté con crudeza.

"Simplemente mantened la calma y todo irá bien", respondió dulcemente.

Rey parecía un tejón listo para embestir. "¿Por qué volver a la escena del crimen, eh, los crímenes? Supongo que estás involucrado de alguna manera".

May-Lee se rió. "Tontamente, dejé mi cartera aquí. Había olvidado que la había metido en el fondo de la cómoda de mi habitación. No llegaré lejos sin ella. Mi vida está ahí".

"No has venido sólo a por tu cartera, ¿verdad?" Pregunté. "Querías saber cómo había reaccionado la tía Mat a los diarios".

"Y tal vez decirnos que eres la pareja de Prunella", añadió Linda, mirando a la mujer de cerca.

"La cartera era mi prioridad. Simplemente tenía la intención de subir a hurtadillas a por ella, cosa que hice, pero entonces, sí, la curiosidad empezó a acuciarme. Empezó cuando el sheriff Lewis se pasó por la tienda para preguntar cómo era que mis huellas estaban en el cuaderno del ayudante Malle". Se apoyó en el aparador y sonrió de forma bonita. "Le ofrecí una razón viable, que él aceptó".

Rey exhaló suavemente. "Puede ser un alma confiada, pero entonces, ¿por qué iba a dudar de una empresaria de éxito y con vocación comunitaria?"

"¿Por qué estaban allí?" preguntó Linda con curiosidad. "¿Por qué iba a tener los suyos archivados?"

"Fui yo quien lo metió Wolfgang", explicó May-Lee encogiéndose de hombros. "Mis huellas dactilares estaban archivadas debido a un robo que ocurrió hace tres años en la tienda… y a una pequeña pelea con uno de los ladrones, que se las arregló para poner a su

tonto en la picota. La curiosidad puede ser una perra". Se rió. "Me tomaron las huellas dactilares en ese momento para separar a los no culpables de los culpables".

"Entonces, usted es… era la socia de Prunella. ¿Por qué colocar a Wolfgag en la despensa?" Linda insistió.

"No me gusta la palabra 'socia', porque eso significaría que también colaboré con los asesinatos y otros planes; bueno, supongo que sí. Aun así, no me gusta pensar en mí misma como su compañera", respondió con indiferencia y se encogió de hombros. "Poner a Wolfgang en la despensa era parte del juego. De Prunella. A mí me pareció una tontería, pero a ella le pareció una burla que merecía la pena, un pequeño y divertido juego de "cabeza"."

"¿Juego?" Rey, Linda y yo preguntamos a coro, sorprendidos.

"Su mente funciona de forma un poco diferente a la normal, como sabemos", dijo con una sonrisa cansada. "Lo encontró bastante histérico".

"Sabes, si no hubieras venido hoy aquí, nadie se habría enterado de tu participación", señalé.

La dueña de la tienda inclinó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. "Quizá durante uno o dos días. Pero Prunella no habría permitido que me saliera con la mía si, entre otras cosas, fuera a ser arrestada por múltiples cargos de asesinato. Puede que no revele su participación en todo, pero seguro que revelaría la mía. Estoy jodido, pase lo que pase, así que confesar mi papel no es ni aquí ni allá". Ofreció otra sonrisa cansada. "Pero prefiero que conozca la verdad -la verdadera- por mí. Su verdad consistirá en una fabricación a gran escala".

Linda dio un largo suspiro. "Debe haber sido usted quien informó al sheriff Lewis de que estaríamos en casa de los Sayers".

Pareció reprimir un bostezo.

Rey tiró la mitad de su bebida. Genial. Retractación: ahora no era el momento de estar embotado.

"Entonces, ¿la Sra. Moone no tuvo nada que ver con nada de esto?" El Grand Marnier de Linda desapareció. Wunderbar. Ahora teníamos dos borrachos y medio y un asesino lúcido.

"Mathilda Moone es culpable de una sola cosa, además de ser excéntrica. Como Augustus Lewis, es demasiado confiada".

"Y tú pagas esa confianza -y la amabilidad y la generosidad- tendiéndole una trampa", dije con frialdad.

Ella agitó el revólver de la parte superior. "La policía, tan lenta como puede ser, se habría dado cuenta en algún momento si hubiera llegado a un arresto. No habría estado en el anzuelo por mucho tiempo".

"¿Le importa que me levante?" Me levanté lentamente y me estiré, con mis pensamientos acelerados. ¿Cómo íbamos a salir de este desagradable dilema? Desgraciadamente, lo único que se me ocurrió, cargar contra la dueña de la tienda como si fueran toros durante el encierro anual de Pamplona, no parecía lo mejor ni lo más racional. Me acerqué a la chimenea y escudriñé la amplia habitación. No tenía ninguna solución que ofrecer.

"¿Por qué oscurecer esas caras bonitas? Enciende la lámpara alta, ¿quieres Jill?" pidió May-Lee cordialmente.

Linda levantó una mano como una entusiasta asistente al ayuntamiento. "¡Tengo una pregunta!"

May-Lee parecía feliz de jugar al juego de las preguntas y respuestas. "¿Sí, Sra. Royale?"

"Sin duda es una pregunta inane a estas alturas, pero que conste: ¿quién mató a Thomas Saturne?"

"Prunella, por supuesto. Estaba realmente enfadada por haber sido abandonada por el hombre. Ella detesta no tener la sartén por el mango. La venganza es siempre suya. No creo que haya perdido nunca… en nada. Y sí, ella estaba en el robo con Thomas. Crearon algunas empresas fantasma en el extranjero hace varios años con diferentes propósitos. Porter ayudó más tarde - y sí, ella había

coaccionado esa ayuda, pero fue generosamente compensado por sus servicios. Los negocios ilícitos eran extremadamente lucrativos, pero como ocurre con la mayoría de los ladrones, el retorcido dúo se volvió más codicioso con el tiempo. No sabían cuándo parar. El pobre Porter no tuvo más remedio que seguir adelante". Parecía fugazmente afligida.

Rey terminó su bebida y se dirigió al vaso vacío. "¿Cómo se vincularon ustedes dos? Prunella y tú no se llevaban bien, eso era obvio. ¿O era ese el plan maestro: dar la impresión de que os repelíais el uno al otro?"

"Nos odiamos desde que Percival y yo empezamos a vernos. Ella sentía algo por él mucho antes que él por ella. En ese momento, simplemente pensé que era una hermana sobreprotectora, perdón, media hermana. Sólo necesité unas semanas después del divorcio para darme cuenta de lo enamorada que estaba de él". Lentamente, se acercó a la chaise longue, se quitó la capa, se la metió en un bolsillo y se sentó primorosamente, como una dama en una mansión inglesa tomando el té. Sus manos eran muy firmes, al igual que su mirada. "Aquella mujer tan alocada había intentado meter una cuña en nuestra relación en cuanto se enteró de nuestra primera cita". Sonrió con pesar. "Lástima que no lo haya intentado con más diligencia".

"Pero usted y Prunella tenían un vínculo", le pregunté.

"Sí. Uno puramente financiero".

"¿Qué? ¿Nos va a hacer rogar los detalles?" preguntó Linda cuando la mujer dejó de hablar, con una expresión que oscilaba entre la incredulidad y la diversión. Sospechaba que esto último lo provocaba el Grand Marnier, pero tal vez toda la escena le parecía oscuramente graciosa.

May-Lee se rió. "Un fin de semana, durante una extravagancia de Mathilda Moone, no podía dormir, así que decidí pasear por la casa. Me encontré con una puerta abierta -el estudio, según recuerdo- y Prunella y Thomas estaban discutiendo sobre quién debía manejar una falera bizantina de bronce. Naturalmente, mis oídos se agudizaron. Lo sé, escuchar conversaciones privadas es una

grosería, pero me cautivó y oí lo suficiente como para comprender lo que estaba pasando. Cuando estaba a punto de volver a mi habitación, les vi abrazarse y besarse. Fue perturbador, por decir lo menos". Se estremeció. ¿Se refería al crimen o al beso?

"¿Así que se enfrentó a ella?"

"La vigilé y empecé a husmear. Después de varias semanas había descubierto lo suficiente como para presentarle los detalles. Quería una parte. El dinero me permitiría comprar más piezas para la tienda y viajar al extranjero y todo eso. No estaba siendo demasiado codicioso. De verdad".

"Supongo que el hecho de que tuvieras conexiones aprovechables en los caminos de los anticuarios, el almacenamiento y el envío ayudó a influir en la decisión de Prunella de incluirte", propuse.

May-Lee sonrió como quien ha ganado una apuesta de mil dólares. "Ella vio la lógica y el mérito de aceptar la propuesta".

"¿Estaba Percival en ello?" preguntó Rey, inclinándose hacia delante. Sus ojos estaban vidriosos, pero su porte y disposición parecían sólidos.

"No que él supiera. Prunella utilizó un par de sus compañías para ciertas empresas y encubrimientos, pero no fue más sabio por ello".

Con expresiones de medida similares, los tres nos cruzamos de brazos simultáneamente y observamos el alegre semblante de May-Lee. Mientras nosotros parecíamos tres viajeros esperando un vuelo largamente retrasado, May-Lee Sonit podría haber estado sentada en un salón o bistró, esperando la llegada de un espumoso y helado cóctel.

31

A POR ELLO

"¿No hay más preguntas?" Los labios de Joan Crawford de May-Lee se dibujaron en una sonrisa de Cruella De Vil. "Habría pensado que estarías reventando por saberlo todo".

El tono de Rey era salobre. "No queremos parecer demasiado ansiosos".

La risa de la dueña de la tienda tenía una resonancia teatral; podría haber sido una villana regocijada clavando una daga en el corazón de una víctima durante el clímax de una obra. ¿Lo estaba haciendo para aparentar? ¿O estaba tan desquiciada como su compañero hospitalizado?

"Oh, qué demonios. Lo haré", anunció Linda, ejecutando el estilo dramático de su mejor amiga. "Prunella se aseguró de que Thomas muriera de tres maneras. ¿Ayudaste?"

"El incentivo monetario para ayudar era demasiado grande para rechazarlo".

"Ella administró el quinapril, ¿tengo razón?" Linda continuó.

"Sí, Curly". May-Lee sonrió. "Era bastante fácil de lograr, pero no estaba segura de que la dosis fuera suficiente para causar un daño fatal, así que cuando se presentó el momento, deslizó Hemlock venenosa en una bebida".

"Luego, para estar segura, le disparó con una cerbatana", añadió Linda con un bufido de Primo Rey.

May-Lee se encogió de hombros. "Así es Prunella Sayers: siempre queriendo asegurar un porcentaje de éxito del ciento veinticinco por ciento".

"De todas las armas, ¿por qué una cerbatana? ¿Dónde aprendió a usarla?"

"Había ido a algunas expediciones de observación de aves en Sudamérica. Aprendió el arte en Brasil, creo. Siendo la mujer que es…"

"La loca que es", intervino Rey.

"Siendo la mujer que es, optó por una cerbatana. Era un arma homicida más desafiante y entretenida que una pistola o un cuchillo convencionales, y menos detectable."

"Si no hubiera habido cicuta venenosa o sobredosis de quinapril, y esa minúscula marca en el cuello hubiera pasado desapercibida -y posteriormente no se hubiera detectado el curare-, la muerte de Thomas bien podría haber sido etiquetada como natural."

Linda sonrió. "¿Te importaría repasar eso una vez más, Jill?"

"No podría aunque lo intentara", confesé con una fina sonrisa y me volví hacia nuestro guardián. "¿Quién sacó el dardo? ¿Tú?"

Ella asintió una vez.

"¿Puso la cerbatana en la caja de zapatos y la escondió en la habitación de arriba?"

"Fue una decisión improvisada y esa habitación me pareció tan buena como cualquier otro lugar para dejar la caja hasta que pudiera ser recuperada y eliminada adecuadamente".

"¿Vio Percival a alguno de ustedes haciendo lo suyo?" preguntó Rey.

Ella asintió de nuevo. "Sí se dio cuenta de que Prunella y yo intercambiamos unas rápidas palabras, lo que le sorprendió, pero no lo mencionó hasta mucho después".

"¿Cuando se dio cuenta de lo que podría haber visto?" preguntó Linda.

Un tercer asentimiento.

Linda y Rey se miraron antes de que el ayudante de guionista preguntara: "Los conocimientos sobre la hierba bienal proceden de uno de los artículos de Percival, ¿tal vez el que leí hace poco?".

"Un libro, en realidad". May-Lee cruzó las piernas y se acomodó.

Empecé a decir: "El de venenos y hierbas que fue retirado de la biblioteca -"

"Y resultó en un golpe en la cabeza de la tía Mat", terminó Rey. "Además de un pañuelo empapado con un producto químico peligroso colocado en la cara".

"Prunella había subido corriendo a por alguna cosa y vio la puerta entreabierta, y a Matty en la habitación, ojeando el libro. Era crucial cogerlo en ese momento, no por las páginas dedicadas a esa planta herbácea, sino porque Prunella había dejado notas adhesivas allí… o creía que lo había hecho. Resultó que las había metido apresuradamente, si no torpemente, en el último ejemplar del Bird Watcher's Digest". El suspiro y el tono expresaban irritación. "Todo ese pánico para nada. Quiero decir, de verdad".

"¿Quién envenenó a Gwynne?"

May-Lee ofreció la más leve de las sonrisas. "Además de ser demasiado entrometido, el hombre le cayó mal a Prunella".

"A la mayoría de nosotros nos ha hecho sentir mal", respondí con ironía. "Dime, ¿sabes algo de la colilla en el pasillo? ¿La quitó Percival para cubrir sus huellas?"

"No, como ya he dicho, Percival no tuvo nada que ver con lo que ocurrió aquí. Era de Porter. Se le cayó la última vez que estuvo allí. Ese talón de Davidoff podría haber sido fácilmente rastreado hasta él, así que Prunella lo recuperó tan pronto como fue posible. Ella quería mantenerlo fuera de cualquier foco potencial".

"¿Eh?" Rey chilló. "Ninguno de nosotros sabía que fumaba".

"Tu tía lo sabía", dijo May-Lee solemnemente. "Llevaba años fumando a ratos, pero más a ratos que a ratos. Cuando lo vio, a Prunella casi le da un ataque. Estaba segura de que lo recogerías y

lo guardarías como prueba".

Rey levantó su vaso vacío. "¿Puedo rellenarla?"

"Adelante, como dice el refrán", gorjeó ella como un jilguero americano, "pero no hagas ningún movimiento brusco o estúpido".

Rey se dirigió al aparador y sirvió ginger ale, sin centeno. "¿Qué pasa con Jensen? ¿Le contó a Prunella sus hallazgos o que la tía Mat estaba viva?"

"No tenía ni idea de que tu tía estaba viva. Sin embargo, se topó con el curare y la cicuta venenosa en el sótano. Prunella había traído suficiente para matar a diez personas -una reserva por si acaso- y los había metido entre cajas de CDs de efectos sonoros y ridículos bichos de goma. En aquel momento no tenía ni idea de que eran objetos que Jensen utilizaría para ayudar a Matty a darnos un susto de muerte". Señaló con el Webley. "Por favor, sirve un poco de refresco y déjalo en esa mesa auxiliar de aquí".

Rey hizo lo que se le pedía, su mirada y sus acciones eran cautelosas. May-Lee Sonit estaba siendo civilizada, incluso agradable, pero nunca se sabía lo que un asesino podía o podía hacer si se le incitaba. Linda señaló la botella de Grand Marnier. Rey se encogió de hombros y sirvió una pequeña cantidad en una nueva copa. Linda volvió a hacer un gesto. Entró más. "Entonces, ¿Prunella se enfrentó más o menos a Jensen?"

"Ella le clavó la estaca y él le agarró el collar mientras caía. ¿Te importaría completar los espacios en blanco?" le insistí suavemente con una sonrisa benigna.

Fue Linda quien respondió. "Prunella sospechó que estaba en el sótano, preparándose para una travesura, y se dirigió rápidamente hacia allí mientras nos refrescábamos. Debería haberlo dejado estar. No habría tenido ni idea de quién había puesto los venenos allí".

"Pero podría haberlos llevado a la policía y ellos podrían haber buscado huellas dactilares", ofreció Rey.

"Eso es cierto". May-Lee asintió. "Sin saber de su implicación -o de

lo peligrosa que podía ser- le dijo lo que había encontrado y que estaba considerando informar al sheriff porque no le cabía duda de que los objetos habían sido escondidos por el asesino". Otro gorjeo de Pinzón.

"Enorme error", dijo Rey con rotundidad.

"Enorme y tonto", coincidí. "La estaca en el corazón demostró sin duda lo peligrosa -y desquiciada- que era la mujer. Me sorprende que no lo viera venir".

"Probablemente pensó que ella simplemente iba a golpearlo", fue la respuesta casual de May-Lee. "Ella es excepcionalmente fuerte y viciosa, y rápida. Cuando se dio cuenta de que era una estaca volando hacia él con la velocidad del Maglev de Shangai, ya estaba en su pecho, y demasiado tarde."

"Pero agarró el collar, en un último destello de esperanza y propósito".

"Nunca hubiera creído que fuera del tipo vicioso. Peculiar sí, tal vez incluso espeluznante, pero viciosa no". Linda asintió como agradecimiento mientras Rey le pasaba la bebida. "Volvamos a Porter, alias Crackers. ¿Cuándo empezó a contratar sus servicios?"

"Fue hace poco más de cuatro años cuando descubrió que el hombre era un viejo y no tan querido socio. Como bien sabes, era un tipo introvertido que siempre desaparecía cuando había invitados. Por mucho que Matty lo intentara, simplemente se negaba a saludar a los invitados y a aceptar cumplidos o a permitir que la gente entrara en su cocina. Era excepcionalmente hábil para evitar a la gente".

"Excepto Percival", le recordé. "Que sí habló con Porter en algunas ocasiones".

El recuerdo envolvió su rostro como un velo de viuda. "Así es".

Atrincherada en el momento, Linda se inclinó hacia delante. "Los servicios más recientes de Porter incluían la ayuda en el traslado de cadáveres y la ocultación de pruebas, ¿verdad?"

"Sí." Tomó un sorbo de refresco y esperó otra pregunta.

La sonrisa de Rey era seca. "Supongo que una vez que se es criminal, siempre se es criminal".

May-Lee parecía escéptica. "¿Qué opción tenía? Una vez que Prunella lo reconoció, su destino estaba sellado".

"Los pasados notorios y los actos desagradables tienen una forma de ponerse al día, incluso cuando las vidas han recorrido nuevos caminos". Imaginé un estridente y desagradable enfrentamiento entre la cocinera y el pajarero. "La existencia tranquila y normal que había abrazado al mudarse a Connecticut finalmente resultó ser todo menos eso".

"Cosas que pasan", dijo Rey con dulzura.

Linda volvió a tomar el timón. "Como habíamos comentado, obviamente se acobardó en un momento dado y ella no tuvo más remedio que asegurar su silencio. Salió la cerbatana de nuevo… ¿no?"

"El curare, no la cerbatana. Ella mencionó que él se estaba poniendo cada vez más nervioso. Es un ladrón, un malversador - o al menos lo era - pero ¿asesino a sangre fría? No. Tenía un gran estómago para comer, no para matar".

"Pero puso una bomba en el restaurante en el que trabajaba en San Francisco", afirmó Rey.

"Nunca lo admitió, ni siquiera cuando Prunella lo presionó, así que es una incógnita si lo hizo o no".

"El curare no le cayó como ella había planeado, ¿verdad?" preguntó Linda.

May-Lee escudriñó la habitación, como si estuviera recopilando pensamientos. "Retrocedamos. Antes del episodio del garaje, quizá media hora antes, ella le pidió que trasladara el cuerpo de Jensen del sótano al garaje. El barrista estaba en uno de los baúles grandes, por si te lo preguntabas; ella misma lo había puesto allí, lo creas o no."

"Lo creo", afirmó Rey. "Me agarró la mano una vez y hombre, tenía un agarre de vicio. Parecía tener la fuerza de una Superwoman".

"¿Por qué el cambio de camiseta?" Pregunté, curioso.

"Ella vendó el agujero para que no rezumara y dejara rastros reveladores; una camisa nueva mantendría la unión en su lugar. Eso fue lo que pensó".

Linda palideció.

"De todos modos, la cocinera colocó el cuerpo en el maletero del coche, sin saber que había colocado estratégicamente un alfiler impregnado de curare donde él no lo vería, pero lo sentiría. Desgraciadamente, o bien no le pinchó tan profundamente como había planeado, o bien no le administró la dosis correcta, por lo que no tuvo el efecto deseado. Al saber cómo había matado a Thomas, Porter se dio cuenta inmediatamente de lo que había pasado. Había gritado y nosotros nos corrimos".

Linda asintió. "Ella fue la primera en llegar a su lado".

"Percival también llegó rápidamente", le recordé.

"En voz baja, Prunella le dijo a Porter que era una mera advertencia, pero que si intentaba abandonar la finca para siempre, ella lo encontraría sin importar a qué lugar del mundo fuera y se aseguraría de que recibiera suficiente curare para acortar su vida... después de cortarle ciertas partes del cuerpo".

"¿Percival sabía esto?" Preguntó Rey.

"Él había sospechado que ella había estado haciendo cosas malas porque había desaparecido en un par de ocasiones justo antes del descubrimiento de los cuerpos. Eso, y un par de otras acciones insignificantes lo pusieron en -¿cómo lo llamo? - alerta vigilante. Ella se apresuró a mencionar el alfiler después de que oyéramos a Porter, y él se sintió obligado a eliminar las pruebas".

Linda parecía perturbada.

"Eso selló formalmente el vínculo entre hermanos, ¿no es así?"

preguntó Rey con rotundidad.

"Hasta cierto punto. Ella me dijo un poco más tarde que él había exigido una explicación de todo en lo que se había metido. Después de que ella la obligara, él le indicó que fuera a la policía y declarara su locura. Se comprometió a estar a su lado en todo momento".

"Eso debió de caer como un enjambre de langostas", resopló Rey.

Linda se echó hacia atrás con el ceño fruncido. "Sabemos la respuesta, pero preguntemos de todos modos: ¿le cortó la cabeza a Porter?"

"Había fallado con el curare. Era posible que él se hubiera asustado lo suficiente como para mantener sus labios siempre cerrados, pero ella no podía arriesgarse. Así que mientras él estaba en la cama, ella… bueno, sólo necesitó tres golpes, según ella". May-Lee suspiró, pareciendo a la vez resignada y abatida. "La mujer se estaba embarcando en una seria racha de asesinatos y no mostraba signos de ceder… En todo caso, se sentía más segura de sí misma con cada asesinato. Me la imaginaba cortando las cabezas de todos los presentes, incluido yo".

"Así que no tuviste más remedio que obedecer". La expresión y el tono de Rey eran tan ácidos como el vinagre de manzana.

La tendera bebió más refresco, con una expresión de auténtico remordimiento.

"Entonces pasó a su propio hermano", incitó Linda.

"En realidad, lo hice. Era la hora de la venganza". May-Lee ofreció una sonrisa de arrepentimiento. "Y, para ser sincera, era bastante difícil no dejarse llevar por el frenesí de la matanza; casi parecía, bueno, un deporte".

Atónita, miré a mis compañeros. Rey parecía sorprendido, mientras que Linda parecía estoica. "¿Era esto una venganza por haber sido despreciado hace tantos años?" pregunté.

"Fue una venganza por la intromisión de Prunella hace tantos años… por la locura asesina de Prunella… Por ser Percival un idiota

colosal".

Rey la miró con escepticismo. "¿No quiso hacerla para vengarse?"

"No dudo que le hubiera encantado lanzar un dardo hacia mí, pero teníamos un vínculo, ¿recuerdas?". May-Lee sonrió. "Me necesitaba, por mucho que se resistiera a admitirlo".

"¿Quién golpeó al novio de Jilly y al oficial Budd arriba?"

"Prunella, por supuesto".

Rey hizo una señal de que se podía ir.

Miró a Linda. "Me ha rondado por la cabeza preguntarlo, pero con la continua agitación, nunca he tenido la oportunidad: ¿eres parte de la familia Smith, los que originalmente eran dueños de este lugar?"

Linda estudió la expresión de May-Lee, una mezcla de curiosidad y desafío. "No es un gran secreto".

La dueña del negocio señaló a Rey. "Parece un poco extraño que acabes siendo amiga de Reynalda Fonne-Werde, cuya tía resulta ser la dueña de la misma finca que tenían tus tatarabuelos".

Rey y yo miramos a la ayudante de guionista con asombro. ¿Por qué no nos habíamos planteado cómo las dos habían acabado siendo amigas inseparables, dada la conexión familiar?

Linda se cruzó de brazos, respiró profundamente y se quedó mirando hacia una esquina. Finalmente, habló. "Mi hermano, mi hermana y yo habíamos oído la historia de la familia cuando éramos jóvenes. Mamá sólo nos había revelado una parte y el resto nos lo habían transmitido los primos con los que se había mantenido en contacto a lo largo de los años; unos que, como nosotros, no eran ricos ni tenían éxito."

"Tu madre debía estar muy resentida. Seguramente los primos también lo estaban". preguntó May-Lee con una sonrisa comprensiva.

"Sospecho que puede haber sido - un poco. ¿Los primos? Es difícil de decir… No fue fácil criar a tres niños como madre soltera. Papá murió cuando yo tenía cuatro años. El hecho de que nadie de la familia Smith se acercara económicamente puede haber agriado un poco a mamá, pero no lo sé con certeza. A veces la sorprendía mirando fotos antiguas y parecía triste o enfadada, a veces ambas cosas". Suspiró suavemente. "Lido, Loretta y yo una vez nos tomamos cuatro días de vacaciones en Greenwich. Vinimos a ver la finca. Siempre curiosa y valiente, Lido llegó a entrar en los terrenos. Revisó la casa, tomó fotos. No pasó nada mientras lo hacía, afortunadamente. De todos modos, volvimos al pueblo, hablamos de lo que pasó y de lo que podría haber sido, y eso fue todo."

"¿Sabías que Rey era pariente de la tía Mat y te hiciste amigo de ella a propósito?" pregunté, incapaz de entender que Linda fuera del tipo calculador.

"Sí y no… La verdad es que no".

Los tres esperamos a que se explaye.

"Hace varios años, había leído la biografía de Rey en una revista que presentaba al elenco de ese espectáculo que fracasó a lo grande: Frolic y Flings en Fresno. Tenía curiosidad por conocer a alguien relacionado con los Moones, así que fui al estudio. Curiosamente, conseguí entrar en un trabajo cuando un director insensible despidió a su ayudante de producción cuando yo estaba cerca. Me agarró y me preguntó si podía ir a buscar café y manejar mega egos. Me las arreglé para decir "sí" y me contrató en el acto. Conocí oficialmente a Rey en una barbacoa de la empresa un mes después".

"Sí, estabas comiendo costillas al otro lado de la piscina. Me mirabas fijamente mientras chupabas los huesos como si hubieras estado atrapado en la Isla de Gilligan durante un mes", se rió Rey.

"Al menos no parecía que hubiera estado lamiendo cuencos y platos limpios. Esas manchas de salsa…"

"Oye, yo no -"

"Seguro que…"

"Señoras, habrá tiempo para recordar más tarde." May-Lee levantó el Webley, miró más allá de nosotras y sonrió. "Veo que no estás durmiendo la noche. No tocaste el té que dejé en la mesita de noche. Tsk".

Una tía Mat de aspecto tenso estaba en la entrada del salón. Una mirada vidriosa viajó de una cara a otra antes de fijarse en May-Lee. "Tomé algunos sorbos. ¿Envenenada?"

"Tranquilizada".

Asintió con la cabeza y se ciñó una rebeca Fair Isle tejida a mano.

May-Lee agitó el arma. "Acompáñanos".

La tía Mat inclinó la cabeza y paseó por la habitación, y se sentó en el sillón junto a Rey. "¿Qué me he perdido?"

"Prunella mató a todos menos a Percival", explicó Linda. "May-Lee estaba en plan de venganza y se encargó de su ex".

Sonrió secamente. "Esto promete ser mucho más entretenido que cualquiera de mis fines de semana de misterio por asesinato… Aunque con los míos, la gente se va y vuelve a por más".

"La espontaneidad tiene su mérito".

La tía Mat se frotó la cara lentamente y se echó hacia atrás. "¿Es posible que Prunella haya organizado la muerte de Reggie?"

Nos volvimos hacia nuestra anfitriona con el mayor (no).

"Todo es posible, por supuesto, pero ella nunca lo ha confiado. Sí recuerdo que mencionó algo sobre que él había contactado con un investigador privado, y que parecía preocupada. Pero fue sólo de pasada y nunca volvió a sacar el tema", respondió May-Lee.

"Esa figura de piedra de Rajastoni que le cayó encima fue realmente un percance. Una casualidad", respondió. "La alfombra de la escalera estaba suelta y cuando uno de los compañeros de la renovación tropezó, la figura de piedra cayó sobre el galán de Matty. Fue un feo accidente".

"¿Prunella y tú no tuvisteis nada que ver con la moqueta 'suelta'?" preguntó Rey con desconfianza.

"No lo hicimos", afirmó ella, echando los hombros hacia atrás. "Me gustaba Reginald, por extraño y distante que pudiera ser. Siempre había sido un caballero. Estaba increíblemente informado y siempre tenía temas de interés para compartir. Creo que Prunella tenía una mentalidad similar".

"La mujer puede haber estado matando durante décadas", murmuró Linda, perturbada.

"Habiéndola conocido todos estos años -y después de todo lo que ha sucedido-, no pondría nada en su contra", dijo May-Lee en voz baja. "Es complicada... compleja... y loca".

"Es una asesina en serie", dijo Rey sin rodeos. "Una femenina. Es una raza rara".

"Fascinante", susurró la tía Mat.

"Espeluznante", murmuró Linda.

"Demasiado", coincidió May-Lee, y todos nos quedamos mirando. "Bueno, es espeluznante. Maté por necesidad, no por deseo o diversión como Prunella".

La tía Mat preguntó: "¿Y qué era Percival?"

"Una necesidad de venganza".

Rey, Linda y yo nos miramos y coincidimos simultáneamente: "Necesidad".

"Eso hace que todo sea un placer", espetó la tía Mat.

"Esto va a sonar como una frase cursi de película de serie B", afirmó Rey, "pero te atraparán".

"Lo dudo".

"Vaya, eso sí que es confianza".

"Eso es suerte, Reynalda. Durante los últimos años de mi vida, nada ha salido mal. Es como si tuviera un ángel sentado en mi hombro -"

"Yo no lo llamaría un ángel", resopló la tía Mat.

"Bien, llámalo un pequeño gremlin rojo con cola de tridente, pero he tenido una suerte increíble. Vale, nunca he ganado el bote de la Powerball, pero absolutamente todo ha salido siempre a mi favor".

Mi tía hizo un gesto de desprecio con la mano.

Una pregunta olvidada apareció en mi cabeza. "¿Quién puso a Snakey en la cama de Thomas?"

May-Lee pareció sorprendida. "¿Quién más?"

"Prunella, por supuesto", respondí. ¿Por qué me había molestado en preguntar? "¿Pero por qué?"

"Dinos tú por qué", me instó con una sonrisa de suficiencia. "Sé que tienes la capacidad de averiguarlo".

Lo consideré y me reí. "Porque pensó que era una serpiente".

"Así que era un mensaje". Linda parecía confundida. "Pero ya estaba muerta, ¿no? Entonces, ¿qué sentido tenía?"

Sacudió la cabeza. "Prunella lo había colocado allí la primera tarde. Lamentablemente, nunca tuvo la oportunidad de encontrarla. El mensaje era muy claro. Y bastante inteligente".

"Ambos lo eran, sí", dije.

"¿Los dos?" Linda parecía aún más desconcertada. "¿Los dos qué?"

"Mensajes. Prunella no sólo llamaba serpiente a Thomas, sino que le informaba de que estaba muerto".

Linda frunció los labios y pareció meditar. "Entiendo el primer mensaje, pero no el segundo. Una serpiente muerta no significa necesariamente la muerte. Maldad tal vez, pero muerte, no".

"Sea como fuere, tal vez habría abandonado el lugar a la carrera si la hubiera visto realmente", se encogió May-Lee.

"O, al menos, habría corrido tan rápido como su rechoncho ser se lo permitiera", dije con una sonrisa seca.

"Eh, pandilla, tengo que usar el cuarto de la niña", anunció Rey.

Linda y yo la miramos como si estuviera tan demente como Prunella Sayers.

32

LO MEJOR ESTÁ POR LLEGAR

El suave suspiro de May-Lee flotó por la amplia sala. "Linda, has sido elegida líder del grupo: por favor, guía el camino hacia el pasillo. Vamos a ir todos, pero recuerda quién tiene la pistola. Como he dicho, no quiero disparar a nadie, pero lo haré si es necesario".

"No puedes disparar a los cuatro a la vez".

"No, pero podría disparar al menos a uno de vosotros. ¿Quién quiere ser el "especial" que reciba un cartucho del 455 en la cara? Creo que eso puede doler, sin importar lo que hará en el departamento de la apariencia".

Los cuatro intercambiamos miradas. Al parecer, ninguno de nosotros quería ser ese "especial".

Como alguien que se embarca en unas vacaciones de dos semanas en el Caribe, el rostro de May-Lee se iluminó y sonrió alegremente. Señaló las puertas dobles y nos pusimos en fila india, con el tendero ocupando el flanco.

"¿Te gusta matar?" preguntó Rey por encima del hombro, con curiosidad. "¿Oyes voces en tu cabeza?"

"No, Reynalda, no oigo voces. Prunella, en cambio, seguro que sí".

"Apostaría dólares a donuts en eso", exclamó Linda.

May-Lee hizo una señal a Rey para que abriera la gruesa puerta del cuarto de baño chapada en roble. Ella obedeció y se congeló cuando empezamos a seguirla.

"No creerás que te voy a dejar sola ahí dentro, ¿verdad? No voy a

hacer que te escabullas por la ventana, o que encuentres algún arma oscura como una escobilla de váter para usarla conmigo. Yo también veo películas cursis, ¿sabes?".

Mi primo exhaló con fuerza y entró en el cuarto de baño, repleto de mármol. "Privacidad, si no os importa".

Todos nos giramos, excepto May-Lee. "Ya lo he visto todo".

Rey refunfuñó y nos turnamos rápidamente para refrescarnos, esperando el momento en que las nociones de huida pasaban por todas las cabezas. Cuatro mujeres ansiosas contemplaban la forma de escapar de una mujer extrañamente lúcida que blandía un revólver Webley y una consideraba cómo liberarse de dichas cuatro cautivas ansiosas, tres de las cuales olían a bar y una a perfumería.

"Antes de que se me olvide: pongan los móviles en el mostrador, por favor".

Linda era la única que había traído uno. Sobre el mostrador fue. Con un ruido seco.

Mientras volvíamos al pasillo, con un rastro de sarcasmo, le indiqué a May-Lee Sonit que enviara una postal.

"Por supuesto, cariño", me guiñó un ojo. "Enviaré unas cuantas".

"Sabes, me recuerdas a alguien", murmuró Linda, claramente perpleja al considerar de quién se trataba.

"Hannibal Lector", respondió Rey con frialdad.

"Vamos, Reynalda", engatusó May-Lee. "Eso no es ni amable ni justo".

"Es un poco exagerado", coincidí. "May-Lee se parece más a Mallory Knox de Asesinos por naturaleza o quizá a Catherine Tramwell de Instinto Básico".

"Estoy asombrada, Jilly. Es increíble". El tono de Rey expresaba aprobación. "¿Creía que tu tarta de mantequilla era la de los aficionados al cine?"

"He aprendido mucho viendo películas de los viernes por la noche".

Con una sonrisa fugaz, se volvió hacia nuestro captor. "¿Y ahora qué? ¿Vas a encerrarnos en un armario o algo así?"

"Voy a hacer que os atéis el uno al otro. ¿Ves la cuerda en el taburete del dúo de allí? Linda, ten la amabilidad de cogerla. Yo ataré a la última persona: tú, Reynalda. Ahora, ¿dónde te gustaría estar encerrada: en el sótano o en la torre?"

La respuesta simultánea: "¡La torre!"

"El sótano es demasiado oscuro y húmedo", añadió Rey con displicencia.

"Y espeluznante". Linda.

"Tóxico y claustrofóbico". Yo.

"Desordenado". Tía Mat.

"Maravilloso. Están todos de acuerdo y estoy feliz de cumplir. Linda". Hizo un gesto y la ayudante de guionista se apresuró a bajar al pasillo para recuperar la cuerda. Cuando regresó con la considerable cuerda, May-Lee nos indicó que procediéramos. "Empiecen a subir en fila india, señoras".

Subimos a la torre. Derribar a una mujer delgada con un impresionante revólver no habría sido tan difícil, pero ¿quién quería arriesgarse? En el peor de los casos, estaríamos encerradas en la torre llena de antigüedades durante un par de días, pero estaríamos vivas. El sheriff Lewis y sus ayudantes empezarían a preguntarse desde cuándo no tenían noticias nuestras y vendrían a buscarnos. Ella decía que no nos mataría, y yo tendía a creerla. May-Lee Sonit quitaba vidas por necesidad -y venganza-, no por deseo o diversión. Lo que hiciera flotar el barco de Prunella Sayers era otra historia.

Siguiendo las instrucciones de May-Lee, Rey comenzó a asegurar las manos de Linda a la espalda, tras lo cual la sujetaría a uno de los dos grandes obeliscos de piedra caliza y luego a la tía Mat.

"¿Quién es -o era- Fred?" Le pregunté a la tía Mat mientras observábamos.

"Era un jornalero, alguien que le gustaba a Edward, el mayordomo de la casa, y le daba trabajo. Fred demostró ser un mozo de cuadra y un carpintero bastante decente, según entendí de una de las historias de Reggie inducidas por Madeira. Por desgracia para Fred, se enamoró del ama de llaves, y ella de él. Bueno, Fred no era el único enamorado de Valentina -sí, así se llamaba-. El "amo" de la casa también estaba enamorado de la mujer". La tía Mat sonrió con pena. "Era una relación amorosa destinada a la tragedia".

Con los ojos puestos en Rey, May-Lee aceptó.

Miré a mi alrededor con indiferencia. La mayoría de las películas de misterio tenían un final dramático. El de una alocada reunión para cobrar la herencia no debería ser diferente. Mientras Reynalda se acercaba a los tobillos de Linda, que acabaría atada a los de la tía Mat, observé la habitación llena de rarezas de mi tío. Qué suerte. El candelabro que Adwin había manipulado la otra tarde estaba a tres metros de distancia y todavía en el guante de "Lancie", el caballero del siglo XVI. De forma casual pero atenta, me acerqué, agarré el gran candelabro ramificado que tenía detrás (bien podría haber sido un wombat disecado con todo su peso) y volví a retroceder de forma casual. Por suerte, la mirada de May-Lee seguía fija en mi prima y su mejor amiga, lo que implicaba que mi tía y yo no representábamos una amenaza.

"¿May-Lee?"

"¿Sí, Jill?"

Con la velocidad de una pelota de béisbol de 90 MPH, el candelabro la golpeó en la cabeza. Antes de que pudiera pensarlo dos veces, o de que ella pudiera reaccionar, el candelabro zumbó para golpear el otro lado. (Era realmente asombroso lo que uno era capaz de hacer cuando se encontraba en una situación de peligro).

Ignorando la sangre y la carne desgarrada -tal y como había hecho valientemente (desesperadamente) cuando había golpeado a Prunella Sayers en un pasillo varios pisos más abajo-, agarré el

revólver mientras la tía Mat atrapaba instintivamente el cuerpo descendente de la vendedora de antigüedades.

"Dang", susurró Linda, con los ojos redondos como bolas de billar.

"Doblemente dang". Rey miró el cuerpo inerte. "Tío, tienes la manía de golpear a la gente, ¿no?"

"¿Está muerta?" Linda estudió a la mujer que colgaba pesadamente en los delgados brazos de la tía Mat.

"No". Miré con atención. "Pero necesitará cuidados".

"Necesitará unos cuantos puntos de sutura, seguro. Puede ocupar una cama junto a Prunella en el hospital". Mientras Rey desataba apresuradamente a su amiga, la tía Mat bajó las escaleras para llamar a Lewis. Pronto los tres estábamos llevando a May-Lee escaleras abajo a su antigua habitación.

"Trae unas toallas y un recipiente grande de agua tibia", le indicó Linda a Rey mientras la colocábamos en la cama.

Rey se puso en acción.

"Está muy pálida".

"No tiene buen aspecto", coincidí en voz baja.

Rey entró corriendo con la tía Mat segundos después. Linda humedeció una toalla y comenzó a frotar la piel abierta mientras la tía Mat se dejaba caer en un sillón Regence de madera de nogal tallada situado en un rincón.

"Sabéis", dijo la mujer mayor con ironía, "si no estuviera tan contenta de que esto haya terminado de verdad y por fin, os daría a las tres un pedazo de mi mente por haber creído que yo era la culpable".

"Jill, mira a ver si encuentras gasas, alcohol o desinfectante y cinta adhesiva o algo similar. Voy a practicar las inexistentes habilidades de enfermería".

"Iré yo - sé dónde encontrar esos artículos". La tía Mat se levantó de un salto y se apresuró a salir al pasillo.

Rey se apoyó en la pared junto a la cama y parecía eufórico y agotado a partes iguales. "¿Quién hubiera esperado que fuera la pequeña ayudante de Prunella?"

"Aparentemente, ninguno de nosotros", respondí. "No nos hagamos ilusiones de dejar nuestros trabajos diarios y convertirnos en investigadores privados".

"Teniendo en cuenta que nunca hemos resuelto un misterio, lo hicimos bastante bien", declaró mi prima.

"Lo hicimos bien", corrigió Linda.

Con la cara enrojecida, la tía Mat volvió a entrar en la habitación con una gran bolsa de cosméticos de plástico con estampado de cebra. La dejó caer junto a May-Lee y volvió al sillón. "Esos diarios, por cierto, no estaban mal. No eran geniales. Pero no terriblemente mal. La próxima vez, sé coherente y usa letra de imprenta. Eso haría que parecieran más diarios de verdad".

Rey extendió sus manos. "Teníamos muchas suposiciones, no teníamos tiempo suficiente para investigar y sólo unas horas para reunirlas".

"La locura de Prunella debe haber alimentado la de May-Lee", dijo Linda, aplicando desinfectante sobre y alrededor de las heridas.

"¿Estaba realmente loca… o simplemente era audaz?" me pregunté en voz alta.

"Ambas cosas, aunque no sepa lo que significa "audaz"", dijo Rey. "Con un montón de vísceras añadidas".

Tuve que reírme. "¿Dijo Lewis cuánto tiempo estaría?"

La tía Mat negó con la cabeza. "No, pero le dije que viniera lo antes posible y que enviara una ambulancia porque May-Lee Sonit ha resultado herida. Luego colgué. Ya habrá tiempo de hablar más tarde… Se sentirá decepcionado al saber lo de May-Lee. Le gustaba

mucho. Ella ha hecho mucho con las organizaciones benéficas locales. Pero también estará encantado de tener un caso de asesinato múltiple resuelto". Soltó una larga exhalación. "Se acabó, queridos míos".

Ella y Rey intercambiaron tensas sonrisas mientras Linda se concentraba en administrar "habilidades de enfermería inexistentes".

"¿Cuándo te convertiste en el tipo de médico?" preguntó Rey, curioso, acercándose para ver mejor.

Linda miró a May-Lee, que no se había movido pero seguía respirando, aunque de forma superficial. "Sentí una necesidad. Extraño, ¿no? ¿Quizá he encontrado una nueva vocación?". Con una fina sonrisa dejó de envolver la cabeza de su paciente con una fina gasa. "Con el rumbo que han tomado las cosas, no me sorprendería que un ser sobrenatural se estrellara contra una ventana o nos succionara a todos a través de una pared".

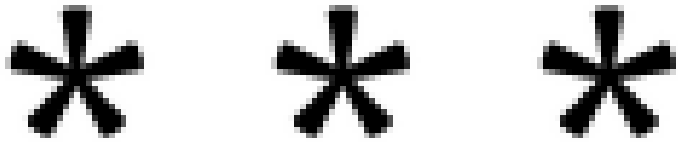
Me reí. "O tal vez aparezca el Fantasma Fred y nos felicite por un trabajo no muy bien hecho".

Un estruendo procedente de la parte delantera de la casa nos hizo saltar y casi besar el techo.

"¡Diablos!" La cara de Linda estaba más blanca que el célebre pastel de cinco capas de coco de Adwin.

La cara de Rey hacía que la de Linda pareciese tener un bronceado brasileño. "Mierda. No es posible".

Estaba demasiado asombrado para las palabras mientras los globos oculares de la tía Mat parecían rebotar de sus cuencas como si estuvieran sujetos a muelles helicoidales.



"¿Era absolutamente necesario, Augustus?" Preguntó la tía Mat, señalando las puertas de ébano dañadas cuando llegamos a la base de la escalera. No había ningún ariete a la vista, pero la entrada parecía haber sido destrozada por uno. Más allá de la madera astillada había un cielo desigual y sin estrellas que parecía monótono y sombrío, adecuado para el momento.

"Dijiste -gritaste- que viniéramos rápido, que May-Lee Sonit estaba herida y abatida, así que nos apresuramos a salir. No sabíamos qué esperar", respondió secamente, examinando el vestíbulo. "¿Dónde está su cuerpo?"

"No es un 'cuerpo'. Está arriba y está herida como he dicho y has oído".

Hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro. "Una ambulancia está a un minuto de distancia".

"¿Es cierto, señora Moone?", preguntó el ayudante Budd, quitándose el sombrero. "¿Es la compañera de la Sra. Sayers?"

"Es cierto, lamentablemente". Ella ladeó la cabeza. "No lo había mencionado. ¿Cómo lo ha sabido?"

El joven se inclinó más cerca. "La Sra. Sayers estaba hablando hace una hora. Era difícil hablar con todos los puntos y tubos, y la medicación, pero se las arregló para escupir que la señora Sonit era 'una compañera', que era una, 'perra', y que iba a haber 'todo un infierno que pagar' cuando estuviera de pie y caminando de nuevo."

Los ojos de la tía Mat se abrieron de par en par y miró de él a Lewis. "Esa es una mujer enérgica".

"Una audaz", dije con una delgada sonrisa.

"Una gran chiflada", resopló Rey.

La tía Mat miró por encima del hombro del sheriff. "Los paramédicos están llegando. Rey, llévalos a la habitación de May-Lee. Voy a preparar un par de tazas grandes de café. Sospecho que todos necesitarán grandes cantidades de cafeína".

33

BIEN ESTÁ LO QUE BIEN ACABA… MÁS O MENOS

Las últimas veinticuatro horas en Connecticut habían resultado informativas… y sorprendentes.

Más tarde, esa noche, cuando Lewis y sus compañeros se habían marchado, la tía Mat hizo una confesión que tuvo el impacto de una bomba de estruendo. Ella había cometido los actos mortales: mató a los miembros de la familia Moone.

Rey, Linda y yo podríamos haber usado espátulas para raspar nuestras mandíbulas de la mesa mientras la tía Mat no parecía ni un poco molesta o traumatizada o arrepentida. La afirmación era tan suave como el cacao con licor que estábamos degustando. "Por cierto chicas, yo soy la que destronó a esos Moones". Entonces la gran dama explicó cómo había tendido la trampa a Linda.

John había muerto hacía casi siete años. Se cayó (saltó o le empujaron) del puente de la bahía de Casco de Portland y cayó al río Fore. La reciente búsqueda de John Smith por parte de Linda se había basado en una búsqueda de números de contacto, nada más; por lo tanto, la muerte no había aparecido en la búsqueda y ella nunca se había enterado.

La idea de la tía Mat de cubrir las huellas no había sido más que una semilla cuando escuchó a Linda hablarle a Rey del "simpático primo John" unos años atrás, pero germinó rápidamente. Si era lo suficientemente considerado como para enviar cajas de dulces, ¿por qué no otros regalos, como libros, figuritas, algún viaje?

La necesidad de establecer un chivo expiatorio se convirtió en una necesidad cuando Mildred Trapusking-Moone tuvo una experiencia electrizante un sábado por la tarde mientras bebía té de naranja. Un cableado defectuoso provocó un cortocircuito y la consiguiente

descarga (mortal). Al parecer, su cabello estaba más erizado que el rubio decolorado de Ethan Hawke en 2013. Esto había ocurrido un año antes de que Jackson Moore fuera encontrado asado al carbón, así que nos habíamos perdido (al menos) a una persona de la "Lista de Asesinatos de Moone".

Según la tía Mat, Mildred había sido una perra ensimismada que miraba perpetuamente por una larga probóscide de W.C. Fields a todos los que no habían nacido con cinco millones en un fondo fiduciario. En resumen, la tía Mat nunca esperó que Linda fuera condenada por nada. Había sido tal y como habíamos bromeado, que tenderle una trampa a Linda era una forma de desviar la atención hacia otra parte en caso de que algo saliera mal y se descubriera que las muertes de los Moone no eran accidentes.

La tía Mat era una mujer minuciosa, inteligente y, bueno, un poco loca, aunque racionalmente. Si Linda hubiera sido realmente esposada y fichada, la tía Mat habría tramado otro curso de acción. Las fuerzas legales habrían estado continuamente confundidas.

Ella había disfrutado más bien del juego encubierto de jugar al primo John mientras acababa con Moones. Resultó ser una persecución divertida y un reto entretenido. Por suerte para ella, Linda se lo tomó con calma, pero tal vez no quería enfadar a la vieja y acabar convirtiéndose ella misma en una "persecución divertida". Un pensamiento inteligente.

Después de la confesión, optamos por dobles en tazas del tamaño de cubos de pozo, con mucha nata montada. Si la tía Mat no tenía ganas de nada, nosotros tampoco (nuestra amiga Tia Maria se encargaría de ello).

¿Quién iba a pensar que los cremosos cacaos calientes podían provocar resacas tan intensas? Hacia las ocho de la mañana siguiente, Rey, Linda y yo nos arrastramos hasta la cocina con vaqueros y pesados jerséis de lana, y mucho corrector (las bolsas con etiquetas de diseño eran muy deseadas, las de las ojeras no). Compartimos una botella de Advil, un café y una conversación mínima. Media hora más tarde entró la tía Mat, con pantalones informales y un precioso jersey de cachemira de color blanco marfil. Su maquillaje era impecable, pero los ojos enrojecidos sugerían algo

de sufrimiento. Linda preparó más café y yo escaldé huevos mientras Rey tostaba y untaba con mantequilla rebanadas de pan de centeno. La conversación volvió a ser mínima.

El sheriff Lewis había llegado a las once y se había quedado para un almuerzo ligero, informándonos de detalles no esenciales sobre lo que el futuro deparaba a dos "asesinos enloquecidos". Basta decir que las evaluaciones psiquiátricas y los encierros formaban parte de la ecuación. El tema de los Moones asesinados no se mencionó. ¿Por qué? Nadie quería poner a la extravagante mujer entre rejas. Al fin y al cabo, era la gran dama de Fonnes, una mujer amable y simpática (dejando a un lado la vena asesina). Pero, ¿podíamos, debíamos, íbamos (a seguir) mirando hacia otro lado? El tiempo lo dirá.

¿Y el sheriff Lewis? Había oído nuestras sospechas de que Linda era la asesina de Moone. ¿Las perseguiría? ¿O las atribuiría a las divagaciones y razonamientos infundados (sin fundamento) de los aspirantes a detectives? Una vez más, el tiempo lo diría.

Johnny había escarbado lo suficiente como para descubrir que los dos suizos, Gruber Pathos y Santana Ana Dinero, habían sido efectivamente fabricados por Thomas y Prunella. Incluso había encontrado una foto tomada en un acto benéfico en Ginebra en la que aparecían el abogado y el amante de los pájaros mezclados con el presidente de un banco y el director general de una empresa de telecomunicaciones; bajo el sonriente cuarteto ataviado con trajes de noche de diseño aparecían los nombres de Gerhardt Spatz, Kurt Heinrich Vogel, Gruber Pathos y Santana Ana Dinero.

Varias entidades, entre ellas Hacienda, estaban investigando. En cuanto a Prunella, de boca cerrada, se había recuperado y estaba a la espera de juicio. Las evaluaciones mentales la habían considerado apta. May-Lee, en cambio, había sufrido una crisis nerviosa y tejía cestas Shaker cuando se reía o hacía imitaciones de pájaros. Una vez más, el tiempo diría si la dueña de la tienda volvería a la "normalidad".

Y hablando de tiempo, resultaba difícil creer que la "Travesura de Connecticut" -como la llamaba Rey entre risas- había ocurrido hacía casi un mes. Sin embargo, en cierto modo, parecía un año. Todo el

episodio parecía onírico y distante.

Me dejé caer sobre el único mueble que había comprado para el apartamento de Brentwood hasta el momento: un hermoso sofá seccional de cuero de dos piezas que me costó mucho más de lo presupuestado. Pero serviría como pieza central perfecta y duraría años, y no pensaba ser tan extravagante con nada más. Se encontraba al lado de una gran ventana fija de gran profundidad con sólidas contraventanas. Sentada aquí, podía contemplar cuatro pisos más abajo un exuberante patio con dos fuentes burbujeantes.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y me resultaba extraño no tener a mi sobrino Quincy corriendo por ahí, probando nuevas recetas de temporada o pegando sugerencias de regalos al estilo Quincy en lugares obvios. La primera semana de diciembre, mamá solía tener el B&B decorado con luces, acebo y hiedra, y un par de árboles de Navidad adornados con oropel. Una impresionante menorá de plata descansaba en la barra lateral del comedor para los amigos e invitados judíos.

Me había mudado a California. Vendí todas mis pertenencias, puse en venta el apartamento de Wilmington, empaqué mi ropa y me pregunté en qué me había metido, además de un trabajo de pronóstico del tiempo de tres días en una estación de televisión local. Tendría que encontrar otro trabajo, por supuesto, si no ganábamos dinero sirviendo como detectives profesionales (cosa que dudaba), pero era un comienzo. Rey pensaba poner en marcha la agencia de detectives en el próximo mes, más o menos.

Sí, eso era correcto: agencia de detectives. De vuelta a la mansión de los Moone, mientras los tres hacíamos las maletas y prometíamos mantenernos en contacto, Rey había revelado un plan que había estado considerando desde que May-Lee se había marchado: abrir una agencia de investigación privada en California. Para hacerla feliz y mantenerme cuerdo durante el resto de la breve estancia, le había dicho que consideraría la descabellada idea que parecía tan probable como una sequía en Minnesota en enero. Pero en algún momento y de alguna manera, a lo largo de las semanas, decidí que tal vez no era tan descabellada después de todo.

Incluso Linda se había dejado llevar por el entusiasmo de Rey. No

estaba muy seguro de cómo informarles sobre la estricta licencia de California. Estarían desolados al saber que no iban a ser investigadores privados a corto plazo. Entre otras cosas, necesitaríamos una combinación de formación en ciencias policiales, derecho penal o justicia, experiencia equivalente a tres años o 6.000 horas, y pasar una comprobación de antecedentes penales. Ah, sí, también tendríamos que obtener una excelente calificación en un examen escrito de dos horas. Era sorprendente que Rey aún no hubiera descubierto eso; o tal vez sí y simplemente se había negado a aceptar los hechos. En cualquier caso, por el momento, además de buscar oficinas, mi primo se había apuntado a un curso de negocios. Enhorabuena a la entusiasta y decidida prima Reynalda.

El viaje de vuelta desde Connecticut nos había dado tiempo a Adwin y a mí para hablar de la vida, de las metas y objetivos, de los sentimientos y de la familia. Para cuando llegamos a Wilmington, habíamos decidido que ir a vivir juntos probablemente no era una buena idea. Realmente no éramos compatibles ni estábamos en sintonía, y eso estaba bien que ambos reconociéramos. Yo quería a Adwin, y él me quería a mí, pero en el gran esquema de las cosas no éramos realmente una pareja romántica o material para el matrimonio; éramos más bien un dúo de amigos. Seguíamos en contacto y él visitaba California, y yo lo veía -y a Fred- cada vez que volvía a Carolina del Norte. Nos tomábamos unas vacaciones juntos. Se hicieron promesas y, con un poco de suerte, se cumplieron.

Estiré las piernas desnudas en el sofá y sorbí néctar de mango de una botella con una pajita. Era espeso y dulce, perfecto para el tiempo soleado que hacía fuera, y parecía funcionar bien con los pequeños y decadentes bocados de una magdalena de terciopelo rojo que estaba disfrutando. Llevaba sin comer dulces desde Connecticut; no había querido ver otra galleta para salvar mi vida, pero esta mañana, después de una caminata de cinco kilómetros, me había pasado por Suzee-Sooz's Cupcake Houz y había comprado esa delicia pecaminosa que era casi del tamaño de un balón de fútbol. (Vale, exagero un poco, pero no mucho).

"Hola, tú". La puerta se abrió de golpe.

"Hola tú misma, ten cuidado. No quiero comprar una puerta nueva, gracias", me quejé, viendo cómo Rey entraba casi bailando en el pequeño salón en forma de L, con Linda a cuestas.

Ambas vestían los mismos vaqueros Chip & Pepper y camisetas Aloha similares. Mientras Linda llevaba unas Converse de colores, Rey llevaba sandalias de tiras. Casi esperaba que tuvieran el mismo esmalte en las uñas de los pies y de las manos. Tal vez las dos se habían visto privadas de sus amistades en el instituto y estaban compensando los momentos perdidos de las mejores amigas.

Volví a mirar las camisetas. La hawaiana no era del gusto habitual de Rey o Linda. Oh-oh.

"¿Qué hay señoras?" pregunté con suspicacia, dejando mi bebida a un lado pero manteniendo la magdalena en mi regazo. Sospechaba que iba a necesitar consuelo azucarado momentáneamente.

Linda cerró la puerta y siguió a Rey. Se apoyaron en el mostrador de la cocina, compuesto por bonitos azulejos de cerámica de color azul pálido y rosa empolvado. Me gustaba la acogedora y luminosa cocina, pero ¿por qué sospechaba de repente que no la disfrutaría durante mucho tiempo?

Rey se puso en modo melodramático. "Los requisitos de licencia para ser detectives privados en California son duros".

"No tenemos las calificaciones ni los antecedentes", afirmó Linda.

Curiosamente, ninguna de las dos parecía desanimada o molesta. Sonreí secamente y no dije nada.

"Lo sé, estás pensando que nuestros días como detectives han terminado antes de que hayan empezado".

En realidad no, pero miré a Rey con expectación.

"¡No lo estoy!", anunció alegremente, pasando un brazo por los hombros de su amiga. "¿Adivina qué?"

"No podría ni empezar", respondí irónicamente, mirando de una a otra.

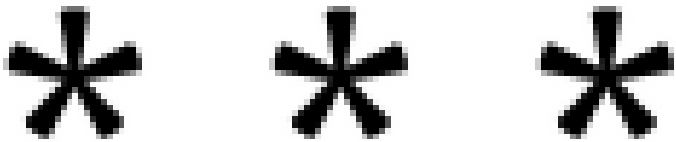
Rey sonrió. "Vamos a convertirnos en…"

"¡Inspectores hawaianos!" terminó Linda con una sonrisa de júbilo.

"¡Haz las maletas, Jilly!"

La magdalena Red Velvet pilló a Rey en medio de la frente.

Un dedo índice con esmalte azul neón retiró parte del glaseado que se pegaba a su frente. Lo lamió y sonrió. "Delicioso. Mahalo".



Sí, me había mudado a Hawái… había hecho las maletas y me preguntaba en qué me había metido, además de en un trabajo de pronóstico del tiempo en un canal de televisión de Oahu.

ACERCA DE LA AUTORA

En el plano profesional, Tyler Colins cuenta con más de 15 años de experiencia en redacción autónoma, redacción, edición y corrección de textos, así como formación en comunicación empresarial y escritura técnica. Actualmente se centra en la ficción, el cine y la televisión. En el plano personal, tiene previsto residir en Hawai permanentemente y abrazar América, un país que le apasiona desde antes de saber leer. Sus pasiones, además de la escritura, por supuesto, son la mencionada tierra de Aloha, los animales en todas sus formas y tamaños, el fitness y el atletismo, el buen Dios y la espiritualidad.